

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Departamento: FILOLOGÍA ESPAÑOLA, CLÁSICA Y ÁRABE

Programa de Doctorado: LITERATURA Y TEORÍA DE LA LITERATURA

Título de la Tesis

Hacia la cristalización de un signo cultural canario: Miguel de Unamuno. (Relato de una palinodia.)

Tesis Doctoral presentada por D/D^a Antonio Bruno Pérez Alemán

Dirigida por el Dr/a. D/D^a. Eugenio Padorno Navarro

Codirigida por el Dr/a. D/D^a. _____

El/la Director/a,

(firma)

El/la Codirector/a

(firma)

El/la Doctorando/a,

(firma)

Las Palmas de Gran Canaria, a 16 de febrero de 2009

Hacia la cristalización de un signo
cultural canario: Miguel de Unamuno
(Relato de una palinodia)

Tomo II. Apéndice documental

Autor:
Antonio Bruno Pérez Alemán

Director:
Eugenio Padorno Navarro

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Departamento de
Filología española, clásica y árabe

Las Palmas de Gran Canaria
Febrero, 2009

Tabla de contenidos

Sobre esta recopilación

Artículos y discursos

Apéndices

Manuscritos

Epístolas

Entrevistas

Poemas

Traducción

Índice

Sobre esta reconilación

Sobre esta recopilación

Realizar una recopilación de artículos y discursos de Unamuno siempre entraña dificultades, comenzando por su selección. En la presente hemos querido recoger los escritos que tratan sobre las Islas Canarias y aquellos que, aún refiriéndose a otras cuestiones, están condicionados por la relación que el filósofo mantuvo con la realidad canaria; así, por ejemplo, los artículos que aquí se reúnen pertenecientes a *Alrededor del estilo*. De igual manera hemos procedido para la selección –en un apéndice– de aquellos poemas en los que se encuentra, de manera explícita o implícita, la presencia de Canarias. Asimismo, hemos querido acompañar la edición de siete cartas, dirigidas a Rafael Romero, Ramón Castañeyra y Francisco González Díaz, que completan las perspectivas desde las que Unamuno percibió el vivir en una isla, y dos entrevistas: una realizada por *Fray Lesco*, pseudónimo de Domingo Doreste Rodríguez, en 1909, como adelanto de lo que sería su viaje de 1910, y otra que recrea un monólogo recogido por Eduardo Ortega y Gasset, durante la estancia de Unamuno en Francia con motivo de su destierro en 1924.

Para su ordenación, los hemos dispuestos cronológicamente, según las fechas de publicación, en un intento de facilitar la visión del espectro que hace visible la palinodia de don Miguel respecto a las Islas Canarias y la evolución de su pensamiento.

La presente compilación ha sido dividida en los siguientes apartados: *Artículos y discursos* y *Apéndices*, conformados estos últimos por las subdivisiones *Manuscritos*, *Epístolas*, *Entrevistas*, *Poemas*, *Traducción*.

Los comentarios y las notas de esta recopilación se han elaborado en función de un lector necesitado de algunas claves interpretativas que le ayudasen a contextualizar los textos para su comprensión. De ahí que parte de estas notas se encuentren, en alguna forma, esbozadas. Para un desarrollo y una amplitud mayor, no sólo habría que auxiliarse de las diversas fuentes que referimos, sino también al primer tomo de esta tesis doctoral¹.

Para que la lectura de los textos no resultase farragosa y tipográficamente inapropiada al lector, hemos optado por ubicar estas aclaraciones al final de cada texto o sección, a excepción del manuscrito *Mi destierro*, que lleva una notación diferente, debido a su naturaleza, y que se explicará cuando exponamos los criterios de su transcripción.

1 Las fuentes de este tomo se encuentran insertas en la bibliografía del primero.

A continuación, referimos, de manera completa, las fuentes esenciales donde aparecen dichos documentos. Con la voluntad de evitar siglas y abreviaturas en la descripción histórico-editorial de los textos, salvo las de sus obras completas (A-[tomo], para Afrodisio; E-[tomo] para Escelicer); BC-[tomo], para Biblioteca Castro, y la de Casa-Museo Unamuno de Salamanca (CMU), se identificarán las fuentes de cada documento con su título y año de publicación, en el caso de que Unamuno figure como autor; si no es así, se indicará, además, el editor.

ARMAS AYALA, Alfonso, “Del aislamiento y otras cosas. Textos inéditos de Miguel de Unamuno”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, Madrid-Las Palmas, 1963, pp. 335-438.

— “Cartas de Unamuno”, en *Humanitas*, III, Centro de estudios humanísticos de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, N. D., México, s. f., pp. 269-278.

DORESTE RODRÍGUEZ, Domingo, “La cuestión de Canarias. Divagando con Unamuno”, *Diario de Las Palmas* (1-VII-1910), extracto referente a Canarias de una entrevista mayor, publicada en la *Revista de Municipios*, Madrid (31-1-1909).

GONZÁLEZ GARCÍA, Matías, “Textos poco conocidos de Unamuno referentes a Fuerteventura”, en *I Jornadas de estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Tomo II, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1987, pp. 521-530.

HENRÍQUEZ, Antonio (ed.), *Philologica canariensis*, nº 12-13 (2006-2007), Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2007, pp. 169-193.

MARTINENGO, Allessandro, “Papeles inéditos de Miguel de Unamuno referentes a la edición de las Poesías de Silva”, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá), 16 (1961), pp. 740-742.

NUEZ CABALLERO, Sebastián de la, “Apuntes de Unamuno para la redacción de su diario del destierro de Fuerteventura”, en *IX Jornadas de estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Tomo II, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura, Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, Puerto del Rosario, 2000, p. 513-522.

— *Unamuno en Canarias. Las islas, el mar y el destierro*, Universidad de La Laguna, La Laguna, 1964.

ORTEGA Y GASSET, Eduardo, *Monodialogos de Don Miguel de Unamuno*, Ediciones Ibéricas, New York, 1958.

QUESADA, Alonso [pseud. de Rafael Romero], *El lino de los sueños*, Imprenta Clásica Española, Madrid, 1915.

SANTANA, Lázaro (Ed.), *Epistolario Miguel de Unamuno-Alonso Quesada*, Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria, 1970.

UNAMUNO, Miguel de, *Alrededor del estilo*, introducción, edición y notas de Laureano ROBLES, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1998.

— *Artículos y Discursos sobre Canarias*, edición, introducción y notas de Francisco NAVARRO ARTELES, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1980.

-
- *Canarias*, fotografías de Juan Antonio FERNÁNDEZ, prólogo Manuel ALVAR, Ediciones San Marcos, Madrid, 1998.
 - *Canarias: divagaciones de un confinado*, Artemisa, La Laguna, 2007.
 - *En el desierto (recuerdos y esperanzas)*, Pegaso, Madrid, 1957.
 - *Epistolario Americano (1890-1936)*, edición, introducción y notas de Laureano ROBLES, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996.
 - *Epistolario inédito I (1894-1914)*, Edición de Laureano ROBLES, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
 - *Epistolario inédito II (1915-1936)*, Edición de Laureano ROBLES, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
 - *Fuerteventura, un oasis en el desierto*, Biblioteca Canaria, Librería Hespérides (Canarias), Sta Cruz de Tenerife, s / f.
 - *Obras Completas*, 16 vols., Afrodisio Aguado, Madrid, 1969.
 - *Obras Completas*, 9 vols., Escelicer, Madrid, 1966-71.
 - *Obras completas I-VIII*, edición y prólogo de Ricardo SENABRE, Biblioteca Castro, Turner, Madrid, 1995-2007.
 - *Paisajes del alma*, Revista de Occidente, Madrid, 1944.
 - *Por tierras de Portugal y España*, Renacimiento, Madrid, 1911.
 - VALBUENA PRAT, Ángel, *Unamuno y Canarias*, Biblioteca Canaria, Sta. Cruz de Tenerife, s/f.
 - VVAA., *Canarias. Ayer y Hoy* (3 tomos), introducción de Domingo-Luis Hernández, Canarias Cultural, Proyectos Ánfora SL, Valladolid, 1999.
 - *Unamuno. Encuentro con la Isla*, Las Palmas de Gran Canaria, febrero, 1999.

En esta ocasión, además, presentamos dos textos inéditos y la versión íntegra del diario *Mi destierro*:

- un artículo que estaba destinado a *Nuevo Mundo* y que fue censurado, “Domingo de Ramos” (CMU 1.5.1/16),
- un manuscrito borrador, “El camello” (CMU 1.3/196) y
- el diario *Mi destierro* (CMU 9/57), donde Unamuno recogió por escrito las circunstancias de aquellos días.

La transcripción de *Mi destierro* por Sebastián de la Nuez Caballero

El diario fue dado a conocer por Sebastián de la Nuez Caballero en el marco de las *IX Jornadas sobre de estudios de Fuerteventura y Lanzarote* (2000), organizadas bianualmente por los Cabildos Insulares de Fuerteventura y Lanzarote. El título de su trabajo fue “Apuntes de Unamuno para la redacción de su diario del destierro de Fuerteventura”. Su transcripción fue organizada según los meses que se señalan en el diario manuscrito, a excepción de ciertos fragmentos, que bien se insertaron en el coloquio del que fue objeto este escrito, o bien no fueron insertos, como,

por ejemplo, las citas evangélicas que introduce Unamuno en lengua griega. Estos errores, como la noticia de haber transcrito cinco hojas, pueden deberse a que De la Nuez trabajara con copias².

Criterios para nuestra transcripción de *Mi Destierro*

Mi Destierro es un diario que se conserva en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca con la signatura 9/57. Está formado por 3 hojas manuscritas (cada una formada por 4 octavos unidos con adhesivo):

- 1ª. 219 × 316 mm.
- 2ª. 219 × 316 mm.
- 3ª. 110 × 266 mm.

Estos soportes parecen haber sido unidos originalmente por el propio Unamuno, pues ciertas adiciones y notas marginales, por su ubicación, así lo sugieren. Después del título, “Mi destierro”, aparece la indicación “Por si registran mis papeles”. Apunte que nos hace suponer que Unamuno formara estos folios para que fueran de fácil plegado y poder llevarlos consigo.

- Para la transcripción hemos identificado cada hoja como “Hoja 1, 2 ó 3”, según corresponda.
- La “r” hace referencia al recto de la hoja, la “v”, al verso.
- Las numeraciones 1, 2, 3 y 4 indican, según el caso, el octavo que transcribimos. Estos han sido seriados según el sentido de escritura: 1 y 2, en la mitad superior del folio; 3 y 4, en la mitad inferior.
- La doble barra // señala el final de una cara de la hoja.
- Los corchetes, o paréntesis rectos, responderán a las siguientes intervenciones:
 - Con puntos [...], indican ilegibilidad de la letra.
 - Cuando una palabra, o parte de ella, aparece entre paréntesis rectos, significa que estamos ante una reconstrucción o el desarrollo de alguna abreviatura.
Ej.: “reclut[amiento]”.
 - Las tachaduras, testados, omisiones, repeticiones, etc. del original, lo indicaremos entre corchetes, con la anotación en cursiva, seguida de dos puntos y la palabra o secuencia correspondiente:
 - [mg.: palabra] (in) marginem
 - [s.l.: palabra] supra lineam
 - [i.l.: palabra] infra lineam
 - [tachado: palabra]
 - Las palabras escritas incorrectamente se indicarán con [sic].
- Las diferencias presentadas por la transcripción de Sebastián de la Nuez, respecto a la nuestra, se indicarán a pie de página y con numeración arábiga. Identificamos su transcripción

2 NUEZ CABALLERO, Sebastián de la, “Apuntes de Unamuno para la redacción de su diario del destierro de Fuerteventura”, en *IX Jornadas de estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Tomo II, Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura, Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, Puerto del Rosario, 2000, p. 519.

con las siglas *SN*, en cursiva, después de anotar la variante, sin que exista entre ambos ningún signo de puntuación, salvo el posible de la variante. Ej.: Roces, *SN* (la variante apunta una diferencia de puntuación).

- Cuando nos refiramos al manuscrito lo haremos con las siglas *MD*.
- Con los paréntesis angulares <> introducimos aquellos fragmentos, palabras o signos que no fueron incluidos por Sebastián de la Nuez en su transcripción.
- Con la doble barra || separamos nuestras intervenciones a pie de página.
- Nuestros comentarios para la comprensión del texto se señalarán con numeración romana y aparecerán al final de la transcripción.

B. P.

Artículos y discursos

Artículos y discursos

I

Discurso de los Juegos Florales¹

NO es la primera vez que me presento ante el público de Las Palmas; pero ahora es con esta librea que la costumbre social impone; con esta librea que embaraza los movimientos del espíritu a los que estamos acostumbrados a hablar ante la gente del pueblo, que huele a sudor y a sol. Hay que aceptar, sin embargo, las necesidades de la vida. Estos días miraba yo con fraternal curiosidad a un pobre oso que, atado de una cadena, bailaba por esas calles; algo de eso hay en estos actos teatrales. Hablar en un teatro, tiene algo de comedia. La otra vez que me presenté ante vosotros fue mucho más al desnudo, demasiado acaso, porque me representaba un cómico. Ahora, el cómico soy yo².

Ya voy teniendo alguna costumbre de acudir a fiestas de esta naturaleza, con las cuales, si transijo, no más que transigir, es por la parte que tienen de cursis. Soy, sin embargo, hostil a ellas; y las acepto porque son un pretexto para hablar.

Y ved cuan grande era mi deseo de venir a estas Islas Afortunadas, avanzada de España en estos mares, por los que fue a ganar un Nuevo Mundo a la razón y a Cristo, cuando he aceptado esta fiesta que no me es grata, para poder hablaros, para poder daros mi palabra. No me gustan estas fiestas porque en ellas se profana lo más sagrado que hay en el hombre, la palabra, en su forma más noble, que es la poesía. En estas fiestas, la poesía es literatura de festejo, sometida a una liturgia; y no es que yo desdeñe las liturgias, pero es cuando están informadas por un verdadero espíritu de religiosidad. Estas debieran ser algo así como una especie de fiestas religiosas, una eucaristía de la palabra. La palabra se perfecciona, se encumbra y se sublima en la poesía. La palabra es, después de todo, lo único que en el hombre crea. Bien dice el cuarto Evangelio: “En el principio era el Verbo y por él se hizo todo lo que se ha hecho”³. Goethe, queriendo corregir esta frase, dijo: “En el principio era la acción”⁴; pero la acción, la mayor parte de las veces, se reduce a la palabra.

Se dice que a los hombres les pierde muchas veces la palabra; que hablamos demasiado; que sobran oradores y faltan hombres de acción. Yo no veo la oratoria por ninguna parte. Eso que llaman los políticos hacer un acto, es las más de las veces pronunciar una palabra.

La palabra es la única base de la comunión humana. Hablando se entienden los hombres y también se aman. Repetir el nombre de la amada, es el consuelo mayor que tiene el amante cuando está lejos de ella; y repitiéndolo, endulza la boca y conforta el corazón.

Hablándoos, os doy algo mío; y vosotros también me dais algo con vuestro silencio, porque es vuestro silencio el que habla en mí.

La palabra en que aquí hablamos es palabra española. La lengua es la sangre de nuestro espíritu, es nuestra alma, es el alma del “bronce de la raza” de que aquí se nos ha hablado⁵. Se piensa con palabras, se siente con palabras también. Todo sentimiento articulado, racional, es un sentimiento hablado. Sólo las pasiones puramente animadas son mudas. Hablar español es pensar en español, sentir en español. Cuando yo oigo a algunas gentes de América hablar mal de España siempre digo: mientras lo hagan en español está bien.

Nuestra lengua, como todas, lleva en sí una concepción propia del universo, un sentimiento y un ensueño; una filosofía, una poesía y hasta una religión. Es la lengua misma la que piensa, siente y sueña. Nuestra filosofía, la filosofía española, tiene por carácter principal el haber fundado el pensamiento, el sentimiento y el ensueño, dando como suprema expresión la mística, libre de formas confesionales, transitorias. El carácter de España, la España eterna, es el despego de la vida que pasa, el hambre de gloria, la sed de la eternidad.

Claro es que hay una forma de patriotismo que se degrada en cálculo de mercaderes, que convierte la bandera en un pabellón que cubre la mercancía, y esta bandera es muchas veces la cruz que convierte a Cristo en un dios Mercurio. Pero el patriotismo debe ser un sentimiento filosófico, poético y religioso. Si la Grecia se perpetúa al través de los siglos es en sus pensadores, en sus poetas, en su Platón que se ha infiltrado en la religión cristiana. Decía Aquiles en *El Infierno* que era mejor ser criado de un labrador pobre en la tierra que rey en los infiernos⁶. Pero, suponiendo que el infierno sea la morada de la muerte, vale más ser rey en la morada de la muerte que criado de un labrador pobre en la tierra.

Si la poesía tiene un valor tan grande, tan humano y tan universal, es porque revela la patria. En los poetas se forma el sentimiento más íntimo del patriotismo. Aquellas grandes figuras de nuestro Romancero parece que se ven pasar por las llanuras de Castilla, a la caída de la tarde, en aquellos hombres que vuelven del trabajo, cargados de siglos sin saberlo. Los poetas hicieron en Italia la unidad italiana: Dante, en otros tiempos; Leopardi y Carducci⁷, últimamente. Toda la patria de ese pobre país que se llama Portugal, que vive de espaldas a Europa, sentado, con los codos sobre las rodillas, con los pies descalzos y viendo siempre ponerse el Sol por el Océano, sin verle salir nunca, toda la Patria de ese pobre país está en *Os Lusíadas* donde están los pensamientos, los sentimientos de sus grandes navegantes; y por muy triste que sea su destino siempre podrá decir: tengo *Os Lusíadas*⁸.

La poesía es lo que purifica el patriotismo al purificar la palabra. Palabra que pueda entrar dignamente en una real y verdadera poesía es grano limpio, porque el ritmo, como el biello, aventea el tamo con la brisa de la sinceridad.

Eurípides, en *Las Fenicias*, pone el siguiente diálogo en boca de Yocasta, la madre y esposa de Edipo, y Polinices:

- YOCASTA. —¿Es gran mal verse privado de su patria?
- POLINICES. —El mayor; mayor aún de hecho que decirse puede.
- Y. —¿De qué manera? ¿Qué es lo peor para los desterrados?
- P. —Una cosa: que no tienen sinceridad.
- Y. —Cosa de esclavo: no decir lo que se siente.
- P. —Y tener que soportar la necesidad de los que mandan.
- Y. —También es doloroso tener que hacerse necio con los necios⁹.

Aquí veis qué concepto tenían de la patria aquellos griegos. Para ellos, la patria era tan sagrada, que al pronunciar Pericles su discurso por los muertos, después de la batalla de Platea, decía: “Estos que veis aquí, estimando la muerte preferible a perder la ciudadanía, han perecido por conservar su patria”¹⁰.

Para los griegos, el destierro era mucho más grave que la muerte; porque quien está fuera de su patria no puede tener sinceridad; y el que no tiene sinceridad en su patria, es porque realmente no está en ella¹¹.

Claro es que yo no hablo de esa sinceridad puramente individual y pasajera; es de otra sinceridad de la que hablo. Es menester ser sinceros y veraces; pero con sinceridad permanente y colectiva. Tenemos todos la obligación de escarbar, un día y otro, en las entrañas colectivas de nuestro pueblo, de descubrir el Dios de Santa Teresa, el Dios de España, el Dios humano de Don Quijote. Cada pueblo tiene su Dios, sin que yo niegue por eso que haya uno; y nuestro Dios es ultrapersonal. Nuestro cristianismo es una cosa por descubrir.

No conocía yo hasta ahora, y todavía no puedo afirmar que lo conozco, lo que era una isla por dentro; pero sí tenía una idea de lo que es la curiosidad insaciable del isleño, por Ulises, aquel hombre cazarro que andaba por el Mediterráneo comerciando con unos y con otros y engañando a todos. Después de atravesar el Estrecho, entre Scila y Caribdis, se encontró con la tentación de las sirenas; y las sirenas, que para otro hubieran sido una tentación de la carne, fueron para él la tentación del conocimiento; ellas podían enseñarle una nueva estrella, una nueva piedra, un cuento nuevo.

“Ven acá, famoso Ulises, honra de los aqueos: detén la nave por oír nuestras dos voces. Nadie pasa por aquí de largo, en su negra barca, sin haber antes oído la voz de nuestras melifluas bocas; sino que, de marcha, luego de haberse con ella recreado, y sabiendo más que sabía. Pues sabemos nosotras cuánto en la ancha Troya sufrieron argivos y troyanos por albedrío de los dioses, y sabemos cuánto se hace en la tierra fructífera”¹².

Y tal era su curiosidad que los compañeros tuvieron que atarle más fuerte para que no se quedase. Aquí se ve la curiosidad insaciable de los isleños. Y es que el mar, abre a los unos nuevos horizontes; a otros, se los cierra. Una palabra hay, que es una palabra terrible cuando se traslada su sentido geográfico al espiritual; es la palabra aislamiento. Puede hablar de espléndido aislamiento Inglaterra, que es un pequeño continente con una civilización propia; pero no una pequeña isla.

Nosotros, los hombres, nos aislamos con demasiada frecuencia y sacrificamos la personalidad, que es el contenido, a la individualidad, que es el continente. Nos diferenciamos de los demás a costa de nuestro contenido espiritual.

Y cuando uno se aísla suele decir: no me conocen. Pero, ¿conoce él a los demás? No nos conocen, decís vosotros; pero, ¿conocéis vosotros? Habla también el aislado de su problema. Pero no hay más que un problema. ¿Es que tenéis un problema propio, exclusivamente vuestro? Pues estáis perdidos. Estas islas –se ha dicho– son restos de aquella Atlántida de Platón, donde vivían en paz y felicidad los hijos de Neptuno. Y la paz es una cosa terrible. Yo creo, por lo que he visto, que en aquella Atlántida reinaban Vulcano y Neptuno; que las entrañas de la tierra se asomaron al mar para verle y quizá para contemplar el cielo. La leyenda de la Atlántida, si algo significa, es un enlace entre América, hija de España en su mayor parte, Europa y África. Vosotros sois, acaso sin saberlo, el lazo de unión del Viejo Continente al Continente Nuevo. Vosotros representáis simbólicamente la misión universal de España, que fue la conquistadora de Orán¹³ y que descubrió a América. Por aquí pasan de España para América, y de América para España, frutos materiales y espirituales. ¿Qué queda de ellos aquí?

Ahora, con motivo de celebrarse el centenario de las independencias sudamericanas, se ha hablado mucho de unión Iberoamericana. Es ya un lugar común, una cosa hasta cierto punto de festejo. Pero ha de llegar un día en que se entable una lucha de espíritu entre los pueblos hispanoparlantes y los pueblos que hablan la lengua inglesa. Nuestra lengua y la de Shakespeare llegarán a disputarse la supremacía de medio mundo. Se prepara una lucha por el imperio augusto de la lengua, que es no sólo de Cervantes, de Santa Teresa y de Calderón, sino también de Cristóbal Colón que, fuera genovés o fuera gallego, cosa que se está discutiendo, nunca escribió ni una sola palabra sino en lengua castellana (hasta sus cartas, y sus más mínimas disposiciones), y de Legazpi¹⁴, mi paisano, que redujo a la dominación del español, no a la del vascoence, las islas Filipinas, esas islas donde Rizal¹⁵ dedicó a su patria su último canto, no en tagalo, sino en español. Y en español lucharon por la independencia Bolívar en Venezuela y Colombia, Hidalgo en Méjico, Belgrano en la Argentina y O'Higgins en Chile.

Es preciso, pues, que comencemos a prepararnos para la lucha por la lengua. La lengua es lo único que asegura la independencia del espíritu y todos tenemos el deber de propagarla y de imponerla. Esforcémonos por que tengan algo que pedimos para que nos lo pidan en español; y el que quiera vivir con nosotros, que viva como nosotros. El que quiera vender su alma puede hacerlo en inglés o en otra lengua cualquiera.

Hay otra labor también: la de españolizar América y americanizar a España, España no conoce bien a América, ni América a España; y por eso no se aman tanto como deberían amarse. Los americanos hablan mal de España, de la misma manera que los españoles.

Y es menester crear una civilización propia, una concepción española del universo, un sentimiento español, un ensueño español. Es menester encontrar nuestra filosofía, nuestra poesía, nuestra religión. Tenemos que averiguar qué es lo que Dios dice cuando habla en español.

Junto a esto, un poco abstruso, no del todo ameno y en exceso condensado, ¿qué significan otra porción de cosas? Desde que llegué aquí, desde que hice otra escala en mi viaje, estoy oyendo hablar del problema local. Perdonad a un forastero un poco rudo, os diga que yo no he visto hasta ahora en ese problema sino querellas domésticas, luchas por distinciones, algo de vanidad colectiva, escapes del “aplataamiento”¹⁶ y rencillas kabileñas. No dudo de la justicia de una porción de reclamaciones; pero muchas veces, en vez de acusar a la lentitud burocrática, no estaría de más mirar si no es peor la lentitud del propio espíritu. He oído quejarse de que hay hijos

ilustres de esta tierra que se van y no vuelven. Yo comprendo, porque cuando voy a la mía, me apena ver las rencillas domésticas a que viven entregados.

También os quejáis de la política. Pero, ¿es que puede llamarse política a dar vueltas y más vueltas a una cosa y buscar en la Península abogados a quienes dais como honorarios un acta? Eso no es política. Nunca se ha llamado químico a un buhonero de drogas.

No reduzcáis vuestros ideales a la pequeñez de estas Islas; henchidlos con la grandeza del mar, que es el que debe brisar vuestros ensueños.

Ahora, cuando en España se han planteado los problemas más hondos del espíritu... y del estómago, causa verdadera tristeza ver que la gente se distrae en cosas locales. Cuando a todos nos toca luchar —y aquí me dirijo a los jóvenes principalmente—, es menester que no os dejéis amodorrar en el arregosto de dejaros vivir, que es sufrir la vida. No caigáis en ningún género de soñarrera tropical en que el imaginar se convierte en un estéril placer solitario. Estas poesías florales que habéis oído leer, deben dar para vosotros frutos de acción, frutos políticos. Representad para España, para el mundo; si no, hasta las tragedias se convertirán en sainetes de teatro casero. Que se rían de vosotros; esa fue la mayor grandeza de Don Quijote; y cuando os llamen intelectuales, decid: somos inteligentes.

Aquí —decía la leyenda de la Atlántida— reinaban en paz los hijos de Neptuno. Y yo repito: nada más triste que la paz. Yo no sé, pero tal vez el remedio para vosotros sería una verdadera guerra civil, no a tiros, pero violenta; un fanatismo rojo por un lado y un fanatismo negro por el otro. La política es lucha de ideales; no de consumidores ni de logrerros de puertos francos.

Sed jóvenes, sal de la tierra; que no os corrompa ni la obsequiosidad del mesonero a caza de turistas, ni la sordidez del mercader. Y no es que yo desdeñe el comercio. El comercio es un gran instrumento de progreso. Comerciantes eran aquellos fenicios que desamortizaron la escritura y que llevando por el Mediterráneo artículos que vender, llevaban también ideas. A ellos, que eran comerciantes, debemos que el alfabeto pasase de un misterio sacerdotal a la letra de cambio y se secularizase. Pero es menester hacer del comercio mismo una especie de religión; no limitarse a cambiar productos, sino ideas y sentimientos. Atenas fue fundada por unos contrabandistas, por piratas; pero piratas que empezaron por robar cosas materiales y acabaron por ser contrabandistas de ideas, que es lo más grande que se puede ser.

Ahora es costumbre —y ya que uno desempeña un papel, debe llevarlo hasta lo último— que se digan unas cuantas palabras a las mujeres. Yo, por mal de mis pecados, tengo adquirida una cierta fama de poco galante; pero soy verdaderamente galante, con una galantería especial: trato a las mujeres como a los hombres, igual que si fueran hombres; no las trato como a niños grandes, como a ídolos, con el fácil sahumero de unos cuantos piropos. Eso me parece una forma de esclavitud como otra cualquiera.

Y tengo que deciros una cosa: yo recuerdo siempre que el progreso y la civilización se los debemos a Eva. Cuando se rompió aquella soñarrera del paraíso, cuando vino... el demonio y tentó a nuestros primeros padres con la tentación del conocimiento haciéndoles comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, fue a Eva a quien primero tentó, porque vio que ella tenía más curiosidad, más espíritu inquisitivo, y aquí, por lo que he podido observar en sus ojos (que son el sentido por el que se atiende), las mujeres tienen más curiosidad que los hombres; les interesan más las cosas.

Y en este acto, que preside una mujer, es menester decir algo a vosotras, a las mujeres¹⁷. El molde del “bronce de la raza” es la mujer y su primera obligación es encenderlo con el amor para que fluya líquido. La cuna de la patria es el regazo de una madre; no hagáis del regazo de otra mujer la tumba de ella. No es raro encontrar Dalilas que cortan a sus Sansones los vuelos de la ambición como aquélla le cortó el pelo. Si el hombre se deja distraer en cuestiones de hogar y llama problemas a esas cuestiones, es la mujer quien debe sacarlo fuera y decirle que más allá de este mundo pequeño hay un mar mucho más ancho y otras tierras, con gentes que piensan y que sienten¹⁸; y como así no lo haga, como vosotros los hombres no hermanéis con ellos, y sigáis hablando de vuestro problema, os lo vuelvo a repetir; estáis perdidos.

Yo deseo que todos estos muchachos que hacen estas cosas de arte tan agradables y tan amenas, hagan otras de otra índole para que estas flores se conviertan en frutos y en frutos de acción. He concluido.

Notas

- 1 “Discurso de los Juegos Florales”, pronunciado en el Teatro Pérez Galdós de Las Palmas el 25-VI-1910; reproducido en: *La Defensa*, Las Palmas, 26-VI-1910; *La Mañana*, Las Palmas, 26-VI-1910; *España*, Las Palmas, 28-VI-1910; *El Progreso*, Sta. Cruz de Tenerife, 1-VII-1910; *El Tribuno*, Las Palmas, 2-11-1910; ARMAS AYALA (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, 1963, p. 391; NUEZ CABALLERO (ed.), *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 265; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 13; VVAA, *Unamuno. Encuentro con la Isla*, 1999, p. 55 [fragmento con el título: “Discurso sobre la raza”]. Debido a su carácter oral, los textos presentan múltiples variantes. La versión de Sebastián de la Nuez es una recomposición de todas sus variantes. El texto que consideramos más fiable es el de España, versión tomada taquigráficamente y corregida por el propio Unamuno, según noticia del mismo diario: “La fiesta”, *España*, Las Palmas, 26-VI-1910. Aunque sabemos que Unamuno tenía la intención de corregirlo, junto con el “Discurso sobre la Patria”, como indica en carta del 1 de agosto de 1910 a Salvador Pérez, presidente de la sociedad “El Recreo” (entidad que organizaba los Juegos Florales), cfr. ARMAS AYALA, Alfonso, “Del aislamiento y otras cosas. Textos inéditos de Miguel de Unamuno” *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, p. 425. Las versiones de Alfonso Armas Ayala y Francisco Navarro Artiles se corresponden con la de España.
- 2 Unamuno se dio a conocer como dramaturgo en el Teatro Pérez Galdós de Las Palmas, con *La Esfinge*, que fue estrenada el 23 de febrero de 1909 por la Compañía de Carmen Cobeña y Federico Oliver.
- 3 Juan, 1.1.
- 4 GOETHE, Johann Wolfgang von, *Fausto*, edición de Manuel José GONZÁLEZ y Miguel Ángel VEGA, Cátedra, Madrid, 1998, I parte, p. 142.
- 5 Unamuno se refiere a *El bronce de la raza*, con el que Tomás MORALES CASTELLANO (1885-1921) obtuvo el primer premio de los Juegos (fallado el 8 de julio) y al que no pudo asistir por encontrarse en Madrid (*La Defensa*, Las Palmas, 25-VI-1910). Poeta y médico, estudió medicina en Cádiz y Madrid, donde frecuentó los más destacados ambientes literarios de la época. Con *Poemas de la gloria, del amor y del mar* (1908) abre las puertas a un modernismo insular de adscripción rubeniana. *La cena de Bethania* (1910), *Las Rosas de Hércules II* (1919), *Las Rosas de Hércules I* (1922).
- 6 HOMERO, *Odisea*, Canto XI, *Descensus ad inferos*, (489-492); en la edición de José Luis CALVO, Cátedra, Madrid, 1994, p. 215.
- 7 CARDUCCI, Giosué, 1835-1907). Poeta italiano que con su clasicismo hizo frente a la decadencia del romanticismo. Obtuvo el Premio Nobel de

- Literatura en 1906. Fue muy admirado por Unamuno y una de las lecturas que recomienda a Alonso Quesada. Cfr. el artículo “El estilo nos hace”, p. 126.
- 8 Poema épico portugués del renacimiento literario, escrito por Luis VAZ DE CAMOES (1524-1580) y publicado en 1572. Dividido en diez cantos, narra con ecos homéricos y virgilianos la expedición del fundador legendario de Portugal, Luso, hijo de Baco, a la India.
 - 9 Eurípides (484-406 a. C.). Poeta trágico y dramaturgo. En sus dramas, la sociedad es el protagonista principal, asunto éste que Unamuno quiere hacer comprender al auditorio. *Las Fenicias* (385-390), en *Tragedias III*, Introducción, traducción y notas de Carlos GARCÍA GUAL y Luis Alberto de CUENCA Y PRADO, Biblioteca Clásica Gredos, 22, Madrid, 1985, pp. 113-114.
 - 10 TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* (II, 35-46), edición de Francisco ROMERO CRUZ, Cátedra, Madrid, pp. 181-189.
 - 11 El concepto de la sinceridad del que habla Unamuno, dentro del pensamiento griego, hace referencia a la *parresía* (libertad de palabra). Ésta constituye una de las bases de la democracia y es garantizada por la colectividad. El desterrado o el esclavo carecen de esa libertad, pues están excluidos del grupo y no son considerados ciudadanos. La “sinceridad” “se dice del que habla o procede mostrando lo que piensa o siente o su manera de ser” (MOLINER, M^a, *Diccionario de uso del español*, II, Gredos, Madrid, 19982, p. 1092). Es la comunidad, mediante una serie de convenciones, la que permite ser sincero.
 - 12 HOMERO, *Odisea*, Canto XII. *Las Sirenas. Scila y Caribdis. La Isla del Sol. Ogigia*, (186-193); *opus cit.*, p. 220.
 - 13 Conquistada en 1509 por Pedro Navarro (1460-1528), con la financiación del Cardenal Cisneros (1436-1517), en un deseo de llevar la empresa política de Isabel la Católica al norte de África.
 - 14 LEGAZPI, Miguel López, (1510?-1572). Nacido en Zumárraga (Guipúzcoa) y muerto en Manila (Filipinas). Soldado español, conquistador de las Islas Filipinas.
 - 15 RIZAL, José, (1861-1896). Médico y escritor. Nacido en Calamba (isla de Luzón, Filipinas) y muerto en Manila. Por su anticolonialismo español y anticlericalismo, fue perseguido, exiliado, encarcelado y fusilado. Su muerte originó la sublevación de Emilio Aguinaldo en 1896.
 - 16 Tópico despectivo acuñado desde la Conquista y que se ha mantenido hasta la actualidad. Alude a la “pereza” del canario y su intención es la del ennoblecimiento del conquistador y la degradación del indígena, justificando una situación de sometimiento. La carga ideológica del término fue percibida negativamente, razón que hará que Unamuno, en el “Discurso sobre la Patria”, aclare posteriormente que no viene a las Islas en esa condición.
 - 17 Una corte de amor secreta, compuesta por María Manchado, Susana Duarte, Juanita Quevedo, Ángeles Ley, Patty Croff, Sofía de la Torre, Herlinda Melián, Anita Quevedo y María Millares, eligieron reina del acto a la joven Encarnación Millares (*La Defensa*, Las Palmas, 25-VI-1910).
 - 18 Idea que Unamuno amplía en el poema “Felix Culpa”, de 1910; la novela *Una historia de amor*, de 1911, y el ensayo *Del sentimiento trágico de la vida* (1912). También participan de este carácter las protagonistas de *Niebla* (1914) y *Tulio Montalbán y Julio Macedo* (1920). Cfr. LA RUBIA PRADO, Fr., *Alegorías de la voluntad*, pp. 63-65 y *Unamuno y la vida como ficción*, pp. 203-225.

II

Discurso sobre la Patria¹

SEÑORES:

Después de la otra noche en que hablaba en este mismo sitio, cohibido por el público, por el traje, por la fiesta, ha habido quien ha querido que volviese a hablar. Pero soy yo, sobre todo, quien quería hacerlo. Me encontraba, sin embargo, con dificultades, que no me extrañan; estoy muy acostumbrado a este ambiente de cobardía moral deplorable que caracteriza a la España de nuestros días. Algunos temían que alborotase el cotarro; otros veían una dificultad en que me trajese o me llevase un determinado grupo; y en tales circunstancias he creído lo mejor venir yo espontáneamente y solo a dirigiros la palabra.

Y antes de ponerme a hablar, a entrar de lleno en el discurso, quiero hacer unas breves manifestaciones. Yo no vengo aquí para imponer mi criterio; yo no soy un peninsular que viene a tratar al pueblo canario como a un pueblo inferior; no tengo la pretensión del que por haber nacido en una masa mayor de tierra se cree más grande que el que ha nacido en una masa menor. Vengo a hacer aquí lo que he hecho en otras partes de España: vengo a hablaros con la misma franqueza con que he hablado a todos los pueblos, incluso al en que he nacido.

No se me ocurrirá a mí decir cosas tan ridículas como lo que me decía, hablando de los cubanos, un amigo mío:

—¿Ve usted qué ingratos, después de que los hemos descubierto y civilizado?

—Quién, ¿usted? —repuse yo.

—No, nuestros padres.

—Los padres de ellos².

Debo deciros, con la modestia que me caracteriza, que me tengo por político y me tengo por orador; pero no como generalmente se entienden estas cosas. Hay muchas maneras de entender una y otra; y en el sentido en que suele entenderse la política y la oratoria, renuncio a ser lo uno y lo otro. No vengo a buscar nada, porque soy de los que —según dice la gente equilibrada— no van a ninguna parte. No he venido a enseñaros, sino a aprender, a conoceros, a comunicarme con vosotros. Y he de deciros que quiero hablar sobre todo de lo que constituye mi mayor preocupación, la más honda, la más continua: del problema español y de vuestro problema.

Hay un problema en España: el del patriotismo, el de hacer patria. España se encuentra desde hace mucho tiempo en una crisis de reformación; está haciéndose la España nueva. Todos nos estamos haciendo. Vivir, después de todo, no es más que morir cada día. El hombre que hoy somos se nutre del que fuimos ayer. Hay todo un proceso desde la tradición al progreso. Todo progreso es un progreso de tradición. Está en crisis en España, y lo está desde hace mucho tiempo, el sentimiento mismo, el concepto de Patria, combatido, aquí como en todas partes, por el localismo de un lado, por el universalismo de otro; por el sentimiento de amor al campanario del lugar en que se ha nacido; y por el de amor al universo entero. Un poeta de esta tierra, más conocido en otros aspectos de su vida, decía *que su patria es un almendro*³. Para otros es la vía láctea. La patria es para unos un átomo; para otros el cosmos; pero la Patria existe por necesidad, queramos o no. Y, sin embargo, el patriotismo real, el histórico, el vivo, no es nada de eso.

La patria es por necesidad, algo histórico, algo que ha hecho la historia, que no podemos romper; y algo también de carácter internacional. Cada uno no es de donde quiere ser, sino de donde no tiene más remedio que ser. Una patria es una patria cuando tiene una significación ante los demás pueblos, cuando tiene un ideal, un sentimiento propio.

España viene siendo, desde el siglo XVI el blanco de todas las calumnias, la víctima de una falsificación sistemática de la historia. No nos han perdonado las campañas de Flandes, las campañas de Italia, el descubrimiento de América. Por eso no somos sólo lo que creemos ser, sino lo que otros creen que somos. Un país no es sólo lo que se hace, sino lo que le hacen los demás; y el concepto en que nos han tenido los demás, ha refluído en nosotros mismos. Se nos desconoce y nos desconocemos. Nos falta un ideal colectivo como el que teníamos en el siglo XVI; y a falta de ese ideal colectivo, que es lo que da unidad y dirección al patriotismo, hemos venido a dar en el cantonalismo, en un fraccionamiento de egoísmos locales e individuales. Y esto es, en el fondo, una verdadera enfermedad; porque la enfermedad no es más que un desequilibrio dentro del organismo, una hipertrofia o una atrofia.

Ese cantonalismo se refleja en el regionalismo literario, que es la mayor parte de las veces hijo de la ignorancia. En todas partes adonde voy me hablan de la especialidad del campesino de la tierra; y luego resulta que en todas partes el campesino es igual. Las gentes de las ciudades se distinguen algo más pero las de los campos, no. Hace unos años vino a dar en la ciudad de Salamanca, donde yo habito, el dramaturgo catalán Feliú y Codina, que empezó escribiendo en catalán y hoy escribe en castellano, el autor de *La Dolores*⁴, que es su obra más conocida. Venía a procurarse materiales para escribir un drama que ocurriría en Salamanca, un drama de “charrros”, y sabedor de que yo había recogido muchas frases, modismos, giros y formas de lenguaje de aquella tierra, acudía a mi casa a rogarme que se los enseñara. Me ofrecí a ello: “Pero ¿no sería mejor –le dije– que se detuviese usted algún tiempo aquí y estudiara el alma de la tierra, su modo de ser?”. Y Feliú y Codina, con un tono de convicción que después me ha convencido a mí, me dijo: “Yo traigo el drama hecho. Vengo a vestirlo, a adornarlo, con palabras, con trajes, con detalles de escenario. Las almas son lo mismo en todas partes; y lo mismo me da haber hecho *La Dolores* en Aragón, que aquí o en Murcia”. Y yo creo que tenía razón.

Es lo que me decía un inglés amigo mío: el pastor distingue a cada una de las ovejas de su rebaño; los demás, no las distinguen. Ustedes están hablando siempre de sus diferencias interiores; los que venimos de fuera, los vemos todos iguales. Y esta es una convicción que se me ha ido corroborando de cada vez más. Eso de las diferencias entre las distintas regiones de España es una leyenda. Se habla de las diferencias de lenguas y dialectos: más hay en Francia, donde existe el vascuence, el bretón, una multitud de *patois* y el provenzal; más hay en Italia y en otros pueblos.

De España se nos ha dado una historia falsificada. Y es que en la historia se oye a los pocos que gritan, no a las muchedumbres que trabajan y callan. Con cien metros que bajase el nivel del mar, el perfil de Europa quedaría desconocido; con que bajasen un poco las sombras del olvido, el perfil de la historia se desconocería también.

En nuestra historia, todo el mundo habla de pasos de pueblos sobre nuestra tierra; y no se tiene en cuenta que los invasores son cuatro gatos en comparación de la masa primitiva que siempre domina. Llega la invasión de los árabes, por ejemplo, y se oye el rudo galopar de los corceles

aragoneses; pero no se oye el tardo paso de los bueyes silenciosos que aran la tierra. Con todo ese desfile de pueblos, con todas esas invasiones, la roca primitiva de la raza permanece la misma todavía. Todavía seguimos, gracias a Dios, siendo berberiscos. Y esa roca primitiva de la raza es la misma aquí. Los primeros habitantes de estas Islas no han sido destruidos, sino absorbidos; y la raza primitiva canaria tiene el mismo origen, idéntica raigambre que las razas ibéricas de la Península⁵.

No viene de diferencias de raza nuestro cantonalismo, sino de una cosa que Hume⁶, el historiador inglés, llama “el individualismo introspectivo español”. Cada español se cree un rey, y es tan difícil unirnos a todos en un solo haz. Sentiría ofender sentimientos de los que me escuchan, pero quiero hablaros clara y limpiamente, y quiero citar algunos ejemplos. Se ha dado en nuestra patria el espectáculo triste de una ciudad que se puso poco menos que en pie de guerra y constituyó una Junta de Defensa porque trataban de quitarle una Capitanía General. Eso fue en La Coruña. Se ha dado el caso de una provincia entera, la de Navarra, que casi se levantó porque se pretendía que pagase más contribución que en el año cuarenta. Y luego, luchas de unos pueblos a otros, como entre Cádiz y Bilbao sobre la construcción de cruceros. Nadie hablaba de dónde se harían mejor; nadie se ocupaba del interés general, sino de cuál de los dos puertos tenía más derecho a satisfacer el hambre. Me acuerdo de las luchas entre Béjar y Candelario, y de la competencia que se hacían dos Universidades a quién aprobaba más alumnos para que no se fueran de la una a la otra.

Todo ello es de una tristeza abrumadora. Todo ello revela una absoluta falta de disciplina, de espíritu de sacrificio al interés de todos. Eso pasa en las luchas de clase: los agricultores luchan contra los industriales, los industriales contra los agricultores, y unos y otros contra la protección a la marina.

Sentiría que se encontrase bajo este techo un extranjero; pero debo decir que, una de las cosas más tristes que tenemos, la carcoma, la peste nacional, es la envidia. España es un país de envidiosos. Somos envidiosos por avaros, y no sé si somos avaros por pobres. No se nos ha enseñado que la civilización es cara; que vivir una vida de cultura, de adelanto, de comodidad, de confort, es una cosa que cuesta muy cara. Los pueblos que quieren ser libres, tienen que pagarlo. La libertad es más cara que la servidumbre.

Y sin embargo, España tiene, todavía una obra que cumplir; y yo tengo una fe grande en ella. Nuestra patria, desde el siglo XVI, se desangró como una mujer que pare, dando a luz a veinte naciones allende los mares. Ahora, que ve a sus hijas emancipadas, que ha dejado el lastre de las colonias, tiene que recogerse, conquistar el propio espíritu, afirmarse ante Europa, tener un ideal de cultura propio. En el descubrimiento y conquista de América recibimos tristes lecciones; todos los obstáculos que el obispo Fonseca⁷ puso a Cortés, todos los obstáculos que a Colón se le pusieron, toda la ruindad del oficinista ante aquellos hombres que tendrían sus defectos, pero que descubrieron un mundo para la civilización. Y ahora, cuando España se ha visto arrastrada a una nueva guerra, por mil razones, y entre ellas por evitar verse ceñida por todas partes por la nación vecina, “nuestra querida amiga”, ¡la mayor parte de las gentes no han visto allí más que un asunto de minas! También en Méjico no se veía sino asunto de minas.

Ese es precisamente el problema de más importancia: adquirir conciencia internacional frente a las demás naciones. Yo soy desde hace tiempo un estadista convencido. En España, la verda-

dera, la única garantía de la libertad individual es el Estado. El Estado es el mejor amo, el que más libertad da a sus servidores. El que menos exige y menos pide.

Después de haber hablado de estas cosas, de la España ideal, de la Historia, del Estado, sé que muchos diréis: ¿y nuestro problema? Vamos, pues, aquí, en paz y compañía, con una gran tranquilidad, a hablar de eso que llamáis vuestro problema. Y lo primero que ocurre preguntar, naturalmente, es si tenéis un problema; si hay realmente un problema canario: ¡Sí! Lo hay. Cada pueblo tiene un problema, pendiente de los problemas de los otros, como un eslabón de la cadena del gran problema eterno.

Sí; por lo que he oído, por lo que me han dicho, por lo que me han dejado de decir y por lo que yo mismo he adivinado, sé que existe entre vosotros un problema. Hablemos, pues, de vuestro problema.

¿Es vuestro problema el de la división? Creo que no. Si me equivoco, que me perdonen. Sospecho que eso no resolvería nada. La división multiplicaría las oficinas, aumentaría los gastos y nada resolvería en el fondo; además, naturalmente, inmediatamente, se encontrarían en una situación análoga Vigo respecto de Pontevedra, Gijón respecto de Oviedo, Jerez con Cádiz, Cartagena respecto de Murcia. Habláis de distancias; hay en España provincias en que para ir a la capital desde ciertas cabezas de distrito hay que andar leguas y leguas; hay algunas en los Pirineos en que es preciso internarse por Francia. Eso de la rapidez tampoco es cosa material; la rapidez es cosa del espíritu; en el mismo Madrid se eternizan y se alargan los asuntos cuando se quieren eternizar y alargar. Y ahora, permitidme que os lo diga, no quisiera ofender a nadie, pero, ¿no habrá en todo esto un poco de vanidad colectiva?; ¿no habrá algo de eso que se expresa diciendo “no por el huevo, sino por el fuero”? Y a esto sólo se me ocurre deciros lo que se lee en cierto pasaje del Quijote: “sentaos, majagranzas, que donde quiera que yo estoy, está vuestra cabecera”⁸.

No; no creo que la división resolviera el caso. Y sin embargo, hay un problema canario. ¿Está su solución en la autonomía? Temo también que no. Yo no soy autonomista. Tengo la creencia de que con la autonomía, lejos de desaparecer, se empeoran los cacicatos todos. El mejor cacique es el que está más lejos, y es más grande cuando es un hombre y no una sombra. No tenéis más que ver lo que ha ocurrido con la Solidaridad catalana, la última forma que ha tomado el anhelo de autonomía. Para el cabecilla de la Solidaridad no había más problema que ese. Los demás eran ensueños de románticos, de espíritus soñadores o de fanáticos. Y sin embargo, ha pasado muy poco tiempo, la Solidaridad se ha hundido y aquellos problemas han vuelto a imponerse.

Vosotros tenéis un problema mucho más grave que ese al que denomináis vuestro problema. Y (sin que esto quiera decir que no me parezcan muy puestas en razón una gran parte de vuestras demandas) no creo que ése se resuelva con la división ni con la autonomía.

Pero, ¿cuál es ese problema? No sé si yo me equivocaré. Antes de venir aquí había hablado con muchos hijos de esta tierra, había leído periódicos, había oído a muchas gentes; después he oído a los que me han hablado y a los que no me han hablado, pues también oigo por la espalda y a larga distancia. Y creo que tenéis un problema: el de vuestro aislamiento. Vivís aislados y vivís aislándoos. Decía Nietzsche que la enfermedad tiene una cierta tendencia a alimentarse de sí misma. He conocido muchos enfermos que tenían la voluptuosidad de su dolencia. Vivís ais-

lados; y lo que hace vuestra fuerza, hace vuestra debilidad. Vuestra fuerza es la posición geográfica que tenéis. Por aquí pasan buques de todas las naciones de la tierra; pero también pasan por encima las nubes; y, ¿de qué sirven si no descargan?⁹ Esto es a modo de mesón, donde se descansa, se toma un refrigerio, se deja algo de la bolsa, pero donde no se deja ni se toma nada del espíritu. Es un lugar de paso. Os encontráis con un horizonte cerrado; el mar os estrecha y os entrega a vosotros mismos.

Lo que a mí más me choca aquí, lo que más choca a todos los que vienen, es la escasa, la escasísima repercusión que aquí tienen los grandes problemas nacionales e internacionales. Hace pocos días se ha celebrado en toda España una manifestación; aquí no ha habido nada. ¿Es que eso no os interesa? Pues son esas cosas las primeras que deben interesaros. Si no os interesáis vosotros en los problemas de España, de Europa, del mundo, en las grandes cuestiones humanas, ¿cómo queréis que se interesen por los vuestros?

Hay en toda España, en todo el mundo, un problema económico-social. Todo el mundo ha estado pendiente del presupuesto Lloyd-George¹⁰ de Inglaterra. No tenéis más que ver esos partidos sociales que tenían patria y han hecho, sin embargo, las patrias. El verdadero patriotismo de hoy lo han fundado los socialistas. Al hacer internacionales a las naciones han hecho nacionales todos sus grandes problemas. Este problema económico-social se ha presentado en todas partes, sobre todo en España, donde existe un impuesto progresivo, pero invertido. Aquí pagan más los que menos tienen. Lo que debieran pagar los ricos, lo pagan los pobres. Hay ricos que pagan mucho menos de lo que deberían pagar, y pobres sobre los que pesa un impuesto excesivo. Y ante ese problema de todos, que es vuestro también, ¿qué importan la división y la autonomía?

Y en esto, no soy yo quien alborota el cotarro: son los que explotan a las clases pobres; son esas gentes que están aprendiendo a hacer huelgas y acabarán por obligar a que se despierte la taifa de los Correos; son esas masas a quienes se desprecia, a quienes se acude en momento de apuro. De esos os puede venir la resistencia a que llegue a ser este Puerto una factoría mediatazada por unas cuantas casas extranjeras.

Y hay un problema cultural, de ciencia, de arte, que es algo más que un *sport*, aunque no es extraño que se tomen como *sport* estas cosas donde la política se toma como juego de gallos. He necesitado venir a esta tierra para saber que hubo en ella un gran escultor¹¹ y que acaso mañana tenga un gran pintor¹². De aquí es también don Benito Pérez Galdós; ha escrito mucho, muchísimo; y sin embargo, ni una sola línea, que yo sepa, ha escrito de su tierra¹³; ¿qué significa esto? ¿Es que no os interesan estas cosas que son la memoria colectiva de los pueblos, lo que nos consuela de haber nacido, lo que nos hace mejores, más firmes, más tolerantes?

Y además del problema económico-social, de ricos y pobres, de pan del cuerpo; además del problema cultural, de ciencia y de hasta de pan del espíritu, hay un problema religioso. Aquí no os importa. Debiera importaros. Yo prefiero el fanatismo a la indiferencia. El otro día, en el encanto sedante y tranquilo de Teror, visitaba yo, con la reverencia que me merecen siempre las creencias de los pueblos, el santuario de la Virgen del Pino; y al visitarlo, recordaba aquel otro santuario de mi pueblo natal, el de la Virgen de Begoña, que fue consuelo de los afligidos, refugio de los navegantes y que hoy ha llegado a ser bandera de combate. Aquella Virgen ha hecho hombres a muchos hombres y ha hecho que las gentes sellen las calles con sangre en defensa de

sus ideales. Y es que mi Virgen, la Virgen de mi pueblo, no duerme; está velando siempre por encima de un pueblo cuyos hombres se han hecho con el hierro de sus montañas.

Estos, estos son los problemas que debéis resolver si no queréis caer en una rutina, que se mantiene por urbanidad para con Dios y por servidumbre ante las mujeres... y no las mejores. Se trata de despertar la conciencia, yo creo que la conciencia cristiana; de levantar al espíritu hacia Dios, de tener la libertad de mirarle cara a cara y de entenderse directamente con Él sin necesidad de contaduría.

Al ver, pues, esta vuestra indiferencia ante los grandes problemas, este ensueño en que vivís, sin preocuparos de las grandes cuestiones que afectan a España, a Europa entera, me convenzo de que vuestro problema es el del aislamiento. Pero, ¿este problema es sólo vuestro? No. Es el problema de toda España: lo que pasa aquí, pasa en el resto de España. Toda está aislada, y no digáis que busco una paradoja; está aislada de sí misma. No se conoce a sí propia. Cada cual busca su almendro para ahorcarse de él¹⁴. ¿Qué ha sido en España la historia de nuestras contiendas civiles? ¿Qué ha significado en España el carlismo sino el aislamiento interior, el aislamiento del espíritu del campesino contra el del mercader, del campo sobre la ciudad? Pero vino un momento en que se desgarraron las entrañas de la patria; vino aquella gloriosa, gloriosísima revolución de Septiembre¹⁵, de la que hoy se ríen unos cuantos mozalbetes; y aquella sacudida se sintió aquí también. Luego caímos en la soñarrera de que nos despertaron Cavite y Santiago de Cuba.

Hoy despierta España a las ciudades. Es Madrid, es Barcelona, es Bilbao, es Valencia, es Zaragoza, las que van a la cabeza de ese resurgimiento. Las ciudades son la conciencia de un país. La civilización viene de civil, y civil de “cives”. La civilización es ciudadana; y la primera obligación de las ciudades es civilizar el campo. El campo es muy hermoso para descansar; pero para vivir, luchar, para alimentar el alma, la ciudad. Es muy agradable descansar restregándose por los ojos la belleza de su verdura y de sus esplendores a la sombra cariñosa de un álamo, como ya decía Fray Luis de León; pero es para el que está cansado, no para el vago que nunca supo lo que es el combate. El espíritu del campesino está muy cerca de la tierra; y la libertad del hombre consiste en emanciparse de la tierra. Dios nos ha entregado la tierra para que la civilicemos; y cuando nos llame a Él podremos decirle: “Señor: aquella finca que nos diste es hoy digna de nosotros y de Ti también”¹⁶.

La ciudad es una nación. Los que conozcan algo la historia de las repúblicas sudamericanas encontrarán en sus ciudades el origen de aquellas naciones. Caracas y Bogotá hicieron dos pueblos distintos; y lo mismo puede decirse de Buenos Aires, que es la Argentina; de Montevideo, que es el Uruguay; de Lima, que es el Perú. Las ciudades son la conciencia de las regiones: la conciencia es ciudadana.

Aquí tenéis una Ciudad que es a la vez un Puerto, que está en la más penosa de las crisis: en la crisis del crecimiento.

Todo médico, todo educador, todo padre debe saber lo que es la crisis del crecimiento en el hombre. Anhelo, ensueños, desasosiegos: es el despertar de la pubertad, y vosotros estáis en esa crisis dificultosa; en ese período de los ensueños, de las aspiraciones y de los entusiasmos. Si hay algo triste surge en seguida la esperanza para mejores días.

Yo, desde mi llegada, he oído hablar de unas cosas que no entiendo, que no acabo de entender: unos partidos locales o locos, con nombres tan absurdos como ellos mismos. Si me dijerais

en qué se diferencian, diría que en lo que se diferencian los partidos gallísticos. Son como aquellos partidos americanos que se diferenciaban en colores: los rojos y los blancos.

Un día me preguntaba un extranjero en qué partidos se dividían los pueblos españoles. Y yo le contestaba: se dividen en antiequisistas, que siguen a Z, y antizedistas, que siguen a X. Y no les llamo equisistas y zedistas, porque, en realidad, no es que sigan a uno, sino que odian al otro. No es el amor, es el odio el que los agrupa; el odio de taifas, los tristes intereses mercantiles. Alguna vez se me ha dicho: todo lo que usted habla desde la región de las nubes vendrá, pero no ahora. Lo primero es vivir; y aquí recuerdo las palabras del Evangelio: “Buscad el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura”¹⁷.

En este estado de falta de idealidad, con unos partidos que no se distinguen, se os está deshaciendo, pudriendo toda una juventud en la que podríais poner vuestras esperanzas. Para mí nada tan sagrado como el niño y después el joven. Y ese niño, entregado a vosotros, no ve, al abrir los ojos a la vida, nada más que miseria y ruindad en torno suyo. A los niños, a los jóvenes, se debe la máxima reverencia. Yo que soy padre, y no de pocos hijos, no comprendo con qué cara se sienta a la mesa un hombre que ha estado destruyendo la idealidad de la vida. Comprendo lo que aquí, como fuera de aquí, es vivir de las apariencias. Comprendo la pobreza del dependiente; comprendo esas crisis económicas y lo que es el ganarse la vida. Pero no por eso ha de ensuciarse la fuente de la vida; vender el alma a un sueldo; alejarse de toda ilusión para no volver.

Y ahora, para dar a esto un poco de amenidad, se me ocurre leeros unas líneas –muy breves– que hace años escribí con la mayor amargura en el corazón: me refiero a la *Vida de Don Quijote y Sancho*¹⁸.

¿Y qué? Hay que ganarse la vida –me decía un amigo hace algunos días–. Es verdad. También yo soy pobre. Hace días os decía que un cómico me había representado en este escenario y que entonces yo era el cómico; ahora os lo digo con verdad¹⁹. También yo soy pobre y no quiero serlo.

No quiero ser avaro de lo que tengo.

Vuestra riqueza es la Ciudad. Haced, pues, ciudad, con división o sin ella; con autonomía o sin autonomía. Quizá por no ser capital sois lo que sois. Es muy fácil que si hubiera sido capital de la provincia no hubierais hecho lo que habéis hecho y dormiríais a la puerta de los centros oficinescos.

Si os sentís enjaulados, buscad alas, que los barrotes caerán como por encanto. Tenéis Ciudad; me dicen que de sesenta mil almas. ¡Si fueran almas! No sé si las hay en toda España. Si hicierais una ciudad de seis mil, de seiscientas, seríais grandes. Son esas almas las que tenéis que hacer.

Lo que os falta es orgullo, confianza de afirmaros. No tenéis el orgullo de vuestra fuerza y de vuestros destinos. Cuando Colón fue con sus carabelas al descubrimiento del Nuevo Mundo se detuvo en el Puerto de La Luz. Tenéis que hacer que los que partan al otro mundo se detengan también aquí a reparar sus fuerzas. Para ello id creando un clima moral, no el otro, y ya veréis cómo vendrán a estas tierras los que tengan tisis en el alma, no en el cuerpo²⁰.

Tenéis que hacer ciudad, civilizar el campo que os rodea. Tenéis que hacer la conciencia canaria. ¿Cómo? Yo creo que ya la estáis haciendo. Estas agitaciones es el despertar de la juventud. Plantear un problema es empezar a realizarlo.

Ahora sé que personas que me escuchan pensarán y dirán que nada concreto he dicho, que no he dado soluciones; que miro las cosas de muy alto. Yo os diré que no vendo específicos. He venido sólo a alborotar el cotarro. Si después cada uno que me ha escuchado piensa en lo que he dicho, en lo que he dejado de decir, en todo esto que os he expuesto, me doy por muy pagado. Con que quede una estela, una leve estela de discusión, de agitación, me voy muy satisfecho. No podía tener la pretensión ridícula de venir, siendo un extraño, a daros soluciones de problemas que vosotros conocéis mejor que yo, y que no me toca a mí resolver, sino a vosotros mismos. Yo sólo he querido decir cosas, algunas cosas que muchos de vosotros pensáis, pero que no os atrevéis a decir.

Y ahora, no tengo más que despedirme de vosotros. No ha pasado nada, no ha ocurrido nada; me habéis oído con tranquilidad; y hasta con benevolencia, según he podido apreciar. Ya veis cómo no es tan fiero el león como lo pintan.

Notas

- 1 “Discurso sobre la Patria”, pronunciado en el Teatro Pérez Galdós de Las Palmas el 5-VII-1910; reproducido en: *La Defensa*, Las Palmas, 7-VII-1910; *La Mañana*, Las Palmas, 7-VII-1910; *España*, Las Palmas, 8-VII-1910; *El Tribuno*, Las Palmas, 9-VII-1910; ARMAS AYALA (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1963 p. 398; NUEZ CABALLERO (ed.), *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 268; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 21; VVAA, *Unamuno. Encuentro con la Isla*, 1999, p. 55 [fragmento]. Por las mismas razones que el “Discurso de los Juegos Florales”, este discurso también presenta variantes. Se toma como texto modelo el de España, como hacen Alfonso Armas Ayala y Francisco Navarro Artiles. Sebastián de la Nuez lo recoge de *La Mañana*, Las Palmas, 7-VII-1910, y lo titula “Discurso del mitin republicano”. Sebastián de la Nuez yerra involuntariamente: la noche del 7 de julio es cuando tendrá lugar el mitin del partido republicano en el Circo Cuyás; lo que se publica en ese número es el “Discurso sobre la Patria” del día 5 de julio. Evidentemente, se confunden el anuncio del acto y el discurso de la noche anterior. El “Discurso del mitin republicano” no se llegó a recoger, tan sólo resúmenes comentados muy fragmentarios porque los argumentos de Rafael Guerra del Río y José Franchy y Roca (ambos, posteriormente, ministros de la República) contra el caciquismo de Fernando León y Castillo, fueron puestos en tela de juicio por Unamuno, entre otras cuestiones. Cfr. “El mitin de anoche”, *La Mañana*, Las Palmas, 8-VII-1910 y “El mitin de anoche”, *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 8-VII-1910.
- 2 Unamuno aclara sus intenciones, sin embargo sus intervenciones provocan la apertura de una brecha que se dio ya desde la Conquista. No sabemos quien es este amigo de Unamuno, pero puede haber en sus palabras una alusión a Federico GARCÍA SANCHIZ (1886-1964), escritor y conferenciante valenciano que por aquellas fechas se encontraba en Canarias, de la que llegó a decir que el apelativo de “Afortunadas” con la que se distinguía, le venía de la felicidad que provoca vivir en la ignorancia. Cfr. su libro *Nuevo descubrimiento de Canarias: las leyendas y los peligros que tienen estas islas*, Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1910.
- 3 Se refiere a Nicolás ESTÉVANEZ MURPHY y a unos versos de su poema *Canarias*:

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa;
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca inolvidable sombra.

Cfr. el artículo “El almendro de don Nicolás Estévez”, p. 131, donde Unamuno rectificará su consideración para con Estévez.
- 4 FELIÚ Y CODINA, José, (1847-1897). Dramaturgo catalán. Escribió obras costumbristas y zarzuelas.

- zuelas, con las que obtuvo notable éxito en Madrid. Destacan *La Dolores*, con música de Bretón, *La filla del marxant* y *Le gra de mesc*.
- 5 Unamuno se doctoró en 1884 con una tesis titulada *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*.
 - 6 HUME, David, (1711-1776). Filósofo e historiador escocés. Su pensamiento se asienta en una teoría empírica del conocimiento y en una concepción utilitarista de la política. *Tratado sobre la naturaleza humana* (1741-1742), *Investigación sobre los principios de la moral* (1751), *Historia de Inglaterra* (1754-1762), etc.
 - 7 RODRÍGUEZ DE FONSECA, Juan, (1451-1524). Obispo y político español de los Reyes Católicos y primer organizador de la política colonial. No era partidario de conceder protagonismo a los conquistadores y defendía la gestión directa de los Reyes y del Estado en el Nuevo Mundo.
 - 8 “Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera”, CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., Instituto Cervantes · Crítica, Barcelona, 1999, II, Cap. 31, p. 887.
 - 9 Unamuno tendrá en cuenta esta observación, cuando en la novela corta *Tulio Montalbán y Julio Macedo* (1920) describa el ambiente de isla donde viven los personajes: las “nubes pasaban sobre la isla sin dejar caer en ella su riego y los buques pasaban a lo largo sin detenerse en el pequeño puerto que era su capital”. Luego, refiriéndose a su protagonista, Elvira, señalará que ésta, desde una roca del golfo, veía “cómo pasaban a lo largo, como las nubes, los buques”. Citamos por *Obras Completas II*, edición de Ricardo SENABRE, Biblioteca Castro, Turner, Madrid, 1995, p. 162.
 - 10 LLOYD GEORGE, David, (1863-1945). Estadista británico. Canciller de Exchequer, Ministro de Municiones y Primer Ministro. De tendencia nacionalista galesa, reconoció el estado libre de Irlanda, redujo el poder de los lores y fue promotor de diversos proyectos sociales
 - 11 LUJÁN PÉREZ, José, (1756-1815). Gran Canaria. Imaginero de honda religiosidad e influenciado por el barroco, aunque de formas más sobrias y clásicas hacia su última época. Sus obras más notables son el *Cristo de la Sala Capitular* de la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria, el *Cristo de la Columna* de la Basílica del Pino de Teror y la *Predilecta, Dolores* que se encuentra en la Concepción de la Laguna. Cfr. *Mi destierro*, p. 139.
 - 12 MARTÍN-FERNÁNDEZ DE LA TORRE, Néstor, (1887-1938). Gran Canaria. Pintor, muralista, escenógrafo, etc. De adscripción modernista, destaca por una mitología pictórica canaria y la creación de una simbología (homo)erótica. Sobresalen las series *Poema del mar* y *Poema de la tierra*. Néstor fue el escenógrafo de los “Juegos Florales”.
 - 13 Cfr. “El estilo de Galdós”, p. 119
 - 14 Nueva alusión a Nicolás Estévez.
 - 15 Revolución de Septiembre, la Gloriosa o de 1868. Sublevación que provocó la caída de Isabel II y la proclamación de la Primera República Española.
 - 16 En los Evangelios es frecuente el pensamiento de que Dios ha dado al hombre la Creación para que la trabaje y la administre. Cfr. Mateo 25, 14-30; Lucas 19, 11-27; Marcos 4, 25 y 13, 43.
 - 17 Mateo 6, 33 y Lucas 12, 31
 - 18 *Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada por Miguel de Unamuno*, Librería de Fernando Fe, 1905.
 - 19 Cfr. nota 2 de el “Discurso de los Juegos Florales”.
 - 20 A finales del siglo XIX y principios del XX, los ingleses afectados de tuberculosis pasaban largas temporadas en Canarias para encontrar mejoría en la bondad de su naturaleza. Alonso QUESADA, incondicional de Unamuno, moriría en 1925 por este mismo mal; en 1922 había publicado *Las inquietudes del Hall*, novela en la que aborda el tema de los ingleses y la tragedia de esta enfermedad. (Cfr. “Prólogo a *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada”, p. 62, not. 5.).

III

Palabras de Unamuno¹

ANTES de marcharme de Las Palmas, a cuyo público estoy muy agradecido por su hospitalidad y benevolencia, mis amigos me indicaron su deseo de que diera lectura en público de algunos trabajos que he traído, como los llevo siempre, no más que para darlos a conocer a un reducido número de personas.

Puede esto considerarse como una especie de remanso que buscamos para descansar un momento de cuestiones y problemas. Aunque, si bien se mira, cuando no se trata de literatura en el mal sentido de la palabra, es decir, de un cosquilleo del oído... y esas cuestiones surgen siempre. La imaginación no se alimenta de otra carne que la razón o que el corazón. Lo que hace es darle forma distinta. La filosofía es una especie de poesía. Almeida Garret² dijo que los filósofos son tan locos como los poetas; pero además son tontos. Lo mismo la filosofía, que la poesía, que la religión, sirven para darnos un consuelo, para consolarnos de haber nacido. Platón, en *El Fedón*, dice: “Estas cosas pueden ser ciertas o no; pero hermoso es el riesgo que se corre de que lo sean”. Su oficio principal es aquietar el espíritu, como lo hacen, más aún, el mar y la música.

Yo, por mi parte —y que me perdonen los profesionales—, siempre he tenido un poco de antipatía al mar y a la música. La música es demasiado sedante.

Por eso mis poesías no son del todo musicales. Más de una vez me han echado en cara esto y su contenido metafísico. Hay en ellas una preocupación constante: la del tiempo que pasa, la eternidad, la muerte, el misterio de ultratumba; y a esto responde la monotonía de la forma.

Dada la costumbre que hay entre nosotros y lo acostumbrados que estamos a los versos que es preciso leer con metrónomo, con tamboril, extraña mucho la falta de rima y cadencia.

En mi pueblo había una banda que tocaba valeses, polcas, etc., etc. La gente bailaba y lo pasaba muy bien. Pero llegó un director más estudioso; la banda empezó a tocar sinfonías y óperas; y como no había manera de bailar aquello, la gente declaró que aquello no era música ni cosa parecida. Así le pasa a mucha gente con mis poesías. Ellas serán buenas o malas; pero no son bailables.

El efecto acústico, además, depende del ejecutante. Así pasaba con la música de Wagner: que como la ejecutaban músicos acostumbrados a la ópera italiana y la cantaban tenorios y divas habituados a las arias, dúos, etc., la destrozaban. Eso pasa también con las señoritas que tocan el piano; una señorita que está aprendiendo a tocar el piano, en la vecindad, es lo más horrible del mundo. Esa es la maldición del gitano.

En punto a lectura de versos, ha habido siempre una ejecución que nunca me ha convencido. Estas cosas no se pueden leer declamando, de una manera crepitante. Hay que leerlos a solas; y si se leen en público, dirigirse a cada uno como si estuviera solo.

Notas

- 1 “Palabras de Unamuno”, pronunciadas en el “Salón Saint-Saëns” del Teatro Pérez Galdós, en una lectura pública de sus versos y *La Venda*; publicada en: *España*, Las Palmas, 17-VII-1910; ARMAS AYALA (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1963, p. 408.
- 2 ALMEIDA GARRET, Joo Baptista da Silva Leito de, (1799-1854). Poeta romántico portugués que participó en la revolución liberal de 1820, escribió *O retrato de Venus*, por lo que fue procesado por inmoral, ateo y materialista. Sufrió destierro.

IV

Un recuerdo puro¹

ME llevo de esta ciudad de Las Palmas y de la parte toda de la isla de Gran Canaria que me ha sido dable recorrer hartos recuerdos, recuerdos que confío en que florezcan en mi memoria. Y tal vez logre un día –¡Dios lo quiera!– dar forma duradera a alguno de ellos.

Me llevo el recuerdo de un público atento y recogido, ansioso de entender y ansioso de conformar. De un público cuyo mejor aplauso es la atención.

Me llevo el recuerdo de mi excursión a Tejeda, tempestad de rocas petrificadas, y a Artenara; y el recuerdo del agradable sosiego de Teror, donde pasé la noche de San Pedro, oyendo el concierto de las ranas y de los caracoles marinos tocados junto a las hogueras². Y el recuerdo de aquel excelente alcalde, de D. Manuel Acosta, cuyas atenciones jamás podré olvidar, y del médico Antonio Yáñez, con quien al punto me unió esa simpatía de los que sin conocerse se estaban buscando.

Me llevo el recuerdo de las horas de la tarde que mataba, mejor dicho que vivificaba en casa de Luis Millares, departiendo de lo humano y de lo divino –más acaso de lo divino que de lo humano– y bordeando de continuo al misterio entre una y otra taza de té. Y a aquellas lecturas entre aquel grupo de jóvenes que sueñan y que a su modo, un modo nada bullanguero, protestan³.

Me llevo el recuerdo del silencio... fiel de Macías Casanova, que me ha acompañado por donde quiera. ¡Y no es poco tener un silencio vivo, no muerto, por escudero! ¡Y ese silencio era también una protesta!⁴ Más protesta que los estampidos de más de un declamador sedicente revolucionario.

Pero permitidme que ahora os hable de otro recuerdo que me llevo.

A los que por mal de nuestros pecados o por nuestra mala suerte nos ha cabido en ésta el llegar a una cierta notoriedad, nos persigue en múltiples formas la indiscreción pública. Han de inquirir los desocupados qué comemos y qué bebemos. Pero sobre todo nos persiguen los coleccionistas de autógrafos de postales y a quien Dios confunda.

El hombre es débil; es así que yo soy hombre, luego soy débil. Y por serlo he sucumbido a las solicitudes de esos implacables vampiros, pero os conjuro muy seriamente a que contribuyáis cuantos leáis estas líneas a acabar con esa costumbre, además de insustancial y ridícula, vejatoria para la dignidad humana. Sería un día de liberación espiritual para un pueblo aquel en que todos los coleccionistas y las coleccionistas de autógrafos, álbums y postales, los quemasen, arrepintiéndose y habiendo propósito firme de no reincidir en tan feo vicio. Vicio de oquedad de espíritu, que es el peor de todos⁵.

No me ha faltado el inevitable sablazo, por la intersección de tal o cual medianero, de una firma, o de un pensamiento, como si pudiese pensarse por encargo.

Padres, los que tenéis hijas, apartadles de esa manía. ¡Ah! Y no les enseñéis a tocar el piano.

Pero mientras uno y otra, guiados por la vanidad, me pedían la firma para su colección, presentáronse un día en el cuarto del hotel tres niños hermanos, José, León y Domingo Padrón, con una carta y unos pliegos de papel blanco. Y en la carta, que una persona mayor redactara y ellos

firmaron, me pedían les enseñase a hacer pajaritas y... otros juguetes de papel por el procedimiento del plegado y del cortado. Les dije que volviesen.

Y volvieron, y en un rato, antes de salir, les hice un pingüino –y os aseguro que el haberlo inventado garantiza mi ingenio más que la mayoría de mis producciones literarias–, una rana, una mesita y algún otro juguete. Y les dije que volviesen de nuevo.

Y un domingo, a la mañana, volvió sólo el más pequeño, Domingo, de ocho años, y mientras yo, tendido en la cama, lejos de mis hijos, plegaba y cortaba papel para ellos, mantuvimos una conversación. Y no la olvidaré nunca.

Este niño me sacó mi niñez a flor de alma, este niño me infundió el sentimiento de respeto que al hombre se debe. *Máxima debetur pueris reverentia*⁶. Aquel rato de la mañana del domingo, del día santo, fue un rato de oficio de pureza.

–Dice, si hay aquí alguna señorita que sepa enseñar a hacer estas cosas, me dijo Dominguito.

–Y yo: que no lo sabía.

–Dice: si hay en la Península algún libro en que se enseñe esto.

–Y yo: que si le hay, no le conozco.

–Y usted, ¿ha inventado estas cosas?, me preguntaba.

–Y yo: que unas sí y otras no. El pingüino, sí, lo he inventado.

Y me sentía crecer dentro de mí al sentir cómo crecía a los ojos del niño.

Me informé de su vida toda, de sus estudios. Me dijo que aspiraba a llegar a Capitán. Es hijo de militar. Y yo me veía, acercándome ya a los setenta, rendido, acaso de luchar con mis armas por mi patria. Y él, Domingo Padrón, defendiéndola cuando empezaba a recobrar su antiguo esplendor. Porque España volverá a ser grande y respetada.

–Y tus hermanos, ¿qué van a estudiar?, le pregunté.

–Y él: “Según las manías de ellos”.

¡Qué respuesta! Así es, la vocación suele ser manía, una forma de locura.

–¿Quién es el más listo de vosotros?, le dije.

–Y él: “Mi padre dice que yo”.

–Y tú, ¿qué crees?, añadí.

–Y él, sencillamente, sin petulancia: “Lo mismo que mi padre”.

Esta serena y sencilla fe en el propio valor, fundada en el testimonio ajeno, es admirable.

Le hice un elefante, una tetera, un lirio, una góndola, una gorra de visera, una mitra; y el niño, que no me quitaba ojo, dijo con su serena sencillez:

–¿No sabe nada más?

¡Ah, es tan poco lo que sabemos, tan poco!... ¡Sobre todo ante un niño! ¡Es tan poco lo que podemos enseñar a un niño!... Y lo que no podemos o no debemos enseñar a un niño es peor que si no lo supiéramos. Realmente es vanidad de vanidad⁷, cuando no perversión de perversiones, aquello de Salomón que no quepa en el alma de un niño de ocho años que aspira a capitán de los ejércitos de su patria.

Le sometí a una especie de examen, me mostró sus conocimientos de geografía; le hice dibujar uno de esos deliciosos dibujos infantiles, un tío y un cuadrúpedo indefinible, fantástico, que tal vez sea la profecía de una fauna venidera. Le hice firmar el dibujo y me lo llevo como uno de mis recordatorios de Las Palmas.

La entrevista tenía que acabar. Él se llevaba una buena cosecha, pero era mejor la que me dejaba. Me acordé de mis hijos, alguno de su misma edad. Me acordé de mis pequeños que esperaban la vuelta de su padre que se había ido allá lejos, más allá de los mares; y ocultando mi emoción —¡qué cobarde es el hombre!— le di un beso de despedida. Ese beso debió de repercutir, a través de los mares, allá en mi hogar. Acaso en aquel mismo momento besara su madre a alguno de mis hijos.

Salió Domingué de mi cuarto llevándose un gran gorro de visera hecho a su medida con un número de *La Mañana*⁸, el elefante, la góndola, la mitra, la tetera y el lirio, todo en amable compañía, y me quedé yo pensando, mejor dicho, imaginando cosas indecisas y vagas.

No sé si algún día volveremos a encontrarnos en los caminos de la vida Domingué Padrón y yo, pero si volvemos a encontrarnos, tal vez cuando él se halle en su primavera y yo en el invierno de mi existencia, ese encuentro despertará en mí el recuerdo de las horas más puras de mi vida.

Vive esa isla de Gran Canaria en una primavera perfecta; Dios quiera que en primavera perpetua vivan las almas de los que la habitan. Dios quiera que no sepan nunca más que lo que puede y debe saber un alma pura; Dios quiera que su manía sea llegar a capitanes de su patria, capitanes de una o de otra clase, que todo es arma y no menos la esteva del arado, el remo del barco, la vara del mostrador, o la pluma que la espada.

Y ahora, sólo me queda enviar a esa ciudad de Las Palmas por mediación de Domingué Padrón, el que aspira a capitán, un nuevo saludo. Y no el último. Espero volver a verla.

Notas

- 1 “Un recuerdo puro”, reproducido en: *La Mañana*, Las Palmas, 20-VII-1910; ARMAS AYALA (ed.), Anuario de Estudios Atlántico, nº 9, 1963 p. 432; NUEZ CABALLERO (ed.), *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 278; A-X, p. 209.
- 2 Rituales de la víspera del 29 de junio, día de San Pedro. El prendido de las hogueras aún pervive.
- 3 A finales del XIX y principios del XX se celebraban en la casa del Dr. Luis Millares Cubas, ubicada en Vegueta, la zona más antigua de la ciudad, tertulias sobre política, ciencias y artes; así como veladas poéticas, musicales y teatrales. En el pequeño teatro de la casa —*El Teatrillo*— se representó, un año después, *La Venda* de Unamuno. Cualquier personalidad que pasara por Las Palmas frecuentaba la Tertulia. Cfr. ARMAS AYALA, Alfonso, *opus cit.* pp. 354 [20]-358 [24].
- 4 Cfr. “Por Manuel Macías Casanova”, p. 41.
- 5 Pese a ser reticente a los autógrafos, de este primer viaje, conocemos tres. A Presentación Suárez Vega (26-VI-1910), que consiguió cuatro más entre 1907 y 1934, donde Unamuno desahoga la desazón sentida tras su actuación del día anterior. A doña Nieves Castillo de Rivero, esposa del poeta Domingo Rivero y madre de Juan Rivero del Castillo, antiguo alumno de Unamuno (18-VII-1910), en el que reflexiona sobre la ensoñación a la que invita el aislamiento y agradece la acogida en su casa del Monte Lestiscal. Y a Maruca Millares Farinós, hija de Luis Millares, (18-VII-1910), donde plasma versos de su “Letanía al Mar”, que dedicará a su padre. El 21 de junio de 1920, Unamuno concederá otro a Margot B. Bosch Millares, de dieciocho años, en el que fija una pequeña poética sobre la novela. Cfr. ARMAS AYALA, A., *opus cit.* pp. 382 [48]-387 [53] y 428 [94]-432 [98].
- 6 JUVENAL, *Sátiras* (XIV, 47), traducción, estudio y notas de Bartolomé SEGURA RAMOS, CSIC, Madrid, 1996: “Al niño se le debe el máximo respeto”.

7 Remedo de la antigua traducción del segundo versículo del Eclesiastés de la *Vulgata*: “vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes; vanitas vanitatum, et omnia vanitas”.

8 Diario fundado por *Fray Lesco* (seud. de Domingo Doreste Rodríguez) y Rafael Ramírez Doreste. Fray Lesco dirigió la publicación entre 1904 y 1915.

V

Por Manuel Macías Casanova¹

RECIBÍ la noticia como él la muerte: en sacudida eléctrica. Recordaba las últimas palabras que me dijo aquel mi silencioso escudero en los dorados días que pasé en la Gran Canaria: ¡hasta Salamanca! Pensaba venir acá, desde esa Isla hasta esta isla también –isla de meditación y de reposo–, ¿por qué no he de decirlo?, en busca mía.

Ante una muerte trágica, misterioso agüero del destino, deben ceder ciertos pudores. Y diré que jamás me he encontrado en mis correrías por esta nuestra España con devoción semejante. No acabo de comprender, os lo digo con el corazón en la mano, lo que podía atraerle a mí a aquel hijo del silencio, ceñido de una prematura melancolía. Y yo en él recordaba mi juventud taciturna y melancólica también. Y soñaba hacer con él lo que conmigo mismo he hecho; soñaba en él un discípulo, un verdadero discípulo, el discípulo querido, con el que tanto soñamos los puestos a amaestrar cuando los años nos han ablandado el corazón en la trilla de los desencantos. Me sentía ya, junto a él, padre.

Y la muerte, la muerte trágica, me lo ha arrebatado de las manos. Es una flor que arrancó del árbol el granizo. Tal vez, como sentía el clásico, mueran jóvenes aquellos a quienes los dioses aman², pero no deben morir aquellos a quienes los pobres hombres amamos.

¡Pobre Macías! Ha sido una ilusión más que la muerte me arrebató, un muerto más para el cementerio de mi corazón, pues son en él ya más los muertos que los vivos.

Aún me parece verle, a caballo, por los trágicos barrancos de Tejeda, detrás mío, callando, callando, callando mientras yo hablaba, hablaba y hablaba, teniendo a la vista, sobre un mar de niebla, como inmenso túmulo, Tenerife toda con su Teide sobre el cielo. Aún me parece verle, al anochecer, cruzar temeroso y vacilante, como bajo el vértigo, el monte de Osorio, camino de aquel Teror ceñido de reposado encanto. Aún me parece verle en Las Palmas, en casa de nuestro cordial Millares, oyendo con los ojos tristes tanto o más que con los oídos, y callando. Aún me parece verle... y todo aquello que yo pensaba hacer de él se me ha hundido en la noche eterna.

Yo sí que puedo decir de él que se me murió. ¡Se me murió Macías!

Dios –¡bendito sea hasta cuando nos castiga!– me arrebató una obra de las manos.

El callaba, callaba, pero lo oía todo, lo escudriñaba todo y todo lo tocaba. Por esto, por tocarlo todo, se murió.

Pocas, poquísimas veces, si es que alguna, me he sentido más querido, más hondamente querido que por Macías lo fui. Y en silencio, en el silencio protector de los más grandes cariños. Y pocas veces se ha encendido más pronto mi cariño hacia persona.

Tengo a la vista el programa, que se publicó, de la conferencia que después de mi salida de ésa se proponía dar ahí el malogrado Macías. Lo leo y encuentro en él reflejos de mis conversaciones. ¿Por qué no he de decir que los gérmenes de aquella conferencia abortada fui yo quien los puse en el espíritu de Macías?³ Iba a ser otra vez más que hablaba yo, a la vez que hablaba otro, conservando cada cual su independencia mutua, ante ese pueblo de Las Palmas, con el que tan recio recuerdo me une. Y la muerte al arrebatarme a Macías se llevó, en el silencio de éste, esas mis palabras traducidas.

Eran mis preocupaciones: lo que es una revolución y a su luz los sucesos de Barcelona, la actitud de la juventud frente al radicalismo español, la ramplonería del llamado libre pensamiento entre nosotros, la política en Canarias, el amor a la Ciudad, la vida de café y de burdel, el abrazo de la vida, la religión y la política entre sí, el misticismo en política, la “necesidad de despertar en el pueblo la inquietud metafísica, fuente de toda verdadera vida espiritual y de todas las hon- das y fructíferas virtudes sociales”. Pascal⁴ y por último “breves consideraciones acerca del fanatismo necesario”. Os digo que aquel programa se lo hice yo.

¡Oh, si hubiera podido oírle desarrollarlo, si hubiera podido oírme renovado, rejuvenecido! No hay placer como el de recibir nuestras propias ideas cuando vuelven a nosotros de un viaje por fuera, renovadas, enriquecidas, con nuevos ecos, con nuevas resonancias. Son otras. Y la vida espiritual es esto: un cambio de ideas y de sentimientos. Y nadie puede decir de una idea: es mía. Son bien común y pasan de unas en otras, enriqueciéndose en cada uno. Pero aun así y todo...

¡Pobre Macías! Resuena en mí de continuo su silencio vivo, consagrado hoy por la muerte, y aquel devoto recogimiento con que me decía las pocas palabras que llegó a decirme. De estas pocas fueron algunas para hablarme de su isla de la Gomera e inducirme a visitarla. Quiso llevarme a la Gomera, al verde islote que meció los ensueños de su niñez, al nido de su melancó- lica taciturnidad. Y siento no haber ido a la Gomera sobre todo por él, por mi fiel Macías.

La suprema trágica, la muerte, me le arrebató con arrebató eléctrico. Y murió callando el que callando había vivido, murió sin decir su palabra, murió sin decir, tal vez, mi mejor palabra. Porque son otros, son nuestros hijos espirituales, son nuestros discípulos, los puestos por Dios para decir nuestras mejores palabras. Y yo que soñaba con que mis frutos de Otoño hubieran en él dado flores de Primavera...

El fin de la vida de un hombre es hacerse un alma y él murió cuando empezaba a hacérsela.

Dios me lo arrebató, y me lo arrebató cuando se disponía a venir acá, a mi Salamanca. No le dejó salir de sus Islas, no le dejó desaislarse. Llevo a la isla eterna del eterno descanso, en torno a la cual canta el negro mar sin fondo y sin orillas, llevo a la verdadera isla afortunada... ¿quién sabe?

El recuerdo que con esa isla canaria me une ha quedado consagrado por la muerte; entre ella y esta mi Salamanca notará siempre en mi memoria aquel Macías, tronchado en flor cuando se disponía a venir acá, trayendo recuerdos de esa tierra.

Y quedamos nosotros en la tierra, a hacer lo que nos toca, y lo que no pudieron hacer los arrebatados a ella antes de tiempo; quedó en la tierra a llevar a cabo lo que por mí pensaba hacer. Dura y recia tarea la del veterano que tiene que llenar el hueco del bisoño que se destinaba a sustituirlo en la fila de combate.

¡Pobre Macías! Dios me le arrebató; bendito sea Dios y que en su seno, en el seno del santo eterno infinito silencio, guarde a Manuel Macías Casanova. Y que un día sienta que su espíritu silencioso sale a recibir a mi espíritu, pasado el supremo trance.

Salamanca, 23-IX-1910

Notas

- 1 MACÍAS CASANOVA, Manuel. Natural de la isla de la Gomera. Se había trasladado a Las Palmas, donde su padre era farmacéutico. Había incursionado en el mundo del periodismo y de la filosofía de Nietzsche y Schopenhauer. Tras la llegada de don Miguel, se propuso estudiar Filosofía y Letras en Salamanca. Sintió una gran admiración por Unamuno y a su vez éste quedó impresionado por el apego que le había tomado el joven, que vio en él un discípulo. Además de sus artículos, publicó parcialmente en prensa *Diálogos con el Maestro*, pendientes de exhumación. El 11 de septiembre de 1910 murió electrocutado al tocar un poste eléctrico. Alonso Quesada lo inmortalizaría en su poema “Coloquio en las sombras” de *El lino de los sueños*. Fue Macías quien sugirió a Unamuno la historia de *Tulio Montalbán* y *Julio Macedo*. Cfr. el “Prólogo a El lino de los sueños”, p. X y “Por Manuel Macías Casanova”, p. X. Publicado en *La Mañana*, Las Palmas (30-XI-1910); ARMAS AYALA (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, 1963, p. 436; AX, p. 214.
- 2 “Quem dii diligunt/adulescens moritur” (“Aquel a que los dioses aman, muere joven”). Cfr. PLAUTO, *Las Baquides* en *Comedias I*, edición de José Román BRAVO, Cátedra, Madrid, 1994, vv. 816-817, p. 328.
- 3 Parece ser que el programa llega a Unamuno a través de Fray Lesco, según una carta que envía al filósofo, fechada el 15 de septiembre de 1910: “Noches antes me había comunicado su resolución de ir a estudiar a Salamanca. A poco de V. marcharse ideó una conferencia cuyo programa guardé para remitirlo a V”. DORESTE RODRÍGUEZ, Juan, *opus cit.*, p. 626.
- 4 PASCAL, Blaise, (1623-1662). Matemático, físico y filósofo francés, muy del gusto de Unamuno. Su obra más importante, *Pensamientos sobre la religión*, constituye una apología del cristianismo. Concibe al hombre como un ser medio: a la vez virtuoso y mezquino (que son dos extremos) y la *apuesta* como una introducción a la fe.

VI

La Laguna de Tenerife¹

ESTA soledad del mar, que por todas partes nos ciñe, es un poderoso sedante, es casi un narcótico². Viene la inmensa sábana líquida palpitante desde el cielo, y viene cantándonos, por sus miles de olas recuerdos de la aurora del mundo, de muchos siglos antes de que naciera el hombre, recuerdos de antes de que hubiese vida. Y fue él, fue el mar, fue esta eterna esfinge azul de crin de plata la cuna de la vida. Y él, el mar, ciñe piadoso, con su pecho, a la tierra su hija, y cuando el sol asalta con sus rayos las montañas, cúbreelas el mar, como con un yelmo, con nubes.

E iba yo contemplando desde cubierta cómo pasaban las olas como pasan por la vida los hombres, e iba pensando en las ambiciones enterradas en el seno de esta fuente de consuelos. E iba pensando que este mar, que lo nivela todo, es escuela, de igualdad, y es escuela de libertad este mar que rompe toda barrera, dando alas al alma y lo es de fraternidad al juntar y enlazar los pueblos. Y pensaba que dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso —silencioso y tranquilo mientras su sobrehaz ruge y se agita—, reposar aquí mientras sus olas cantan nueva vida³.

“¡Ya se ve! ¡Ya se ve!” exclamaron unos estudiantes tinerfeños que volvían de vacaciones a sus casas, y apareció a lo lejos una sombra, como niebla oscura y pesada. Y poco después distinguíamos claramente los abruptos acantilados de la isla de Tenerife surgiendo del mar.

Del mar surgió en un tiempo esta isla. como las otras islas Canarias, en poderosa conmoción, en titánica lucha entre Vulcano, dios de las ígneas entrañas de la tierra, y Neptuno, dios de los inmensos mares. Porque estas islas, por tanto tiempo envueltas en la bruma de la leyenda; estos Campos Elíseos, estas islas Afortunadas éstas que algún soñador supuso un resto de aquella antigua Atlántida, de que Platón nos cuenta el mito, y donde remaban en felicidad y paz los hijos de Neptuno, estas islas fueron un alzamiento volcánico de las entrañas de la tierra, fue como si éstas levantaran su caldeado pecho a que se refrescase en el mar⁴.

La leyenda ciñó durante siglos a estas islas como las ciñe el mar, aislándolas de la realidad histórica. Ellas vivieron en el mar tenebroso, escondidas a las miradas, y se las creyó habitadas de seres maravillosos. Entre ellas vagaba también aquella fabulosa isla errante de San Borondón o San Balandrán⁵, la del santo irlandés que allá, entre los hielos del Polo, encontró a Judas, el traidor que salía cada año, el día de Navidad, del infierno para ir a refrescarse, en pago de un acto de caridad que una vez tuvo abrigando a un leproso con su capa.

Una de las primeras cosas que vi al desembarcar en el puerto de Santa Cruz de Tenerife fue un camello. No he vuelto a ver por acá otro Y pienso que aquel primer encuentro fue un *omen*, un agüero⁶.

Nada he de deciros de Santa Cruz de Tenerife. Sólo que ya allí empezó a impacientarme la lentitud de los hijos de esta tierra. Ya allí empecé a sentir los efectos de la soñarrera, de la dulce modorra del aislamiento.

Me apresuré a subir a la ciudad de La Laguna, a la ciudad de los Adelantados. En el camino os enseñan la casa nativa de don Nicolás Estévanez, y junto a ella el almendro que él, don Nicolás, ha hecho famoso Pues él cantó, diciendo: “Mi patria no es el mundo, mi patria no es Eu-

ropa, mi patria no es España; mi patria es una choza la sombra de un almendro”... ¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! ¡Acabará por ahorcarse de él!⁷

En La Laguna, un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma. En el cielo, bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo una torre oscura tronchada. Acá y allá, casas con salientes miradores de madera, de celosías, pintados de verde por lo común; unos miradores muy típicos, tras de los cuales se adivina a la dama que espera, que espera desde hace siglos; a la misma dama de los tiempos del Adelantado. En algunos tejados el *berode*, una planta que parece un pequeño pino. Pero han empezado a quitarla, con lo cual se quita a la vez carácter a la población. Aquellas humildes plantas, que hacen como un bosque diminuto, liliputiense, en los tejados, son algo, a la vez que decorativo, simbólico.

El palacio del obispo, unas cuantas casas solariegas, recogidas y silenciosas, allá del siglo XVII, dentro de las cuales deben de habitar todavía unas venerables ancianas ceremoniosas, unas tías cargadas de años y de recuerdos. Me han contado que los magos —así llaman aquí a los campesinos— confundían muchas veces con el buzón del correo la ventana baja y enrejada de una de estas mansiones señoriales, y echaban por ella cartas a sus parientes emigrados en América. Un día, al cabo de mucho tiempo, se hubo de abrir el sótano a que daba luz aquella solemne ventana; apareció su suelo sembrado de cartas que debían haber llevado consuelos a América. Desde entonces se le puso un alambrado a la ventana. ¿Y no os dice nada ese sótano de la vieja mansión señorial de La Laguna, guardando en su seno secretos de familias, ruegos, consuelos, convenciones, quejas, súplicas, la noticia tal vez de la muerte de la madre adorada? Es tal vez mejor que aquellas cartas no llegasen a su destino. ¿Qué más da?

Allí, en La Laguna, en la vieja ciudad de los Adelantados, la de la Universidad en un tiempo, recordaba cuanto en escritores americanos he leído de las viejas ciudades coloniales. Dicen que La Laguna parece una ciudad castellana, y algo hay de esto; algo también de castellano, pero de la Castilla montañesa tiene el campo sereno que la rodea. Pero hay, sin embargo, un tono especial que no es precisamente el de las viejas ciudades castellanas. Aquellas calles espaciosas y rectas, aquel despejo, aquel aire de rigodón monástico, algo de ceremonioso, todo aquello en que se adivina una creación señorial del siglo XVII, la diferencia de las rudas viejas ciudades castellanas en que alzan su cabeza indómita torres románicas, donde tal vez persiste algún trozo de muralla romana, donde hay algo de los siglos de la reconquista, algo que nos dice de una fe ingenua armada de tizona de combate⁸. La Laguna está vestida de casaca, o de hábitos de fraile, si queréis.

Alonso de Lugo firmó en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria un contrato, en 13 de junio de 1494, para terminar la conquista de la isla de Tenerife; púsose bajo la protección del duque de Medina-Sidonia, cuyo abuelo, el conde Niebla, había llevado el título de Rey de las islas de Canarias, y emprendió su empresa. Partió del puerto de Sanlúcar en seis carabelas, llevando 650 peones y 40 caballeros, esperanzados todos con la fortuna que allá, en las islas Afortunadas, les esperaba. Hizo Alonso de Lugo parada en la Gran Canaria, tomó en ésta algunas compañías de indígenas canarios, deseosos de medirse con los de Tenerife, no de otro modo que Cortés se valió de la ayuda de los tlascaltecas, para someter a los aztecas, y con este refuerzo y otros abordó a la isla de Tenerife. Abordó a Tenerife con 1100 hombres de a pie y 50 a caballo, adoró la cruz y reedificó el torreón derruido por los guanches.

Bencomo, uno de los reyezuelos de éstos, de aquella brava casta indígena, que debió de llevar en sus venas la sangre misma que hoy llevan los bravos cabileños del Rif⁹, y la misma también de la primitiva roca étnica de España –pues yo me complazco en creer que en el fondo seguimos los españoles todos, y más nosotros los vascos siendo berberiscos–, Bencomo, ufano con anteriores triunfos, bajó al valle de La Laguna. Uniéronsele Acaymo, Tegueste, Cebensuy y su hermano Tinguaro, con sendos contingentes. Alonso de Lugo, por su parte, dejando en la torre de Santa Cruz a los canarios, se puso en marcha y llegó al valle. Lo mismo que hacía Cortés hizo Lugo, y fue enviar por un lenguaraz o truchimán mensaje a Bencomo para que se rindiera, ahorrando una batalla. Rechazólo Bencomo, no de otro modo que Guatimocín. Y se trabó un combate del mismo genero de aquellos combates de que nos dice Bernal Díaz del Castillo, el inmortal cronista del inmortal Cortés. Los mosquetes y las ballestas de los castellanos abrían sangriento surco en las filas de los desnudos guanches, que, lanzando alaridos, defendían con piedras y palos su salvaje libertad. Y luego entraba en lucha el caballo, este monstruo que tanto pavor puso siempre en los pobres indios. El resultado de semejantes combates era casi siempre infalible. No les era posible a aquellos pobres indios resistir la superioridad de armamento, de disciplina y de ciencia militar de los castellanos. Pero al menos vendían cara su selvática independencia.

Pocas cosas hay más melancólicas que la lectura de los relatos de estos combates de los conquistadores con las indianas. Hace pocos días aún, aquí en estas islas, leía el relato que hace Prescott de la batalla de Otumba¹⁰, y se me llenaba el alma de tristeza. Como se llenaba de tristeza también al leer en los periódicos el relato de cómo ahí en el Rif, barrían nuestros cañones las filas de los pobres y bravos berberiscos. Y es, sin embargo, merced a esto como ha podido asentarse el reinado de la razón y de Cristo. La marcha de la civilización está sembrada de tristezas. No, no es dable construir sino sobre ruinas, y a las veces cabe la duda de si no hubiera sido mejor el otro camino, el que dejamos.

Y después de todo, el español casi nunca ha exterminado las razas indígenas de aquellos pueblos que ha conquistado, sino que se las ha asimilado, se ha fundido con ellos; ‘el español ha formado en dondequiera pueblos de mestizos. Y aquí, en estas islas Canarias, no exterminó a los guanches, sino que se fundió con ellos, fusión tanto más fácil cuanto que probablemente no eran, en el fondo, sino ramas de un mismo tronco, del tronco berberisco o del norte de África, modificado aquí y ahí por alguna otra mezcla. Los guanches fueron absorbidos y fueron bautizados. Eran españoles sin saberlo y antes que España viniese a turbar su secular siesta. Y no sería difícil rebuscando viejas memorias, venir a dar con la Malinche, con la doña Marina de Canarias como aquella otra que, enamorada de Cortés, le siguió en su carrera de gloria, coronando esta carrera de sangre con un nimbo de piedad y de poesía. Aquella pobre virgen a quien vendió su madre, aquella que sirvió al conquistador, más bien que de intérprete de lengua, de intérprete de espíritu; aquella “hermosa como diosa”, según Camargo, la que puso en comunicación a Cortés con Moctezuma, primero; con Guatimocín, después; la que fue el ángel tutelar del caudillo; la que descubrió la conspiración que contra él tramaban los de Cholula; la que le dio un hijo, un hijo desgraciado; la que, al volverse a encontrar con la madre que la vendiera, la perdonó, porque no había sabido todo el bien que le había hecho; esta Malinche es una realidad histórica, pero es un símbolo también. Y por ser un símbolo tiene tan honda realidad. ¿No hay alguna Malinche guanche? Sí, debió de haber varias.

Y volviendo a éstos, a los guanches, Bencomo y sus huestes tuvieron que abandonar el campo de La Laguna. El pobre Tinguaro fue muerto al entregarse, se le cortó la cabeza por orden de Lugo, y clavada en una pica se la hizo servir de terrible amonestación a los isleños. Dicen que en esta batalla murieron 45 españoles y 1700 guanches. Nunca fueron nuestros cronistas muy fuertes en estadística. Calculaban a ojo de buen cubero.

Después de esta batalla fue Alonso de Lugo reduciendo el país hasta que el 29 de setiembre de 1496 dio fin a la conquista de Tenerife. En abril de 1497 salió del lugar de los Realejos, trasladándose a la vega de La Laguna, lugar escogido para fundar la capital de la isla, y de las islas todas durante mucho tiempo. Se echó su trazado, y en 20 de octubre eligió Lugo seis regidores y dos jurados y se redactaron unas ordenanzas. El obispo, don Diego de Muros, recibió una donación de terrenos; echáronse los cimientos del convento franciscano de San Miguel de las Victorias –pues el día de San Miguel se remató la conquista– y a los frailes agustinos se les cedió terrenos para otro convento, que fue la cuna de los estudios universitarios del archipiélago. Y así, desde la fundación misma de la ciudad de La Laguna adquirió el carácter conventual que la distinguió más adelante.

¡Lo que sería luego la vida en esta ciudad colonial en aquellos siglos XVII y XVIII y aún a comienzos del XIX! Tertulias en los conventos y en las casas señoriales, chocolate a media tarde, monjas reposteras, eternas conversaciones sobre el último caso en que el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición entendiera y, de noche, tal o cual aventura galante. Una vida de singular lentitud, de marcha de gavota, ceremoniosa por fuera, mas no sin sus pasiones por dentro. Porque esta vida de rutina conventual y señorial no doma las pasiones, sino más bien las azuza. Sobre todo, la envidia. Las pequeñas rivalidades se exageran y las discusiones por un punto de erudición, por una minucia, adquieren una especial y específica venenosidad.

Esa existencia uniforme, siempre igual, se vería diversificada por tales y cuales fiestas señaladas por el calendario. Esto da una cierta novedad, ya prevista, a la vida. Cada año se espera tal o cual festividad, y sucede lo que sucede a los niños que gozan con estas novedades ya previstas, con esta especie de sistematización de lo imprevisto. Hasta las sorpresas se preparan. Y es la necesidad del cambio.

En las fiestas de Navidad coloquios, responsorios y autos celebrados en los templos, entre músicas regocijadoras, coplas picarescas y diálogos truhanescos. Y tal vez escándalos y excesos, como los que en la Navidad de 1791 hubo en Santa Cruz de Tenerife, en que el pueblo comió y bebió en el templo, bailando y arrojándose unos a otros manzanas y castañas. Frailes jóvenes que arrojaban sus hábitos y con vestidos seculares entonaban coplas subidas de color, y hombres y mujeres ebrios, que sentados en los altares brindaban por el nacimiento del Niño Dios. ¡Harto tenía que hacer el Santo Oficio!

Y no era el demonio precisamente el que las inducía a esos excesos; era más bien la monotonía de la vida, la soñarrera del aislamiento. Aunque ésta es un demonio, y de los más calificados.

Y seguía la ciudad su pausada existencia, incubando modorras y pequeñas pasioncillas, entre tertulias y aventuras, recibiendo siempre, aunque tarde y de lejos, la influencia del movimiento general europeo. Porque las sacudidas espirituales de la segunda mitad del siglo XVII, la labor de los enciclopedistas, todo lo que preparó la gran Revolución, no dejaba de llegar, bien por

amortiguado y tardío, a los más apartados rincones. Y a esta ciudad colonial de los antiguos Adelantados no dejarían de introducirse, de contrabando, aquellos libros vitandos, ni dejarían de ofender los oídos de sus reverendas paternidades proposiciones escandalosas, si es que en los corazones mismos de los buenos padres no hallaron cabida algunas perniciosas sugerencias del dragón infernal.

España empezó a agitarse después de la guerra de la Independencia, y esta agitación venía a romper en estas islas. El grito de Riego¹¹ en Cabezas de San Juan, el día primero del año 1820, no se hizo público en Canarias hasta el 20 de abril; tardó, pues, más de cuatro meses en llegar acá.

Poco después empezaron las luchas por la capitalidad de las islas, luchas que todavía persisten. La rivalidad entre Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas absorbe una buena parte de la energía espiritual de estos isleños, energías que podrían encauzar por canales más productivos. Y ello no es en mucho sino una consecuencia de aquella vida lenta, conventual y señorial, de tertulias caseras o monjiles, de fiestas de calendario, de siestas y de pasatiempo, en que se aguzan todas las pequeñas pasiones, y entre ellas la vanidad y la celotipia.

Todo este país está cambiando profundamente; ha recibido profundas conmociones, la mayor acaso, el cólera de 1852, que tan hondas huellas dejó en el cambio de su vida. Ha desaparecido el traje monjil de las señoras, de manto y saya negra; pero aún dicen: “Voy a gozar” cuando se dirigen a la iglesia, por lo menos algunas de espíritu rancio y arraigadas en tradiciones.

Hoy tiene la ciudad de La Laguna, como resto de su antiguo esplendor, además del obispado de Tenerife, uno de los dos de las islas, el Instituto de Segunda Enseñanza de estas mismas islas. Ocupa el local de un antiguo convento y en donde estuvo algún tiempo la Universidad canaria. Es un rincón de singular sosiego, un remanso de quietud que solicita al estudio –al estudio, sí, pero, ¿por qué no decirlo?, también a la siesta–, una isla de espíritu. El patio es un encanto. Allí, en aquel retiro, ¿quién no se decidiría a escribir una larga, muy larga, y minuciosa, muy minuciosa, crónica, contando las mil pequeñeces de aquella vida soñolienta y larga, tal cual se pudiera ir sacando de viejos archivos y de la enmohecida memoria de algunas venerables señoras? Porque de esas mil pequeñeces, consta la vida, la verdadera vida, y acaso es todo eso mucho más hondamente humano y, desde luego, más eterno, que el resonante y teatral tumulto de las campañas napoleónicas. Chismes de tertulia de convento o de mansión de marqués, aventura galante en el recodo de la calle al pie de la celosía, o tal vez en un rincón del templo mismo, una discusión sobre un dato de historia... ¡y qué de pasiones debajo de todo esto!

Allí cerca levantaba a las brumas del cielo la nevada cabeza el gigantesco Teide y en sus entrañas se agitaban los fuegos de las entrañas de la tierra. Y de ordinario nada señalaba esos fuegos volcánicos, como no fuese una columna de humo, siempre igual, siempre mansa, siempre rutinera, que iba a perderse en las brumas, en las brumas del ensueño.

Agosto de 1910.

Notas

- 1 “La Laguna de Tenerife”, reproducido en: *Por tierras de Portugal y España*, 1911, p. 261; VALBUENA PRAT (ed.), *Unamuno y Canarias*, s.f., p. 37; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 41; *Canarias*, 1997, p. 167; VVAA, *Canarias. Ayer y Hoy*, 1999,1, p. 96 [fragmento con el título: “La Laguna, ciudad de los Adelantados”] y p. 196 [fragmento con el título: “Alonso de Lugo conquista Canarias”]; A-I, p. 567; E-I, p. 322.
- 2 Este comentario de Unamuno tiene relación con el carácter tópico y despectivo del “aplataamiento” (cfr. “Discurso de los Juegos Florales”, p. X, not. 15). Hace alusión al enervamiento que provocan los climas tropicales. A. Ortiz-Osés, cuando delimita las zonas donde se da una filosofía *latino-mediterránea*, hace lindar ésta con Canarias en el sur: “La filosofía *latino-mediterránea* se situaría en un *estar* o *estancia* intermedia entre la filosofía nórdica del ser racioempirista y la mitología tropical del ser sedente/sedante (propondríamos a Canarias, nuestra provincia africana, como topología del ser como sedación –de *sedeo*–: asentarse y relajarse)”, *Visiones del mundo. Interpretaciones del sentido*, p. 92. Por el contrario, Tomás Morales interpreta este estado como la embriaguez de la inspiración platónica, bajo la refiguración moderna de los “paraísos artificiales”. Sólo que, al ser la realidad canaria un “paraíso natural”, las islas predispondrían, naturalmente, a la ensoñación *poiética* (“Canto Inaugural”, *opus cit.*).
- 3 Estos párrafos son prosificaciones de “El Poema del mar. Letanía al mar”, dedicado a Luis Millares. Cfr. los sonetos XXXV y L de *De Fuerteventura a París* (1925), donde el horizonte marino se revela como el ideal igualador y el mar como testigo de la aurora del mundo y símbolo de lo histórico e intrahistórico.
- 4 *Topoi* con que se insertan las Islas Canarias en el *continuum* clásico: los griegos concretaban la idealidad del Paraíso en los Campos Eliseos y los romanos dieron a las Canarias el apelativo de Afortunadas. Se ha querido ver en las islas del Archipiélago las cimas más altas del continente hundido de la Atlántida.
- 5 Santo irlandés que viajó por Irlanda y sus islas contiguas. Dice la leyenda que estuvo también en la Tierra Prometida a los Santos que se ha identificado con las Canarias. Un relato conservado, *Navegatio Brendan*, narra el viaje (Cfr. MARTÍNEZ, Marcos, *Canarias en la Mitología*, Centro de Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1992, pp. 94-103).
- 6 Unamuno no podría imaginar que catorce años después, en 1924, lo desterrarían a Fuerteventura, donde iba a tener la oportunidad de inventar literariamente al camello.
- 7 Nueva alusión a Nicolás Estévez.
- 8 Alusión a una de las espadas del Cid que fue ganada tras la captura del emir de Marruecos, Tizona.
- 9 Territorio del Norte de África habitado por beréberes. Preservadores de sus peculiaridades culturales, en 1921, vencieron al ejército español y, en 1923, debilitaron la dominación franco-española bajo el caudillaje de Abd-el Krim.
- 10 PRESCOTT, William Hickling, (1796-1859). Historiador norteamericano que, debido a la ceguera, recurrió a secretarios para sus trabajos. Se distingue por sus estudios de historia española. Unamuno se refiere a la obra *History of the Conquest of Mexico* (3 vols., 1843). La ciudad de Otumba es conocida por esta batalla, librada la mañana del 7 de julio de 1520. Hernán Cortés consiguió dar muerte al azteca portador del estandarte imperial, con lo que abatió el ánimo de los indios.
- 11 RIEGO, Rafael de (1785-1823). General español y político liberal, que proclamó que el rey debía jurar la Ley constitucional de 1812. Dio nombre al himno liberal y republicano.

VII

La Gran Canaria¹

ESTA ciudad de Las Palmas poco, muy poco tiene de interés para los que vamos buscando emociones que nos aren por dentro del espíritu. Ha crecido mucho, se ha ensanchado, se ha embellecido según entienden la belleza los comerciantes y los turistas por aburrimiento, tiene un puerto magnífico. Todo esto está muy bien, sin duda.

Aquí, en el puerto de La Luz, en el puerto de las Isletas, hizo parada Colón cuando iba al descubrimiento del Nuevo Mundo. Proponíase dejar la carabela Pinta, cuyo timón estaba fuera de sitio, cambiándola por otra. No pudo lograrlo. Por entonces Alonso de Lugo se preparaba a la conquista de la isla de la Palma. Y Colón se despidió aquí del viejo mundo y partió para el desconocido, que tanta influencia había de tener en el porvenir de estas islas. Porque ellas no son, ante todo y sobre todo, sino una avanzada de Europa, de España sobre América, y una avanzada de América sobre Europa, sobre España y sobre África. Son un mesón colocado en una gran encrucijada de los caminos de los grandes pueblos. En el descanso del viaje uno entra a pasar una noche, otro a tomar un refrigerio, otro a pisar tierra firme. Lo malo es que no tienen tiempo de internarse; el buque no espera. Y así, sólo ven la ciudad, el puerto. Es como en esas paradas en los antiguos mesones o ventas mientras mudaban el tiro de caballería. El viajero podía estirar las piernas, tenderse acaso en un lecho, tomar un restaurativo, pero no le daba tiempo a ir al vecino soto, a tenderse en el césped junto a un arroyo y oír cantar los pájaros. Y aquel encantador vallecito de que le hablaban caía muy lejos; el mayoral hacía ya restallar el látigo y los caballos de frescos piafaban. Había, pues, que continuar el viaje.

Y lo interesante aquí, en esta isla de la Gran Canaria, está en el interior, está en las dos grandes calderas² de este enorme volcán apagado hace siglos.

Subí a Teror, un pueblecito de singular sosiego, que me recordó alguno de los pueblos del Miño portugués. Si no fuese por las palmeras, este árbol litúrgico que parece un gran cirio de quieta llama verde, si no fuese por los plátanos, si no fuese por otras plantas tropicales, esto recordaría a las veces Galicia. Pero allá, en Teror, a cerca de 600 metros sobre el nivel del mar, el aspecto varía. El frondosísimo castañar de Osorio me recordaba más de un rincón de mi nativa tierra vasca. Y allí, en aquel castañar de Osorio, me tendí a la caída de una tarde hasta ver acostarse las colmas en la serenidad del anochecer. Es algo siempre nuevo, algo que siempre parece llevamos a la fuente de la vida, algo que nos invita dulcemente a confundimos con la madre tierra.

Era la noche de San Pedro, y al volver del castañar a la villa brillaban por dondequiera las hogueras en las sombras de las montañas y se oía el resonar de los caracoles marinos mezclado al de las ranas. Y entramos en aquel Teror de sosiego, donde tan bien se duerme.

Allí, en Teror, está el santuario de Nuestra Señora del Pino, la consoladora de las aflicciones domésticas de los canarios. Es una imagen barroca por la indumentaria³.

De mañana emprendimos la marcha a caballo para ir a visitar el valle o barranco de Tejeda, una de las dos grandes calderas volcánicas de la isla. El camino va por entre barrancas, donde a trechos cubre el suelo el humilde codeso; en hondonadas alzan sus cabezas frondosas el castaño y el nogal, y en calcinadas vertientes o entre rocas volcánicas prende tal cual miserable tabaiba.

Hicimos alto en Valleseco, un pueblecito tendido en la falda de la montaña, y que estaba engalanado por hallarse de fiesta.

Pasando senderos cortados a pico en abruptos y escarpados derrumbaderos, dimos vista al valle de Tejeda. El espectáculo es imponente. Todas aquellas negras murallas de la gran caldera, con sus crestas que parecen almenadas, con sus roques enhiestos, ofrecen el aspecto de una visión dantesca. No otra cosa pueden ser las calderas del Infierno que visitó el florentino. Es una tremenda tempestad petrificada, pero una tempestad de fuego, de lava más que de agua. Iba acordándome de un pasaje del gran poeta catalán, de Verdaguer⁴, en su *Canigó*, cuando describiendo una de estas formaciones nos habla de los gritos horrorosos que debió lanzar la Tierra al parir en sus años juveniles una de estas sierras, en sus días de conmociones –de pernabatre–, de sus noches de gemir, hasta sacar a la luz esas entrañas ígneas que al beso de la tempestad quedan fijas en rocas y peñascos.

Aquí se adivina lo que debió ser el terrible combate entre Vulcano y Neptuno, entre el dios del fuego y el dios del agua. Don Agustín Millares, en su excelente *Historia general de las Islas Canarias* nos habla de “movimientos histéricos en el suelo, detonaciones horribles en los aires, espesas lluvias de hirviente arena que oscurecían la atmósfera, arroyos líquidos de fundida lava cruzándose en todas direcciones, dislocaciones titánicas, valles, montañas, desfiladeros y barrancas en confuso desorden, se presentaban por doquiera sobre su superficie, que un mar siempre en cólera azotaba con violencia”⁵.

Saint-Claire Deville, explicando la formación de las islas Canarias, nos dice “que primeramente aparecieron al exterior las traquitas oligoclásticas, con las tobas y conglomerados que les son afines, constituyendo el núcleo central; luego siguieron los basaltos, llenando los puntos intermedios, y por último brotaron los mil y mil cráteres, cuyos conos cubren el Archipiélago, inundándolo con sus lavas”⁶.

La ciencia geológica nos explica cómo se alzaron, entre violentísimas contorsiones y titánicas tempestades, estas islas del fondo del océano, llevando consigo fósiles marinos; cómo siguió luego una época de descanso –y bien lo había menester la pobre tierra– en que el agua, el agua lenta y terca, el agua persistente, el agua que no descansa, hacia su obra, completando la del fuego. Porque si el fuego fue quien trazó las líneas generales de la tierra, quien desbastó su fábrica general fue el agua, la que modeló sus contornos y sobre todo la que los revistió de su ornato de verdura.

En este período acuoso, neptuniano, de lenta labor, debieron formarse grandes lagos en las cerradas cuencas de estas enormes hendiduras ígneas, lagos alimentados por espesas lluvias, que abrieron brechas en los acantilados de las costas.

Y allá lejos, por encima de las crestas en que se yerguen adustos, negros y encrespados los roques, se alzaba sobre el mar, no ya del agua, sino de niebla, la isla de Tenerife, cual visión celeste, y dominándola, el gigante atalaya de España, el pico de Teide. Era realmente un espectáculo que parecía sacarme de los estrechos límites en que caminaba aquel inmenso solio que se levantaba entre las nubes. Diríase que estaba suspendido en el cielo. De tal modo un mar de niebla cubría y abrigaba al mar de agua. Y la vista reposaba en aquella visión como en algo que careciese de materialidad tangible, como en algo que había surgido para recreo de los ojos y sugestión del corazón. Algún lagarto asomaba en tanto por entre las rocas y algún cernícalo suspendía su vuelo sobre el abismo. Y en el fondo de éste no se oía bramar el agua.

Es, en efecto, uno de los más extraños efectos de esta tierra el de asomarse a una barranca y no ver el agua en el fondo de ella. El agua está acá y allá embalsada cuidadosamente por el hombre o corre por canalillos de acequia, obra también de mano humana. Pero un río, un verdadero río, un río rumoroso, con sus cascadas, sus colas de caballo, sus remansos, sus rápidos, esto no se ve. Extraña impresión produce en esta misma ciudad de Las Palmas cruzar el puente del torrente del Guiniguada, que no es, en esta época del año por lo menos, sino un lecho pedregoso y negro por donde no discurre ni el más leve hilo de agua. Y el agua es como el alma del paisaje; en ella se ven reflejados árboles y colinas y como que adquieren visión y conciencia de sí mismos.

Llegamos al pueblo de Artenara, un pueblo de cuevas colgadas de los derrumbaderos sobre el abismo. Allí está la ermita de la Virgen de la Cuevita, iglesiuca tallada en la roca misma, de la que se han sacado el altar, el pulpito, los confesionarios. Todo ello de una sola pieza. Y no dejan de tener sus comodidades aquellas cuevas, cuidadosamente enjalbegadas, en que viven los vecinos de Artenara. Tal vez algunas de ellas sirvieron en otro tiempo de guarida de los guanches, que vivían en cuevas. Y en cuevas algunas de las cuales resultan hoy de no muy fácil acceso. Pero los trogloditas modernos han procurado amenizar sus viviendas con tal cual refinamiento de industria ornamental. En estas cuevas muéstrase el atavío todo de una casa campesina; la vajilla en exposición, las paredes cubiertas de oleografías de santos o de retratos de bellezas profesionales, tal cual Cristo en talla de madera, exangüe y sanguinolento a la vez, dentro de su caja encristalada; fotografías de ausentes y sobre las cómodas y armarios juguetillos y baratos bibelotes de todas clases. Y antójase que ha de cobrarse un especial cariño, un afecto entrañado, a esta mansión abierta en la entraña misma de la tierra.

Allí, en aquel formidable retiro de Artenara, me encontré con un catalán que llegó a él, hace treinta años, desde la riente plana de Vich, se casó con una de las hijas de las cuevas, y allí se quedó a ganarse y gastarse la vida, frente a las convulsas rocas. ¡Treinta años en aquel destierro! Hace unos diez salió una temporada, yéndose con su hija a recorrer España, Francia e Italia, a restregarse el espíritu con la obra de la civilización europea, y volvió a allá, a su retiro de Artenara, al rincón que con su trabajo ha conquistado. ¡Toda una vida! Y a todo el que por aquellas abruptas soledades pasa le atiende y le agasaja don Segismundo, que así se llama, como el héroe de *La vida es sueño*. ¡Y qué sueño el de la vida sobre aquel abismo pétreo!

Por entre barrancas de nuevo, dando un rodeo, tomamos a Teror. Era de noche ya cuando atravesábamos el castañar de Osorio.

Al día siguiente, después del sueño intranquilo y agitado que sigue siempre a estas sacudidas de cuerpo y alma —pues la novedad de las visiones cansa más aún que el ajetreo del caballo—, emprendíamos marcha, a través de lo que llaman la Montaña⁷, a la quebrada de los Tilos. El camino es riente, festoneado casi todo él de verdura y de árboles.

Allí, en aquella casita blanca, que no es sino una cueva adornada y arreglada, vive el masón, me dijeron. Y el masón no es sino un buen hijo del país, vuelto de Cuba, donde hizo alguna fortonita, tal vez expendiendo leche, y que vive allí en su nativa cueva, que ha exornado y embellecido, sólo, sin tratarse con nadie, envuelto en sus recuerdos, protegiendo acaso su soñarrera, y a quien tan sólo porque no oye misa se le llama el masón. No se trata con nadie, evita el comercio humano, atiende y festeja a quien acierta a visitarle en su retiro; pero, si luego le en-

cuentra, ni aún lo saluda. Toda una vida también, como la de don Segismundo el de Arténara. Y tal vez estos rincones no se han hecho para otra clase de vida. ¿Quién acierta? ¿Quién sabe vivir? No cabe aquí sino aquella nuestra castiza frase, tan castiza que hay escritores extranjeros concedores del español, que se han creído obligados alguna vez a tomárnosla, y decimos nosotros y en nuestro romance: ¡Quién sabe!...

Bajamos a los Tilos, desde la finca de San Fernando, por un abrupto atajo. Y allí, en el fondo, una riqueza de frondosidad. Y un arroyo, un verdadero arroyo, con agua fresca, rumorosa y corriente. En ella hundí mis pies enardecidos y en el chorro de una fuente chapucé mi cabeza. ¡Qué lejos del mundo en aquella quebrada de los Tilos, entre los tilos y eucaliptos! Era como un aislamiento más en el aislamiento de esta isla. Oscura capa de arbolado reviste las vertientes de la barranca. El rumor del arroyo y el canto de los pájaros son el tic-tac del reloj de la vida. Se siente ganas de quedarse, de quedarse a olvidar... ¿a olvidar? Tal vez más bien a recordar. ¡Quién sabe!... Pero los cuidados le persiguen a uno adondequiera como las Erinias⁸, las Furias, a Orestes. ¡Hay que volver! ¡Hay que volver, es decir, hay que seguir viviendo! Mañana espera; espera ese terrible mañana, que es el eterno misterio. ¡No poder quedarse en una de estas quebradas, junto al arroyo, bajo los tilos que forman como una vasta catedral viviente, con sus miles de columnas y su bóveda de follaje; no poder quedarse allí, en un hoy perpetuo, sin ayer y sin mañana!

Tuvimos que volver a Teror, a la villa recogida y plácida, que sueña entre sus montañas.

Y luego, otra vez a Las Palmas, por la polvorienta carretera. En este terreno volcánico, de lavas deshechas, y con lo poco que llueve, las carreteras son singularmente polvorosas. Este polvo ocasiona dolencias de los ojos y estropea un poco, muy poco, las excelentes ventajas del clima. Una carretera cuesta aquí triple que en la Península y su conservación se hace mucho más difícil.

Todo el mundo habla aquí de la explotación del clima⁹, que es realmente delicioso. Una de mis satisfacciones egoístas y malignas en estos días es imaginarme el calor que estarán pasando mis convecinos de Salamanca. Aquí, desde que llegué hace ya quince días, apenas se ha quitado el toldo de nubes con que el mar piadoso nos preserva de los furores del sol implacable. Hay brisa casi continua. Pero hay gentes también que se preocupan de pensar si este tempero constante, si esta eterna primavera, si esta igualdad de clima no será una de las principales causas, tal vez la mayor y más importante, de este especial enervamiento de espíritu, de esta hemorragia nerviosa, que llaman aplanamiento. Yo, por mi parte, no creo que proceda del clima material o físico, sino más bien del clima moral, del estado de los espíritus. Y si se me dijera que el clima moral depende del material, que el estado de los espíritus procede del estado de la tierra, diría que más bien que de la temperatura depende esto del aislamiento geográfico. El aplanamiento, la soñarrera, se curaría merced a comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, sobre todo más intensas, con España y con el resto del Europa y con América. A estas gentes les hace falta, como les he dicho en público, interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual les desinteresaría de sus pequeños problemas insulares, de sus rivalidades de isla a isla.

Este pueblo de Las Palmas es un pueblo en su crisis de crecimiento, con todos los fenómenos que a ella acompañan; un pueblo que empieza a entrar en la pubertad civil, que apenas si comienza a adquirir conciencia colectiva pública de ciudadanía. Y en el fondo tal vez los efectos

de la honda crisis económica que a la del crecimiento acompaña. Han empezado ya las huelgas de los obreros cargadores –de carbón y de carga blanca– del Puerto de La Luz; huelgas que podrán llegar a ser una sacudida en la conciencia pública y que acaso eviten el que esta hermosa ciudad española, henchida de promesas y esperanzas, llegue a ser una gran factoría mediatizada por unas cuantas casas extranjeras. Porque mete pavor en cualquiera corazón de español patriota el oír cómo se habla aquí de *las casas*. Y esas casas tratan a sus obreros españoles, canarios, como acaso se guardarían muy bien de tratarlos si fuese en su tierra. Esta es dondequiera nuestra desgracia.

Y en tanto, mientras poderosas casas extranjeras, inglesas, alemanas, francesas o belgas, explotan en nuestra tierra nuestros recursos, están en España los Bancos abarrotados de dinero, y hay quienes se hallan a la espera de cualquier dehesa por vender, para comprarla, capitalizada su renta, ¿quién sabe?, al tres, al dos o tal vez al uno. ¿Es que no hay capitales españoles para independizarnos de esa bochornosa tutela económica de los de fuera? Sí, capitales españoles hay, pero lo que hay sobre todo es la singular cobardía del capitalista español. En esta tierra de jugadores, raro es el que se decide a arriesgar su fortuna en una empresa industrial o mercantil. Sobre una carta, sí; sobre un negocio, ¡no!

El cólera, el año 1851, precedido del hambre, fue acaso la primera sacudida del despertar de esta ciudad, y con ella de la isla. A toda gran calamidad de esta índole, a toda epidemia, suele seguir un período de actividad, como si se quisiera recobrar energía perdida. Las fuentes de la vida engrosan su ahorro. Y así, aquí se siguió una nueva vida a aquel terrible azote. Vinieron los puertos francos, la construcción del puerto de La Luz, el cultivo de la cochinilla, que inundó de riqueza a la isla, y en tanto se agitaba el viejo pleito de la división de la provincia, la vieja rivalidad entre la ciudad de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife. En 1858 se restableció la división de 1852, entre el regocijo de Las Palmas y la indignación de Tenerife. Pero la guerra de África de 1860 hizo que estos isleños olvidaran por un tiempo sus intestinas disensiones. Por este mismo tiempo la cochinilla era oro. Y de nuevo hizo acallar sus discordias interinsulares la gestación y el estallido de la gloriosa revolución de setiembre de 1868¹⁰. El pueblo canario volvió a palpitarse con las palpitaciones de la madre patria. Todo parecía despertar. Se expulsó a los jesuitas del seminario de Las Palmas, se exclaustro a las monjas de San Ildefonso, y en Tenerife se instalaba en La Laguna una Escuela libre de derecho y se expulsaba también a las monjas de la Orotava. Durante el breve período de la República los diputados canarios se comprometieron a proponer y sostener que el Estado de Canarias se subdividiera en dos Subestados, y, en el caso de que la comisión se opusiera a ello, que turnara la Dieta entre las islas de Tenerife y Gran Canaria. Lo firmaba, en primer lugar, don Nicolás Estévez, el que como poeta tiene por patria la sombra de un almendro muy lejos del cual vive”, y don Fernando León y Castillo, nuestro embajador en París, y el actual gran cacique y amo político de esta isla.

Con la Restauración volvió la soñarrera. Pero durante ella, en 1883, se inauguraron las obras del gran puerto refugio de La Luz, porvenir de esta ciudad y de la isla toda. Y empezó la verdadera nueva vida.

Durante nuestras tristes guerras coloniales y la otra, la que no debe mencionarse, los canarios mostraron lo acendrado y puro de su patriotismo español¹¹.

La guerra del Transvaal¹² fue una fuente de riqueza para esta tierra, como la de Crimea¹³ lo fuera para toda España, donde aún se dice: lluvia, sol y guerra en Sebastopol.

Y es ahora, cuando la paz empieza a consolidarnos, cuando vamos curándonos del desangre de Cuba y Filipinas, cuando parece abrírsenos un porvenir en África¹⁴, en esa África a que geográficamente pertenecen estas islas; es ahora cuando vuelven a agitar sus intestinas disensiones y renuevan el pleito de la división. Mas no me cabe duda de que en cualquier conmoción general de España, cual peligro de la patria común, relegaría ese pleito aquí mismo al lugar más secundario que le corresponde. El pleito grande aquí es el de hacer ciudad, el de hacer ciudad en esta avanzada de España sobre América y sobre África, en esta portalada de América para España y para Europa.

Los que alguna vez vengáis a Europa —es decir no sé si en rigor es desde Europa desde donde ahora escribo—, los que al cruzar el Atlántico os detengáis un momento en este mesón puesto en una encrucijada de caminos de los pueblos, no dejéis de echar pie a tierra en él, y si disponéis de tiempo internaos en la isla. No perderéis el tiempo. Os lo aseguro.

Agosto de 1910.

Notas

- 1 “La Gran Canaria”, reproducido en: *Por tierras de Portugal y España*, 1911, p. 247; *La vie des peuples*, Paris, n° 51, juillet, 1924 [con el título: “La grande Canarie”]; VALBUENA PRAT (ed.), *Unamuno y Canarias*, s.f., p. 19; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 33; *Canarias*, 1997, p. 161; *Unamuno. Encuentro con la Isla*, 1999, p. 44; VVAA, *Canarias. Ayer y Hoy*, 1999, 1, p. 74 [fragmento con el título: “El valle de Tejada”] y p. 76 [fragmento con el título: “Artenara, un pueblo de cuevas”]; A-I, p. 555; E-I, p. 315.
- 2 Depresión volcánica por aplicación metafórica de ‘vasija metálica grande y redonda’. Quizás del portugués *caldeira*, si es que el término portugués no deriva por influencia canaria. Cfr. MORERA, Marcial, *Diccionario Histórico-etimológico del habla canaria, con documentación histórica y literaria*, Gobierno de Canarias, Islas Canarias, 2001, p. 217. Míticamente, la caldera es considerada recipiente de las fuerzas inferiores, de ahí su uso por las brujas. La aplicación metafórica a un accidente geológico aboca al *descensus ad inferos*, por eso Unamuno se acordará posteriormente del peregrinaje de Dante por el Infierno.
- 3 Es creencia que el 8 de septiembre de 1481 apareciera en un pino, probablemente situado en una zona de culto aborigen, la imagen de la Virgen.
- 4 VERDAGUER I SANTALÓ, Jacint, (1845-1902). Sacerdote y principal poeta de la *Renaixença* catalana iniciada en el XIX. Unamuno se refiere a *Canigó*, canto épico a la Cataluña de la Reconquista y a su formación. M. CRIADO del VAL estudia la mitologización atlántica de Jacint Verdaguer y las similitudes estéticas con Tomás Morales. Cfr. su *Atlántico. Ensayo de una breve estilística marina*, Madrid, s/f [1944], pp.177-208.
- 5 MILLARES TORRES, Agustín, *Historia general de las Islas Canarias*, Tomo primero, Imprenta de la Verdad de I. Miranda, Las Palmas, 1893, p. 139. A. Millares Torres (1826-1896) era notario, historiador, novelista, músico y colaborador en prensa con artículos y poemas. A parte de su *Historia general...*, escribió obras como *Historia de la Inquisición en Canarias* (por la que fue excomulgado), *Biografías de Canarios Célebres* (1871) o la novela *Harimaguada Benartemi* (1858).
- 6 Saint-Claire Deville es citado por Agustín Millares, *opus cit.*, p. 139 nota 1. Escribió *Voyage géologique aux Antillas et aux île de Tenerife et de Fogo*, 3 vols, Gide et J. Baudry París, 1848-1859.
- 7 Montaña, Bosque o Selva de Doramas, en la isla de Gran Canaria, caracterizada por la frondosidad de su vegetación y amenidad. Llamada “Doramas” por abrigar al heroico caudillo del mismo nombre que

- menoscabó la acción colonial. Autores canarios y visitantes ocasionales la han inmortalizado en sus páginas. Para un breve repaso por la tradición literaria del Bosque, cfr. SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, *Estudios sobre Cairasco de Figueroa*, Real sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, Tenerife, 1992, pp. 67-151. Para la articulación de una poética cultural del mito, cfr. GUERRA SÁNCHEZ, Oswaldo, *Un modo de pertenecer al mundo. Estudios sobre Tomás Morales*, Nueva Biblioteca Canaria, 4, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 2002, pp. 51-88; PÉREZ, Bruno, *La experiencia modernista de Tomás Morales (Espacio, cuerpo y poética)*, inédito, 2002, pp. 47-62.
- 8 Nombre más antiguo de las Euménides (griego), Furias o Diras (latinos). Es el epíteto de los espíritus de aquellos que han sido asesinados y que persiguen a su verdugo, a menos que estos se refugien en tierra que no haya sido manchada con sangre.
 - 9 Cfr. “Este nuestro clima”, p. 83. En *Mi destierro*, apuntará el 4 de marzo de 1924: “Ellos son del Clima”, p. 139.
 - 10 Cfr. “Discurso sobre la Patria”, p. 33.
 - 11 Los canarios fueron llevados a la guerra de Cuba por razones de natural adaptación a los climas tropicales. Ésta supuso un fratricidio, debido a la coparticipación de una misma situación histórica con las colonias ultramarinas y a los lazos de consaguinidad establecidos por la migración. Motivos que en buena parte causaron la desertión del ejército español y el consecuente olvido de Canarias del Gobierno Central en el Tratado de París del 10-XII-1898, en su artículo IX.
 - 12 Guerra de los Bóeres o Guerra Sudafricana (1899-1902). Las minas de oro y diamantes sudafricanas atrajeron a los ingleses. Éstos reivindicaron los mismos derechos que los bóeres (colonos descendientes de holandeses). Si bien la contienda comenzó siendo favorable a a estos últimos, las fuerzas inglesas se impusieron. En mayo de 1902, los bóeres firman su rendición y reciben a cambio la amnistía internacional y la devolución de sus propiedades. La comarca bóer se integró luego en la Unión Sudafricana.
 - 13 Guerra de Crimea (1853-1856). Conflicto entre Rusia, por un lado, y Turquía, Inglaterra, Francia y Cerdeña, por otro. Rusia, aprovechando la debilidad del Imperio Otomano, veía la posibilidad de hacer espacio en el Bósforo; para ello, pretendía convertirse en protectora de los monjes cristianos dentro del Imperio Otomano, y así poder intervenir en asuntos internos del país, por lo que el Imperio le declaró la guerra. Luego se anexionarían los países aliados.
 - 14 Guerra sostenida por el ejército español en el Norte de África tras la declaración de guerra a Marruecos el 22 de octubre de 1859. El ejército, bajo el mando del general O’Donnell, derrotó a las fuerzas de Muley Hassan en Los Castillejos, tomó Tetuán y libró la batalla de Wad Ras. El 26 de abril de 1860, se firmó la paz y Marruecos cedía el territorio ocupado hasta Tetuán.

VIII

“Prólogo” a *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada¹

NO olvidaré tan aína mi viaje a las Islas Afortunadas, ni aquella estancia en Gran Canaria, ni mi correría, caballero, por sus barrancas centrales en compañía del taciturno Manuel Macías Casanova²...

El pretexto para aquel viaje inolvidable, grabado ya en la roca de mi espíritu, fueron unos Juegos Florales a que me llamaron de... mantenedor. Y yo, que no creo en eficacia alguna de semejante fiesta, sino que es, más bien, una profanación de la pura y libre poesía, y que he acudido a ella casi siempre con el deliberado propósito de alterar su índole y aprovecharla para otros fines, fui a los Juegos Florales de Las Palmas a decir lo que bien me pareciera³, y, sobre todo, a conocer aquello y los espíritus que allí, en aquel a-isla-miento, alientan y ansían. Y no parece que me desempeñé tan mal de mi cometido. Mas, sobre todo, traje afectos y dejé afectos allí, lo que bien vale un viaje.

Celebráronse los Juegos Florales, y entre los que en ellos tomaron parte, mientras yo rumiaba mi discurso una vez más, adelantose a recitar una poesía premiada un jovencito endeble y muy movedizo. Empezó, no a recitar, sino más bien a canturrear algo quejumbrosamente, moviéndose de un lado a otro: un romance octosílabo en que los versos pares, no ya asonantaban, sino consonantaban en “-ía”. Aquello me resultó algo artificioso, debo confesarlo, y algo entre exótico y anacrónico; pero muy joco-floralesco. La poesía era “El zagal de gallardía”⁴, que figura en este libro entre *Los romances orales*, y el joven autor que la canturreaba, Rafael Romero, o sea Alonso Quesada⁵.

Después conocí más y traté a éste el tiempo que permanecí en Las Palmas, en especial en el delicioso rincón –y si no que lo diga Federico García Sanchiz⁶– de aquella casa de Luis Millares, hogar de espíritus. Y aprendí a estimar más, mucho más, a Romero, y a apreciar mejor, mucho mejor, su poesía.

Allí, en la Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz a-isla-miento, y no fue Alonso Quesada quien menos me ayudó a que llegase a conocerla. Había que observar el encendido avispero de anhelos y de ensueños que se agitaban y zumbaban en el pecho de aquellos jóvenes: Romero, Néstor el pintor, el pobre Manolo Macías Casanova.

Al recordar a éste, al del hermoso “Coloquio en las sombras” de este libro, el cielo del alma se me ensombrece. Aquel muchacho taciturno, tenazmente taciturno, hermético, cerrado en sí, que parecía callar tanto para oír mejor alguna voz íntima de dentro de sí, y que cuando oía a otro parecía oírle con los ojos, con una mirada taladrante, aquel hijo tormentoso de la Gomera, me cobró un afecto, diré más bien, un apego, que, teniendo algo de ultra-humano, tenía también algo de canino. Aún no me lo explico y aún me pregunto qué hice yo para merecer aquella adhesión ardorosa y taciturna. Y aun cuando no tuviera en la vida otro cariño que aquél, creería que Dios no me ha olvidado. No sé, digo, explicarme bien aquello.

Y ¡qué nido de tempestades morales era el corazón del pobre Casanova! ¡Qué relámpagos interrumpían de pronto sus silencios! Mas, por lo común, oía, oía, oía. Llegué a temblar de hablar ante él, porque me bebía las palabras, no sólo con los oídos, sino con los ojos. Nunca he comprendido mejor la santidad de la palabra y todo lo que la profanamos los rutineros sacerdotes de

ella. Aquel hijo del silencio no me dejaba ni a sol ni a sombra. Empecé una excursión de unos días por el interior de la isla, por una de las abruptas calderas del gran rocal que ella debió ser, por barrancas y quebradas, y él, Casanova, mozo enclenque, quiso acompañarme y me acompañó. Debí de rendirle la cabalgata; pero cuando le preguntaba si se sentía fatigado, sonreíase, negándolo. Y allí, en aquellas áridas soledades, en las hondas barrancas negras, me hablaba de su isla, de su Gomera, a la que quería llevarme. Era el mozo trágico del islote soñando en el reino del Infinito.

Nunca olvidaré la despedida. Parecía salirse el alma por los ojos. Me hablaba de libertad, de desaislarse. Porque el taciturno, aunque poco, hablaba. Y me prometió venir acá, a estudiar a Salamanca, a estar junto a mí y a apacentar sus ojos de presa en este páramo en que ni se presiente al mar, él, el isloteño. Me le traje en el alma. Era para mí un misterio y una tremenda responsabilidad aquella alma joven y palpitante que quería confiarse a mí, entregarse a mis manos rudas y tal vez algo desdeñosas. Soñé en él. Y me escribió cartas llenas de fuego escondido, de desdeñosos tremendos hacia la vulgaridad ambiente, de locas ansias de libertad, cartas en que decía todo lo que su silencio callaba. El estilo roto, tumultuoso, a las veces violento, luego conceptuoso⁷.

Y he aquí que un día recibo una sacudida cruel, reflejo de la que él recibió. Manuel Macías Casanova murió de repente y violentamente, cuando menos se esperaba, y de un modo trágico. Tenía por costumbre ir tocando a las cosas, dando golpecitos con la mano a los árboles, a los muros, como quien, aislado entre los hombres, buscaba el contacto de las cosas, de la madre Tierra. Al tocar a un poste sustentador de alambres eléctricos, la corriente le envolvió: abrazóse al poste, y allí murió sin poder decir nada, ni una palabra de despedida a sus amigos; él, el silencioso. Y cuando recibí la noticia fue como si otra corriente me envolviese, y me abracé, mentalmente, a su recuerdo, y me quedó grabada en el alma, a fuego, aquella su mirada silenciosa y escrutadora que bebía mis palabras. No era yo, a lo que parece, digno de que viviera y se gozase y llegase a plenitud y diera su obra quien tan por entero se me había entregado. ¿Qué misterio habrá en esto?

Y si aquella muerte me dejó tal traza, pensad la que dejaría en su amigo fraternal, en Rafael Romero. Yo, que he leído el “Coloquio en las sombras”, con la emoción de tales recuerdos, no sé lo que deciros de ese poema; pero a mí me pone delante al misterioso y tormentoso taciturno, hambriento de saber substancial, que me pedía lo que yo no sé si puedo dar.

¡Oh roto corazón, que era más fuerte
que el corazón del Universo todo!...

Sí; todo corazón de hombre de verdad, lo es.

Era el alma una piedra que caía
al fondo del Misterio en la laguna...⁸

¡Cuanto le hablé de eso, de la sima del Misterio a que caemos sin cesar...!

¿No sabéis que el silencio de mí vida
me hizo merecedor al de la muerte?⁹

Y, sobre todo,
¡No tuve amor de juventud!¹⁰

¡Lo que dice esto!

Leed las últimas palabras que el poeta, su hermano, pone en boca del muerto.

Mas dejemos ya en paz el silencio de Casanova.

Alonso Quesada ha tenido la fineza de dedicarme sus *Poemas áridos*¹¹. ¿Qué os diré de ellos? Que al leerlos recuerdo aquel apego de Casanova.

Áridos, sí, como las cumbres de Gran Canaria, como aquellas negras tierras calcinadas. ¡Tierras de fuego!

¡Los montes
eternamente secos, y el silencio
áspero y rudo de estas soledades!¹²

Mas lo árido, lo seco, no es por ello frío en poesía. Antes al contrario. Y Dios me dé más bien poesía seca y ardiente que no húmeda y fría, como la hojarasca. Poesía seca, árida, enjuta, pelada, pero ardiente¹³. Poesía de salmo. Y nada de ese rumor de follaje mojado y frío. De “ruido de las hojas mecidas por las auras del oloroso abril¹⁴” poco, muy poco. Mejor el bramar del simún¹⁵ entre montones de arena.

Pero hay aquí también frescura, y frescura de brisa doméstica. Todo lo que en estas poesías sabe a hogar, a un hogar en que al poeta acompañan seis mujeres¹⁶, es como brisa que, cargada con los besos de las olas del mar, acaricia los raros árboles de las cumbres. Este profeso caballero de la Noche¹⁷, que bendice a la orfandad¹⁸, que canta a la noche azul de su tierra, a la virtuosa noche de rosas blancas que se deshojan en el mar y dejan un luminoso aroma sobre el alma¹⁹, ha tenido niñez. Es acaso lo mejor que puede decirse de un hombre poeta: que ha tenido niñez²⁰. Y Alonso Quesada la ha tenido.

Alonso Quesada ha tenido niñez. Acaso no ha tenido mucho más. Acaso sigue teniéndola. ¿No hay, acaso, mucho de infantil en estos versos? ¿No es, acaso, una cierta infantilidad que en ellos se advierte lo que les da su frescura y su encanto? La melancolía misma, la seriedad, la madurez, son de niño. Como fue y murió niño el muerto, el taciturno, el que se hundía en el viejo sillón de su abuelo como en un abuelo también. Cuando, al encontrarse con Néstor, recuerdan ambos un recuerdo infantil, una escapada al cementerio, Néstor le habla

con aquella
primera voz que el tiempo le ha guardado²¹.

Y el poeta nos habla también con su primera voz, con la voz de su infancia isleña. Leed “A la hora del Ángelus” y decidme si eso no está dicho a media voz y con la voz primera. Y con su voz primera canta a Jesús de Nazareth²².

Y su ironía, su malicia, ¿no tienen, acaso, también, un dejo de deliciosa frescura infantil? Sus finas observaciones sobre los ingleses de la colonia, recogidas mientras garrapatea números del

numerario ajeno, son de una tan tenue ligereza, de una tan cándida malicia, que acaso se escapen a nuestros habituales lectores que apenas gustan sino el dejo de fuertes especias y condimentos.

Oídle a este profeso caballero de la Noche, que confiesa su pobreza y la amargura de ver en los domingos los libros ingleses²³. Pero no los libros de poesía. Y yo no sé por qué misteriosa magia esos poemas de *Los ingleses de la colonia*²⁴ tienen algo de inglés también, a la manera de la sutil y casi impalpable poesía inglesa.

Y ¿qué más?

¡Qué sé yo!... Después de releer de un tirón un collar de poesías unidas por el hilo de un común sentimiento íntimo, dan ganas de dejarse brezar por el eco del ritmo, y fantasear, fantasear, fantasear; poblar el cielo del alma de nubes vagarosas y huideras como las que bogan sobre Las Palmas, sin llover en ella.

Estos cantos te vienen, lector, de una isla y de un corazón que es también, a su modo, una isla. Estos cantos han sido ceñidos por el océano y te traen el eco de sus olas rompiendo en los pedregales de la orilla. Estos cantos te vienen, lector, de un mar interior, de un mar de corazón, que se ha dormido hace más de cien años, mucho antes que el poeta naciese, que lo recibió ya dormido. Estos cantos te vienen de una de las islas a que se llamó, no sé por qué, afortunadas; pero donde muchos, muchos, viven en la bendita pobreza de su casa, de comida humilde, bajo la sonrisa triste de la madre, y ganándose el pan trabajando para el extranjero. Estos cantos te vienen de una tierra donde apenas llueve, seca y ardiente; pero donde se sueña, esperando a la esperanza. ¡Qué es esperar!...

Aún resuena dentro de mí el eco de aquellos caracoles marinos por los que oí gemir al alma de un pueblo, en Teror, entre las montañas de la Gran Canaria, al cerrarse la noche de San Juan, según llegaba yo con el pobre Casanova, estando todo florecido de hogueras de fiesta. Y estos cantos son como uno de aquellos grandes caracoles²⁵.

Salamanca, enero de 1915

Notas

- 1 “Prólogo” a *El lino de los sueños* de Alonso Quesada; en: QUESADA, Alonso, *El lino de los sueños*, 1915, pp. VII-XVII; *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, 26-III-1915; *Florilegio*, Año 11, nº 78, 6-IV-1915, pp. 2-3; VALBUENA PRAT (ed.), *Unamuno y Canarias*, s.f., p. 55 [fragmento con el título: “Recuerdo de unos juegos Florales”]; VVAA, *Canarias. Ayer y Hoy*, 1999, 11, p. 214 [fragmento con el título: “Y el corazón también es una isla”]; HENRÍQUEZ, Antonio (ed.), *Philologica canariensis*, nº 12-13 (2006-2007), p. 169 [restituye una frase olvidada por error del manuscrito]; A-VII, p. 327; E-VIII, p. 1045.
- 2 Cfr. “Por Manuel Macías Casanova”, p. 41.
- 3 Cfr. “Discurso de los Juegos Florales”, p. 17.
- 4 Obtuvo el segundo puesto en el certamen, mientras que Tomás Morales consiguió el primero con *El bronce de la raza*. Cfr. “Discurso de los Juegos Florales”, p. 18.
- 5 QUESADA, Alonso (seud. de Rafael ROMERO QUESADA), (1886-1925). Escritor nacido y muerto de tuberculosis en Gran Canaria. Hijo de militar, ingresó voluntario en el ejército, pero tuvo que abandonar su carrera militar al morir su padre y hacerse cargo del sostenimiento familiar. Ello le llevó a trabajar en oficinas de casas extranjeras, como el

- Bank of British*, y en la Junta de Obras del Puerto. En 1910, conoce a Unamuno con motivo de los Juegos Florales. Cultivó el periodismo, la poesía, la novela y el teatro. Es autor de *Smoking-Room* (1918-1920), *Las inquietudes del Hall* (1922), *Crónicas de la ciudad y de la noche* (1929), *Llanura* (1919), *La Umbría* (1922), *El lino de los sueños* (1915), la obra póstuma *Los caminos dispersos*, ... Su obra, que se creía totalmente exhumada, no lo está del todo, y necesita, en el día de hoy, una revisión. Actualmente se está traduciendo al polaco (según testimonio oral de Antonio HENRÍQUEZ JIMÉNEZ). La presencia de Unamuno provocó un cambio en la actitud poética de Quesada: la búsqueda de una expresión propia, basada en las circunstancias inmediatas de Canarias. Cfr. SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, *El primer Alonso Quesada. La poesía de El lino de los sueños*, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Plan Cultural, 1977, pp. 25-35 y SANTANA, Lázaro, "Informe sobre Alonso Quesada" en QUESADA, Alonso, *Obra Completa*, Tomo 1. Poesía, Gobierno de Canarias, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1986, pp. 22-24.
- 6 Cfr. el "Discurso sobre la Patria", p. 32.
 - 7 No hemos encontrado las cartas a las que se refiere Unamuno, tan sólo hay una tarjeta postal enviada por un tal Manuel Macías desde Burgos, fechada en 1914, donde pide a Unamuno su última conferencia (CMU M1/10). Teniendo en cuenta el carácter reservado del joven, que Unamuno se marchó de Las Palmas el 20 de julio de 1910 y que Macías murió el 11 de septiembre del mismo año, dudamos de la existencia de tales cartas. O Unamuno se confunde con las que le envía Alonso Quesada por tratar de asuntos similares, o el filósofo hace un pequeño fingimiento para la distinción del malhadado joven.
 - 8 P. 60.
 - 9 P. 62.
 - 10 P. 63.
 - 11 Pp. 121-142.
 - 12 "Final", p. 142.
 - 13 Unamuno encontrará este esencialismo estilístico en la realidad de la isla de Fuerteventura, durante su destierro en 1924. Cfr., como ejemplo, "La aulaga mayorera", p. 91. Incluso, su actividad poética de 1924 presentará reverberaciones quesadianas de estos *Poemas áridos*. Cfr. SANTANA, L., *opus cit.*, p. 24.
 - 14 Versos de José ZORRILLA, en *Cantos del Trovador: Colección de Leyendas y Tradiciones Históricas*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1920, p. 252 [nota de Antonio HENRÍQUEZ, en *opus cit.* p. 191].
 - 15 Viento sofocante de los desiertos de África, India y Beluchistán. Acompañado de nubes de arena, suele durar diez minutos; lo suficiente como para cubrir un asentamiento o caravana hasta el ahogamiento.
 - 16 "Las seis mujeres de mi casa, dicen/ que esta resignación me dará el cielo:...", "La oración de todos los días", *opus cit.*, p. 13.
 - 17 "¡Bendita la orfandad, las privaciones,/el amargo dolor, y los caminos/ por donde, sin oficio, voy andando, profeso caballero de la Noche!...", *Ibid.*
 - 18 "¡Bendita la pobreza de mi casa!", "¡Bendita la orfandad, las privaciones", "¡Benditas sean las amargas horas", *Ibid.*
 - 19 "Sirio", p. 33.
 - 20 Esta frase no aparece en ninguna de las publicaciones del prólogo y es restituida por Antonio HENRÍQUEZ JIMÉNEZ, Antonio, en *opus cit.*
 - 21 "Un recuerdo infantil", p. 29.
 - 22 "Canto a Jesús de Nazareth", pp. 41-42.
 - 23 "El domingo", p. 71.
 - 24 Pp. 71-77.
 - 25 Lapsus de Unamuno. Llegó a Las Palmas el 23 de junio de 1910, por lo que asistió a las fiestas fundacionales de San Juan (24 de junio) en Las Palmas, en las que se tiene por costumbre prender hogueras y hacer sonar los caracoles marinos. Estos mismos rituales tienen lugar la víspera de San Pedro (29 de junio), que es cuando Unamuno se encontraba de excursión en el interior de la isla. Cfr. "Un recuerdo puro", p. 37 y "La Gran Canaria", p. 51. Los ritos de ambas fiestas hacen que Unamuno se confunda.

IX

Miratondo¹

AISLADO en esta isla por pesimista –“hay que aislar a los pesimistas”, que dijo el otro²–, ¿qué mejor puedo hacer que apacentar mi espíritu en la lectura de aquel que fue el maestro supremo del pesimismo trascendente y poético, del pesimismo creador? Claro está que me refiero a Leopardi, que con su pesimismo levantó el alma de su patria y contribuyó, como el que más, a fraguar la conciencia de la nueva Italia.

Me he puesto a leer los *Paralipómenos de la Batracomiomaquia*, aquella continuación del poema satírico, puesto bajo el nombre de Homero, en que se cuenta la batalla entre las ranas y los ratones y cómo vinieron los cangrejos en ayuda de aquéllas, de las ranas. Porque los cangrejos tienen que ayudar a los anfibios.

Ya en el canto primero del poema leopardiano –escrito en octavas reales, como los de Ariosto³ y el Tasso⁴– aparecen los derrotados ratones corriendo a todo correr, perseguidos por los cangrejos, y entre ellos Miratondo.

“Había pasado la hora⁵, y en el día segundo empezaba ya a ponerse oscuro el aire, cuando un guerrero, llamado Miratondo, se encontró huyendo por una altura⁶, y, o fuese atrevimiento o bien que en el Mundo el miedo es vencido por el cansancio, detúvose, y acostumbrado a espiar levantó el hocico el primero de su linaje⁷. Y erguido sobre los pies, con los ojos fijos, mirando cuanto podía a lo lejos, por aquí, por allí, por todos los cuatro vientos, buscó el agua y la tierra, el monte y el llano; espíó las selvas, los lagos, y las corrientes, las extensas campiñas y el Océano, y no vió otra cosa extraña sino mariposas y muchas avispas que erraban allí abajo, por el valle”⁸.

Hay en estas dos preciosas estrofas rasgos fuertemente significativos, poéticos, desde aquellos de que Miratondo “se encontró huyendo por una altura”,

A fuggir si trovò per un'altura

Que así suele ser; que el fugitivo, en su derrota, se encuentra huyendo y acaso se sorprende de su huida, ¡Oh fatalidad!

Pero se detuvo, o fuese valor o que en el Mundo vence el cansancio al miedo,

Ed o fosse ardimento, ovver ch'al mundo

Vinta dalla stanchezza è la paúra.

[1, estrofa V]

Veis a uno que corre, que corre, que parece devorar suelo, que marcha a la conquista de una fortaleza o de un reino, y corre de miedo. Aunque parezca avanzar hacia el enemigo, que a las veces –lo dijimos en *Paz en la guerra*– se huye hacia delante. Corre y corre, y más corre, y en rigor corre de miedo, y de pronto se para, ¿Por valor? No, sino porque el cansancio ha vencido al miedo. El cansancio es más fuerte que el miedo. Y los cobardes vestidos de bravucones, los

que corren para aturdirse con la marcha y con el ruido de los pasos –suelen llevar cascabeles y hasta cencerro para hacer más ruido con la carrera–, esos se cansan pronto⁹. Porque la fatiga no es cosa del músculo, sino que es cosa de la sangre y del corazón y del cerebro. Sólo la inteligencia es la que no se cansa. Y es una leyenda lo de la fatiga mental. Leyenda forjada por los que son incapaces de ponerse a pensar.

Levantó luego el hocico Miratondo, el primero de la casta de los ratones que lo levantó, e irguióse sobre sus dos pies traseros, y se puso a mirar. Con ojos de ratón detective, Miratondo, el policiaco, vencido el miedo por el cansancio, se puso a mirar, a descubrir enemigos de la patria ratonil, de Zopaia. Y ¿qué vio? Mariposas y avispas que erraban por el valle. No vio cangrejos ni cangrejillos, ni indicio alguno de armas hostiles, y “estaba el cielo sin nubes, y rubicunda la parte occidental, y el mar sin ondas”. Como éste que tengo a la vista. Y sintióse reconfortado y recobró ánimo Miratondo.

Miratondo no temía a las mariposas ni a las avispas. Menos mal. Porque hay ratones que temen a las mariposas más que a los cangrejos, a los gatos o a las comadrejas. Hay bravos ratones para los cuales la bestia negra es una mariposa. Antójaseles que la mariposa, en sus giros y revoloteos, se está burlando de ellos, Y atribuyen a los arabescos volátiles de las mariposas, a sus revoloteos, el que tengan que huir, ¡oh fatalidad!, ante los cangrejos. Son las mariposas las que les distraen y la distracción trae el pánico¹⁰.

El bravo Miratondo se detuvo en su huida y “osó llamar a sus compañeros héroes”¹¹. ¡Oh heroicidad ratonil! Y le oyeron sus compañeros héroes, los heroicos ratones de la huida, con tanta alegría como los diez mil de la retirada con Jenofonte oyeron gritar: “¡Mar! ¡Mar!”¹² y acaso mejor: “¡La mar! ¡La mar!” La mar, en femenino, y no el mar, en masculino; la mar materna.

¡La mar! Esta mar maravillosa que ciñe a Fuerteventura, y en cuyos brazos, mientras sonriendo nos canta el canto eterno de cuna, es tan dulce leer el sonriente poema del maestro del pesimismo!¹³

Notas

- 1 “Divagaciones. Miratondo”, escrito el 4 de abril, reproducido en: *La Libertad*, Madrid, 14-V-1924; A-VIII, p. 699; E-IV, p. 1116.
- 2 Cfr. *Mi destierro*, p. 136 y el soneto VI *De Fuerteventura a París*; en el comentario del soneto, Unamuno nos dice que es frase de Alfonso XIII.
- 3 ARIOSTO, Ludovico, (1474-1533). Poeta italiano conocido por su *Orlando furioso*, epopeya caballeresca escrita en romance.
- 4 TASSO, Torquato, (1544-1595). Poeta italiano, que escribió una drama pastoril, *Aminta*, los *Discorsi dell'arte poetica*, donde insta a la escritura épica de tradición caballeresca, y su conocida epopeya cristiana la *Gerusalemme liberata*.
- 5 En el texto italiano aparece “notte”. Canto I, estrofa 5.
- 6 Unamuno interpreta el sintagma “por una altura” como circunstancial de causa, no de lugar. Todo fugitivo huye porque alguien situado en mejor posición (un poderoso, “una altura”) le hace huir. Se refiere a Primo de Rivera.
- 7 Canto I, estrofa 6.
- 8 Canto I, estrofa 7.
- 9 De manera metonímica y subliminal, Unamuno insta a la resistencia del pueblo español, para que saque fuerzas de su cansancio de estar siempre pisoteado, venza al miedo, como Miratondo, y se plante ante el Directorio, el Rey y sus partidarios.
- 10 Los arabescos y los revoloteos de las mariposas no son más que las constantes revisiones y propuestas de los intelectuales y artistas que pueden hacer tambalear los cimientos de un régimen.

- 11 Canto I, estrofa 8.
- 12 Canto I, estrofa 9. JENOFONTE, (430-355 a. C.). Historiador griego y discípulo de Sócrates, que, tras la muerte de Ciro el Joven –que había marchado contra Artajerjes II de Persia–, condujo a los griegos en su retirada al Ponto Euxino. Esta marcha es narrada en su *Anábasis*, llamada también “La retirada de los Diez Mil”. El episodio al que se refiere Unamuno se encuentra en el Libro IV, 24: “y pronto oyen que los soldados gritan “¡Mar, mar!” (*Anábasis*, introducción de Carlos GARCÍA GUAL, traducción y notas de Ramón BACH PELLICER, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1982, p. 172).
- 13 Unamuno realiza una representación femenina del mar. Es verdad que esta feminización es frecuente en la poética mística y así se ha interpretado en Unamuno. Sin embargo cabe la posibilidad de que esta representación se haga también como propuesta contraria a la cultura del “machismo” que Primo de Rivera propugnaba desde el Manifiesto del 13 de septiembre de 1923 con el que se constituye el Directorio Militar. Unamuno, en el comentario al soneto I de *De Fuerteventura a París* (1925), escribirá: “En él [se refiere al manifiesto] se hablaba, a nombre de los militares, de «nuestra moral y doctrina»; de que «el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada», lo que revela una sensibilidad, no mentalidad, de toro, caballo semental, garañón, carnero o macho cabrío, pero no de hombre...” (p. 14).

X

Última aventura de Don Quijote La sepultura de Mahán¹

EN estos días me llegan acá, a esta isla afortunada –y lo es de veras, pues no hay en ella ni “cine” ni equipo de *football*– voces amigas que me recuerdan mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, mis comentarios de pasión a la pasión de Nuestro Señor el Ingenioso Hidalgo. Voces de fuera de España. De fuera de España, no, pues que son de pueblos de limpia habla española, del habla con que Colón, fuese de donde fuese, descubrió el Nuevo Mundo, del habla en que sonó “¡Tierra!”, frente a las costas de la española. Y otras voces me llegan de otras tierras, de la noble Italia, en cuya lengua corre, años hace, aquel mi comentario de la noble Italia de Colón. Y perdonen los gallegos que aún se obstinan en sostener que es patriotismo, ni de la chica ni de la grande, mantener supercherías. Porque ninguna patria, ni chica ni grande, se tienen en dignidad sino bajo el pabellón de la patria del alma inmortal. Y la patria del alma inmortal es la verdad. A tal punto, que no hay, que no puede haber mentira patriótica.

Don Quijote, que dicen que era loco, pero nadie ha osado sostener que fuera tonto, odió la mentira. Y, sin embargo, cuando aquello de la cueva de Montesinos². Pero es que sin esto Don Quijote sería divino, sería un dios. Y aquello de la cueva de Montesinos, ¿fue mentira? ¿O no fue más bien que quiso crear su verdad?

Ahora empiezo a averiguar las miríficas aventuras que corrió aquí, en esta sedienta isla –¡sedienta, ceñida de mar y con toldo de nubes!–, Don Quijote, a donde vino después de morir y antes de subir a los cielos. Vino a rescatar el alma del gigante Mahán, cuya sepultura estaba al pie de la montaña Cardones. Y vino en camello, pues Rocinante, que había muerto, no resucitó.

Dice Don Gregorio Chil y Naranjo³, en sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* (1876), que se decía que al pie de la montaña Cardones estaba la sepultura del gigante Mahán, que medía veintidós pies de largo. Y el sabio –porque éste sí que era sabio, y concienzudo, lo que no quiere decir consciente–, el sabio señor Chil y Naranjo, “doctor en Medicina y Cirugía de la Facultad de París y licenciado de la de Cádiz; individuo de la Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria; de la Protectora de Animales y Plantas de Cádiz; de la Comisión de Geografía Comercial; de las Sociedades de Aclimatación; de la Geográfica, de la Meteorológica y de la Americana; de París; correspondiente de las Sociedades Antropológica y Etnográfica de la misma ciudad y de la Academia de Estanislao, de Nancy; individuo del Congreso para el adelantamiento de las Ciencias, de Francia; del Americano, del Orientalista y del Antropológico, de Europa, etc., etc.” –y estos dos etcéteras quieren decir que no tenía más diplomas el modesto sabio oficial y oficioso–, el sabio doctor don Gregorio Chil y Naranjo agregaba: “Yo no negaré que bien pudo existir una sepultura de esas dimensiones; pero de esto a que el esqueleto que allí yaciera hubiese alcanzado esa altura colosal, hay una enorme distancia, difícil de salvar, a menos que esos mismos historiadores –se refiere, entre otros, a los señores Abréu Galindo⁴ y Marín y Cubas⁵– se hubiesen convencido de ello por el testimonio de su vista”⁶. Esto sí que es de un sabio.

Pero vino Don Quijote, que no era un sabio –la sabiduría se la dejaba a Merlín⁷–, vino montado en camello, y fue al pie de la montaña Cardones, pelada entonces como hoy lo está, y miró con los ojos de la cueva de Montesinos, ojos de lechuza⁸ o minervinos, de los que ven en lo obscuro y ciegan en lo claro; y, ¿qué vio? Pues vio que el esqueleto del gigante Mahán medía, en efecto, veintidós pies y aun más. La que no los medía era la sepultura. Esta era del tamaño ordinario de la de un majorero –majoreros son los de Fuerteventura– de nuestros tiempos de ahora. Y vio más Don Quijote, con sus ojos de la cueva de Montesinos: vio que toda esta isla maravillosa de Fuerteventura está formada por esqueletos de antiquísimos gigantes guanches, y que en los esqueletos, en las áridas osamentas de estos gigantes, están cavadas las sepulturas de los españoles que hoy duermen aquí, brizados por este mar dormido, el dulce y sabroso y soporoso sueño sin despertar. Y vio Don Quijote cómo las ovejas lamían las piedras para sacarles la sangre de aquellos gigantes y cómo buscaban las raicillas de los yerbajos secos al pie de un triste tamahal, que es aquí algo como la retama que cantó Leopardi.

Y esta última e inédita aventura de Don Quijote, esta su aventura de ultratumba, es la que tengo que contar. Mas antes digamos algo de Don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura⁹.

Puerto Cabras, abril de 1924.

Notas

- 1 “Última aventura de Don Quijote. La sepultura de Mahán”, reproducido en: *La Libertad*, Madrid, 9-IV-1924; *El Tribuno*, Las Palmas, 23-IV-1924; *Fuerteventura, un oasis en el desierto*, s.f., p. 23 [con el título: “La sepultura de Mahán”]; A-V, p. 786; E-VII, p. 1246; *Alrededor del Estilo*, 1998, p. 159.
- 2 CERVANTES, M., *opus cit.*, II, Cap. 23, pp. 825-828.
- 3 CHIL y NARANJO, Gregorio, (1861-1901). Médico y antropólogo natural de Gran Canaria. Se doctora en Medicina en París y en 1880 crea el Museo Canario.
- 4 ABRÉU GALINDO, Fray Juan, (h. 1535?). Franciscano de origen andaluz e historiador. Escribió las *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canarias* (1632).
- 5 MARÍN Y CUBAS, Tomás, (1643-1704). Historiador de Gran Canaria y doctor en Medicina por la Universidad de Salamanca (1665), en la que ejercerá como docente. En 1682, regresa a las Islas como médico y, en su interés por la historia, escribirá la *Historia de las Siete Islas de Canarias* (1687).
- 6 CHIL y NARANJO, Gregorio, *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, Tomo Primero, Isidoro Mirandan, Impresor Editor, Las Palmas, 1876, p. 441.
- 7 Bardo legendario de origen galés y místico del ciclo artúrico, al que se le atribuyen sabiduría y cualidades mágicas.
- 8 Epíteto que acompaña en la tradición clásica a Atenea o Minerva.
- 9 Esta manera de acabar el artículo nos hace suponer que, probablemente, este texto, junto con la “Última aventura de Don Quijote. Don Pedro Fernández de Saavedra, primer Señor de Fuerteventura”, formara parte del aquel libro proyectado por Unamuno, *Don Quijote en Fuerteventura*, pues nos remite al tratamiento historiográfico propio de las novelas de caballerías y del *Quijote* de Cervantes.

XI

**Última aventura de Don Quijote. Don Pedro Fernández de Saavedra,
primer Señor de Fuerteventura¹**

EN el párrafo II del libro undécimo de sus *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias* –páginas 383 y 384 del tomo II de la “nueva edición, corregida y aumentada por el autor”, la de 1859; de Santa Cruz de Tenerife, pues hay que ser erudito, ya que no sabio–, D. José de Viera y Clavijo², presbítero, se ocupa de D. Pedro Fernández de Saavedra, hijo de D. Gonzalo de Saavedra, que tuvo “notable valimiento e influjo en el Consejo del rey D. Enrique IV”. Este D. Pedro Fernández de Saavedra, que tomó parte en la defensa de Fernán Darías, hizo de la fortaleza de Utrera, cuando las tropas reales la pusieron cerco en 1478, éste fue luego el primer señor de Fuerteventura.

“Este gallardo joven era veinticuatro de Sevilla”, dice el Sr. Viera y Clavijo. Y éste, que no se contentaba con menos que ser veinticuatro cuando cada cual de los demás mortales nos contentamos con ser uno –y el que llega...–, casó con doña Constanza Sarmiento, que le llevó en dote “tres partes de doce en el Estado de Fuerteventura y Lanzarote”, que rima con dote. Y otra vez disertamos sobre las dotes y las herencias maternas, asunto de gran edificación.

Oigamos ahora a Viera y Clavijo, que dice: “Parece que, desde luego, fijó su residencia en la isla de ‘Fuerteventura’, y que se pusieron a su cuidado e inspección todas las cosas concernientes al buen régimen del país. Pero ‘Saavedra’, familiarizado desde la edad más tierna con el estruendo de las armas, que fueron como su arrullo, y aun se puede decir que había nacido en medio de ellas; ‘Saavedra’, digo, reconoció al instante que ‘Fuerteventura’ era para su genio una verdadera prisión. El templo de ‘Jano’ no se cerraba entonces con gusto para los hidalgos españoles³. Así, es harto verosímil que abrazaría ansiosamente la favorable ocasión, que luego se le presentó, de explayar sus talentos militares en una expedición a las costas de la Berbería Occidental”. Así, Viera y Clavijo.

Y, en efecto, si D. Pedro Fernández Saavedra, el marido de doña Constanza Sarmiento, estaba hecho al arrullo estruendoso o estruendo arrullador de las armas, ¿qué venía a hacer en este pedazo de África, lanzado al mar, donde el manso arrullo del Atlántico briza el sosiego amodorrador de una vida de paz resignada y recatada? ¿Qué podía hacer su genio guerrero en esta pobre isla afortunada, donde no se conocen más cóleras que las de los camellos en su época de celo y donde es casi desconocido el uso de las armas homicidas? Aquí donde antes de ponerse a reñir dos mozos dejan los “naifes” –navajas, del inglés: *knife*–, si las tienen, y se traban al puñete. Sí, para el genio –para el mal genio– de D. Pedro Fernández Saavedra, Fuerteventura era una verdadera prisión.

En cambio, para otros genios una prisión es un campo de batalla. En prisiones fueron concebidas dos grandes obras de nuestra literatura –una de ellas la más grande–: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* y *Los nombres de Cristo*. En cárceles pelearon la pelea del ideal Miguel de Cervantes Saavedra –Saavedra, como el primer señor de Fuerteventura– y Fray Luis de León. Como esta isla de Fuerteventura –henchida de solemne belleza trágica–, toda ella entrañas calcinadas de la tierra madrastra, era prisión estrecha para el mal genio belicoso de D.

Pedro Fernández Saavedra, y como éste no iba a luchar contra la Naturaleza para alumbrar las aguas soterrañas –como hace ahora aquí un nobilísimo luchador: el anciano don Matías López⁴, héroe del trabajo filial–, se fue, buscando leña seca, a las costas de la Berbería Occidental. Y allí se enredó, a fines del siglo xv, en esa estéril brega en que se ha perdido más sangre que el agua que hace falta en este aislado rincón de la también sedienta España.

Salobre, como el sudor, es el agua que aquí se logra sacar a trechos para regar los alfalfares; salobre, aunque no tanto, como el agua de la mar que ciñe a Fuerteventura. Pero D. Pedro Fernández Saavedra no sintió sed del agua que lava los huesos de los antiguos guanches majeros, sino que sintió sed de sangre de los berberiscos occidentales. Esta prisión, en cuyas entrañas duermen aguas vivas, aguas de vida, era estrecha para el mal genio del marido de doña Constanza Sarmiento. Tenía que explayar en otra parte sus talentos. ¿Talentos? El bueno de Viera y Clavijo, deslumbrado por el brillo de oropes, que no son los de la Iglesia, le llamaba talento a cualquier cosa. Y es que el buen presbítero no había salido del templo de Jano.

Notas

- 1 “Última aventura de Don Quijote. Don Pedro Fernández de Saavedra, primer Señor de Fuerteventura”, reproducido en: *La Libertad*, Madrid, 13-IV-1924; *El Tribuna*, Las Palmas, 24-IV-1924; A-X, p. 643; E-VIII, p. 571; *Alrededor del Estilo*, 1998, p. 163.
- 2 VIERA y CLAVIJO, José de, (1731-1813). Sacerdote, historiador y erudito ilustrado, natural de Tenerife, que participó en las Tertulias del Marqués de Villanueva del Pardo. Estuvo en Madrid al servicio del Marqués de Santa Cruz y viajó por Europa. Conoce a Voltaire, Diderot y D’Alambert. Cuando regresa a Canarias lo hacen arcediano de Fuerteventura. Su labor como intelectual es titánica. Escribió el poema épico *Los Vasconautas* (1766), la tragedia *La vida de Santa Genoveva*, poemas más o menos didácticos, traducciones, etc. Sus obras más destacadas son *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* (1772-1773) y *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias. Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: animal, vegetal y mineral* (1766).
- 3 JANO. Divinidad latina de las puertas de la casa y, por extensión, de todo *initium*. Los romanos del Palatino y los sabinos del Quirinal erigieron un templo de dos puertas entre sus territorios que, en épocas de guerra, quedaban abiertas para que se pudiera transitar fácilmente por ambas zonas y, en tiempos de paz, eran cerradas para evitar los desacuerdos vecinales y las guerras internas. Unamuno capta la ironía inyectiva de Viera y Clavijo para la empresa española. De hecho, la apreciación de Viera está de acuerdo con la africanización del pensamiento de Unamuno (aunque éste no llegue a entender totalmente la ironía del arcediano), que censuró la actuación española en el norte de África. Resulta sorprendente que Unamuno considere el pensamiento y la voz irónica de Viera; sorprendente, decimos, porque hasta el día, aún siendo Viera un autor estudiado, nadie quiere darse cuenta de las significaciones que adquiere la labor del polígrafo para con Canarias, a excepción de la lectura hermenéutica de Eugenio PADORNO en su libro *Algunos materiales para la definición de la poesía canaria*, col. Nueva Biblioteca Canaria, 3, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2000, pp. 21-71, en especial las pp. 49-53.
- 4 Unamuno se acordará de él en carta a Ramón Castañeyra del 29 de diciembre de 1924. Cfr., p. 170.

XII

[Domingo de Ramos]¹

DOMINGO de Ramos. O de Palmas. Aquí, en Fuerteventura, donde hay palmeras, de palmas. Esta mañana, en la primera misa, proposición de palmitos en torno a la iglesiuca esta de Puerto Cabras. Uno de los que la formaban llevaba su palmito y... el bastón; el bastón, colgado de la cayada en la sangría. Era un militar, aunque vestido de paisano; el comandante mayor de esta pequeña plaza.

Abro el Evangelio según Mateo, en su capítulo XXI, para volver a leer, y aquí, la entrada del Cristo en Jerusalén, al ir a empezar la semana de pasión. Y vuelvo a leer cómo envió a dos discípulos a buscar una burra que estaba atada y el buchecito con ella. Y entró en Jerusalén montado en una burra. ¿Caballero? Caballero, no; la burra no es caballo. Y la muchedumbre tendía sus manos en el sendero y otros cortaban ramas de los árboles y las tendían en él. Ramas, ramas frescas, verdes, con su follaje, no peladas y desnudas y descortezadas; no bastones. Y clamaban: “¡Hosanna al hijo de David!” Que era el rey sin cetro.

Homero describe como de una rama de un árbol se hace un cetro²; es decir, un bastón, ya para apoyarse en él, ya más bien para esgrimirlo contra el súbdito indócil. El cetro, el bastón de mando, es una rama descuajada, pelada, seca, sin follaje, sin brotes, sin verdura. No se puede plantar en el suelo un bastón de mando, un cetro *—sceptrum—* porque ni prendería ni arraigaría ni se haría nuevo árbol vivo³. A pesar de aquello del abad Juan y del premio a la obediencia que nos cuenta Iñigo de Loyola en su famosa carta a los Padres y Hermanos de Portugal. Porque aquello no era obediencia. Un hombre, todo un hombre, un hombre cabal y honrado, tiene, ante Dios, la obligación moral de no obedecer no ya órdenes injustas, mas necedades, evidentes necedades. Tiene la obligación de rechazar así desobedeciendo, ofensas, verdaderos insultos, a la Humanidad, a la dignidad humana.

Hemos dicho un hombre honrado y no un hombre de honor. Porque la honra es una cosa y el honor es otra. La honra es cosa cristiana; el honor es cosa pagana. Y hay el honor de lance, que es el de los lances de honor. Y esto es cosa de eso que suele llamarse caballeros.

En ninguna parte se oye más que ciertos sujetos se llamen así mismo, y unos a otros, caballeros, que en las tabernas aristocráticas, de honor, en las timbas y en los prostíbulos elegantes. Allí acuden caballeros, los de a caballo. El Cristo no era caballero; el Cristo entró en Jerusalén montado honradamente sobre una burra y con el buchecito al lado. Y le recibieron con ramas verdes y de follaje, no con bastones, no con cetros⁴.

Hay cierta tradición pictórica de que San Pablo, cuando aún era Saulo y perseguía a los cristianos, montaba a caballo, era caballero. No hay apoyo para ello en el relato de los *Hechos de los apóstoles*, capítulo IX, donde se nos cuenta la conversión de Saulo camino de Damasco. Allí se dice que cayó a tierra al herirle de pronto una luz del cielo *—versillos 3 y 4—*; pero no se dice que cayera de un caballo. Lo del caballo es acaso cosa de pintores, de iconografía, o más bien que el pueblo de los cristianos, el pobre pueblo, el pueblo que a lo sumo tiene su borriquillo, no concebía a sus perseguidores, a los perseguidores del pueblo sino a caballo, como caballeros. Un perseguidor suele ser caballero y un caballero casi siempre es un perseguidor del pueblo. Los bárbaros que invadieron Europa eran caballeros; Atila era caballero⁵.

Ni Santiago, el hermano del Maestro y su discípulo, debió de haber montado nunca a caballo. A lo más en una borrica. Lo del caballo ya lo hemos dicho, y más de una vez, y tendremos que repetirlo aún muchas más; lo del caballo es cosa de los que anticristianamente, paganizando, han hecho de Santiago un perseguidor. Pero eso no es ni puede ser el Santiago evangélico.

¿Caballo? ¿Bastón? En este día, en este domingo de Ramos, de ramos verdes y hojosos, no pelados y escuetos, de ramos de bienvenida y no de bastones contundentes, en este día canta la Iglesia el bellissimo himno *Pange, lingua*, y en él dice:

*Et Dei manus pedesque
stricta cingit fascia,*

que estrechas fajas ciñeron las manos y los pies de Dios cuando vagía niño en el pesebre y la Virgen Madre le envolvía en los pañales. ¡Un Dios niño e inerme! no Hércules niño que destrozaba a un león, no, sino Dios inerme, sin bastón de ninguna clase y vagiendo, Dios sin cetro.

Dicen que Dios castiga sin palo. Pero el castigo de Dios apenas si tiene nada que ver con lo que los hombres llaman castigo. Lo que los hombres llaman castigo suele con frecuencia no ser más que una vil venganza, sobre todo cuando anda en ella el honor de los caballeros, que es lo contrario de la honra de los cristianos.

Hoy empieza en la liturgia de la Iglesia Católica la semana de pasión. Y la mar, la mar maternal, nos sonrío cantando su canto de cuna, el mismo cuyo eco llegó a Nazaret.

Notas

- 1 Para el *Nuevo Mundo*, censurado, (13-IV-1924) galeradas de dos páginas sueltas, corregidas a mano por Unamuno (CMU, 1.5.1/16): 1ª 108x240mm, 2ª 110x240mm. Con el título “Comentario”. En la segunda página, sobre el texto impreso, aparece a mano “Comentario”, escrito horizontalmente; debajo se ve como la tinta ha traspasado el papel desde el otro lado de la hoja y se lee “Nuevo Mundo Urgente”, escrito verticalmente. Al final, figuran el lugar y la fecha de escritura del artículo: Puerto Cabras de Fuerteventura, Domingo de Ramos de 1924. No es letra de don Miguel. Dos aspas en tinta azul rayan el texto.
- 2 “Sí, por este cetro que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña, ni reverdecerá, porque el bronce los despojó de las hojas y de la corteza...”; HOMERO, *La Iliada* (Canto I: Peste. Cólera), introducción Julio PALLI BONET, traducción de Luis SEGALÁ, Bruquera, Barcelona, 1982, p. 43.
- 3 Cfr. Poema 295 del *Cancionero*, en esta edición [XVI], p. 214, donde vuelve a utilizar la misma imagen. El 13 de marzo de 1924, Unamuno había visto el San Miguel de Tetir con bastón de mando: “Otra vez en Tetir. San Miguel con bastón de mando” (*Mi destierro*, p. 142).
- 4 Unamuno se demora en la distinción entre el honor y la honra. El honor es la ‘buena reputación adquirida por virtud, mérito o acción heroica, y transferible, como un bien más, a la propia familia o grupo’. Unamuno, que dirige sus ataques al Directorio de Primo de Rivera y sus partidarios (entre los que se encuentra el Rey) lo emplea también en su acepción de ‘concesión hecha para que se haga uso de un título o unas cualidades que no se tiene’. La honra, por el contrario ‘es la estimación y el respeto de la dignidad propia, adquirida por la virtud y el mérito’.
- 5 Atila, (406-453). Último y más fuerte rey de los hunos; conocido como el “azote de Dios”, puso en verdaderos problemas la estabilidad Imperio Romano con sus ofensivas.

XIII

Estilo de ensayo¹

EMPIEZO a escribir estas notas, desde hace tiempo presupuestas, en esta isla de Fuerteventura, una de las que se llamaron Afortunadas.

Y de veras que es afortunada, a pesar de la resignada sed que mortifica a su tierra, pues que no hay en ella ni cine, ni equipos de *football*, ni bueyescautos, o como se diga. Ni pita el tren, sino que pasa, solemne y pausado², el camello. O la camella con su güelfo, a que aún amamanta, o con el ya más grandecito majalulo³. Y mira, ¿pensando en qué?, el anacorético camello a la mar sosegada que se aduerme, soñando acaso, al brizo de sus rendidas olas, bajo un cielo que es otra mar. Mar y cielo le están cantando a esta sedienta isla la canción silenciosa del largo sueño sin despertar. Y a los pobres ciudadanos emponzoñados con la dulce ponzoña de la civilización se nos ocurre⁴, al ver al camello mirar a la mar –¿la ve?–, que ante aquellos ojos faltan unas gafas. Con gafas vería la mar civilizada. Pero... basta.

Al escribirlas no tengo presentes unos apuntes que tenía tomados, unas indicaciones –frases, metáforas, aforismos, citas...– que después de ordenadas –ordenar es desordenar– serían el cañamazo en que bordara –¿no está bien así?– un ensayo sobre el estilo. Pues que soy por definición –esto es, aforísticamente– un ensayista. Un ensayista que se empeña en ser poeta y en escribir poemas en verso y en hacer novelas; novelas que para quitarles a los definidores el trabajo de clasificarlas, he denominado nivolas, lo cual hice, ¡claro!, considerando que los definidores son personas... personas, ¿no?, sujetos... nivolescos. Lo que no he pretendido nunca ser es sabio. Participo respecto a los sabios del mismo desprecio que por ellos sienten los trogloditas que los saludan con un teatral respeto. No, sabio, no; ni ganas. Lo he dicho cien veces. Y no porque no sepa, y muy bien, muchas cosas, ni porque no haya descubierto algunas. Por lo otro.

Siendo, pues, como soy, por definición, un ensayista, mi estilo ha de ser un estilo de tal, un estilo de ensayista. Y –empiece a jugar lo que los mentecatos llaman paradoja– un ensayo de estilo. Porque el estilo de ensayo ha de ser, ¿estamos?, un ensayo de estilo. Y como el ensayo es un tejido de aforismos o definiciones, habrá que empezar por definir el estilo.

La primera cuestión... Pero, no, no: porque no hay una cuestión primera. Como no sea Dios, que es la primera cuestión, la cuestión de las cuestiones, la primera pregunta, pregunta sin respuesta. Sin respuesta universal, se entiende.

Y a propósito, ya sabrá el lector, y si no lo sabe se lo enseño yo, que sé tantas cosas, que en latín no hay propiamente adverbio de afirmación, correspondiente a nuestro “sí” *sic* –derivado de *sic* = así–, y en cambio lo hay de negación: *non*. Para afirmar empleaban diversos adverbios, que equivalían a: “así”, “ciertamente”, “verdaderamente”, “en efecto”, “¡eso!”, etc., etc. O hacían lo que los portugueses y gallegos, que niegan en abstracto y afirman en concreto. Si se les pregunta: “¿llueve?”, o “¿vendrás mañana?” o “¿conoces a Bartolomé?”, contestan, si afirmativamente: “¡llueve!”, “¡vendré!”, “le conozco”, y si negativamente; “¡no!” Y es porque más breve que decir “no llueve”, “no vendré”, “no le conozco”, es decir sencillamente “¡no!” O sea, que la negación es elíptica más que abstracta. Y ahora se nos presenta la primera dificultad, y es que si los portugueses y gallegos, que tan elípticos y avaros de palabras se nos presentan cuando

de negar se trata, ¿por qué no hacen lo mismo al afirmar? Porque es más breve decir “sí” que no “llueve”, “venderé”, “le conozco”. ¡Ah!, es que les cuesta negar; es que su avaricia de palabras es cuando de negar se trata; es que esa avaricia es dolor de no poder ser pródigos. ¡Como tantas otras aparentes avaricias...!

¡Avaricia, avaricia! ¡Cuántas veces aparece avaro, tacaño, el hombre digno, que por pudor oculta su pobreza, como se oculta un castigo inmerecido! ¡Cuántas veces el que ha hecho norma de su conducta no cae en garras de acreedores, aparece avaro para no tener que ser acreedor, en el triste sentido económico, a su vez! ¡Pero... a otra cosa!

¿Otra? Otra, no. Porque eso de Dios como la gran pregunta, es el problema de los problemas de la economía divina o teológica, de la teoeconomía. A la pregunta “¿hay Dios?” no sabe contestar: “le hay”. El ateo contesta redondamente: “¡no!”; pero el creyente –no digo teísta– tiene que contestar: “Creo en Dios”. Y contestar “creo en Dios” es preguntar: “¿qué es creer en Dios?”

Y creer en Dios no es lo mismo que creer que hay Dios. Haber... haber... ¡qué complicado es esto de haber! Tanto como lo de deber. Y a la vez tengo que repetir que se debe examinar la diferencia que hay entre estas cuatro proposiciones: “creo que hay Dios”, “no creo que haya Dios” –diferente de “no creo que haya Dios”, en subjuntivo–, “creo que no hay Dios”, y “no creo que no hay Dios”.

Por todo lo cual, el lector prevenido creará que entiendo por estilo alguna categoría gramatical, o retórica, o filológica, y no hay nada más lejos de la verdad. Como que apporto estas filologuerías –alguna vez gramatiquerías– previas para desbrozar el camino y exponer que por lo regular los escritores correctos y atildados, los que escriben según eso que llaman el arte de hablar y escribir correctamente y con propiedad, carecen de estilo. O sea, que carecen de personalidad.

Y ya estamos de nuevo en el que los definidores nivolescos suponen el principio; en la definición clarificativa.

Notas

1 “Estilo de ensayo”. De *Alrededor del estilo* (I), reproducido en *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 20-1V-1924; A-X, p. 789; E-IV, 885; *Alrededor del Estilo*, 1998, p. 33.

2 Cfr. “El caos”, p. 77.

3 Cfr. *Mi destierro*, el día 13 de marzo, donde anota la ausencia de los deportes de la vida moderna y las edades del camello, p. 141.

4 Cfr. el artículo “El gofio”, p. 101.

XIV

El caos¹

MARCHA aquí la vida al compás del paso solemne y lento del camello². La lejanía en el espacio trae consigo lejanía en el tiempo. Cuando las noticias nos llegan con ocho, a las veces con quince días de retraso, llégnos descoloridas y sin sonoridad. Sus últimos ecos en su foco apagarónse cuando llegan ellas a nosotros. Y esto parece que debe prestarse a que uno las aprecie con más serenidad³.

Pues bien; en este tranquilo alejamiento, en este aislamiento— ¡y cómo se comprende en esta isla todo el valor de esta palabra: aislamiento!—, tan propicio al examen de conciencia, a la rumia de los recuerdos, a la contemplación del pasado vivo, aquí se siente con más fuerza la tragedia de la decadencia, del derrumbe de un pueblo; aquí se indigna uno más con patriótica indignación.

El pobre señorito que diga que hay que aislar al pesimista no sabe ni lo que es pesimismo ni lo que es aislamiento. Pesimismo, ya lo hemos dicho, le llama un médico a la opinión de otro médico, que cree que con el régimen de aquél el enfermo no sanará, sino antes se pondrá peor, y que estima que lo primero que hay que hacer es arrancar el enfermo de manos del médico optimista, aunque sea para dejarle entregado a la Naturaleza.

¿De dónde han sacado los tontos eso de que carece de voluciones positivas el que les niega su concurso, sabedor de que no hay solución alguna, por buena que parezca, que pueda llevarse a buen término si los tontos se entrometen en patronizarla?

Pero...

Es inútil que le demos vueltas; no puede apartarse de nuestra mente ese agorero término de pesimismo. Es una de las palabras que han acabado por perder su sentido, y como ya apenas si quieren decir nada como no son más que un “chibolete”⁴ (véase el tomo segundo de nuestros *Ensayos*, y entre éstos el titulado “La fe”), he aquí por qué no se les cae de la boca a los que sólo con la boca hablan. Es una de esas palabras que no sirven más que para tapar un hueco. Y sueñan a la oquedad que tapan.

Aquí, en este fecundo aislamiento, todo eso de pesimismo y optimismo deja ver la espantosa oquedad de su contenido. Porque es una oquedad que da espanto. Y es desde aquí, desde este fecundo aislamiento, desde donde se aprecia cuánto más terrible que el salto en las tinieblas es el salto en el vacío.

Y esto del vacío nos sugiere el caos, de que tanto y tan sin sentido se habla.

Dispensad al lingüista que os quiere distraer un rato con la etimología de la palabra caos. Que quiere decir propiamente ‘hiato’ o también ‘bostezo’: abertura de boca o de otra cosa que como la boca se abra. Por ejemplo, la tierra en un terremoto. El caos es el abismo que se abre, y el caos está vacío. No es lo mismo que cataclismo, que quiere decir diluvio ni lo mismo que catástrofe, que quiere decir ‘revolución’. No, caos es bostezo, aunque sea de tierra. Y al verdadero caos se le suele llamar orden.

“¡Después de mí, el diluvio!”, dicen que decía aquel déspota de antaño⁵. Pero el diluvio, el cataclismo es una bendición de Dios para los campos, después de unos años de sequía. Los cataclismos del Nilo han hecho la riqueza de Egipto. Y también hay caos, hay bostezo, que es una

bendición. Cuando saca a luz capas profundas de tierra virgen, de tierra no fatigada ni empobrecida por el cultivo. O por los abonos, que también acaban por estropear una tierra. Como que el abuso de los abonos produce frutos artificiales y expuestos a enfermedades. Por donde el caos puede ser muy útil en ciertas épocas. El caos repristina la virginidad de la tierra.

¡Qué falta nos está haciendo una catástrofe intelectual, acompañada de una catástrofe del lenguaje y de otra estética, que se trague en el caos toda esa escombrera de lugares comunes, todo ese escorial de frívolas patochadas que ha ido amontonado una educación de ordenanza!

Aquí, en este fecundo aislamiento, se siente mejor toda la tragedia de la oquedad, todo el trágico destino de un pueblo que viene alimentándose de sonoras vaciedades, que profesa la más triste de las idolatrías: la idolatría de las palabras muertas. Y eso sí que es el caos.

Isla de Fuerteventura, abril de 1924

Notas

- 1 “Del momento. El caos”, reproducido en *La Libertad*, Madrid, 24-IV-1924; *El Socialista*, 25-IV-1924; A-X, p. 646; E-VIII, p. 573.
- 2 En carta del 1 de marzo de 1924, respecto a su destierro, Fray Lesco había escrito a Unamuno lo siguiente: “Va V. a un país singular en que la vida es lenta, acompasada al paso del camello”, en DORESTE RODRÍGUEZ, J., *opus cit.*, 635-636.
- 3 En el artículo “De Fuerteventura a París”, Unamuno desarrollará esta idea: la fijación del hecho, frente a la volubilidad del suceso, permite un mejor conocimiento de lo pasado y una actuación histórica más consecuente y comprometida. Cfr. p. 118.
- 4 Del inglés, *shibboleth*, que significa eslogan, lema.
- 5 *Après moi, le déluge*. Frase que se le atribuye a Luis XV (1710-1774) de Francia o su amante Madame de Pompadour (1721-1764). La frase es ambigua, porque puede tener dos significados: a) después de mi reinado, el reino quedará sumido en el caos, o b) después de mi desaparición no me importa ya lo que venga. Unamuno reinterpreta, dentro del contexto del artículo, el diluvio o cataclismo de manera positiva.

XV

**Divagaciones de un confinado.
El camello y el ojo de la aguja¹**

DESDE que llegué a esta isla de camellos y acamellada² –las cumbres de sus montañas semejan corcovas de camellos– y empecé a familiarizarme con el que han dado en llamar los cultistas el navío del desierto, volví a preocuparme de la vieja metáfora de que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja³.

Metáfora a primera vista incongruente por lo hiperbólica y que ha sido muy discutida, queriendo otros traducir que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, teniendo en cuenta que las palabras que designaban el camello y el calabrote en el griego de la época del Evangelio, sonaban lo mismo aunque se escribieran de distinto modo, una, camello, con *eta*, y otra, calabrote, con *iota*, pero pronunciándose ambos *cámilos*, tras los que sostienen la versión latina tradicional, la de la Vulgata, que defienden la aparente incongruencia de la metáfora, atribuyéndola a orientalidad, y dicen que el ojo de la aguja se refiere a una puerta estrecha de murallas de ciudad siria.

En cuanto llegué a esta tierra, o mejor, en cuanto me dejaron en esta tierra a la que la policía me ha traído, y empecé a familiarizarme con el camello, fui dejando lo del calabrote y eso que los hay en los barcos que recorren esta tranquila mar africana. Y empecé a pensar en el ojo de la aguja. Y eso que aquí no hay murallas ni, por lo tanto, puertas orientales en ellas. Pero hace pocos días di caza a la metáfora⁴. Fue en Pájara.

Pájara es un pueblecito de la parte occidental de esta isla de Fuerteventura. En Pájara hay una pequeña iglesia y esta iglesiuca de Pájara tiene una portada en que un cantero que parece haber recibido inspiraciones de los aborígenes de las Indias Occidentales, ha trazado unas grecas y unas figuras simbólicas que por su estilo recuerdan los ornamentos incaicos o los aztecas⁵. Y por Pájara se está haciendo pasar una carretera que irá luego a Betancuria, la primitiva capital de la isla, la erigida en memoria de Juan de Bethencourt, el noble normando, que se hizo llamar Señor y hasta Rey de las Islas y cuyo cuerpo reposa en la iglesia de Grainville. Este Juan de Bethencourt fue antes Señor de Grainville la Teinturière, en el país de Caux, en Normandía⁶. Y a Betancuria llegará pronto la carretera que pasa por Pájara.

Fuimos a Pájara acompañando al ayudante de obras públicas que iba a inspeccionar la carretera y a pagar a los obreros empleados en su construcción. Y allí, en Pájara, se le acercó un vecino a quejarsele que por el ojo de un puentecillo que salva la rambla, la seca torrentera que sirve de camino por donde van con sus cargas los camellos, no puede pasar uno de éstos. ¡Y el ojo del puentecillo tiene de abertura, de luz, tres metros y medio! El ayudante de obras públicas le decía que por allí había hecho pasar camellos cargados de piedra para la carretera, pero el majorero aducía que no podían pasar cargados de leña de aulaga. Muy fuerte cosa nos parecía que un camello cargado de leña necesite para pasar un ojo de más de tres metros y medio, pero al buen hombre no se le apeaba de su camello.

Entonces comprendí que en la famosa metáfora debe de tratarse de un camello cargado, de un camello con su carga. Y que es más difícil hacerle pasar por el ojo de una aguja de muralla,

que hacer entrar a un rico, con su carga, en el reino de los cielos. Acaso no se trata allí del camello desnudo, del camello sin carga alguna⁷. ¿Por qué no se dijo una vaca?

Y algo más divertido ocurrió en Pájara y es que, reuniéndose los vecinos, acordaron representar que el puentecillo debió de hacerse de dos ojos y no de uno solo. Acaso uno para los camellos que iban y otro para los que volvían.

El ayudante de obras públicas les prometió hacerles una rampa, una vereda, que cruzase la carretera y no por debajo de ésta, para que por ella pudiesen transitar los camellos, y yo pensé si es que los ricos no han encontrado alguna manera de entrar en el reino de los cielos que no sea por la puerta estrecha, saltando la tapia o acaso en aeroplano. Porque los ricos son el mismísimo demonio para inventar medios de burlar las leyes.

Verdad es que en el mismo Evangelio y a seguida de esa terrible conminación se nos dice que eso es difícil para el hombre; pero que para Dios todo es posible. Correctivo a la metáfora que es de muy buen efecto para las personas amantes del orden. Del orden de los ricos, se entiende.

Y yo, que estoy aquí por incorregible perturbador del orden, según los de la ordenanza, me he quedado meditando en el ojo del puentecillo de la carretera de Pájara a Betancuria. Pasa un camello cargado de piedra, pero no un camello cargado de leña. Acaso por el ojo de la puerta del cielo pase un rico cargado de oro, pero no un rico cargado de papel. Sobre todo si es alemán.

Notas

- 1 “Divagaciones de un confinado. El camello y el ojo de la aguja”, escrito en Puerto Cabras en Abril de 1924; reproducido en: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 24-V-1924; *En el destierro...*, 1957, p. 23; A-X, p. 654; E-VIII, p. 579; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 165.
- 2 Observación que apunta en *Mi destierro* el día 10 de marzo, p. 140.
- 3 El 11 de marzo, escribe en *Mi destierro* que se dispone a dar caza a la metáfora en Fuerteventura. Cfr. Mateo 19, 23; Marcos 10, 23 y Lucas 18, 24. Cfr. también Mateo 7, 13 y Lucas 13, 23, donde, para la salvación, se alienta a entrar por la puerta angosta.
- 4 Fue el 4 de abril, Cfr. *Mi destierro*, p. 146.
- 5 *Ibid.*, p. 147. La portada, en piedra rubia, todavía sigue ofreciendo la misma incógnita a los investigadores.
- 6 BETHENCOURT, Jean (1359-1422). Embarcado en *La Rochela*, junto a Gadifer de la Salle, se propuso conquistar las Islas Canarias con la aquiescencia del rey Enrique III, el Doliente de Castilla.
- 7 Unamuno reinterpreta aquí la metáfora; como se advertirá posteriormente, llegará a la conclusión de que el rico se ha dado la habilidad de entrar en los cielos cargado de su riqueza. El oro, como la piedra, abulta poco, pero pesa mucho; mientras que la leña de aulaga, como el papel, es ligera, pero también abulta mucho. Esta cuestión de volumen es la que impide que los camellos majorereros pasen por el ojo del puente.

XVI

Los reinos de Fuerteventura¹

ESTA infortunada isla de Fuerteventura, donde entre la apacible calma del cielo y del mar escribimos este comentario a la vida que pasa y a la que se queda, mide en lo más largo, de punta norte a punta sur, cien kilómetros, y en lo más ancho, veinticinco. En su extremo suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la mísera tierra, algunos pastores. A esta península se la conoce por el nombre de Jandía o de la Pared. La pared, o mejor, muralla, que dio nombre a la península de Jandía, y de la que aún se conservan trechos, fue una muralla construida por los guanches para separar los dos reinos en que la isla Majorata, la de los majoreros, o sea Fuerteventura, estaba dividida, y para impedir las incursiones de uno en otro reino. Y he aquí cómo este pedazo de África sahárica, lanzado en el Atlántico, se permitía tener una península y una muralla como la de China, en cuanto al sentido histórico. Porque aquí hubo historia en lo que se llama los tiempos prehistóricos de la isla, lo que quiere decir que aquí hubo guerra civil, guerra intestina entre los guanches que la habitaban. Sin duda, porque el aislamiento les impedía tener guerras con los de fuera.

En los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, del doctor don Gregorio Chil y Naranjo—siguen sus títulos, que no son pocos—, se dedica un capítulo —páginas 435 a 455 del voluminoso tomo primero— a los reinos de Fuerteventura. Reinos, así, y no reino. Porque esta isla estaba dividida, antes que arribaran a ella sus primeros descubridores y conquistadores europeos, en dos reinos, por lo menos². Lo que quiere decir, repitamos, que aquí hubo historia; que no fue ésta una de esas idílicas —tomando lo de idilio en su vulgar sentido moderno— islas del mar, llamado por mal nombre, Pacífico.

El doctor Chil y Naranjo, varón ingenuo y candoroso, nos describe las costumbres de los primitivos guanches majoreros, diciéndonos que eran “alegres y amigos de las grandes fiestas”; “que lloraban difícilmente”, y que “por la resignación que tenían con su suerte, se puede decir que parecían verdaderos estoicos”. Y así continúan siendo sus habitantes de hoy, para consuelo y edificación de los desterrados que llegan a estas hospitalarias costas. Y hablando luego de su gobierno, dice el ingenuo doctor Chil y Naranjo, una especie de Herodoto³, perteneciente a varias asociaciones académicas —entre ellas, una sociedad de aclimatación y a la Academia Estanislao, de Nancy—, que “es de creer que el Gobierno era monárquico hereditario, con castas privilegiadas y una gerarquía —la g es suya y no nuestra— social, que tenía el mando de los ejércitos y ejercía la magistratura, bien que, desconociéndose la servidumbre, los altos puestos del reino eran desempeñados por los guerreros; esto es, por los *altahas* u hombres valerosos, a quienes por lo mismo no alcanzaba todo el rigor de las leyes penales”. Y poco después añade que “el rey era siempre supremo magistrado”, y que el “oficio de carnicero y de verdugo eran reputados como infamantes”.

Aquel “es de creer” del ingenuo doctor Chil y Naranjo es de una rara profundidad inconsciente. Es de creer, en efecto, que los dos reinos en que por la muralla estaba dividida la isla eran dos monarquías hereditarias. Y esa división era la razón de ser histórica de la primitiva Fuerteventura; era la raíz de su incipiente civilización analfabética.

“No obstante esa separación completa de los dos Estados, las guerras eran tan frecuentes, que, por decirlo así, los ejércitos de ambos reinos estaban siempre sobre las armas” –dice el ilustre miembro de la sociedad de aclimatación y de la Academia Estanislao de Nancy–. ¿No obstante? Todo lo contrario; merced a esa feliz separación –*¡felix culpa!*, que canta la Iglesia– eran frecuentes las guerras entre los dos reinos majoreros; gracias a esa feliz separación se aclimató la Historia de esta isla.

¡Y habría que haber visto a las huestes del Norte, de la porción enormemente mayor, acudir desde Tuineje, y Tesejerague, y Tiscamanita, y Ampuyenta, y Chamotistafe, y Triquibijate, jinetes en camellos, si es que entonces los había, como hoy abundan, en la isla –seamos cautos en la investigación–, acudir a la conquista de la rebelde península de Jandía! ¡Y pasar al pie de la montaña Cardones –ayer la bordeamos, sólo que en auto–, donde estaba la sepultura del gigante Mahán, que medía 22 pies de largo! El ingenuo doctor no niega que pudiera haber existido una sepultura de esas dimensiones, pero se resiste, con escepticismo herodotiano, a creer que el esqueleto alcanzase “esa estatura colosal”. Pero ya contaremos cómo era el esqueleto y no la sepultura el que medía ese tamaño.

¡Ah, si pudiéramos evocar el espíritu errante de la pitonisa Tibiabín o el de sibila Tamonante⁴, que vagan por las trágicas cuchillas de esta isla sedienta de agua dulce, ellos nos dirían que fue aquella separación de la muralla de Jandía la que a los pobres guanches les procuró el consuelo fuerte de haber nacido; que fue lo que les dio, con la bendita guerra civil, la vida imperecedera de la Historia; que fue lo que les hizo personas; es decir, ¡ciudadanos!

Notas

- 1 Comentario. Inc., “Esta infortunada isla de Fuerteventura”, reproducido en: Nuevo Mundo, Madrid, 2-V-1924; *Fuerteventura un oasis en el desierto*, s.f., p.15 [con el título “Sentido histórico”]; *Paisajes del alma*, 1944, p. 63 [con el título: “Los reinos de Fuerteventura”]; *En el destierro...*, 1957, p. 15; A-I, p. 909; E-I, p. 549; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 49; *Canarias*, 1997, p. 41; VVAA, *Canarias. Ayer y Hoy*, 1999,1, p. 50 [con el título: “La infortunada Fuerteventura”]; BC-VII, p. 49; *Canarias: divagaciones de un confinado*, 2007, p. 9.
- 2 El 11 de marzo de 1924, Unamuno escribía en *Mi destierro* lo siguiente: “Hasta esta pobre isla se considera dividida en dos regiones, antiguamente dos reinos. ¡Qué español! Haití y Sto Domingo. Aquí federales. En las islas regionalismo, efecto del aislamiento. “Mi patria es un almendro” Nicolás Estébanez [*sic*]”. Cfr. p. 141.
- 3 HERODOTO, (484?-424? a. C.). Historiador griego. Viajó por Oriente Medio y recopiló información para su *Historia*, cuyo esquema es la colisión entre Oriente y Occidente. Unamuno lo compara con Chil y Naranjo porque una de las máximas críticas del historiador griego era la de confiar más en los testimonios visuales que en los orales. El doctor Chil es del mismo parecer, cfr. el artículo “Última aventura de Don Quijote. La sepultura de Mahán”, p. 69.
- 4 Tibiabín y Tamonante: Dos mujeres, madre e hija, de la isla de Fuerteventura, que jugaron un papel fundamental en la última etapa de la conquista de la isla. La primera era considerada una sacerdotisa, mientras que Tamonante era considerada una mujer sabia que conocía la lectura y la escritura. Aconsejaron a los antiguos aborígenes de la isla la rendición. Cfr. TORRIANI, Leonardo. *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. Introducción y notas por A. Cioranescu, Goya, S/C Tenerife, 1978, pp. 75-81 y ABREU GALINDO, Juan de, *Historia de la Conquista de las siete Islas de Canaria*. Ed. crítica con Introducción, Notas e índice por Alejandro Cioranescu, Goya, S/C Tenerife, 1977, pp. 67-68.

XVII

Este nuestro clima¹

“¿QUÉ le parece a usted nuestro clima?”². Y lo preguntan algunos como si se tratara de algo suyo, propio, de algo que han hecho ellos. Y ¿no será, siquiera en parte, así? Porque hay allá, en mi nativa tierra vizcaína, quienes parecen creer que son ellos los que han hecho el hierro de nuestras montañas. Y en Bilbao, en mi Bilbao, se cree, y con razón, que es Bilbao, que son los bilbaínos los que han hecho la ría, y que la ría, madre de Bilbao, es a la vez su hija. Y así es, pues todo hombre que de veras lo sea, hace de su madre su hija. Y la patria, o mejor patria, nuestra tierra matriz, tiene que ser nuestra hija si hemos de merecerla. Y si ella ha de merecernos.

“¿Qué le parece a usted nuestro clima?”. Clima quiere decir inclinación, y la inclinación es aquí, en esta afortunada isla de Fuerteventura, admirable. ¡Qué escuela de sosiego! ¡Qué sanatorio! ¡Qué fuente de calma!

En esta apartada isla, la Luna brilla más pura, y se respira mejor³. Es decir, menos don Juan Tenorio, don Juan Tenorio se aburriría como una claca⁴ —que hace aquí las veces de ostra— en esta isla. Aquí no hay campo para don Juan Tenorio. Aquí no hay más tenorios que los camellos en esta época de celo, cuando sacan su vejiga de la boca. Aquí no se comprenden tenoriadas. Y no es que el linaje humano no se propague y multiplique aquí; no. Aquí hay hombres. Lo que no creo que haya es ni muchos machos con pantalones, ni muchos eunucos con ellos. Bajo este clima prospera la Humanidad; pero una humanidad recatada y resignada, enjuta y sobria; una humanidad muy poco teatral. Y es que el clima no es teatral.

“¿No ha oído usted el trueno? Anoche, a eso de las doce y media...”. Así me preguntaban hace pocos días. Y no; no oí el trueno, y eso que dicen que fue tremendo. Pero, ¿cómo puede ser tremendo un trueno aquí, junto a esta mar, tan dulcemente arrulladora?

“Pantanosa e insalubre...”. ¡Qué más quisieran aquí, sino que hubiese pantanos! No; nada de pantanos. Aquí no se estanca más que la tierra. En ella hay lo que llaman *gabias*, cuadrados con recorbes; para que el agua de riego se endique en ellos; pero ¿pantanos?

Pero este clima, ¡este clima! Y ¡cómo se duerme! ¡Es una bendición, una verdadera bendición! En mi vida he dormido mejor. ¡En mi vida he digerido mejor mis íntimas inquietudes! Estoy digiriendo el gofio de nuestra historia⁵.

¡Qué razón tenía el amigo Gil Roldán cuando me dijo en Tenerife, allí, en medio del maravilloso paisaje de La Laguna —tengo que rehacer lo que de él dije en mi *Por tierras de Portugal y de España*—, que este paisaje de Fuerteventura es un paisaje bíblico! Evangélico más bien. Este es un clima evangélico. Aquí se funden y se derriten en el lecho del alma las parábolas, las metáforas y las paradojas evangélicas. (Metáfora, parábola y paradoja son todo el estilo evangélico, son toda la esencia del Evangelio, de la Buena Nueva).

En estas mañanas, cuando el sol, al salir de la mar, me da, recién nacido, un beso en la frente, tomo mi Nuevo Testamento griego⁶, lo abro al azar y leo. Y en este clima, las viejas parábolas, las parábolas eternas, me suenan a algo enteramente nuevo. Sí; éste es un paisaje evangélico. Y es, sobre todo, un celaje evangélico.

¡Ah! ¡Pobre Fuerteventura! ¡Qué lección la de tu noble y resignada pobreza!

¡Aquel camello, aquel camello sacando agua de una noria, al pie de una palmera! En el fondo, el paisaje de Betancuria.

Y ¡aún quieren, Fuerteventura, robarte tu pobreza! En Las Palmas oímos un cantar, que dice:

“Ni en Puerto Cabras hay cabras,
ni en la Oliva hay un olivo,
ni pájaros en la Pájara,
ni en la Antigua hay nada antiguo”.

Y no es verdad; porque en Puerto de Cabras, aquí, hay cabras –y en su mar, cabrillas–, que lamen las piedras y se mantienen; si en la Oliva no vi un olivo, en la Pájara hay pájaros, y hay algo antiguo en la Antigua. ¿Antiguo? ¡Más que antiguo! ¡Eterno! Porque en la Antigua hay, como en toda la isla, el clima; un clima prehistórico.

Pero, ¿es prehistórico este clima? Porque el clima mismo, sin duda, que dividió a los antiguos guanches majorereros, a los guanches de la Fuerteventura anterior a Betancourt, en dos reinos, divididos por la pared que separaba a la península meridional, la de Jandía, del resto de la isla, es el clima mismo, que hizo la historia prehistórica –pase la paradoja– de esta isla afortunada. O ¿ha cambiado el clima? ¿Es que el pastor pacífico ha destruido el arbolado? O ¿es que el clima no está sujeto a la Historia?

Notas

- 1 “Comentario. Este nuestro clima”, reproducido en: *Nuevo Mundo*, Madrid, 16-V-1924; Fuerteventura, un oasis en el desierto, s.f., p. 29 [con el título: “Escuela de sosiego”]; *Paisajes del alma*, 1944, p. 67; *En el destierro...*, 1957, p. 19; A-I, p. 913; E-I, p. 552; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 53; *Canarias*, 1997, p. 43; VVAA, *Canarias. Ayer y Hoy*, 1999, 1, p. 54; BC-VII, p. 51; *Canarias: divagaciones de un confinado*, 2007, p. 19.
- 2 El 4 de marzo de 1924, Unamuno apunta en *Mi destierro*: «“Este clima nuestro”. Ellos son del clima», cfr., p. 139.
- 3 Remedo de la célebre frase de don Juan Tenorio a Doña Inés: ¡Ah! No es cierto, ángel de amor/
que en esta apartada orilla/ más pura la luna brilla/ y se respira mejor”. ZORRILLA, José, *Don Juan Tenorio*, edición de Luis FERNÁNDEZ CIFUENTES, estudio preliminar de Ricardo NAVAS RUIZ, Crítica, Barcelona, 1993, vv. 2170-2173, I parte, Acto IV, Escena 3, p. 160.
- 4 *Balanus maritimus*, Glande o bellota de mar. Del portugués *craca*. MORERA, M., *opus cit.*, pp. 291-192.
- 5 Cfr. el artículo “El gofio”, p. 101.
- 6 *Novum Testamentum* graece... curavit Ebenhard Nestle, 7ª ed., Stuttgart, 1908 (nota de Laureano ROBLES, en su edición de *Alrededor del estilo*, p. 53, not. 4.

XVIII

Traje y estilo¹

ESTE problema de si el hombre se conoce vestido o desnudo nos plantea el del origen del traje, que es el problema del origen de la civilización, y de la historia, por lo tanto.

Cuenta el Génesis, que como después de su caída, en el Paraíso terrenal, fuese Jehová a buscar a Adán y le llamara: “¡Adán! ¡Adán!”, éste se escondió, y preguntándole el Señor que por qué se escondía, le contestó que por sentirse avergonzado de presentarse desnudo ante Él. Y entonces el Señor, con finísimo humor, le dijo: “¿Y cómo sabes que estás desnudo?”². Lo sabía porque cuando la caída se vio en las niñas de los ojos de Eva, porque al probar, de mano de la mujer, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, se hizo sabedor a sí mismo –que no es lo mismo que sabio–, se conoció y descubrió su estilo. Y poco después, al conocerse desnudos nuestros primeros padres, al conocer su desnudez, se hicieron una especie de delantales, con hojas de higuera, para taparse las vergüenzas. ¿Para tapárselas o para adornarse?

Porque es doctrina corriente entre etnólogos y antropólogos, la de que el hombre empezó a vestirse, no para abrigarse del calor o del frío, sino para ganarse a la hembra, que el traje es de origen erótico, o sea, de origen estético. El traje en el hombre tiene el mismo origen que en el pavo real. Y como esto es tan sabido y lo puede cualquiera leer en cualquier libro de cualquier sabio que se haya dedicado a esos estudios, vale más que pasemos adelante.

* * *

La caída de nuestros padres fue el principio de la civilización y de la historia. Sin ella, el género humano habría vegetado en una ordenanza amodorradora bajo la dictadura de Jehová, o sea, que no habría existido la Humanidad. Ni el hombre habría llegado a verse, como se ha visto después, en las niñas de los ojos del Señor, ya complacido y amoroso, ya irritado y amenazador; el hombre no se habría visto en el cielo estrellado.

Y ¡qué hermosamente chispean sobre el dormido Océano los ojos del Señor en estas noches serenas de Fuerteventura, aquí, frente al África misteriosa y prometedora! Y en el mar, junto al muelle, chispean a ratos, al anochecer, los *mugles*, esas forforescencias animales que son como el anhelo de la vida hacia las estrellas.

La caída de nuestros primeros padres fue el principio de la Historia, fue el principio del conocimiento propio del hombre, el principio de la Humanidad y no del género humano, fue el principio de la civilización. Y fue a la vez el principio del traje y del estilo.

Traje y estilo son una cosa misma en el fondo. Pero entendiendo por traje algo más íntimo, algo más profundo, más vivo, que los perifollos que cosen los sastres. Traje el que uno se hace –de ordinario por el modo de llevarlo– y no el que le hace el sastre. Porque el sastre no pasa de ser un estilista. El verdadero traje, el traje espiritual, se lo hace el que lo lleva. Y de aquí el valor y sentido de las rodilleras y las coderas, símbolos de personalidad, según hemos establecido en nuestro *Amor y Pedagogía*³. El traje ha de ser expresión del cuerpo espiritual, del cuerpo que quiere tener el alma, y no del que tiene que tener. Porque lo más propio, lo más íntimo, lo más profundo de uno no es lo que es, sino lo que quiere ser.

¿No se dice frecuentemente “revestirse de carne”? La carne es también un vestido.

¿Hay desnudo completo? No, no hay más desnudo completo que el de la nada. Y esto porque todo es revestimiento, todo es traje, todo es forma. Y el fondo es la forma de las formas.

Se habla del estilo ceñido y escueto, de estilo desnudo, pero el tal estilo es un traje. Ni el desnudo es el desvestido. De donde proviene la pureza, la castidad, la virginidad de una verdadera desnudez. Un desnudo que no sea un desvestido es lo más formal, lo más espiritual, lo más puro que cabe. Y hay también el descarnado. A propósito de lo cual el lector recordará acaso lo que otra vez le contamos de la belleza del esqueleto refiriéndonos a lo que Goethe dijo de la calavera de Rafael⁴. El que es capaz de apreciar la hermosura de una calavera, de un esqueleto, ha llegado a la suprema comprensión del estilo. Y todo lo demás no es más que sastrería.

Pero ¿es que un sastre no puede ser un poeta? ¡Claro que puede serlo y puede tener estilo! Pero es cuando se viste a sí mismo o viste a un prójimo personalmente, con un traje que sólo a él le cuadre. Si viste con figurín, no es poeta. Y así, cuando veamos en un horrible periódico de modas un figurín y que diga “Creación del modisto N. o P.”, preguntemos quién es la persona vestida. Es poeta el sastre que acierta a vestir a don Fulano o don Perecejo; pero no el que inventa un traje y espera a ver quiénes vienen a ponérselo. Esto no es estilo; esto no es poesía, esto no es creación.

Y ahora hablemos de las faldas.

Notas

- 1 “Traje y estilo”. De *Alrededor del estilo* (V), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 18-V-1924; A-XI, p. 802; E-VII, p. 893; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 49.
- 2 Génesis 3, 9-11.
- 3 *Amor y Pedagogía*, Biblioteca de novelistas del siglo XX, Imprenta Henrich, Barcelona, 1902.
- 4 Unamuno había escrito para *Los Lunes de El Imparcial* (6-V-1923) “La calavera de Rafael”. Goethe había podido admirar el cráneo de Rafael en

su excursión a la Academia de San Lucas y, gracias a un influyente amigo, obtuvo una reproducción de la misma (cfr. GOETHE, Johann Wolfgang von, *Viajes italianos* (abril de 1788), en *Obras Completas*, tomo III, trad. de Rafael CANSINOS ASSENS, Aguilar, 1974, pp. 380-381). Goethe escribió también un poema a la calavera de su amigo Schiller, “Contemplando el cráneo de Schiller”, (cfr. *Dios y mundo*, en *Obras Completas*, tomo I, *opus cit.*, pp. 1161-1162).

XIX

Conocerse desnudo¹

ESCRIBÍ lo anterior en esta soleada celda de nuestro hotel-prisión de Fuerteventura² –aquí mismo habita el propio policía encargado de vigilarnos–, frente a la mar serena que me sonrío y sonrío a nuestras tragedias y flaquezas, y me arrulla con su canto, más viejo que la historia. Al escribirlo no tenía a mano ningún ejemplar del Antiguo Testamento –sólo el *Novum testamentum graece*, el texto original del Nuevo Testamento que me acompaña en mis andanzas y visiones todas–, y no pude, según mi estilo, especificar las citas del Génesis que allí hacía. Y ello me escarabajaba. ¡Estoy tan hecho a ese remedo de los eruditos exégetas! ¡Me divierte tanto hacer alarde de erudición, sobre todo cuando ello es fácil para reírme así mejor de los sabios! Y ese escarabajeo me llevó a salir de mi celda, ir a buscar al párroco de este lugar de Puerto Cabras, nuestro excelente amigo y más constante compañero de paseo, y pedirle un ejemplar de la Biblia.

El excelente párroco –¡jamás le olvidaremos y así fueran todos como él!– me ha traído un *Breviarium romanum ex decreto S.S. Concilii Tridentini*, o sea un Breviario, señalándome en su parte primera el rezo correspondiente a la *infra hebdomadam septuagésimae*, y allí en las lecciones I y II de la *feria quarta* he encontrado el capítulo III del Génesis, donde se nos cuenta lo de conocerse el hombre desnudo y haberse hecho el primer traje. Y he aquí que me encuentro con que primero fue vestirse y después el encuentro con el Señor. Lo que demuestra lo peligroso que es fiarse uno de su memoria.

Dice, en efecto, el texto del Breviario que luego que Adán comió del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal que le dio a comer Eva, se les abrieron los ojos a ambos, *et apérti sunt óculi ambórum*. Pinto los acentos en latín según el estilo del Breviario, porque no todos los curas tienen al dedillo lo de las sílabas breves y largas. Y deduzco que fue después de habérseles abierto los ojos al Hombre y a la Mujer, al primer hombre y la primera mujer, a los que iniciaron la historia, cuando se miraron uno a otro en las niñas de sus ojos, cuando cada uno de ellos se vio en ellas y cuando se conocieron a sí mismos. Y al conocerse conociéronse desnudos.

Cumque cognoscissent se esse nudos... “Como se conociesen desnudos...”, sigue diciendo el texto. Y conocerse desnudos es desnudamente conocerse. El que se conoce desnudo, el que no se desnuda a sus propios ojos, no se conoce. Conoce, a lo más, el traje que lleva puesto; no su traje. Porque no basta llevar puesto un traje para que sea de uno mismo. Se conocieron desnudos y cosieron hojas de higuera –*consuérunt folia ficus*– y se hicieron delantales –*et fecérunt sibi perizómata*–. Y fue después de esto cuando oyeron la voz del Señor que se paseaba por el paraíso tomando el fresco de la tarde –*ad auram postmeridiam*– y cuando Adán y su mujer se escondieron detrás de un árbol.

En cierta ocasión salió un soldado de uniforme a horas ya de retreta, y como viese venir a un oficial, se escondió detrás de un árbol. Al día siguiente, el oficial, encarándose con el soldado en el cuartel –el soldado era de cuota–, le preguntó: “¿Cómo es que le vi a usted anoche en la Alamedilla?”, y el soldado contestó: “Porque el árbol era muy delgado”. Para el Señor todos los árboles son delgados. ¿Qué es un tronco junto a la inmensidad?

El Señor llamó a Adán y según su estilo le preguntó: “¿Dónde estás?”. *¿Ubi es?* Y entonces fue cuando el pobre Hombre contestó –no respondió– que temió por encontrarse desnudo y se escondió. Tenía miedo de su desnudez y de Dios. ¿Pero era el miedo de su desnudez el que le hacía temer a Dios, o era el miedo de Dios el que le hacía temer su propia desnudez? Y a la par, la desnudez de Dios. ¡Terrible problema!

Sí; terrible problema en que se encierra el misterio del estilo que es el misterio de los misterios, y toda la teología de la poesía se encierra en esto: en si el miedo a nuestra desnudez es lo que nos hace temer a Dios, o si es el miedo a Dios el que nos hace temer nuestra desnudez. Y lo que nos mueve a vestirnos frente a Dios, a vestirnos para Dios, a vestirnos para nosotros mismos, a vestir nuestra sinceridad. Porque la sinceridad es ya un traje, es una vestidura, es un estilo, es forma.

¡Ah, si todos esos majaderos que hablan a tontas de mis paradojas hubiesen alguna vez ahondado en el trágico problema de la sinceridad! ¡Ah, si todos esos que necesitan que les pinten los acentos en el latín se hubiesen desnudado alguna vez a sí mismos y frente a Dios! Pero aquí, frente a mí, están la mar y el cielo mirándose a las niñas de los ojos, y aquí, abrazándome el alma, ciñéndomela, está el Señor que me pregunta: “¿Dónde estás?”

¡Aquí estoy, Señor!³

Notas

1 “Conocerse desnudo”. De *Alrededor del estilo* (VI), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 25-V-1924; A-XI, p. 805; E-VII, p. 895; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 53.

Unamuno, en el comentario al soneto XV de *De Fuerteventura a París* (1925), escrito el 16 de mayo de 1924, nos da noticia de sus baños de sol enteramente desnudo en la azotea de su hotel.

2 *Hotel-Fuerteventura*, que regentaba don Francisco Medina Berriel y que se encontraba entre la cárcel y la iglesia. En 1983, el Cabildo Insular de Fuerteventura adquiere el inmueble, que será

utilizado como Archivo Histórico Insular mientras se construye el edificio destinado a tal fin. A partir de 1995, el hotel se transforma en la ‘Casa-Museo Unamuno’ de Fuerteventura, en el que se reproduce el ambiente donde vivió el filósofo en aquel tiempo.

3 Unamuno, al final del artículo, plantea la relación entre la desnudez y la sinceridad como la posibilidad del individuo de mostrarse ante él mismo o ante los demás tal cual es, sin vergüenza. De ahí que Unamuno no eluda la pregunta de Dios –como hizo a Adán.

XX

Leche de tabaiba¹

¡ESTAS soledades desnudas, esqueléticas, de esta descamada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed! ¡Y qué hermosura! ¡Sí, hermosura! Claro está que para el que sabe buscar el íntimo secreto de la forma, la esencia del estilo, en la línea desnuda del esqueleto; para el que sabe descubrir en una calavera una hermosa cabeza².

Mas aún así, visten a estas desnudeces óseas, y hasta en este año de singular sequía, en este año en que la mitad del ganado se muere de hambre –¡qué triste espectáculo el del embarque de reses en busca de pasto, a otra isla!–, visten a estas desnudeces el verdor, esparcido acá y allá, de las higueras y tal cual gabia de alfalfa. O el verde pálido y triste del tarajal³, una especie de tamarindo. Pero en los campos de pedregales calcinados sólo se arrastra la aulaga.

¡Pobre aulaga! El nombre es español, que aulaga es lo mismo que aliaga, argoma o tojo. Sólo que esta aulaga de aquí es otra cosa; es un esqueleto de planta toda ella espinas, sin hojas, pero en primavera con flores. Unas florecillas amarillas, que el camello pasta. ¡Pobre aulaga! Hace aquí el papel de la retama de Leopardi, de la pobre retama “contenta de los desiertos”!

Y luego otro verdor en los repliegues de estas osamentas de montaña, un verdor amarillento, pálido, el verdor de las tabaibas.

Tabaiba, como tarajal, parecen nombres indígenas, guanches; tienen la *te* inicial característica. En nombres de lugares –poblaciones, montes, fuentes, cabos...–, en toponimia, sólo en esta isla hay: Teña, Tetir, Tizcamanita, Tejuate, Toto, Tostón, Tuineje, Time, Tesejeraque, Tindaya, Tao, Triquivijate, Tigurame, Taca, Tamariche, Tamaretilla, Tabaire...; en Lanzarote: Testeina, Tinajo, Tiagua, Tías, Taiche, Timanfaya..., sin contar los que hay en Tenerife, donde se alza el Teide, en Gran Canaria, en la Palma, en Hierro y en la Gomera. Y esa *te* inicial característica es la de tarajal y tabaiba⁴.

La tabaiba remeda en pequeño –pues es una mata– al drago, el árbol tan curioso de Tenerife⁵. Surgen sus tallos y se ramifican sin brotes ni hojas, y sólo en las extremidades, en las puntas de las últimas ramificaciones, una coronita de quince o veinte hojitas sencillas irradiando de un centro, y en medio la flor, una flor amarilla, y luego el fruto. El drago da una savia, un fuego rojo como la sangre; la tabaiba, si se le corta, desprende un jugo blanco lechoso, como el de la lechetrezná, un fuego pegajoso y cáustico. Lo usan para remedio de algunas dolencias.

¿De dónde saca la tabaiba su acre leche? De donde saca su leche la camella que se apacienta en pedregales, que parece alimentarse lamiendo pedruscos, que rumia ese esqueleto de planta que es la aulaga, toda ella espinas. También, por otra parte, la sandía, ahí en Castilla, es fruta de secano, fruta de paramera, de estepa.

La leche acre y cáustica de la tabaiba es jugo de los huesos calcinados de la tierra volcánica que surgió del fondo de la mar; la leche acre y cáustica de la tabaiba es tuétano de los huesos de esta tierra sedienta. Y hay que alimentar el espíritu con leche de tabaiba.

¿Pesimismo? ¡Bah! Jóvenes que me leáis –si es que hay jóvenes en la generación de mis hijos–, cuando oigáis hablar de pesimismo y optimismo, advertid que es la ramplona frivolidad,

que es la frívola ramplonería que os está cercando para devoraros el alma. Eso de pesimismo y optimismo es el lenguaje de la más hojarascosa tontería.

Hojarascosa he dicho, porque la tontería no tiene huesos; la tontería no es más que pellejo y hojarasca; la tontería carece de esqueleto, carece de línea, carece de estilo. La tontería no es más que superficialidad, fatal superficialidad –y a la vez superficial fatalidad–; la tontería no es más que frases hechas, lugares comunes⁶. Y la peor tontería, la más tonta, es la que remeda la tristeza. Ya me lo habéis oído: listo sin talento es peor que tonto sencillo. El mero tonto, el tonto puro, es más inteligente que el listo sin talento, que es el colmo de la frivolidad.

Supongo que la leche de tabaiba debe ser un gran purgante. No la he experimentado; no pienso experimentarla, porque no necesito purgantes, porque gracias a mi régimen de agua, de agua pura, hago admirablemente bien la digestión. Y vivo alegre. Hago bien la digestión, porque el agua es el mejor disolvente, y vivo alegre, con alegría de dentro, entrañada, de tuétano, porque alegría no es la que viene del vino, sea nacional o extranjero. Eso es otra cosa; eso es remedo de alegría, ficción de alegría, disfraz de alegría. Y fundamentalmente tontería. El que necesite alcohol para alegrarse es tonto de remate y sin redención. Y necesitaría, pero corporalmente, leche de tabaiba.

Notas

- 1 “Comentario. Leche de tabaiba”, reproducido en: *Nuevo Mundo*, Madrid, 30-V-1924; *Fuerteventura, un oasis en el desierto*, s.f., p. 45; *Paisajes del alma*, 1944, p. 71; A-I, p. 916; E-I, p. 554; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 57; *Canarias*, 1997, p. 45; BC-VII, p. 54; *Canarias: divagaciones de un confinado*, 2007, p. 27.
- 2 Cfr., “Traje y Estilo”, p. 86.
- 3 Arbusto tamariscáceo. De *taraje* (derivado del árabe *taraf*, ‘tamarindo’). MORERA, M., *opus cit.*, p. 785.
- 4 Aparte de los conocimientos lingüísticos de don Miguel, hay que señalar que en casa de Ramón Castañeyra, su mejor amigo en la isla, había leído a Viera y Clavijo, que había hecho la misma observación. Cfr. sus *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*, edición de 1859 (que es la que maneja Unamuno), tomo I, Libro II, párrafo 5, nota 2 (nota de Francisco NAVARRO ARTILES en su edición de UNAMUNO, M., *Artículos y Discursos sobre Canarias*, Ediciones del Excelentísimo Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1980, p. 58, nota 40).
- 5 Árbol perteneciente a la familia de las palmas y característico de Gran Canaria, Tenerife, La Palma y el Hierro. De tronco grueso, desnudo, con ramificaciones y copa verde. Su savia roja y alguna extraña forma de su fruto y corteza lo emparentan míticamente con los dragones. Cfr. VIERA Y CLAVIJO, José de, *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, pp.160-161.
- 6 Nótese como Unamuno, en su reflexión estilística, irá cada vez matizando más que los lugares comunes de la retórica obstaculizan la fuerza poética de la originalidad.

XXI

La aulaga majorera¹

NO me traje conmigo a este confinamiento de Fuerteventura más que tres libros que caben en un mediano bolsillo: un ejemplar del Nuevo Testamento en su original griego, edición de Nestle, de Stuttgart, en papel como tela de cebolla, y dos ediciones microscópicas, *vademécum*, de la *Divina Comedia* y de las *Poesías*, de Leopardi, hechas por Barbèra, en Florencia. Y en esta edición de los trágicos poemas leopardianos he vuelto a leer aquel estupendo a la retama, la flor del desierto —*La ginesta o il fiore del deserto*²—, que hace años traduje en verso, y figura esta traducción en mi libro de *Poesías*³. Y nunca hubiera creído que esta flor del desierto me habría de acompañar y animar en la más fuerte de mis aventuras quijotescas.

Desierto es esta solemne y querida tierra aislada de Fuerteventura, una de las islas llamadas antaño Afortunadas y que tiene la fortuna y la hermosura a la vez en su noble y robusta pobreza. Tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos, tierra que retempla el ánimo. ¡Cuán otra cosa que esos jardines ceñidos de mar donde el hombre se olvida de la tierra y del cielo! No, aquí tierra y cielo se funden en uno bajo el abrazo del mar. El mar los apuña juntos.

Y en este solemne desierto, en esta noble soledad sahárica, he encontrado a la retama leopardiana *contenta dei deserti*. La de Leopardi erguía sus enjutos tallos en la árida espalda del formidable monte exterminador Vesubio; ésta retuerce sus óseos nervios al pie de las ruinas de volcanes, en mayor desierto que el que se extendió sobre los cadáveres de Pompeya y Herculano.

Esta retama de Fuerteventura, cuya clasificación y denominación botánica ignoro, es llamada aquí aulaga, aliaga, árgoma y tojo, que no es ni la retama ni la escoba. Pero dejemos esto.

La aulaga majorera, de Fuerteventura —se llama *majoreros* a los de Fuerteventura—, tiende su triste verdor pardo, su verdura gris, por entre pedregales sedientos, y al pie, a las veces, de estos tristes tarajales, especie de tamarindos⁴, que ofrecen al sol y al aire su mezquino y lacio follaje. La aulaga no tiene hojas; la aulaga desdeña la hojarasca; la aulaga no es más que un esqueleto de planta espinosa. Sus desnudos y delgados tallos, armados de espinas, no se adornan más que con unas florecitas amarillas. Y todo ello se lo come el camello, el compañero del hombre en esta isla, su más fiel servidor. La aulaga da flores para el camello. Para que el camello se las coma, por supuesto. Y así este sobrio animal se alimenta de flores. Puede decirse que la aulaga no es más que espinas y flores.

¡Qué lección de estilo, y de lo más íntimo del estilo, esta aulaga de Fuerteventura! Es la expresión más perfecta de la isla misma; es la isla expresándose, diciéndose; es la palabra suprema de la isla. En la aulaga ha expresado sus entrañas volcánicas, el poso de su corazón de fuego, esta isla entrañable. No es, no, el verdor ficticio de los platanos que allá en la Orotava de Tenerife, encantan a los boquiabiertos turistas que se enamoran de hojarasca y de perifollos. Ese es paisaje de turistas, no de peregrinos del ideal ultraterrestre, no de romeros de la inmortalidad.

La aulaga es una expresión entrañada y entrañable, la aulaga dice frente al cielo y a ras de la tierra, ceñidos de mar, la sed de vida, la sed de inmortalidad de las entrañas volcánicas de la Tierra. Y esas espinas de que se arma son una tragedia íntima.

La aulaga sí que tiene estilo; la aulaga, y no esas plantas de jardín, criadas a fuerza de abonos, esas pobres plantas enriquecidas por la civilización, esas presuntuosas plantas civilizadas. ¡Cuán lejos de los crisantemos!

¡Y qué lección, qué lección la de esta humilde mata, toda ella espinas y flores, qué lección⁵! Pero... ¿humilde? ¡Humilde, no! Humildes, más bien rastreras, son esas plantas artificiales, como los perritos y los gatitos falderos, esas plantas que acarician a las damiselas aburridas y frívolas, y no esta bravía aulaga que no se deja ni acariciar ni prender. Sólo se rinde al camello; sólo al camello le da sus flores.

¿Qué saben de estilo esos estilistas de invernadero que a fuerza de abonos químicos arman una hojarasca sin perfume? Eso no es estilo ni cosa que lo valga.

Y la aulaga no es misantrópica, no; la aulaga no odia a los hombres. A los hombres, se entiende. La aulaga ahuyenta a los turistas, a los desocupados, a los frívolos; pero la aulaga atrae a los peregrinos, a los ocupados en el eterno problema de la finalidad del universo, a los cordiales. La aulaga rechaza a los machos sin más que serrín en la mollera y pus en el corazón.

Cuando Don Quijote vino a esta isla de Fuerteventura –y he de contar esa su aventura fuerteventurosa– se consolaba en sus inevitables decaimientos de ánimo, cuando le acometía la tentación monástica, contemplando las matas de aulaga. Con esta contemplación se limpiaba la hojarasca del alma. Porque también el cartujo tiene su jardincillo y en él sus rosas, rosas artificiales, rosas de cultivo que ocultan las espinas entre las hojas. La aulaga puede a lo sumo, servirle al cartujo de cilicio.

Porque es un cilicio la aulaga. Y puede ser un arma también. La aulaga puede servir como la escoba, para barrer. Aquí sirve para que con ella, flor de fuego entrañado, se calienten, quemándola, los majorereros. ¡Dios te siga bendiciendo, aulaga majorera!

Notas

- 1 “Divagaciones de un confinado”, reproducido en: *Caras y Caretas*, Bueno Aires, 31-V-1924; *Paisajes del alma*, 1944, p. 75 [con el título: “La aulaga majorera”]; *En el destierro...*, 1957, p. 31; A-I, p. 919; E-I, p. 556; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, p. 61; *Canarias*, 1997, p. 47; BC-VII, p. 56; *Canarias: divagaciones de un confinado*, 2007, p. 37.
- 2 LEOPARDI, Giacomo, *Le Poesie*, Nueva edizione corretta su stampe e manoscritti, con versi inediti, a cura di Giovanni Mestica. Firenze, G. Barbèra, 1919: Canti XXXIX (nota de Laureano ROBLES, *opus cit.*, p. 71).
- 3 UNAMUNO, M., *Poesías*, Fernando de la Fe, Madrid, 1907.
- 4 Cfr. el poema 177 del *Cancionero*, en esta edición [XII], p. 210.
- 5 La crítica, hasta ahora, siempre ha interpretado la palabra “lección” en su acepción de ‘enseñanza’, cuando Unamuno la utiliza, además, en sus sentido de ‘amonestación’. Solo así se explica el carácter irreverente del artículo. Fijémonos como la reflexión sobre el estilo va derivando hacia a una crítica de la cultura occidental, como las de Nietzsche y Heidegger. El estilo ideal unamuniano se irá concretando, cada vez más, en la realidad de la isla canaria, convirtiendo Fuerteventura, desde los puntos de vista ético, estilístico, etc., en una nueva alternativa.

XXII

Cuerpo y alma del estilo¹

LA higuera de cuyas hojas se hicieron Adán y Eva los delantales con que embozaron la desnudez de sus vergüenzas me hace fijar en el fondo de mi espíritu, en las niñas de sus ojos, estas higueras que a trechos visten la desnudez de esta isla de Fuerteventura, paradisíaca a su estilo. Es el mayor verdor de ella. Acaban de echar hoja, y su verdura refresca nuestra vista, que se enjuga en la visión de estos valles y estas montañas entrañadas. De la entraña rocosa de la tierra. Son ruinas de montañas, de volcanes acaso algunas. A su pie marca el camello el compás solemne de esta vida.

La desnudez, la más noble desnudez, el descarnamiento más bien, es el estilo de esta isla afortunada, en que se gusta toda la hondura del aislamiento. Y el estilo de esta isla es ella misma, es la misma isla. Espíritu y cuerpo son una sola y misma cosa. Su cuerpo es ella misma, es la isla como valor espiritual y eterno.

En nuestra lengua vasca no hay un nombre especial para designar el cuerpo; un nombre originario. El que se usa hoy, *gorputza*, deriva del latín *corpus*. ¿Es que nuestros antepasados, los vascos o euscaldunes prehistóricos, no conocían el cuerpo? Ciertamente que no. Cuando no se ha llegado a una concepción animista, cuando no se cree que en el cuerpo del hombre habite un alma que puede separarse de él y sobrevivirle, cuando no se ha formulado, con mayor o menor precisión, una doctrina dualista, no hace falta un nombre para designar el cuerpo. Tendrá uno que hablar de su cabeza, de sus brazos, de sus manos, de su pecho, de su vientre, de sus pies, de su corazón, de su hígado, de su estómago, y así; pero su cuerpo es él mismo, mi cuerpo soy yo. Y a la vez mi alma; lo que los escolásticos llamaban el compuesto humano. La noción de cuerpo se engendra a la vez que la de alma. Y en general el cuerpo de un caballo es el caballo mismo; el cuerpo de un árbol es el mismo árbol. En griego mismo, el nombre cuerpo: *soma*, parece que significó primeramente el cuerpo muerto, el cuerpo inanimado, el cadáver.

Después ha venido adquiriendo la voz cuerpo un cierto sentido incorpóreo, espiritual, análogo al de corporación. Como cuando decimos el cuerpo de ingenieros o el cuerpo de abogados del Estado. Un sentido que corresponde al de persona jurídica y al de persona colectiva.

Este cuerpo no es otra cosa que el estilo. Y el alma es a la vez el estilo. Por donde en el estilo vuelven a fundirse el alma y el cuerpo; el estilo es el alma hecha cuerpo y es el cuerpo hecho alma. De donde se saca que sólo tiene estilo aquello que es vivo, y que carecen de estilo, tanto un cuerpo sin alma, un cadáver, como un alma sin cuerpo. Toda obra de arte que carezca de estilo es que carece de vida, o sea que, como obra de arte, no existe. Y aun en otros respectos no existe. Un remedo, un calco, no existe.

Y esta isla, esta venturosa isla de Fuerteventura, este afortunado rincón de enjuto sosiego, esta... ¡vaya si existe! Como no pueden creerlo aquellos que sólo en el mapa, en inexistente símbolo topográfico, la hayan visto. Existe y tiene su estilo, el estilo de la desnudez, el estilo de la sinceridad toda ella. Aquí no hay embuste ni ficción. Los delantales de las higueras no hacen más que acusar la noble, la nobilísima vergüenza del pecado original de la tierra. Y aquí, desterrado

por mi sinceridad, por ser sincero, por ser yo, por ser hombre –no sólo macho o eunuco–, aquí medito en el destierro de nuestros primeros legendarios padres.

¡El pecado original! Dicen que le vino al linaje humano –que gracias a él se hizo Humanidad– por haber querido nuestros primeros padres probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y todo el que prueba ese fruto y se pone humanamente, honradamente, a distinguir el bien del mal y denuncia éste sinceramente, sufre el castigo de nuestros primeros padres.

He dicho “honradamente”, voz que deriva de “honra”. Honra es nuestra voz castiza, propia, romanceada, mientras que honor es un término latino, casi pedantesco, y en todo caso ficticio o hechizo. No hay que confundir el honor con la honra, pues son dos estilos. Un hombre honrado es un hombre, y en cambio un caballero de honor no suele serlo. El honor –el de los lances– es cosa de caballeros, y los que se llaman a sí mismos caballeros suelen no ser apenas hombres, aunque sean machos. Y no andaba tan descaminado aquel que, al pedirle para no recordarnos qué baja su palabra de honor, contestó indignado: “¿Palabra de honor? Yo no tengo honor, caballero; yo soy un hombre honrado”. Pudo haber dicho sencillamente: “¡Soy un hombre!”.

A Adán y Eva se les desterró del Paraíso por haberse hecho hombres –¡la mujer lo es; la hembra, no!–, por haberse descubierto desnudos; por haber cobrado conciencia humana, histórica, de sí mismos, por haber logrado estilo, por ser ellos mismos, por ser sinceros. No por lo que hicieron, sino por lo que se hicieron; no por haber pecado desobedeciendo, sino por ser, por existir. Y he aquí por qué la Iglesia, refiriéndose al pecado original, canta: *o felix culpa!* Gracias a ella vino la redención.

Pero volvamos al dualismo de alma y cuerpo.

Notas

- 1 “Cuerpo y alma del estilo”. De *Alrededor del estilo* (VII), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, I-VI-1924; A-XI, p. 808; E-VII, p. 897; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 57.

XXIII

La Atlántida¹

EN estas horas lentas y preñadas de mi confinamiento, en mi aislamiento en esta venturosa Fuerteventura me doy a ratos a leer libros que me han procurado y en los que se habla de casos y cosas de estas islas Canarias. Los mejores libros, ingleses.

He estado leyendo sobre el origen de estas islas y me he armado una regular confusión en la cabeza con todas estas andróminas geológicas. Si las islas se han destacado del continente africano; si han surgido, por sucesivos levantamientos volcánicos, del fondo del océano —y esto dicen que parece lo más probable—; si en un tiempo remoto, antes de venir el hombre a nacer, sufrir, soñar y morir en la tierra, formaron parte de un continente, hoy sumergido entre el Antiguo y el Nuevo Mundo y hasta si estuvo o no dividida la Tierra en dos continentes —mejor contenidos— sólidos, uno del Norte y otro del Sur. Y a todo esto llega a cuenta la famosa Atlántida de Platón. Aquella de que el poeta habló en dos de sus diálogos, en el *Timeo*² y en el *Critias*³.

El poeta he dicho, o sea el creador, y no el filósofo, no el amante de la sabiduría. Aunque, ¿es posible crear no amando la sabiduría —la sabiduría y no la ciencia— y posible amar la sabiduría no creando? Poeta y filósofo es lo mismo. Sabio es ya otra cosa; es algo que en su acepción hoy corriente poco o nada tiene que ver con la sabiduría. Todo gran filósofo es un poeta y todo gran poeta un filósofo. La *Lógica*, de Hegel⁴, y la *Ética*, de Spinoza⁵ son dos de los más grandes poemas que han sido escritos.

Platón descubrió la Atlántida como poeta, nada más que como poeta —es decir, nada menos que como poeta—⁶. Platón inventó mejor que descubrió, creó la Atlántida. Porque se dice inventar de algo que no existía antes; así: la invención de la pólvora, la invención de la imprenta. Y se dice el descubrimiento de América. Aunque, ¿no fue también inventada, creada, América? Sí, y por el que le dio nombre, por Américo Vespucio⁷ —o Vespucci— como he de demostrarte, lector, algún día. Porque la América como potencia ideal fue Américo Vespucio, otro italiano, y no Cristóbal Colón, quien la inventó. Y quedamos en que Platón inventó, creó la Atlántida.

¿Una utopía? Es decir, ¿algo que no es de ningún lugar, que no tiene lugar? Pero es que la utopía es de todos los lugares, es del infinito.

Platón creó la Atlántida lo mismo que Don Quijote creó la Ínsula Barataria para dársela a Sancho. Don Quijote, ¿eh? Don Quijote, y no Cervantes. Porque fue Don Quijote el que creó, el que inventó, el que descubrió, si se quiere, la Ínsula Barataria. Verdad es que fue Don Quijote uno de los que crearon a Cervantes. Cervantes es hijo y no padre de Don Quijote. Y por algo más y mucho más profundo de lo que se expresa con lo consabida expresión cervantina de que cada uno es hijo de sus obras. El padre es hijo de sus hijos. Nosotros somos lo que nuestros abuelos, a nuestros antepasados.

Platón inventó, creó, no descubrió la Atlántida, y Don Quijote inventó, creó, no descubrió, para Sancho, la Ínsula Barataria. Y yo espero por la intercesión de Platón y de Don Quijote⁸, o con la ayuda de ambos, inventar, crear y no descubrir la isla de Fuerteventura.

¡Qué nombre tan sonoro, alto y significativo! ¿Fuerteventura? Es decir, ventura fuerte. Y si a estas islas Canarias se las llamó las Afortunadas, a ésta de Fuerteventura habrá que llamarla la fuertemente venturosa.

No hace mucho la ha llamado un canario la isla del porvenir. Alude a cuando alumbrándose más agua, esa agua algo salobre que guarda en sus entrañas avaras, se pueda cultivar alfalfa y tomates –que soportan esa agua– y crezca la riqueza. Pero cuando crezca la riqueza de esta isla –y así lo haga Dios–, cuando salga de esta noble y fuerteventurosa pobreza, cuando su austera y robusta desnudez se vista con el manto de esmeralda de la alfalfa, los ojos descansarán, refrescándose, en esa verdura; pero, ¿y el corazón? ¿No se ablandará, no se envenenará el corazón?

¡Esta es mi Atlántida! ¡Esta es mi Ínsula Barataria! Aquí me visitan, en larga estantigua, en procesión de ánimas doloridas, todos los que en los largos siglos sufrieron la pasión trágica de mi España; aquí vienen, aves consoladoras a la par que agoreras, las almas de todos aquellos que sufrieron persecución por su justicia, por su espíritu de justicia y de verdad, las almas de todos aquellos que sucumbieron al poder infernal del Santo Oficio de la Inquisición, y esas almas me olean con su aleteo la frente enardecida de mi alma, esas almas me olean la inteligencia.

¡Esta es mi Atlántida! ¡Esta es mi Ínsula Barataria! Y oigo la risa, la terrible risa inquisitorial, la burla trágica de la envidia, castiza, que persiguió a Don Quijote durante su peregrinación por la tierra de los galeotes, de los yangüeses y de los duques. Oigo la risa ducal⁹; oigo los soeces dicterios de los majaderos y miro al cielo y miro a la mar, a este cielo fuerteventuroso, a esta mar fuerteventurosa, a esta mar que sonríe a nuestras flaquezas. Y la sonrisa es el remedio contra la risa¹⁰.

Notas

- 1 “Divagaciones de un confinado. La Atlántida”, reproducido en: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 7-VI-1924; *Paisajes del alma*, 1944, p. 79; *En el destierro...*, 1957, p. 35; A-I, p. 923; E-I, p. 559; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 65; *Canarias*, 1997, p. 81; BC-VII, p. 59; *Canarias: divagaciones de un confinado*, 2007, p. 47.
- 2 PLATÓN, *Timeo o de la naturaleza* (24d-25d), en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 19862, pp. 1131-1132.
- 3 PLATÓN, *Critias o de la Atlántida* (113b-121c), *opus cit.*, pp. 1195-1201.
- 4 HEGEL, Georg Wilhelm Friederich, (1770-1831). Uno de los filósofos más importantes de la época poskantiana. Se le considera el fundador de la filosofía de la historia. Unamuno habla de *Ciencia de la lógica* (1812).
- 5 SPINOZA, Baruch o Benedict, (1632-1677). Filósofo holandés de ascendencia judía y espíritu racionalista. Su obra póstuma, *Ética*, es quizás la más importante.
- 6 Debemos recordar que Platón expulsa a los poetas de su estado ideal en el Libro X de la *República* (607a), Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 527-528. Unamuno ironiza, pues considera a Platón poeta y no filósofo. En opinión de Francisco La Rubia Prado, *La Vida de Don Quijote y Sancho* es una respuesta de Unamuno a Platón por esta expulsión, Cfr. *Unamuno y la vida como ficción*, pp. 116-164); este texto debe ser entendido de manera similar.
- 7 VESPUCIO, Américo, (1451-1512). Navegante y cosmógrafo de origen italiano que organizó el tercer viaje de Colón a las Indias. Participó en varias expediciones, descubrió la bahía de Río de Janeiro y comprobó que los nuevos territorios eran un continente. Las relaciones de sus viajes y sus trabajos de cosmógrafo motivaron que Martin Waldsemüller diera, en su *Cosmographiae introductio*, el nombre de “Americi terram” al Nuevo Mundo.

- 8 Al invocar Unamuno la intercesión de Platón y de Don Quijote, introduce la concepción platónica de la poesía como inspiración. Cfr. PLATÓN, *Íon, o sobre la "Iliada"* (533c-534c), en *opus cit.*, pp. 146-147.
- 9 Se atribuye a la risa una función social moralizadora, encargada de corregir los desvíos de la norma de un individuo por la provocación de vergüenza. Cfr. Henri BERGSON, *La risa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1973, p. 27.
- 10 La palabra sonrisa está constituida por un prefijo son- (derivado del latín sub-) y risa, que significa 'risa por lo bajo, sin ruido'. De manera que la sonrisa representa un gesto inequívoco de ironía. La ironía, en el pensamiento romántico, es entendida como el desvío de una predicación lógica. Así, por ejemplo, hace Unamuno en este artículo, que predica inesperadamente a Platón

como "poeta", cuando su predicación lógica hubiese sido la de "filósofo". O cuando no duda en decir que *Fuerteventura es una oasis en el desierto de la civilización*, cuando lo esperable es calificarla como 'desierto pobre y atrasado'. De esta manera, mediante la ironía, Unamuno lo que hace es redirigir la función correctiva de la risa a una norma hacia la afirmación de una voluntad que se sale de ella. Los rientes se encuentran en el centro de la norma, mientras que los que son objetos de la risa se hallan en la periferia. Por la sonrisa, la ironía, Unamuno produce un desplazamiento que lo reubica: constituye en centro a la periferia y en periferia al centro. Cfr. Paul de MAN, *El concepto de ironía*, Eutopías, 2ª época, vol. 141, EDICIONES EPISTEMTE SL, Valencia, 1996.

XXIV

Cosa y causa¹

PORQUE sí, hay que insistir –sin insistencia no hay existencia que valga–, hay que darle vueltas alrededor de eso del dualismo de alma y cuerpo, que es la esencia del problema –eternamente problema– del estilo. Y el problema del alma y del cuerpo es el del contenido y el continente.

Pero ¿cuál es el contenido y cuál el continente? ¿Cuál la materia y cuál la forma? Los escolásticos le llamaron al alma la forma sustancial del cuerpo; pero toda forma, si es algo, si es más que pura nada, es sustancial. ¿Es el cuerpo la materia del alma o es el alma la materia del cuerpo? Aquí está todo.

“El estilo –se ha dicho alguna vez– es el alma de una expresión”. Pero es lo mismo que decir que es la expresión misma viva. El cadáver de la expresión, sus palabras, si la expresión es hablada o escrita, las palabras que se registran en un Diccionario y las figuras de flexión que registra la Gramática, eso no es ni cuerpo. Empiezan a ser cuerpo cuando un alma las anima. Y puede darse el caso de que unas mismas palabras en el mismo orden y construidas del mismo modo, digan algo o no digan nada. Según quien las pronuncie².

Una sentencia profunda o ingeniosa pronunciada por uno, por el que la creó, el que le dio forma, es algo, y repetida luego por un tonto no pasa de ser una tontería. La misma frase en dos bocas distintas hace dos frases.

La profundidad está en la sobrehoz, en la superficie; la profundidad es superficial. La misma palabra profundidad no quiere decir lo mismo que “hondura”; son de dos estilos. Como no quiere decir lo mismo sobrehoz que superficie, y puede ocurrir que aquel vocablo: “sobrehoz”, el romanceado, el castizo, el digerido, resulte más pedantesco, más muerto, menos original, que el término culto, latinado, indigesto: “superficie”. Así “raudo” es la forma romanceada, a estilo popular, de “rápido”, y, sin embargo, “rápido” es hoy lo vivo, y “raudo” lo muerto. “Raudo” apenas si se usa más que en eso que los tontos llaman poesía –y que no es nada, ¡claro!–, y esas palabras a que se llama poéticas son las menos poéticas.

Los tontos –cuyo número es infinito– hablan de “estilo poético”. ¡Estilo poético! Pero si todo estilo es poético, o sea creativo, y si no es poético no es tal estilo, no existe. Porque lo que no crea no existe, no es cosa, es nada. Que cosa quiere decir causa.

En las últimas ediciones del Catecismo de la doctrina cristiana del P. Astete, S.J.³, los jesuitas, en su odio demoníaco al estilo, a la personalidad, han modificado la definición –llamémosla así– que de Dios daba aquel castizo padre. Decía que “Dios es una cosa la más excelente...”, y seguía. Han quitado lo de cosa, sin percatarse de que Dios es, ante todo, y sobre todo, una cosa, una causa. ¿Será porque creen que cosa dice toque a cuerpo, a materia? Acaso, como el bueno de Don Juan Manuel Ortí y Lara⁴ nos decía que llamar la Humanidad al género humano era caer en pecado de panteísmo, crean muchos jesuitas de hoy, redomados materialistas y hasta las cachas, que es caer en panteísmo llamarle cosa a Dios. Y no se fijan en que en el sentido pecaminoso de cosa, no en el poético, sino en el retórico, cosa y nada más que cosa es eso del Sagrado Corazón. El corazón es cosa, sí, es causa, en el sentido poético; pero en el sentido jesuítico, el corazón es pura materia, pura nonada, pura vaciedad. Y el que quiera saber lo que no es estilo,

que se fije en la manera Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús.

Que acaso la mejor manera de definir, lo mismo que las demás cosas, el estilo, es señalar lo que no es. Porque definir es marcar lo que algo no es. Cuando se cierra con unas tapias un corral, ¿se cierra el corral o todo lo que está fuera de él? Cuando se encierra uno en una celda, ¿no es que cierra todo el mundo que fuera de la celda queda? ¿No es que le libertan del resto del mundo? Cuando enjaularon a Don Quijote, ¿no fue que enjaularon a la España que fuera de la jaula se burlaba de él?⁵

Le hemos llamado cosa al estilo al decir que la mejor manera de definir, como las demás cosas, el estilo, es señalar lo que no es. Y el estilo es, en efecto, cosa, es causa; es en el arte la cosa, la causa por excelencia. El estilo es el que crea la belleza.

Y ahora, dejadme descansar un rato. Estos últimos días hemos salido a la mar, a esta mar maternal, manadero de consolación, que separa a Fuerteventura del continente africano. Mis compañeros iban a pescar peces; yo a pescar metáforas hundiendo mi mirada en el regazo de las olas azules. Ellos pescaron cabrillas, y yo contemplaba a las pobres cabrillas agonizantes, por falta de agua, en el fondo del bote. Era un espectáculo trágico. Y pensaba que un pájaro se ahogaría en el fondo del mar y que el pobre pez se ahogaría en el fondo del aire. Nosotros mismos agonizaríamos en el éter. El pensamiento se ahoga en un estilo etéreo, sin cuerpo, o sea sin estilo. Y ya examinaremos esta que los tontos llamarían paradoja, del estilo sin estilo, del estilo que a puro estilizarse se destruye a sí mismo. Y en tanto, me persigue la metáfora de ahogarse *–ad-focare se–* que es en fuego. Como “sofocarse”. ¡Y ahogarse en... agua!

Notas

- 1 “Cosa y causa”. De *Alrededor del estilo* (VIII), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 8-VII-1924; A-XI, p. 811; E-VII, p. 899; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 61.
- 2 Consideración estilística que se circunscribe a la crítica nietscheana de la metafísica: las reglas lógico-gramaticales son estructuras que participan de la sistematización metafísica de la cultura occidental. Su fijeza hace pensar en la realidad como sustancia, como algo racional, ordenado, dotado de rasgos permanentes y, por tanto, muerto. Unamuno, como Nietzsche, son partidarios de una energía lingüística metaforizante: la devolución del lenguaje a los hablantes y a los poetas, que son quienes lo crean en fluidificación constante.
- 3 ASTETE, Gaspar, (1537-1601). Jesuita español, director de colegios y noviciados y docente de moral y humanidades. Su *Doctrina cristiana* (1599) fue muy celebrada y se llegó a alcanzar hasta más de seiscientas ediciones.
- 4 ORTÍ y LARA, Juan Manuel, (1826-1904). Filósofo y Jurista español. Introdujo el neotomismo en España y criticó el krausismo. Los argumentos que expondrá Unamuno referente a él se recogen en su obra *Krause y sus discípulos convictos de panteísmo* (1864).
- 5 CERVANTES, M., *opus cit.*, I, Cap. 46, p. 537.

XXV

El gofio¹

SE llama gofio en estas islas Canarias a la harina de trigo, de millo o de maíz o de cebada, cuyos granos se tostaron previamente y que han sido molidos en uno de estos molinos de viento que nos recuerdan a los gigantes contra los que peleó Don Quijote². Y el gofio es la principal base de alimentación del pueblo, de la clase menos favorecida por la fortuna, de estas islas. La gente pobre de esta isla vive de gofio, papas y pescado seco. Gofio y sancocho es su alimento.

Parece que ya los antiguos guanches, los aborígenes de estas islas –probablemente berberiscos– se alimentaban ya de gofio, de harina de grano tostado antes de la molienda. Es, pues, un alimento prehistórico. No en el sentido de la prehistoria de antes de la invención del fuego –ya que con la invención del fuego dicen que comienza la civilización, la historia–, pues que para tostar el trigo o la cebada hace falta encender fuego; pero sí en el sentido de la prehistoria que precedió al pan. Porque la vida del pan es la levadura, es el yeldo. Y tan inseparables se han hecho los dos conceptos de pan y trigo, que en Castilla al trigo se le llama pan y un labrador dice que el sol abrasa los panes o que los panes necesitan agua.

El yeldo, la levadura, la fermentación, es el signo y símbolo de la civilización, de la historia. La masa se yelda, se hincha, fermenta, y hace el pan mollar, el pan histórico, el pan civilizado de que nos alimentamos. Aquí se alimentan de gofio, que lo echan en la leche o en el caldo –aunque esto es ya cosa de señoritos, de civilizados, que toman como golosina, el gofio–, o más bien hacen con él y con un poco de agua salada una pella y así se la comen. Y esta pella de gofio y agua salada es un esqueleto de pan, es la osatura del pan.

¡Esqueleto de pan! Símbolo también de esta tierra fuerteventurosa, esquelética, con las covas de sus montañas. El gofio, el esqueleto de pan, es hermano de la aulaga, de esa mata esquelética de que se alimenta el camello.

Dicen que el gofio es pesado, que es difícil de digerir. A mí no se me ha indigestado, y aquí lo como, bien que diluido en caldo. Es, por otra parte, alimento que se recomienda para los niños; y los ingleses y norteamericanos se han dado a imitar el gofio poniéndole otra etiqueta y atribuyéndose, industrialmente, su invención. Pero siempre es indigesto para los estómagos estragados por la cocina civilizada el digerir entrañas de la tierra, digerir esqueletos. Y nada, sin embargo, más sustancioso que los huesos.

Es el gofio el que ha debido dar a estos majoreros, a los fuerteventurosos hijos de esta isla, el estoicismo que según el doctor Chil y Naranjo les distingue y distinguía ya a los guanches de esta tierra. Porque el gofio es el alimento de la austera resignación, de la resignada austeridad.

El otro día entré una vez más en un molino de gofio. Entré con unos buenos amigos franceses que habían venido a confortar y alegrar mi libertad íntima, la santa libertad de que gozo en este confinamiento. La vieja muela de piedra, de entrañas de la tierra, iba moliendo, movida por el viento, el grano de trigo y maíz mezclados. Y luego venía el cerner la harina primera para preparar la soma. Un grato olor aromaba la pequeña estancia del molino.

Por la noche los franceses, cocineros de afición, como es entre ellos frecuente, nos hicieron un pastel con gofio, huevos, mantequilla y algo de coñac, echando encima, después de bien tos-

tado –un segundo tueste– miel. (La lectora que se procure gofio puede tomar esto por una receta culinaria, aunque bien imperfecta, sin duda). La miel aquí puede ser de abejas, pero puede ser también de palma, de esta miel que se saca del cogollo de la palmera y que es, a su modo, un esqueleto de miel.

Hay quien ha intentado trazar la psicología de cada pueblo refiriéndose a la alimentación predominante en él. Así ha podido decirse que había pueblos de grasa y cerveza, y pueblos de aceite y vino. Y nadie ignora la importancia étnica que se le atribuye al garbanzo en Castilla. El que sea capaz de digerir garbanzos tostados con cal viva, puede decirse que posee la más genuina casticidad madrileña. “¡Dime lo que comes y te diré quién eres!”.

¿Ha hecho el gofio a los majoreros, o han hecho los majoreros al gofio? Las dos cosas. Y a las dos les ha hecho esta fuerteaventurosa Fuerteventura. Es esta tierra esquelética, escueta, hija de las entrañas fogosas de la tierra, es esta isla de desnudez la que ha hecho el gofio, como ha hecho la aulaga, y ha hecho el hombre que tuesta el grano y se lo come. ¿Y cómo se les ocurrió tostarlo? ¿No sería acaso que lo tostó primero el fuego de algún volcán? En la isla de Lanzarote, hermana de ésta, hay lo que llaman la Montaña del Fuego, en la que, a cierta profundidad del suelo, se cuece un huevo.

¿Y no sería una tierra así, de un volcán que se iba extinguiendo, de las ruinas de un volcán, de lo que aquí llaman una caldera, lo que tostara primero la mies del trigo o de la cebada? Todo ello cuando apenas si alboreaba aquí la historia.

Y así nacería el pan prehistórico, el esqueleto de pan.

Notas

1 “Divagaciones de un confinado. El gofio”, reproducido en: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 14-VI-1924; *Paisajes del alma*, 1944, p. 83; *En el destierro...*, 1957, p. 39; A-I, p. 927; E-I, p. 561; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1997. p. 83; BC-VII, p.61; *Canarias: divagaciones de un confinado*, 2007, p.57.

En el artículo “El gofio”, Unamuno piensa la civilización como un estado de decadencia y co-

rrupción, comparando la fermentación del pan con la corrupción de la historia; en contraste, la pureza del gofio, alimento primitivo y carente de historia por no producirse en él la fermentación.

2 CERVANTES, M., *opus cit.*, I, Cap. 8, pp. 94-96. Cfr. el poema 248 del *Cancionero*, en esta edición [XV], p. 213.

XXVI

A pesca de metáforas¹

QUEDÁBAMOS en lo de la pesca de las metáforas. Se las pesca en la mar de la filología. Y es para lo mejor que sirve estarle hurgando y escarbando las entrañas a un lenguaje: para sacar metáforas y resucitar así a las palabras. Que sólo son vivas, que sólo son poéticas, que sólo son evocadoras, cuando nos muestran sus metáforas.

Íbame yo apoyado el codo en el borde del bote, a la sombra de las velas, la cara sobre la mano, hundiendo las niñas de mis ojos, las que aún llevaban como entraña la verdura de las higueras de Fuerteventura, en el fondo, en la sobrehoz de la mar. Veía subir las olas, y mi profesión de helenista me traía a la memoria que a la ola se la llama en griego *cyma*, nuestra voz cima, y el sentido de este preñado vocablo. Porque *cyma*, nombre indicativo de un resultado de acción, viene del verbo *cyein*, que quiere decir empreñar a una mujer o, por lo menos, intentar empreñarla –pongan la voz castiza, aquella de que tanto abusan los machos, la voz–, y *cyma* es el empreñamiento y luego el embarazo que se le produce a la mujer preñada. Y con este empreñamiento, con este abultamiento de la mujer encinta, cuando se le regaza el delantal, se comparaba al hinchamiento de la ola. ¡Maravillosa metáfora que me hacía mirar con otros ojos, con ojos metafóricos, a la madre Mar!

¡Ah, mar materna, dulce y perenne fuente de consuelo, tú que sonríes a nuestra trágicas flaquezas, tú que lavas con tu azulez inmensa nuestras más entrañadas penas! ¡Ah, mar materna, madre de la historia, y que desde más allá de ella nos miras enseñándonos en el fondo de las niñas de tus ojos maternales el fin último de la historia misma!

¡Ah, mar materna, que en el rodar del empreñamiento de tus olas nos cantas el canto dulcísimo del sueño de la vida, nos arrullas con el arrullo de tu virginidad maternal! ¡Ah, mar materna. Madre Virgen², cómo se ahogan en tu seno los rencores y los remordimientos!

Volví luego mis ojos, mis ojos metafóricos, a la tierra, a la aislada tierra de mi destierro, a esta isla maternal de Fuerteventura, y contemplé las cimas, las olas petrificadas, de sus montañas. También ellas se alzaron un día en prodigiosa preñez y las excavó el agua, el agua hoy aquí tan avara.

Y todo esto de las metáforas, a cuya pesca iba, me llevó a pensar, a metaforizar, en el estilo como causa. Porque es el estilo el que crea pensamiento, y el que carece de estilo no piensa. Aunque se aprenda los pensamientos de los demás.

Y ese camello, que está ahí rumiando, frente a la mar, mirando –¿mirando?– a la mar con esa cabeza que parece la de una gran serpiente, ese camello rumiante, ¿en qué estará pensando? ¿Piensa el camello?

¿Piensa el camello? He aquí un problema. Aunque no para el camello mismo. ¡Aunque... quién sabe...! Porque esto de si piensan el camello, el toro, el carnero, el ganso, el grillo y el loro mismo es un problema. Que puede llegar a ser pavoroso. ¡Es un problema el de averiguar qué es lo que quiere decir el loro cuando repite: “lorito real, para España y para Portugal”!

El camello también es una metáfora, ¡claro está! Pero no este camello de que aquí hablo ahora, sino el camello mismo. Un camello, como otro animal cualquiera, es una metáfora, hija del estilo.

Y si no, fijémonos en el estilo de aquellos animalotes antediluvianos de que nos quedan los esqueletos; fijémonos en los retratos que a fuerza de ciencia podemos sacar de un ictiosauro, de un iguanodonte, de uno de aquellos enormes lagartos voladores, y veamos si ello no es cuestión de estilo. Es que la cosa a que llamamos Dios ha cambiado el estilo. El paso del mamut al elefante no se explica más que por una evolución del estilo divino. Es Dios el que ha cambiado, el que se ha ido conociendo, descubriendo más y mejor a sí mismo. Y por eso vive este poema, la Creación.

Llamamos la Creación al conjunto de lo creado. Y aquí de Don Juan Manuel Ortí y Lara y de los jesuitas³. Y es porque la Creación crea, la Creación crea a su Creador. O sea que el Creador se crea creando. Creando y creándose.

Allí arriba, en estas noches, contemplo a las Tres Marías en el centro de lo que el pueblo de los campos castellanos llama al Carro Triunfante, lo que los sabios llaman la constelación de Orión. A su vera, celeste carretero, chispea Sirio. Y también el cielo es otra mar, y las estrellas como frutos de olas, de cimas celestiales. Son las estrellas como esos mugles que un momento se encienden, para apagarse al punto, en el seno de las olas, junto al muelle. Y mar y cielo y tierra, toda la Creación son una cosa sola.

El que quiera una preceptiva del estilo, que estudie oceanografía y astronomía y geografía. Aunque hay que desconfiar mucho de todas las “grafías”. No tanto, sin embargo, como de las “logías”. Y la diferencia se ve bien en la que media entre “biografía” y “biología”. La biografía es historia; la biología... no es nada. Cuestión, otra vez, de estilo. El estilo biográfico –siempre autobiográfico– es estilo; el estilo biológico no es estilo.

Notas

1 “A pesca de metáforas”. De *Alrededor del estilo* (IX), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 15-VI-1924; A-XI, p. 814; E-VII, p. 901; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 65.

2 La imagen de la “madre” se repite constantemente en la poética unamuniana, debido, fundamentalmente, a su organicismo poético: la creación literaria se identifica con la creación de seres vivos que luego tendrán su propia autonomía y la historia modificará o evolucionará. No otra cosa es el viviparismo creador de Unamuno. Sin embargo, el filósofo dice “Madre Virgen”,

como en otros casos; piénsese en *La Tía Tula*, a la madre como “virgen”. Para Marta E. Altisent, esto revela que las imágenes gestacionales femeninas del filósofo responden a un deseo arquetípico –y envidiado– de una autoría maternal por parte de un autor marculino. Cfr. Marta E. ALTISENT, “Unamuno y la metáfora organicista de la creación literaria”, en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. IV, Angus M. Ward *et alii*, Universidad de Birmingham, 1998, pp. 26-40.

3 Cfr. “Cosa y causa”, p. 99.

XXVII

Biografía y biología¹

VOLVAMOS, en nuestro estilo de arabesco, a lo de biografía y biología, diferencia sobre que nos place insistir. Entre biografía y biología parece que debería mediar la misma diferencia que media entre geografía y geología. Vengamos a las palabras. *Grafía* deriva de *grafein*, escribir, y *logía* de *legein*, decir, de donde lo uno parecería designar lo que se escribe para que dure y quede, y lo otro lo que se dice, lo que se echa al aire. Pero eso no es más que aparente, porque se dice por escrito y se escribe de palabra. La diferencia es otra.

En la práctica, todas las *logías* esas suelen carecer de estilo. Como no sea que llamemos estilo lógico al de $(a + b)^2 = a^2 + 2 a b + b^2$, por ejemplo, o al de las fórmulas químicas. Mas en rigor la *logía*, que no es propiamente la lógica, mata al estilo, mata la vida. ¿Hay acaso nada más mortífero que la sociología?

“¿Y la filología?” –se nos preguntará. Pero en filología no es la *logía* la que recae sobre el *filo*, sobre el amante, sino que es al revés. Es como en filosofía, que significa amor a la sabiduría, y filología amor a la razón. Filósofo es el que ama la sabiduría y filólogo el que ama la razón. La filología es, por lo tanto, algo así como la logofilia. Y el que crea que éstas son logomaquias es un botarate.

* * *

Biografía no es, pues, biología. Biografía es cosa de estilo y la más íntima del estilo. Todo estilo que lo sea es biográfico, describe una vida². Y aun mejor, es autobiográfico, describe la vida de aquel que lo tiene, del hombre cuyo es el estilo. Y de aquí que todo biógrafo con estilo, que todo hombre biógrafo –llamémosle, si se quiere, novelista–, es un autobiógrafo, se describe, se expresa a sí mismo. Y lo mejor de sí, lo que quiso haber sido. Don Quijote es el que quiso haber sido Cervantes, y Shakespeare quiso ser el pueblo, la selva de hombres que describió. Y si quiso ser eso es porque, en el fondo, lo era.

Esto en los poetas, porque los poetas no cantan sino que escriben. Los que hablan son los oradores. Los poetas escriben hasta cuando hablan, y los oradores hablan hasta cuando escriben. Los poetas son gráficos; los oradores son lógicos. Y de aquí que el estilo oratorio suele ser la falta de estilo. Porque estilo, estilete, punzón, dice a escribir y no a hablar. Sólo desde que se inventó el fonógrafo existe el estilete que escribe al dictado de la palabra.

* * *

Todo estilo, hasta el de la Naturaleza, es autobiográfico. Esta isla de Fuerteventura –¡fuerteventurosa isla!–, por ejemplo, tiene estilo, que no le tienen otras islas convertidas por los hombres en jardines; esta isla para peregrinos –peregrinos del ideal–, y no para turistas, esta isla tiene estilo, un estilo esquelético. Esquelética es su tierra, estas ruinas de volcanes que son sus montañas, a modo de corcovas de camellos, las montañas de esta isla acamellada; esqueléticos

son sus camellos, que acusan su osamenta vigorosa; esquelética es la aulaga, el pobre tojo que reviste estos pedregales, esa mata que es toda ella espinas y flores, sin hojarasca alguna, escueta, enjuta, ósea; esquelético es el tarajal, este mustio tamarindo que sacude al viento su mezquino y lacio y gris follaje; esquelética es también la pella de gofio, de harina de trigo tostado, ese gofio que es como esqueleto de pan; esqueléticas son las casas, estas casas sin tejados, de desnudo mampuesto muchas de ellas...³ Y toda esta solemne desnudez ósea es autobiográfica. Con esta desnudez, Fuerteventura describe su propia vida, se describe a sí misma.

* * *

Ahora, alumbrando agua de sus entrañas rocosas, aguas salobres, empiezan a revestirla del verdor de los alfalfares y de las tomateras; pero cuando el verde esmeralda de la alfalfa haya revestido las gavias de este suelo, habrá desaparecido el estilo. ¿A quién se le ocurre hablar del estilo del valle de la Orotava, en Tenerife, donde se tienden hacia el mar, en la falda del Teide, los platanares! El estilo es el hombre; pero el hombre no puede dar estilo a una tierra. La tierra tiene un estilo que no es el del hombre que la cultiva.

Ahora, que los hombres superficiales gustan del estilismo de un jardín, de un campo estilizado por el jardinero, y no sienten la hondura del estilo de una tierra desnuda. Son pocos los que llegan a comprender –comprender es la palabra– el estilo del Sáhara o siquiera el del páramo castellano. Están hechos a restregarse la vista con el verdor ficticio de las huertas de abono, y no saben restregarse el corazón con la parda desnudez de los entrañados páramos. Necesitan hojarasca. Cierran los ojos y se restriegan los párpados con pétalos de rosa de jardín, y se frotan los labios con ellos y aspiran su perfume, lo que no puede hacerse con esta aulaga, “contenta de los desiertos”, como la hiniesta de Leopardi. Esta aulaga, toda ella espinas y flores; este esqueleto de planta, es un cilicio; es un cilicio para restregarse, en dolor sabroso, el corazón con él. Sólo la come el camello; sólo el camello, este anacoreta resignado, se alimenta de sus flores y de sus espinas. Pero el que no sepa restregarse el corazón con desnuda aulaga, jamás llegará a saber lo que es estilo.

Notas

- 1 “Biografía y biología”. De *Alrededor del estilo* (X), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 22-VI-1924; *Fuerteventura, un oasis en el desierto*, s.f., p. 9 [con el título: “Una isla y un estilo”] 226, A-XI, p. 817; E-VII, p. 903; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 69.
- 2 Para Unamuno, el estilo es biográfico porque éste solo puede ser “poético”, es decir, siempre “vivíparo”, creativo, originante y autónomo, como una persona con su propia vida. Por el contrario, el estilo de las “logías” no es estilo, sino una categoría, algo fijo y muerto. El que escriba en este

estilo es lo que Unamuno había denominado autor *ovíparo*, aquel que somete su escritura un proceso racionalizador e intelectual. (No debe obviarse que la escritura unamuniana está henchida de este proceso intelectual, sin embargo se conjuga con su organicismo en una búsqueda constante de *originariedad*, muy similar a la que se emprenderá en la filosofía heideggeriana.)

- 3 El 15 de marzo de 1924, la blancura de las casas sin tejados en la noche llama la atención de Unamuno, cfr. *Mi destierro*, p. 142.

XXVIII

La risa quijotesca¹

NO traje acá, a mi fuerteventuroso confinamiento, ejemplar alguno de nuestro Libro, del Quijote; contaba con encontrarlo aquí si me hiciera falta. Aunque... ¿el libro, la letra? ¡No! Y el espíritu lo traía conmigo. Traía conmigo el fruto de la pasión de risa del Hidalgo ingenioso: es decir intelectual.

En cambio, me traje un ejemplar, microscópico, de la *Divina Comedia*, del Dante, y otro de las *Poesías*, de Leopardi. Dos Colones de espíritu.

Releyendo al Dante he vuelto a dar con una palabra dantesca preñada de sentido. Es riso. Y riso no es risa.

En el famoso pasaje de Paolo y Francesca, en el canto V del *Infierno* se nos cuenta cómo cayeron los amantes trágicos al llegar en la lectura del Galeotto al *disiato riso*, al deseado riso, al deseado pasaje de placer en que se besaron en la boca Lanzarote y la reina Ginebra. *Riso* es, pues, algo placentero, algo que hace reír de gusto. Y luego, en el *Paradiso* y en su canto XV, dozavo terceto, nos cuenta cómo se encontró en el cielo con un espíritu luminoso, con una de aquellas almas descarnadas y hechas luz, y dice (traduzco):

¿Que de sus ojos dentro ardía un riso
tal que tocar con los míos el fondo
pensé de mi gracia y mi paraíso?

Dejo la palabra italiana dantesca *riso*, que es intraductible e insustituible.

Riso no es risa, aunque la risa puede elevarse a *riso*. ¿Elevarse? El *riso* no es burla. Pero la burla misma puede ser de una o de la otra clase.

Hay botarates que no se atreven a mirar a la mirada a un hombre inteligente, ingenioso, y si le miran, no pudiendo aguantar su mirada, tienen que dejar caer a tierra sus ojos, ceñidos de rubor. Y es que ven en el fondo de los ojos del inteligente arder una carcajada –cascada de risa– silenciosa. El botarate, el duque, el barbero, el bachiller, saben que quien se ríe de ellos es Don Quijote. Toda la hazañosa empresa de Don Quijote fue una risa continua: fue una risa consciente de sí misma. Fue Don Quijote quien se rió de los que de él se reían. En cambio, Don Juan Tenorio era incapaz de reírse, y por eso temía tanto a la risa. Porque Don Juan temblaba de que se rieran de él. Y es que la risa era para Don Quijote un paraíso, un *riso*, y para Don Juan, para el botarate de Don Juan, era un infierno.

¡Ah, mi señor Don Quijote! A aquellos a quienes haces partícipes de la risa de que gozaste, de tu pasión de risa; a los que haces que merezcan ser llamados como tú, locos, a éstos los elevas. Los elevas, y pueden decir lo que el Dante dijo diciendo (traduzco):

“tal me elevas que yo soy más que yo”
[Paraíso, XVI, 18]

Sí: el que se eleva por la risa quijotesca –la risa de Don Quijote y la risa de que fue Don Quijote blanco– se hace más que él mismo; Don Quijote, cuando como él me rió silenciosamente,

en el fondo de los ojos, en carcajada –cascada de risa– silenciosa, y cuando como él soy reído, se ríen de mí los botarates, me eleva a ser yo más que yo; me eleva a ser legión, a ser pueblo².

Y he aquí por qué, por traer a mi pueblo conmigo, por haber venido cargado con la risa –activa y pasiva, risa que se ríe y risa que es reída– de mi pueblo –no quiero usar de otra palabra profanada a diario–, no traje el libro ¿para qué?

También estas descarnadas, esqueléticas montañas de Fuerteventura se ríen; también se ríe, allá en la península de Jandía, con nombre significativo, Orejas de Asno. Orejas de Asno se ríe viendo desfilar los camellos a sus pies, a los pies de las orejitas. Y los camellos, ¿no se ríen también?

Paróse el camello, levantó la cabeza y miró a la mar, que sonreía. Y me pareció que el camello se reía³. Se reía a la risa de la mar. De la mar que, ciñendo a Fuerteventura, le canta diciéndole: “¡Duerme!, ¡duerme!, ¡duerme!”

A mí la mar me está diciendo: “¡Sueña!, ¡sueña!, ¡sueña!” Ahora mismo, mientras estoy escribiendo esto, con el librito de *La Divina Comedia* a la mano y el Libro en el corazón, la mar me está cantando la eterna cantinela: la mar de la que dijo –egregiamente– Lord Byron que los siglos han pasado sin dejar una arruga sobre su frente azul⁴; la mar de cuya innúmera sonrisa dijo Homero.

La mar que es agua, agua salobre que no apaga la sed del cuerpo, pero que quita la sed del alma, la mar se ríe; el agua se ríe con riso creador. En cambio, el vino es el que no sabe reírse. La risa del vino es grosería y zafiedad, y, en el fondo, tedio y aburrimiento. La risa del vino es aburrimiento soberano. ¡Qué bien aquí! ¡Qué lejos suenan los apagados ecos de las oquedades ramplonas, de las vaciedades profanas de los que toman por ideas palabrotas huera!

¡Madre: perdónalos, porque no saben lo que se dicen!⁵ Y tú, mi señor Don Quijote, ingenioso hidalgo, elévame para que sea yo más que yo, y dame tu risa, la que padeciste y la que creaste.

Notas

- 1 Comentario. Inc. “No traje acá, a mi fuerteventuroso confinamiento...”, reproducido en: *Nuevo Mundo*, Madrid, 27-VI-1924; *En el destierro...*, 1957, p. 47 [con el título: “La risa quijotesca”]; A-X, p. 665; E-VIII, p. 587.
- 2 Henri Bergson había explicado en *La risa* (Espasa-Calpe, Madrid, 1973, p. 27), una de las funciones de la risa como la corrección de una conducta que se salía de la norma. El carácter correctivo de la risa hace que Unamuno la relacione con la “pasión crística”, los escarnios (‘burlas y humillaciones muy ofensivas’) y sufrimientos padecidos por Cristo antes y durante su crucifixión. La pasión invierte el sentido de la *kénosis*. El proceso de bajada por el que Cristo se hace verdaderamente hombre, según Pablo en la Epístola a los Filipenses (2,7). En la Biblia, el dolor, el sufrimiento y la burla divinizan al hombre, lo acerca de Dios. Unamuno contrarresta aquí esta “pasión de risa” con la ironía. Cfr. al respecto la nota X de “La Atlántida”.
- 3 Cfr. poema III del *Romancero del destierro*, en esta edición [V], p. 200.
- 4 LORD BYRON, *Las peregrinaciones de Childe Harold* (Canto IV, estrofa CLXXXII): *El corsario*, Ediciones Libra, S. A., Madrid, 1970, pp. 158-159. Unamuno recurre a los versos byronianos en repetidas ocasiones: en “El poema del mar. Letanía al mar” (poema de 1910, en esta edición [I], p. 189), en *De Fuerteventura a París* (1925) o en *Sombras de sueño* (1930), *opus cit.* pp. 384-385.
- 5 Construcción sobre las palabras pronunciadas por Cristo en la Cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben los que hacen (Lc. 23, 34).

XXIX

Modernismo y actualidad¹

EMPLÉASE algunos *-ismos* para designar estilos colectivos de imitación. Aunque lo colectivo no puede ser más que imitativo, ya que lo original le está vedado a la colectividad. Y así, por ejemplo, del nombre propio de Góngora hemos hecho el término gongorismo para designar aquel estilo —es decir, aquel no estilo, aquel estilismo— de los que pretenden imitar a Góngora. Lo que no cabe decir es que Góngora fuese gongorista, ni siquiera gongorino: era Góngora. De nombre propio deriva, pero mediatamente, la voz cristianismo, que es la doctrina de los que se dicen a sí mismo cristianos; pero no se le llama a esa doctrina cristianismo, y está bien. Está bien porque es la doctrina, no de Cristo, sino de los sedicentes cristianos; doctrina que el Cristo rechazaría de vivir hoy entre nosotros. Pues si buscamos la de éste entre aquellos, nos encontraríamos con los dos hombres de vestido resplandeciente que nos dirían lo que a los discípulos que fueron el Sábado de Gloria —hoy 19 de abril lo celebra la Iglesia— a buscar el cuerpo del Maestro, les dijeron: “¿Por qué buscáis al viviente entre los muertos?” (Luc. XXIV. 5).

Lo viviente, lo vivo, lo actual, lo presente, es lo que con otro nombre llamamos moderno. Aunque no, no es así, pues hay realidades, estilos pasados, que son más vivos y más actuales que los llamados modernos. La modernidad no es siempre realidad viva. No lo es muchas veces en eso que se llama en literatura moderno. Lo moderno dice relación a la moda, y su novedad suele ser la que los sastres y las modistas llaman “novedades”. En mi pueblo se llama el Puente Nuevo al más antiguo de los puentes que allí hay hoy, y calle Nueva a una de las antiguas.

El modernismo no tenía nada de nuevo ni de moderno. Y, además, cada escritor con estilo es moderno de su tiempo, es actual de su actualidad, y el que es una vez actual lo es para siempre. La actualidad que pasa no es tal actualidad. Lo que es de un tiempo y de un lugar, es de los tiempos y lugares todos, es eterno e infinito. Los hombres universales y seculares son los que más de su tiempo y de su lugar son.

Utopía es una palabra que inventó Tomás Moro para designar lo que no es de lugar alguno, lo que está fuera de lugar, e inventó la palabra forzando las leyes de la composición griega. No pudo valerse del término griego *atopía*, porque en griego *átopos*, lo que no es de lugar alguno, lo que está fuera de lugar, significaba: absurdo, disparatado. Y así es.

¡Nuevo! ¡Nuevo! Lo más nuevo serían un mastodonte o un iguanodonte vivos. Junto a eso palidecería la novedad de un aeroplano. Pero acaso el aeroplano no sea otra cosa que un iguanodonte vivo.

Y volviendo al modernismo, ¿qué son esas ridículas pretensiones de los que presumen de jóvenes, pretensiones a la modernidad y a la actualidad? El otro día me he podido reír leyendo en una revista ultraísta, o lo que sea, unas vaciedades atópicas de un pobre chico que a la naturaleza suiza la llama: “¡Natura estilizada, dandista y brummeliana, que se baña y afeita todas las mañanas!”, en que se delata una completa ignorancia de lo que es estilo, de lo que es un dandy y de quien era Brummel². Y entre paréntesis inserta esta redonda tontería: “¡Cuan lejos de nuestra Castilla intonsa y desgreñada!” Tontería de tonto de capirote, pues que a la escueta y desnuda Castilla no se la puede tundir, ni puede llamársele desgreñada, la que no tiene greñas, y en cas-

tellano desgreñado no es lo que carece de greñas, sino lo que las tiene encrespadas y revueltas. ¡Intonsa Castilla! Tanto valdría llamarle intonso a un esqueleto. Y hemos aducido este ejemplo para que se vea cómo esos pobres chicos que hacen, por imitación, estilismo carecen de estilo. O sea que, como escritores, como artistas, no existen. Buscar estilo en ellos es buscar la vida entre los muertos³.

Eso sí, se apresuran a formar escuela y a ponerle un rótulo cualquiera en *-ismo*. Y la escuela es la negación del estilo. El estilo de escuela, el estilo escolástico, no es estilo, es manera. En vez de decir de uno: “tiene estilo propio”, vale más decir sencillamente: “tiene estilo”. Que equivale a decir: “es él”. El estilo común, en cambio, no es estilo. Como no es propiamente sentido el sentido común.

Y otra vez, sí, otra vez, otra más, y no será la última —es mi estilo—, tengo que repetir que el sentido común es lo menos sentido que se conoce. Y tengo que repetirlo porque, a pesar de mi insistencia, no parece que disminuya la circulación de aquella solemnísima vaciedad que dice que el sentido común es el más raro de los sentidos. No; el más raro de los sentidos es el sentido propio; lo más raro es encontrar quien tenga estilo, quien sea él, quien exista. Los más de los que vemos por ahí, hombres, al parecer, no existen, son nuestro sueño. Su esencia consiste en ser soñados por nosotros, los verdaderos soñadores.

Estoy soñando, estoy soñando en esta isla de Fuerteventura, a la que un tonto llamaría desgreñada; estoy soñando aquí, sobre esta viva osamenta, y no son más que sueños míos los que aquí me han traído: los unos, haciendo; los otros, dejando hacer. Yo sueño, yo les sueño y ellos son mis soñados, los soñados del soñador. Y ellos, a su vez, no sueñan; son incapaces de soñar. Ni sueñan, ni ven. No ven más que con los dedos, como aquel Tomás el Apóstol a quien dijo el Maestro: “Trae tu dedo aquí y ve mis manos” (Juan, XX. 27). Para él, tocar era ver.

Y a propósito, ¿hay estilo en la acción?

Notas

- 1 “Modernismo y actualidad”. De *Alrededor del estilo* (XIII), reproducido en *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 13-VII-1924; A-XI, p. 826; E-VII, p. 909; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 81. En este artículo, el filósofo nos habla de los *-ismos*, “los estilos colectivos de imitación”. Unamuno se vale de una formulación retórica para criticar, por un lado, el fortalecimiento de un proceder metafísico en la cultura occidental y, por otro, para pensar lo moderno como aquello que es originario (no imitado por moda).
- 2 BRUMMEL, George Bryan, (1778-1840). Dandy inglés, amigo de Jorge IV, por entonces Príncipe

de Gales. Se le conocía también por *Beau Brummel*. Su manera de vestir y sus gustos artísticos marcaron la pauta de la moda en la corte. Los acreedores le hicieron huir a Francia, donde murió.

- 3 Unamuno alude a las nuevas tendencias poética de vanguardia y juego, representadas principalmente en España por la Generación del 27, con las que Unamuno discrepaba. La deshumanización del arte en Don Miguel era impensable, pues esta podría negar el compromiso ético de la escritura.

XXX

Palabra de verdad¹

¡LA verdad, la verdad! ¡Como corona y coronamiento de todo, la verdad! La tierra de esta isla ermitaña no miente; Fuerteventura dice al hombre, dice a sus hombres, a sus hijos, la verdad desnuda y descarnada, el esqueleto de la verdad. El que miente aquí es el cielo que se cubre de nubes y no llueve. ¿Pero la tierra, los huesos de tierra, el esqueleto de tierra? La verdad, corona y coronamiento de toda la vida humana; nada más que la verdad. Que llega a ser la suprema ilusión.

¡Estos barrancos secos y sedientos, cadáveres de río!² Y, como todo cadáver, dicen la verdad descarnada, corona y coronamiento de la vida.

En ellos, en esos barrancos, entre pedruscos calcinados, brota un *mimo*³. ¿De dónde su verdor? Verdor de sequía, verdor de verdad. Fuerteventura dice la verdad descarnada y no engaña a sus hijos.

Esa pobre aulaga, esqueleto de planta, toda ella secas espinas y, por breve tiempo, flores, esa aulaga me recuerda a la retama, a la *ginestra*, la hiniesta, que cantó Leopardi en su último y estupendo canto. Aquel en que dijo de la Naturaleza que es para el hombre, su hijo, “madre en el parto, en el querer madrastra”

¿Madrastra? ¿Por qué? ¿Porque le dice la verdad acaso, porque no le engaña? ¿Porque no trata de consolarle de que haya nacido? No, sino que el querer de esta tierra, de esta fuerte tierra descarnada, como es descarnada la verdad verdadera, el querer de esta tierra es querer maternal, esa fuerte madre que cría a sus hijos para después de la vida, para más allá de la vida.

Y esta verdad tiene sus verduras. Ahí, en las fallas de esos esqueletos de montañas, ruinas de volcanes a las veces, el verdor de las higueras; de las higueras con cuya hoja cubrieron nuestros primeros padres sus desnudeces. Y sus higos se secan al sol, y ellos, los higos secos, pasos, y el queso, el cuajado queso con que acompañan al gofio, a la harina de los pedregales, sirven de conducto para comer el gofio, esqueleto de pan, a los hijos de esta fuerte tierra de la verdad, de esta fuerteventurosa isla ermitaña.

Conduto⁴, así lo llaman aquí los majoreros –los fuerteventurosos hijos de esta isla– al higo y al queso de las pobres cabras y ovejas que lamen el trigo y maíz tostados, con que se alimentan. Lo esencial, el alimento, el verdadero alimento, es el gofio, es el esqueleto de pan, es la roca viva de este suelo, y lo otro, el higo, la leche cuajada, eso no es más que conducto, acompañamiento. En todas estas Islas Canarias, además, se usa el queso como entremés o aperitivo, cual condimento. Y es alimentarse de verdad.

Esta tierra, esta noble tierra descarnada, les dice a sus hijos la verdad; no les engaña. Y por eso la quieren.

¡Y qué ilusión más grande es la verdad! La verdad es el supremo engaño. Porque la verdad nos hace creer que hay algo más allá después de ella, más allá de ella. Y es que nada hay en el fondo más consolador que lo que los tontos –y los listos sin talento, que son más tontos que los tontos– llaman pesimismo. ¡Qué consolador leer aquí a Leopardi! En cambio, los botarates, como tienen miedo a la verdad, no saben lo que es el supremo consuelo de la verdad descarnada. Y su alegría.

Alegría de dentro, alegría de las entrañas del corazón, alegría del esqueleto del corazón –que la tiene–, alegría de la razón satisfecha. Y para esa alegría no hay que acudir al vino. Los tontos dicen de uno que está alegre cuando está borracho, y no hay nada menos alegre que un borracho.

*In vino veritas!*⁵ –se ha dicho–. “En el vino, la verdad”. Pero no es así. En el vino, la mentira. El vino engaña como nos engaña la luz del sol al ocultarnos de día el mundo infinito de las estrellas.

¿Conocéis el estupendo soneto inglés de Blanco White⁶? Os lo traduciré en prosa. Dice:

“¡Misteriosa Noche! Cuando nuestro primer padre te conoció por noticia divina y oyó tu nombre, ¿no tembló esta amable fábrica, por este glorioso pabellón de luz y azul? Pero bajo una cortina de traslúcido rocío, bañado en los rayos de la gran llama poniente, Héspero llegó con la hueste de los cielos, y he aquí que la creación se ensanchó a la vista del hombre. ¿Quién habría creído que tal oscuridad estuviese oculta dentro de tus rayos, ¡oh, Sol!, o quién habría pensado que mientras se revelaban la mosca y la hoja y el insecto nos dejaras ciegos para semejantes orbes sin cuento? ¿Por qué hemos de temer, pues, a la Muerte con ansiosa brega? Si la luz puede así engañarnos, ¿por qué no la Vida?”

“El más bello y el más grandiosamente concebido soneto en nuestra lengua” –dijo Coleridge⁷ de ese soneto del hispano-inglés Blanco White.

Sí. La vida puede engañarnos; pero la verdad, la verdad descarnada, la verdad de los que los tontos llaman pesimista, ésa no nos engaña. Y esa fuerte verdad, esa verdad fuerteventurosa, es el supremo consuelo y es la suprema alegría. No hay risa como la de la calavera. Y esa risa dice que detrás de la verdad está la tras-verdad.

Fuerteventura no tiene palabra de honor, sino de verdad.

Notas

- 1 Comentario. Inc. “¡La verdad, la verdad!...” [es: “Palabra de verdad”], reproducido en: *Nuevo Mundo*, Madrid, 25-VII-1924; *Fuerteventura un oasis en el desierto*, s.f., p. 37 [con el título: “La isla ermitaña”]; A-X, p. 669; EVIII, p. 590; *Artículos y Discursos sobre Canarias*, 1980, p. 73. Fijémonos en que Unamuno escribe en este texto: “Fuerteventura dice al hombre (...) la verdad desnuda y descaranda (...)” Más adelante utilizará los términos “ocultar”, para fererirse al ‘engaño’, y “revelar”, como ‘des-cubrir o des-velar’. De esta manera Unamuno nos presenta su concepto de verdad, encarnada en Fuerteventura, como la palabra luminosa que en su decir presenta el ser. De manera que cuando se habla (Fuerteventura dice), se des-oculta el ser: la verdad que se nos muestra a través de una palabra (una poética) alejada de la retórica ocultadora. La palabra, entonces, es vehículo de verdad, vehículo de des-ocultación. Cfr. Martin HEIDEGGER, “La palabra”, *De camino al habla*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2002, pp. 163-176 y “Aletheia”, *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2001, pp. 191-208.
- 2 La metáfora manriqueña de la vida como río no tiene razón en la realidad insular canaria. Su sentido es negativo: muerte. Cfr. el artículo “La Gran Canaria”, donde Unamuno se extraña de la ausencia de ríos en las Islas, p. 53.
- 3 El 13 de marzo de 1924, en *Mi destierro*, Unamuno repara en este árbol, que es llamado bobo en Lanzarote, y dibuja la hoja del mismo, p. 142.
- 4 En el comentario del soneto XVI de *De Fuerteventura a París*, Unamuno escribe: “Llaman *conduto* –antiguamente en castellano se decía *conducho*– a lo que acompaña a ese fundamental majar [gofio]: pescado seco, higos secos, queso, etc., para hacerlo pasar”. Del portugués *conduto* (del latín *conductum*). En Fuerteventura, que es en el sentido en que lo utilizará Unamuno, tiene la acepción de *postre*. MORERA, M., *opus cit.*, p. 302.

-
- 5 Adagio latino que expresa la poca censura que se imponen los ebrios. Cfr. HERRERO LLORENTE, Víctor-José, *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Gredos, Madrid, 19852, p. 181.
- 6 BLANCO WHITE, José María, (1775-1841). Su verdadero nombre era J. M. Blanco y Crespo. Cuando la invasión francesa, emigra a Inglaterra, donde se hace protestante; ocupa una cátedra en Oxford y publica la revista *El español*. Escribió obras en inglés (*Letters from Spain*, 1822; *The Life of the Rev. Blanco White Written by Himself*, 1845...) y en español (*Corila*, 1796; *Una tormenta en alta mar*, 1829). Unamuno se refiere a su soneto en inglés "Night and Death", del que existen cinco versiones. Unamuno parece traducir la versión de 1838. Cfr. BLANCO WHITE, J. M., *Obra poética completa*, edición de Antonio GARNICA SILVA y Jesús DÍAZ GARCÍA, Visor, Madrid, 1994, pp. 348-353.
- 7 COLERIDGE, Samuel Taylor (1772-1834). Poeta, filósofo y crítico inglés. Es el poeta de la imaginación creadora y quien más contribuyó a introducir el idealismo romántico alemán en Inglaterra. Sus poemas más celebrados son *La balada del viejo marinero*, *Christabel* y su libro conjunto con W. Wordsworth, *Baladas Líricas* (1798). Su obra de más peso filosófico es *Biographia Literaria* (1817). Para las relaciones entre Coleridge y Unamuno y el organicismo poético, véanse los trabajos ya citados de Francisco La Rubia Prado.

XXXI

Realidad objetiva¹

¿PERO es que con achaque del estilo nos vas a hablar de todo y de otras cosas más?, se me dirá. Y así es y así debe ser, puesto que puede ser. El estilo, el ritmo, la forma, lo es todo. Y estudiándolo es como estudiamos todo. ¿Idealismo?

Idealismo se opone, con concepción vulgar, a realismo, así como a materialismo se opone espiritualismo; sólo que la propensión a confundir la idea, esto es, la forma, con el espíritu y la realidad con la materia, hace que para muchos sean sinónimos, de una parte, idealismo y espiritualismo, y de otra, realismo y materialismo. Y en rigor no es así, pues que la materia es una idea lo mismo que lo es el espíritu.

El célebre doctor Johnson, el héroe del sentido común inglés, del *common sense*, creía refutar el idealismo, el de Berkeley², dando una patada a un guardacantón, para que se viera cómo existía objetivamente. A patadas suelen reaccionar los realistas vulgares. Sólo que las patadas, las coces, del realismo vulgar no van siempre contra un guardacantón, sino que suelen ser contra el idealista. Contra Don Quijote fueron las coces de los yangüeses³ y las pedradas de los galeotes⁴, y yangüeses y galeotes eran realistas y, a la par, materialistas.

Citábamos no ha mucho las palabras que el Cristo le dijo al apóstol incrédulo, a Tomás —no al de Aquino que no era apóstol ni era realista—, cuando le dijo: “Trae tus dedos aquí y ve mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente” (Juan XX, 27). Donde se ve que Tomás tenía que ver con los dedos de la mano, tenía que tocar para creer en la existencia objetiva de algo. Porque el materialismo cree que la vista le engaña, pero que no engaña el tacto; el materialista cree que la materia no es tangible, ponderable. Y decimos que cree, porque el materialismo es cosa de fe.

Mas, ¿de dónde se ha sacado que el tacto nos engañe menos que la vista? ¿De dónde que la realidad tangible sea más realidad que la realidad visible? Es como suponer que los trazos que en un aparato dejan señalados las vibraciones del aire sonoro son más objetivos, tienen más realidad, que los sonidos que esas vibraciones nos traen al oído; es como suponer que los trancitos que podemos ver —ver— y acaso tocar, teniendo muy buen tacto, en la placa del fonógrafo, son más objetivos, más reales, más materiales, que los sonidos que nos da ese mismo fonógrafo cuando funciona. Es atribuir más realidad a lo mediato que a lo inmediato.

Y de aquí aquello de “la vida es sueño”, que, aunque sentencia universal, adquirió especial fuerza —¡y en el teatro!— en el seno del pueblo más vulgarmente realista. Pero... ¿es así? ¿Es, en efecto, nuestro pueblo, es Sancho, realista, es materialista? Tal la opinión del vulgo ilustrado, de los bachilleres y de los duques y de los barberos; mas creo haber probado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que éste era tan idealista, tan espiritualista, además, como aquél y tan creyente. Tan creyente con la santísima idea, hija unigénita del espíritu.

Lo que hay es que el pueblo, Sancho, no se ha puesto nunca el problema ese de la realidad objetiva del mundo exterior; semejante problema no existe para él. Porque ese problema es, como el materialismo científico, creación, y creación artificiosa, de bachilleres, duques y barberos. Cuando no estábamos haciendo bachilleres en artes —¡oh, segunda enseñanza científica!—,

corría entre nosotros la solemnísima necesidad de que el frío no existe, primera e ingenua fórmula del científicismo.

¡El científicismo! ¡Ésta sí que es plaga de la inteligencia! El científicismo castra la inteligencia, la hace estéril. El científicismo, a fuerza de gafas, nos priva de la vista. Habrá que ver la idea que tenga de un camello un piojo científico que lo haya estudiado al microscopio, y esto suponiéndole muy sabio al piojo.

Y el científicismo, que no es ni ciencia, no ya sabiduría, se ha puesto a estudiar el estilo y hasta ha inventado la estilometría. ¡Estilometría! Invención genuinamente tudesca y genuinamente científicista. Y ello fue así:

Hay un problema en el estudio del pensamiento platónico, y es el de la cronología de los diálogos de Platón para estudiar el proceso de su poesía filosófica. Cada cual lo trataba según su platonismo, hasta que un inglés, un Campbell⁵, propuso aplicarle un criterio objetivo, es decir, puramente formal, y partiendo de que un escritor cambia periódicamente de estilo, vive su poesía, hizo un trabajo estadístico de ciertas expresiones características que abundan en unos diálogos mientras escasean o faltan en otros. El criterio, la medida, sorprendió, y como el inglés lo aplicara a otros escritores contemporáneos, y la cronología de cuyos escritos está fuera de dudas, surgió la idea de estudiar estadísticamente, por método cuantitativo, matemático, la evolución del estilo, que es el estilo mismo, en un escritor, y van los alemanes, le llaman a esto estilometría, y ya están contando ablativos oracionales en César o adverbios en tal otro escritor. Que es el modo de no sentir el estilo.

Y ahora conviene decir algo de esto de la evolución del estilo. O sea de la historia. O sea de la vida. O sea del espíritu.

Notas

- 1 “Realidad objetiva”. De *Alrededor del estilo* (XV), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 27-VII-1924; A-XI, p. 832; E-VII, p. 913; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 89.
- 2 BERKELEY, George, (1685-1753). Filósofo irlandés. Piensa que la materia no existe y que ésta solo *es* en el momento de ser percibida (*esse est percipi*). Desarrollará esta idea para demostrar la existencia de Dios. Su argumento más fuerte se encuentra en *Three Dialogues Between Hylas and Philonus* (1713).
- 3 Quien es recibido a coces es Rocinante por las yeguas de los yangüeses, éstos acuden con estacas. Cfr. CERVANTES, M., *opus cit.*, I, Cap. 15, pp. 160-161.
- 4 CERVANTES, M., *opus cit.*, I, Cap. 22, pp. 245-246.
- 5 CAMPBELL, L., (1830-1908). Filólogo y ministro protestante. Escribió para la *Encyclopaedia Britanica* el artículo de la voz *Plato* y *The Theoctus of Plato* (18832) y *The Sophisty and Politics of Plato* (1867). Cfr. ROBLES, Laureano, *opus cit.*, p. 91, not. 5.

XXXII

De Fuerteventura a París¹

¡DE Fuerteventura a París! Parece el salto muy grande, pero ¿lo es tanto? Y ¿dónde estaba más cerca de la civilización, de la civilidad eternas e infinitas? ¿Allí en la isla árida y sedienta, a la que briza el sueño el arrullo del Atlántico africano, o aquí, en la Ciudad Luz, a la que no deja dormir en paz el traqueteo de los autos?

En medio de este afanoso trajín de París me digo a las veces lo que hace poco me decía, en una carta hermosísima, mi amigo del alma Mr. Crawford Fritch, el traductor al inglés de mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* y que se pasó allí, en la bendita isla, cuarenta días; toda una cuaresma, acompañándome. Y es que me decía, en su inglés, esto que yo traduzco ahora aquí: “¡Fuerteventura! ¡Estoy casi nostálgico de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! ¡Para mí, Fuerteventura fue todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificantes y salí refrescado y fortalecido para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización! No puedo decirle lo que he ganado en mi trato con usted. Me parece ver la vida desde un punto de vista diferente. Sí, creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura, pero ahora estoy despierto de nuevo”.

¿Dormirse aquí? ¿Dormirse en medio del barullo de lo que llamamos civilización? Y, sin embargo, acaso es así y todo esto no más que una pesadilla; la pesadilla de la historia que pasa. Porque hay el dulce ensueño de la historia que queda, de la historia de todos los días, de la historia que viven los buenos y nobles y pobres majoreros. (Ya recordaréis, lectores, que se llama majoreros a los naturales de la isla de Fuerteventura, a los que yo llamaría fuerteventurosos.)

Ayer vi cerca de la gran plaza de la Concordia a dos jovencitos que bajaban por la Avenida de los Campos Elíseos montados en un camello, en un lucido y reluciente camello de lujo. Ello no era más que un deporte, pero los ojos se me fueron detrás del grupo recordando a los camellos de Fuerteventura, no de lujo y deporte, sino de pobreza y trabajo. Y también los camellos de Fuerteventura cruzan de vez en cuando, en las carreteras de la isla, con algún automóvil que va levantando polvo. Y ni se dignan volver la cabeza.

¡De Fuerteventura a París! ¡Del camello al auto! Aunque allí, en la isla, hay autos —y no pocos, pues es hoy el principal vehículo—, y aquí, en París, se ve algún que otro camello, como los del Jardín de Plantas. Y más de un *chameau*, en el sentido figurativo que se le da a esta palabra. Pero es pasar del ritmo de la marcha del camello al ritmo de la marcha del automóvil. Si es que la marcha del automóvil tiene ritmo. ¿Se mide el progreso por la velocidad? Con este correr sin tasa, con este devorar kilómetros, con este vivir en taxi, ¿no se trata de un engaño de alargamiento de la vida? Porque eso de la vida intensiva ha nacido de la desesperanza de la vida² expresiva.

El camello ara el campo, tirando del arado, trilla la mies, la transporta luego al granero y hasta puede mover la muela. Y apenas si come de ella.

¡Oh, aquellas noches plácidas, junto a la mar compasiva y consoladora, viendo rielar la luna sobre las olas brizantes! La mar no es el Sena. La mar eterna, la mar que adormece nuestros ensueños.

Además, allí, en la isla, tenía noticias de la metrópoli de mi patria, del escenario de la pequeña historia bufa de la dictadura, cada ocho días, y aquí voy ansioso, día a día, a saber qué es lo que pasa en mi España. Y así no puede uno digerir las noticias, no puede digerir la historia que pasa y no queda, no se entera uno bien de nada. Porque es indudable que un diario de actualidad, de efemérides, de noticias de última hora, nos da una noción de la historia en que vivimos y de que vivimos mucho más falsa, mucho más deformada, que un buen semanario con su revista de la semana y que es aún mejor un anuario. Pero el hombre del vapor y de la electricidad, el hombre del telégrafo y ahora del auto y del cine, prefiere saber pronto a saber bien, prefiere tragar a rumiar, como rumia el camello. Y así, por culpa de este atragantamiento de actualidad, de este devorar noticias, no tenemos más idea de la historia en que vivimos y de que vivimos que tendría de un cuadro, sea de Velázquez o de Rembrandt o el Ticiano, quien lo mirase a un palmo de distancia y con lupa. Porque el telégrafo al suprimir la distancia suprime la perspectiva.

Cuando allí, en la isla, me llegaban las noticias de la metrópoli, con ocho, con diez, alguna vez hasta con quince días de retraso, mi estómago mental estaba ya preparado para recibir las y digerirlas. Y luego la larga rumia de ellas. Por lo cual aquí, en París, me entero acaso de más sucesos, pero allí, en la isla, me enteraba mejor de los hechos³.

Suceso, ya lo sabéis, es lo que sucede, lo que se sucede más bien, lo que pasa, mientras que hecho es lo que se hace y queda así, hecho, lo que queda. La discusión de una ley es un suceso; la ley misma discutida y votada es un hecho. ¡Y quién sabe!... Este París es enormemente más rico en sucesos que Fuerteventura, pero no creo que le supere en igual manera en riqueza de hechos permanentes.

¡Ah, mi isla inolvidable!

Notas

- 1 “De Fuerteventura a París”, escrito el 15-VIII-1924, en París; reproducido en: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 4-X-1924; *En el destierro...*, 1957, p. 53; A-X, p. 683; E-VIII, p. 602; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 173; BC-VII, p. 65.
- 2 El camello y el automóvil sirven en este artículo a Unamuno para destacar las diferencias entre un estilo pobre –esencial– de vida y otro consumista que se asocia al bienestar –o inauténtico.
- 3 El súbito devenir de los acontecimientos históricos son un *sin-fundamento* que no ofrecen ningún

punto de referencia sobre el que poder actuar con responsabilidad en la la historia. Este fundamento solo lo pueden ofrecer, según Nietzsche y Vattimo, mediante el “olvido”. Para Unamuno, sin embargo, se consigue mediante la “perspectiva histórica”, entendida como objetivación. Cfr. VATTIMO, G., *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación*, Ediciones Península, Barcelona, 2003, pp. 98-106.

XXXIII

El estilo de Galdós¹

HABÍA escrito los anteriores pequeños ensayos de esa serie indefinida –melodía continua– en el sosiego fecundo de Fuerteventura, y ahora me apercibo a reanudarlos y continuarlos en medio del trajín de este París de verano lluvioso. Entre la estrofa anterior, la XVI, y ésta, la XVII, que me pongo a fraguar ahora, he recogido y atesorado en mi alma experiencias las más íntimas, las más entrañadas, de las que diré pronto en otra parte.

Cuando me disponía a fugarme de Fuerteventura a bordo del bergantín goleta “L’Aiglon”, recogí, entre los pocos papeles que pensaba llevar conmigo, escotero y suelto, los breves apuntes para la continuación de estas notas, y en ellos, bajo esta cifra romana: XVII, encuentro esto:

“Las obras de un escritor que no parecen de él, que carecen de estilo, que parecen de otro, no son de nadie, no son obras. Otro es nadie. Puesto que estas confesiones, y he hablado de Navarra Ledesma², en *El ingenioso hidalgo D. Miguel*, etc., *chiasso*, y el mío en silencio”.

Reproduzco aquí el apunte, tal y como lo tenía tomado, en ese estilo enigmático, elíptico, telegráfico, en que uno se habla a sí mismo: en esa forma protoplasmática, anterior a la diferenciación de prosa y verso, en que tomamos nuestras notas para uso individual. Es el estilo de muchos de los pensamientos de Pascal. Y es significativo que cuando se habla de tal manera a sí mismo lo hace en forma telegráfica, como para hablar desde lejos.

¿Para hablarse a sí mismo? En otro papelito, en el revés de un sobre de carta, bajo la siguiente cifra romana, XVIII, llevaba escrito esto otro:

“¿Es uno otro que sí mismo? Uno remeda su propio estilo. Cervantes, remedándose. Galdós y sus lugares comunes. Torquemada, y en medio de ello un: ‘Ello es que...’, ‘dicho se está’..., etc., etcétera. Escribía sin estilo propio. A las veces, un concepto sutil, una metáfora viva; pero una frase, un giro suyo... jamás. Acaba Torquemada en el Purgatorio cuando Rafael del Águila, el ciego, se tira a la calle: ‘Bajaron todos... Estrellado, muerto’. Sobre el ‘muerto’”.

Este apunte responde a la lectura –relectura en parte– que hice allí, en la isla, de la mayor parte de las obras de Galdós³. Lo que me permitió modificar y rectificar mi juicio estético de su obra, parte a mejor y parte a peor.

Galdós, que tan terrible pintura nos ha dejado de la burguesía madrileña de fines del siglo XIX, se burla con frecuencia del estilo ese de las tertulias de café, del estilo periodístico hecho de muletillas, de frases hechas, de lugares comunes, de expresiones acuñadas, cuyo cuño se ha desgastado por el uso. Pero le costaba expresarse de otro modo. Era el estilo de café, el estilo de la improvisación periodística, el estilo parlamentario, el de artículo de fondo, el que empleaba en sus novelas. Un estilo pasado por laminador.

Y a esa su falta de estilo individual debió, sin duda, la mayor parte de su popularidad. Se dejaba leer sin esfuerzo. No había nunca que detenerse a paladear una frase suya, ni a digerirla. Su personalidad artística era algo como una representación de la impersonalidad; era el hombre medio el que hablaba en él.

Es muy significativo que no conozcamos versos, buenos o malos, mejores o peores, de Galdós; que no sepamos que los hubiese conservado, ya que no publicado, si es que alguna vez los

escribió. ¿Lo hizo? Es de dudarlo. Y aun más, parece que no gustaba mucho de ellos. Debíale ocurrirle lo que a muchos oradores –de palabra o por escrito, pues hay oratoria escrita para uso de los taciturnos–, que sienten una honda animadversión al verso, el estilo netamente poético. Acaso porque se les resiste, porque se hurta y niega a sus secretas caricias. Y, en cambio, se conoce la prosa del que intenta el verso. No porque sea más cantante o más melodiosa –tal como entienden la melodía los que creen que toda canción esailable–, sino porque es más precisa, más ceñida, más para sí mismo, más íntima.

Galdós... En aquellas mañanas de Fuerteventura, cuando en la azotea de la mansión en que vivía, en Puerto Cabras, me bañaba el cuerpo desnudo al sol desnudo, frente a la mar consoladora, leía las páginas de Galdós. Y mientras iba digiriendo en silencio, sin oírlas, no más que viéndolas, aquellas en que nos muestra en el alma de Fortunata el alma acaso del pueblo de la calle madrileña, oía a lo lejos, por debajo del silencio de las páginas escritas galdosianas, el rumor de la mar atlántica, el rumor de la mar que lame los bordes del desierto africano. Galdós había nacido en la Gran Canaria, y el Atlántico debió de haber brizado los ensueños de su niñez; pero se fue a Madrid, al centro de la paramera manchega, y pareció olvidar el ritmo rumoroso de su mar materna. A pesar de sus temporadas de Santander, no se oye a la mar en sus obras. Su estilo es un estilo de tierra adentro, o, más bien, no es de tierra, sino de calle, de calle de cafés y de redacciones de periódicos. No se oye nunca en su obra al canto del Atlántico⁴. Ni el de ese mar petrificado que es la llanada castellana, de la tierra sin adoquinado, de la tierra que dio el canto “nuestras vidas son los ríos –que van a dar en la mar– que es el morir...”, de las coplas –olas de los campos góticos– de Jorge Manrique⁵.

Notas

- 1 “El estilo de Galdós”. De *Alrededor del estilo* (XVII), en *Los Lunes del Imparcial*, Madrid, 17-VIII-1924; A-XI, p. 835; E-VII, p. 915; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 97.
- 2 NAVARRO LEDESMA, Francisco, (1864-1905). Catedrático, miembro del Cuerpo de Archiveros y escritor muy preocupado por la enseñanza. Escribió *Lecciones de literatura general* (1901) y *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* (1905), biografía del autor del *Quijote*.
- 3 Son conocidas por todos las desavenencias estéticas de Unamuno con Galdós, hasta el punto que recién muerto don Benito, en 1920, Unamuno se dedicó a despotricar contra su obra en un acto de homenaje. (Cfr. HENRÍQUEZ JIMÉNEZ, Antonio, “Unamuno, Galdós, Rafael Romero (*Alonso Quesada*), Domingo Doreste (*Fray Lesco*),... Repercusión de unas palabras de Unamuno sobre Galdós unas semanas después de su muerte”, Inédito, leído en el Séptimo Congreso Internacional Galdosiano, Las Palmas de Gran Canaria, marzo de 2001). Unamuno, a partir de esta relectura, se reconciliará con su obra, como indica en el comentario al soneto XV de *De Fuerteventura a París* y en carta a Ramón Castañeyra del 12 de abril de 1932. Cfr. p. 173.
- 4 Para Unamuno es la realidad la que vuelve articulador el lenguaje; de ahí que el estilo galdosiano sea considerado por su autor como “urbano”.
- 5 MANRIQUE, Jorge, vv.25-27 de la estrofa III de las *Coplas que hizo don Jorge Manrique a la muerte del mestre de Santiago don Rodrigo Manrique su padre*, en *Poesías*, edición de Vicente BELTRÁN y estudio preliminar de Pierre LE GENTIL, Crítica Barcelona, 1993, p. 150.

XXXIV

En el suave tumulto¹

SÓLO otra vez había estado en este París desde donde ahora os dirijo, mis fieles lectores de *Nuevo Mundo*, estas líneas. Fue hace treinta y cinco años, cuando iba yo a cumplir los veinticinco, al celebrarse la Exposición Universal de 1889, en el primer centenario de la gran Revolución Francesa. Fue el año en que se erigió la Torre Eiffel. Y al volver ahora, al cabo de toda una vida de hombre, ¿cómo me entra esto en el alma? ¿Cómo se despierta y vuelve a mí el París de mis veinticinco años, perdido ya en las brumas del recuerdo que se salió del tiempo? No lo sé aún. Tengo antes que digerir otras experiencias, experiencias de historia y de eternidad también.

Entonces, en 1889, llegué, un muchacho soñador y melancólico, sin pasado y por lo tanto sin porvenir; sin recuerdos apenas y por lo tanto sin esperanzas. Que éstas, las esperanzas, se fraguan con recuerdos como se fragua el porvenir con el pasado, y el progreso se fragua con la tradición. Entonces, en 1889, vine de mi Bilbao nativo cuando todo mi ensueño se cifraba en fundar un hogar, una familia. Hoy... hoy he venido –me han traído mejor– de la isla de Fuerteventura, cuando todo mi anhelo se cifra en refundar una patria, en asentar en España una sociedad civil libre. Y he recibido la impresión tumultuosa de este París sobre la asentada impresión, hecha ya carne de mi mente, del austero sosiego de Fuerteventura. De Fuerteventura, de donde salí llorando, y donde ha echado raíces incorruptibles mi corazón.

Mi amigo del alma Crawford Flitch – el que ha traducido al inglés mi obra sobre el sentimiento trágico de la vida–, que pasó conmigo cuarenta días –toda una cuaresma– en la sedienta isla canaria de los camellos, me escribía desde Antibes, en la Costa Azul, esto: “Vine acá el sábado desde Marsella. Viniendo en el tren por la tarde, la belleza de esta costa me sobrecogió – *overwhelmed me*– la fresca, lujuriente vegetación el suave mar plateado, los brillantes hotelitos blancos, el aspecto de sonriente serenidad y bienestar. Parecía como un paraíso terrestre. Parecía nada real. Parecía imposible que la vida pudiera ser tan sin dureza – *hardness*–, sin austeridad. Sí. Estoy un poco amedrentado de ello. Tengo miedo de ir a dormirme aquí. Hay una especie de sensualidad que incuba sobre todo ello. Aquí el animal en el hombre zapa al espíritu. Usted no hace falta aquí; no hay nada que hacer para usted; el mundo está muy bien como está –no hay nada por qué luchar, nada por qué esforzarse; ir a dormirse y dejar de molestarse– *go to sleep and cease worrying*”.

Algo parecido experimenté cruzando en una tarde dulce, la grasa Normandía, desde Cherburgo, el puerto francés en que desembarqué, hasta este París. Invadíame también un sueño dulce y brumoso, el sueño de la civilización. En esa Normandía toda ella opulenta encarnadura, vestida de espléndida cabellera verde, recordaba la esquelética Fuerteventura, toda ella hueso calcinado al sol y refrescado por la brisa atlántica.

Luego Crawford Flitch, mi inglés, me dice –en inglés– que ahora es cuando se da cuenta de la trivialidad de nuestra civilización, de que la trivialidad es la maldición de la civilización inglesa y que es de trivialidad de lo que hemos de morir –si hemos de morir–, de una muerte heroica; de que sabemos vivir suavemente, cómodamente, demasiado suavemente, demasiado cómodamente; de que es extraordinario cuán poco nos ha sacudido hacia arriba –*shake us up*–

la guerra; de que ha acrecentado nuestra sed de placeres, y... esto es todo. Y añade estas líneas que leí con el corazón tembloroso, con el corazón concorde y unánime con el de mi inglés. Dicen: “¡Fuerteventura! ¡Estoy casi nostálgico –*homesick*– de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! Para mí Fuerteventura fue todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió las aguas vivificadoras y de donde salí refrescado y fortalecido para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización”. Siguen tres líneas que por referirse a mí y a mi acción sobre el que me las dirige suprimo, y añade: “Sí. Creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura; pero ahora estoy despierto de nuevo”.

¿Me dormiré yo aquí, en el suave tumulto de París? ¿Me dormiré al arrullo de los autos, ya que me mantuve despierto al silencio de la marcha sosegada de los camellos?

Se dice que en aquellas islas Canarias el hombre se aplatana, y el de Fuerteventura, el majorero, pasa en ellas por ser indolente². Pero yo sé que jamás me he mantenido más despierto y que lejos del tumulto recibiendo correo cada cinco o siete días, oyendo la canción brizadora de la mar, la leyenda del Atlántico, al pie de las recortadas colinas peladas, he entrevisto con toda nitidez el esqueleto de nuestra historia, la osamenta de nuestra civilización. Desde la augusta sequedad de Fuerteventura he comprendido el veneno de la sombra del follaje de nuestras instituciones. La mar ha cantado a mi soledad íntima y me la ha encantado.

Viendo las lustrosas y grasas vacas normandas apacentándose en praderas de esmeraldas, bajo un cielo que derretía en los árboles del horizonte, recordaba –y digería el recuerdo– aquellos escuálidos camellos buscando entre las piedras una escuálida aulaga gris o haciendo destacar su largo cuello sobre un cielo barrido por el Nordeste.

Pasarán los años; se irá deshaciendo mi memoria; se pudrirá en ella, en mi memoria, su carne y en esta carne los recuerdos que allí encarnaron; pero los que se hicieron hueso de sus huesos, hueso de mi memoria, osamenta del espíritu, éstos no se pudrirán nunca³.

¡Fuerteventura, un oasis en el desierto de la civilización!⁴ ¡Verdad, amigo Fritch, verdad!

París, agosto de 1924

Notas

1 Comentario. Inc. “Sólo otra vez había estado en París...”, reproducido en: *Nuevo Mundo*, Madrid, 22-VIII-1924; *El Tribuna*, Las Palmas, II-IX-1924 [con el título: “presiones de Unamuno”]; *Fuerteventura, un oasis en el desierto*, s.f., p.53 [con el título: “Un oasis en el desierto”] 227; A-X, p. 679 [con el título: “En el suave tumulto”]; E-VIII, p. 599.

El escritor vuelve a insistir en este texto en la idea del vivir inauténtico: el ruido y las distracciones de la ociosidad nos alejan del vivir esencial. Cfr. “De Fuerteventura a París”, p. 117.

2 El tópico del aplanamiento o la indolencia del hombre canario se recrudece cuando se habla del hombre de Fuerteventura. Esto viene motivado por la extrema pobreza de la isla, que obligaba a sus habitantes a abandonar Fuerteventura y dirigirse a las ciudades capitalinas, donde se veían abocados a la mendicidad. Esta misma carencia impedía el alto pago de tributos que se imponían desde el señorío territorial y la iglesia; ante esto, las instituciones estigmatizaron peyorativamente al majorero. Cfr. MORERA, Marcial, “Los majoreros vistos por Unamuno”, en VVAA., *Una-*

munio. Encuentro con la Isla, Las Palmas, 1999, pp. 19-22.

- 3 Reminiscencia del soneto “Amor constante más allá de la muerte”, de Francisco de Quevedo. Cfr. VVAA, *Poesía lírica del Siglo de Oro*, edición de Elías L. RIVERS, Cátedra, Madrid, 2008, p. 347.
- 4 Unamuno ironiza en un intento de (auto)afirma-

ción e invectiva. Con posterioridad, Unamuno recogerá en un pequeño libro varios de los artículos (a veces remedos) publicados en 1924 con este título, *Fuerteventura un oasis en el desierto*, Biblioteca Canaria, Librería Hespérides (Canarias), Sta Cruz de Tenerife, (s/f).

XXXV

El estilo nos hace¹

EN aquellos apuntes que saqué de Fuerteventura, y que he renunciado a desenvolver, decía que las obras de un escritor que carecen de estilo –de personalidad–, que parecen de otro o de cualquiera, que no son de nadie, no son obras. Y añadía: “¿Es uno otro que sí mismo?”

Uno se encuentra a través de los demás; los más originales escritores empezaron imitando. “El poeta nace y no se hace”, suele decirse; pero aparte de que el nacer es un hacerse, aunque otra cosa parezca, el poeta suele tardar en encontrarse a sí mismo. El estilo se va haciendo, y es porque el artista se está buscando a sí mismo. ¿Se encuentra? Aquí está su tragedia. Y cuando se encuentra es que ha encontrado su obra; es que su obra le ha hecho a él.

En las últimas semanas de mi confinamiento en Fuerteventura, mi querido Crawford Fritch –fraternal amigo y traductor al inglés de la mejor parte de mi obra, traducción en que ha puesto su estilo–, me procuró un cierto libro inglés de C. E. Montague², en el que leí y anoté este pasaje:

“En las Escrituras, transmitidas oralmente, de algunos de los negros australianos, el Creador, Pund-jel, quedaba tan complacido cuando hubo formado el primer hombre con barro y corteza, que bailó de alegría en derredor de aquella admirable pieza salida de sus manos. Hasta el más compuesto Jehovah de nuestro propio Libro del Génesis pasó de encontrar sus primeros productos ‘buenos’ a encontrar la obra toda de su semana ‘muy buena’, creciendo la exaltada complacencia del artista según producía, a paso igual con la actividad de su invención. Y así ha procedido el hombre, desde entonces, con la obra que de tal modo creaba”.

Y partiendo de esta cita, que me permito insertar aquí, por provenir de una de mis lecturas ocasionales, del destierro atlántico, partiendo de ella escribí en mis apuntes: “Y este goce viene de que uno se ha encontrado con su creador, con su padre. Porque a Cervantes le hicieron Don Quijote y Sancho y etcétera. El estilo nos hace; no hacemos el estilo”.

Entonces, cuando apunté la cita de Montague –el 4 de mayo, lo tengo señalado–, no reparé en la significativa paradoja de unas “Escrituras transmitidas oralmente” –*the orally transmitted scriptures*–; mas ahora, al reproducirla, me doy cuenta de cómo pueblos que no conocen la escritura pueden tener escrituras en el alma popular colectiva, con el estilete de la tradición oral, sus leyendas creadoras.

Y siguiendo lo de que nuestra obra nos haga, lo de que el estilo haga al artista, al escritor, veremos que por él, por el estilo, nos descubrimos. Si uno que me conoce corporalmente, que me ha visto y oído hablar –porque se ve, y no sólo se oye, hablar–, al leer algo mío no lo oye con mi voz caliente, es que aquello no tiene estilo; es que no es mío. Pero ¿es esto verdad? ¿No será, acaso, de un otro yo? Si yo mismo me oigo, ¿me reconozco siempre?

Nunca me he oído en fonógrafo, fotografía de mi voz, ni quisiera oírme en él; no quisiera oír ese cadáver galvanizado de mi voz. Esa horrible caricatura de voz humana me horripila; el estilete fonográfico mata el estilo. Pero si fuese posible que me oyese a mí mismo desde fuera, ¿no me sonaría alguna vez a otro? ¿Al otro? El susurro divino de que hablan las Escrituras, la voz de Dios, nos sale de dentro, de lo más dentro, del adentro de nuestro más adentro. Es como oír

en el silencio de la noche recogida lo que nos dice el latido de nuestro propio corazón. ¿O no procede, acaso, de nuestro yo demás dentro de dentro, de nuestro tras-yo, del yo eterno, de lo que Kant llamaría nuestro *nómeno*³? ¿Del que dormirá con voluntad de dormir eternamente?

(Esto de la voluntad de dormir eternamente me lo sugirió un pasaje de Galdós en *Torque-mada y San Pedro* que leí, tomando el sol desnudo entonces como yo.)

Se dice que acercándose una concha vacía a la oreja se oye el rumor de la mar, en que nació y se crió el animal que hizo la concha. Los poetas han hecho bellísimas metáforas con esta leyenda; una de las más bellas, Carducci; en su canto a Ferrara⁴. Los hombres de ciencia nos dicen que lo que oímos en la concha, como un resonador, es la circulación de la sangre por el pabellón de la oreja. ¿Canta la mar o canta la sangre? ¡Igual da! La mar es la sangre de nuestra Tierra; nuestra sangre es nuestra mar⁵.

Hay acaso dentro de cada uno de nosotros, tan dentro que lo llevamos perdido, que no logramos encontrarlo –encontrármolo–, un estilo divino. El dedo de Dios es el sumo estilo creador, el más íntimo estilo creador. Me ha creado único; te ha creado, lector, único; nos ha creado únicos a cada uno de nosotros y si me ha dicho una vez quedó dicho para siempre. Me ha impreso sobre el alma de mi patria; soy una palabra, una frase, tal vez una estrofa del poema eterno, inmortal, que es su obra divina. Y hasta que uno no ha muerto no ha vivido. De la persona verdaderamente inmortal, de la que ha de ser palabra, frase, estrofa, del poema de Dios, de la historia humana, no digáis nunca:

“¡Murió!”, cuando haya muerto, sino decid: “¡Vivió!” cuando se muera. Y el que vivió, vive y vivirá.

Notas

- 1 “El estilo nos hace”. De *Alrededor del estilo* (XVIII), reproducido en: *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 24-VIII-1924; A-XI, p. 838; E-VII, p. 917; *Alrededor del estilo*, 1998, p. 101.
- 2 MONTAGUE, Charles Edward, (1867-1928). Literato y periodista inglés, educado en Londres y Oxford. Fue rector de la Universidad de Manchester. Unamuno se refiere a *The right place*; a book of pleasures by, New York, Garden City, 1924 (cfr. ROBLES, *opus cit.* p. 101, not. 3).
- 3 KANT, Immanuel, (1724-1804). Filósofo alemán que concilia empirismo y racionalismo. Unamuno se refiere a la tesis que expone en su *Crítica de la razón pura*: lo que los científicos consideran como realidad es el mundo *fenoménico* que puede ser conocido, pero que sólo es apariencia del mundo incognoscible del *nómeno*, es decir, de la “cosa-en-sí”, porque, empíricamente, está más allá de la experiencia.
- 4 “Alla città di Ferrara nel XXV aprile del MDCCCXCV”, rima XV de *Rime e ritmi*, en *Poesie di Giosué Carducci*, MDCCCL-MCM. Ottava edizione. Bologna, Nicola Zanichelli, 1909, pp. 992-1000.
- 5 En la Escena II del Acto IV de *Sombras de sueño* (1930), cuya acción transcurre significativamente en una isla, Unamuno volverá a retomar esta metáfora de la concha. Cfr. UNAMUNO, M., *Sombras de sueño*, en *Obras Completas III*, edición de Ricardo SENABRE Biblioteca Castro, Turner, 1996, pp. 404-405. Esa concepción del mar como sangre es desarrollada en los sonetos de *De Fuerteventura a París* (sonetos L y LI). Imágenes que, para Criado del Val, vienen sugeridas por el libro *La Mer* del físico e historiador francés J. Michélet, cfr. CRIADO DEL VAL, M., *opus cit.*, pp. 243-246.

XXXVI

¡Montaña, desierto, mar!¹

POR las mañanas, a mis horas de clase, desde la gran ventana abierta de la grande aula en que acaso traducía a Platón mientras tomaba el sol, el mismo sol que iluminó su frente, podía ver a lo lejos, por encima de la cúpula de San Esteban, el histórico templo dominicano, la reposada llanura de pan llevar, y en el fondo, como un enorme oleaje de la llanada que quiere trepar al cielo, estribaciones de la Sierra matriz de Castilla. Y por la tarde, después de la hora del café –¡qué dulzura, amigos!–, carretera de Zamora arriba ungía mi vista con la visión eterna de la nevada cumbre de Gredos. “Hoy se ve Gredos”, decía unas veces, y otras: “Hoy no se ve Gredos”. Cuando no se ve Gredos es que el cielo ha fruncido el ceño o está como adormecido.

¡Visión eterna la de Gredos! Eterna, sí; y no porque haya de durar por siempre –¿la llevaré conmigo bajo tierra cuando me arroje para el sueño final en ella?–, sino porque está fuera del tiempo, fuera del pasado y del futuro, en el presente inmóvil, en la eternidad viva. ¡Visión eterna la de Gredos!

Y desde aquel alto mismo de la carretera de Zamora, al otro lado, la visión, eterna también, de la calva llanura de la Armuña. Que aunque Armuña –lo mismo que Almunia– signifique en arábigo *huerta*, hay épocas del año en que más parece un páramo, una estepa. En Madrid, en Valladolid, a corto paseo se logra ver el páramo. Y en Palencia, en mi querida Palencia, subía al Cristo del Otero a bañar mis ojos en el reposo del páramo, a sacar mi espíritu de la historia. Y contemplando el páramo palentino, oía el rumor de la voz secular, eterna más bien, de su hijo, Jorge Manrique, que susurraba divinamente –la voz de Dios es, según las Escrituras, un susurro–:

Nuestras vidas son los ríos,
que van a dar en la mar...²

El páramo le descubría a la mar. El páramo es como la mar. ¡La mar! Allá en Fuerteventura, en mi entrañada Fuerteventura –pedazo de mi alma eterna ya–, bañaba todos los días mi vista en la visión eterna de la mar, de la mar eterna, de la mar que vio nacer y verá morir la historia, de la mar que guarda la misma sonrisa con que acogió el alba del linaje humano³, la misma sonrisa con que contemplará su ocaso.

Gredos, la montaña; el páramo palentino, el desierto; ¡la mar! ¡Pero desde aquí, desde París, desde este París que está reventando historia, lo que pasa y mete ruido, ni se ve montaña, ni se ve desierto, ni se ve mar! Los pobres hombres que estamos enjaulados aquí, en la ciudad, en la gran ciudad, en el Arca de Noé de la civilización y de la historia, no podemos a diario limpiar nuestra vista, y con ella nuestra alma, en la visión de las eternidades de la montaña, del desierto, de la mar.

A la hora en que voy a tomar el café y la tertulia de unos buenos amigos, jóvenes todos ellos, con unos amigos, como yo, amorriñados de España, al cruzar en el Metropolitano el Sena, por el puente de Passy –hay allí abajo un muelle en medio del río, al que llaman ¡Isla de los Cisnes!, contemplo la Torre Eiffel. Y me acuerdo de Gredos. Y siento la morriña de la eternidad, de lo que dura por debajo de la historia, de lo que no vive, sino que vivifica. Porque Gredos es lo eterno; Gredos vio a los iberos llegar a España, y vio a los romanos, y a los godos, y a los árabes, y verá acaso pasar a otros bárbaros; Gredos vio morir, en uno de sus repliegues, al emperador Carlos V. Y la Torre Eiffel... Asistí yo a su inauguración hace treinta y cinco años, cuando la Exposición Universal de 1889; subí a ella cuando estaba recién estrenada. Porque la Torre Eiffel se estrenó. Y en Gredos... Mi entrañado amigo Cañizo recordará la última vez que subí a él. Y cómo toda la historia se borró de nuestras almas. No, no; esa torre es todavía historia: no es aún más que historia. Ni siquiera nos da la ilusión de eternidad que deben de dar las Pirámides, estas lunas –ya que no soles– de luz de eternidad.

¡Y si a falta de la mar tuviese siquiera un río! Aquel Tormes, en que los sauces, alisos, olmos y mimbres hunden sus raíces en el agua de la orilla; aquel Tormes de cambiantes riberas, con aquella isleta tupida de maleza o aquel íntimo Carrión –“Nuestras vidas son los ríos...”– en que se mira la torre de San Miguel, de Palencia. Pero este Sena no es un río; este Sena, como el Nervión en mi Bilbao nativo, es un canal; es ya, como la Torre Eiffel, un artefacto. ¿Quién conoce que es isla la Cité, que es isla la de San Luis? En Palencia hay dos islas así, que forman un 8; pero son islas, son verdaderas islas; son trozos de tierra rodeados de agua, mientras que aquí es agua rodeada de tierra.

¡Ni montaña, ni desierto, ni mar, ni siquiera río, verdadero río! ¡Y por todas partes historia, historia, historia! ¡Y luego, almacenada en museos, arqueología! “Aquí decapitaron a Luis XVI.” “Desde esa torre se tocó a rebato en lo de San Bartolomé.” “Esta columna derribaron los de la Comuna.” “Aquí están las cenizas de Napoleón.” “Aquí...”²⁴. Y uno busca con los ojos del alma la cumbre del Almanzor, en Gredos; el páramo palentino, la mar que se ha olvidado de las carabelas de Colón.

¡Ay! ¡Este empacho de civilización! ¡Y pisar siempre en losa, en encachado! ¡Pisar siempre en historia!

Cierro los ojos para ver. Y allí está, allí, un poco a la derecha del depósito de aguas –¡otro artefacto histórico!–, cerrando o abriendo el cielo, confundándose a veces con las nubes, allí está la cumbre nevada de Gredos. Desde allí nos llama y no a su altura, no a su trono, sino a nuestro más íntimo deber; desde allí nos llama al sentido de la eternidad.

Cuentan de un rey bárbaro, creo que de Alarico, aunque no me acuerdo bien, que se hizo enterrar en el lecho de un río, al que para ello le hicieron salir algún tiempo de su cauce. No sé cómo a Carlos de Gante, al hijo de la Loca de Castilla, no se le ocurrió mandar que le enterrasen en la cumbre de Gredos y no que su hijo le llevase luego al gran artefacto histórico de El Escorial, a aquel horrible panteón que parece un almacén de lencería. ¡Ser enterrado en lo alto de Gredos! ¡O en medio del páramo! ¡O de la mar! ¡Sierra de Ávila! ¡Páramo de Palencia! ¡Mar de Fuerteventura! ¡Aguas apaciguadoras del Tormes y del Carrión!

París, septiembre de 1924

Notas

- 1 “Comentario. ¡Montaña, desierto, mar!”, reproducido en: *Nuevo Mundo*, Madrid, 3-X-1924; *Paisajes del alma*, 1944, p. 94; *En el destierro...*, 1957, p. 65; A-I, p. 937; p. E-I, p. 570; BC-VII, p. 68.
- 2 Cfr. “El estilo de Galdós”, p. X.
- 3 Unamuno, más que hacerse eco de las hipótesis científicas del origen acuático de la vida, parece reinterpretar los capítulos 6 y 9 del *Génesis*, donde la humanidad resurge de aquellos del linaje de Noé después del diluvio universal. Así nos lo confirma Elvira, la protagonista de *Sombras de sueño*: “ELVIRA: De aquí salimos [del mar]. Nuestro primer padre no fue Adán, fue Noé. ¡Y la humanidad acabará en un arca, los que queden, la última familia, y hundiéndose en la mar...! (...)”, en *opus cit.*, p. 384. En el soneto XXII de *De Fuerteventura a París* (1925), Unamuno, en un diálogo con Dios, se queja de la situación de los majoreros en una isla sedienta, rodeada de mar; aquí retoma el relato genésico de Noé: “...Agua a la vista,/ sin que traiga verdura la paloma”. La isla, en la que sucede la acción del drama y en la que se encuentra Unamuno –Fuerteventura–, es imagen idónea para establecer la analogía con el arca rodeada por las aguas.
- 4 Probablemente, París sea la ciudad del mundo que más placas conmemorativas exhiba.

XXXVII

El almendro de don Nicolás Estévez¹

EL viernes, día 25, armaron un ... incidente ruidoso en las Cortes los diputados canarios, y poco después, sin esperar a la sesión permanente, me salí de la Cámara, me fui a dormir –sin soñar– sosegadamente para venirme a esta sosegada Salamanca². Y aquí he pensado en toda la íntima y simbólica significación del incidente aquel, a la vez que recorría en mi ánimo los recuerdos de aquellas benditas Islas Afortunadas, en que me ha sido dicha vivir dos veces, en 1910 y en 1924.

Antes de proseguir me conviene hacer constar que aquí, en la Península, se les llama canarios a los de las siete islas; pero allí, en ellas, canarios son sólo los de la Gran Canaria, y los otros son tinerfeños, palmeros, gomeros, herreños, conejeros, y los de mi entrañada Fuerteventura, la mayor y más desventurada de las islas, majorereros. Y en todas ellas se desarrolla un cierto espíritu que alguien llama federal, pero que es todo lo contrario de esto. Un cierto espíritu isleño que en ciertos, por fortuna escasísimos casos, degenera en isloteño, y que es lo más desfederativo que cabe. Un cierto espíritu de máximo aislamiento –¡qué terrible palabra ésta!–, que, a base de cierto caso individual bien conocido en todas aquellas Islas, podría llamarse *almendreño*.

Me refiero al almendro patrio de aquel noble, ingenioso, simpático y españolísimo lagunero que fue don Nicolás Estévez³, republicano, ¿federal?, que fue ministro de la Guerra en la infortunada República federal española de 1873, a la que le hizo acabar su propio contradictorio y paradójico –aquello sí que fue paradoja y no otras que llaman así los mentecatos– federalismo. Y vengamos al almendro.

Es éste uno que hay –me lo mostraron allí– cerca ya de la Laguna de Tenerife, en la huerta de la casa natal de don Nicolás. El cual, en una poesía –hacíalas muy exquisitas– cantó así:

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa;
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca inolvidable sombra.

y casi todos los isleños cultos –¡y son allí tantos!– de las Afortunadas se saben de memoria este pequeño evangelio del más radical individualismo... antifederal. Y obsérvese que don Nicolás salta de Europa a su almendro, suprimiendo España y Tenerife y la Laguna, aunque esto no sea sino fuerza del asonante y necesidad de concentración poética. Mas, por otra parte, ¿no será acaso el más radical individualismo el universalismo más radical? No tuve la fortuna de conocer y tratar a Estévez; pero estoy seguro que de haberlo conocido y tratado –¡y cuánto habría yo ganado con ello!– le habría oído confesar que se abarca mejor el universo desde un almendro que desde una aldea o villa, desde una isla, desde un Estado, desde un Continente, o desde el mundo todo. Pero este universalismo nada tiene que ver con el federalismo político. El universo no es propiamente una Federación. Acaso para ciertos panteístas; pero para los monoteístas, no. Ni sé si los católicos –esto es, universales– güelfos concebirán al universo redimido, como una federación; pero los católicos gibelinos, imperiales, dantescos, no lo conciben así. Y ahora otra vez al almendro.

Don Nicolás Estévez soñó el universo, y con él soñó la patria al pie de un roble vasco, de un pino gallego, de una encina castellana o catalana, de un avellano o algarrobo levantinos, de un olivo andaluz, de otro árbol cualquiera doméstico, y estos soñadores se hicieron de federales a la manera del almendreño. Estévez, y cuando éste era ministro de la Guerra de la República federal acudieron al Ministerio en busca de... almendras. Y don Nicolás tuvo que poner en el antedespacho de su oficina este cartel: “¡La República no tiene destinos que dar!”.

Y esta fue la tragedia de la descentralización... federativa. Los almendros nativos no daban almendras para todos. ¡Y quien dice almendras dice otro fruto cualquiera! ¡Y aquellas almendras mismas resultaban tan caras! Porque no hay régimen más caro, más burocrático y de menor equidad distributiva que el régimen que aquí se llama federal, a menos que se le considere como una especie de comunismo, de federación soviética, en que sean agentes de poderes y poderillos públicos todos los de otro modo trabajadores de toda clase, pero parados.

¡La dulce y fresca sombra del almendro! Mas otros árboles dan sombra –apenas en invierno– amarga y bochornosa. Y los hay nativos, cuya leña apenas sirve para reconfortar un poco los ataridos miembros en largas noches de helada, o acaso para tallar de ella seis tablas para el último lecho, el del sueño patriótico de la muerte. ¡Hermoso emblema de la patria el árbol! Pero el árbol tiene, sí, copa que recoge luz al sol del cielo, y tiene raigambre que recoge tiniebla de la tierra. Y el fruto que no muere en ésta, en la tierra, no da semilla para árbol nuevo.

Y dejó ahora de lado el más íntimo aspecto del incidente parlamentario isleño, que es el de la capitalidad federativa canaria. Porque muchas veces, cuando se habla de descentralizar se piensa en otra centralización, ni hay nada más duramente unitarista que el cantonalismo.

Al almendro de don Nicolás le protegía Tenerife mejor que la Laguna, y le protegía España mejor que Tenerife. En el orden político, ¡claro!, que en el orden cósmico, o mejor religioso, al almendro de don Nicolás Estévez, allí, al pie del grandioso Teide, que lleva fuego en el corazón y en la cabeza nieve, le ampara el cielo universal, el de las estrellas todas, el que abroquela, a nuestra pobre Tierra, isla perdida en la infinidad. Pero en política, no en cósmica, y más si es la sedicente federal, nada se gana, y si se pierde mucho, mirando las cosas desde Sirio.

Notas

- 1 “El almendro de don Nicolás Estévez”, reproducido en: *El Sol*, Madrid, 20-IX-1931; *La Prensa*, Sta. Cruz de Tenerife, 6-X-1931; A-V, p. 501; E-III, p. 1228.
- 2 Aunque no hemos podido constatar a qué incidente se refiere Unamuno, sabemos que desde agosto de 1931 había comenzado a debatirse en las Cortes la futura Constitución. Uno de los puntos que más controversias produjo fue la decisión de si España debía definirse como República Federal o República de Trabajadores.
- 3 ESTÉVEZ MURPHY, Nicolás, (1838-1914). Nacido en Las Palmas y muerto en París. Poeta y Militar. Durante la contienda de Marruecos fue

ascendido a Capitán. Fue diputado de la Primera República, Gobernador de Madrid y Ministro de la Guerra. Estuvo exiliado en Londres y luego en Francia, donde fue traductor de la casa Garnier. Autor de una obra extensa y conocido por ser guía de la llamada Escuela Regionalista de la Laguna en la segunda mitad del siglo XIX. *La vuelta al mundo de un joven norteamericano* (1891), *Musa Canaria* (1900), *Fragmento de mis memorias* (1903) *Resumen de la Historia de España* (1904), *Resumen de la Historia de América* (1905). Unamuno citará unos versos de su poema más famoso, *Canarias*.

Apéndices

Apéndices

Manuscritos

I

Mi destierro

(Por si registran mis papeles)

[Hoja n° 1:

1-r. 1:]

<Mi destierro¹

Por si registran mis papeles

El 21 de II cincuenta años justos después 3ª bomba, orden destierro. Cópiese. Fijo Cádiz. ¿A qué hora salir? Doy mi última clase de Griego a dos señoritas. Se llena aula. Huelga estudiantes. Mi busto en nieve. Despedida en la estación. Cultivad invaligencia, seso y no contra-seso. Este consorcio sacristía y prostíbulo, Sagrado Corazón castrense de lupanar.” Viaje a Medina, <Filiberto> Salcedo, Prieto, Cañizo², Trías³, Rocés.⁴ <Con Rocés> a Madrid. <El policía en Medina. Llegada a Madrid> con⁵ tres horas retraso⁶; <Ateneístas. Al Imperial donde confinado.> Salida⁷ a Cádiz; Ossorio⁸, Madinaveitia⁹, Goyanes, Cordero... Viaje a Cádiz. <Fr[ancisc]co Martínez Ramírez> Director¹⁰ del <ferrocarril de Argamasilla>¹¹ Tomelloso. Le dicto¹² los dos sonetos¹.¹³ Tomás Ro-

1 CMU 9/57. Cfr. descripción y criterios de transcripción en “Sobre esta recopilación”, p. 12.

2 Cañizares *SN*

3 Trisas *SN*

4 Rocés, *SN*

5 son *SN*

6 Retraso *SN*

7 salida *SN*

8 Casorio *SN*

9 Medinaveitia *SN*

10 director *SN*

11 Imparcial *SN*

12 dedico *SN*

13 a *SN*

mero; en Córdoba Piñero¹⁴. Llegada¹⁵ a Sevilla,¹⁶ a la casa de Demófilo. A¹⁷ Cádiz,¹⁸ me recibe Soriano; estudiantes silenciosos en¹⁹ estación. “Nada de manifestaciones!”²⁰ en el mismo tren gobernador-incivil²¹. Aislar al pesimista²² Confinado en el Hotel Suizo. Mi plan. No prosigo con mi dinero; el Marqués de Cortina millonario. En prenda²³ gran cruz²⁴. Carta de Echevarrieta y mi contestación. Don Juan Aldecoa²⁵; le entrego 2700 pesetas quedándome con 150 y la gran cruz. Visitas en Cádiz; los dos capellanes de la Armada. Un policía me

[1-r. 2:]

informa de la mala vida de Cádiz. [mg.: Es usted el carcelero?” Pero vi que le hería. El verdugo] La calle Ancha no ancha.

El hotel. Tiene gatito en la barriga. ¿Cuánto tiempo me tendrán preso? Al pobre Lozano por [tachado: decir] llamarles pedantes. Pedantes de ignorancia. Analfabeto el que no sabe lo que es saber leer. Pedanterías de Anido, que haiga [sic] moralidad; ¿cuánto hace que murió su padre? al hijo de Cajal.

Don Leonardo Rodrigo León con su hijo. ¿Quién es Unamuno? Le preguntó el general. Ningún g[ene]ral más conocido que yo fuera de España; y es que no victorias. Si yo hubiera dirigido la campaña.

Las peinetas

Se hielan de frío estos gatitos caseros; Cádiz una casita de [tachado: casita] muelle. calles callejitos domésticos. Quiero ver al Gobernador pero él no me lo facilita. Es que acaso tiene miedo de tener que hablar y no gruñir órdenes.

Vivo vida interior, de solitario, alimentándome de mi propia sustancia. Con esto me dan alimento exterior... Cobré novelas y esperando temas.

Paso de Despeñaperros. Cimas nevadas; arroyos serranos, campesinos. Paz del campo. Los bandidos legendarios.

25 lunes. Noticia del aplazam[iento] banquete P.E.N. Soriano visitó ayer al Gobernador. Espárragos trigueros fritos con mucho ajo. Iba al retrete y cojí Hoja Oficial nº 48 pero vi que nota de bajas en posición [...] herían grave soldado Batallón Pavía

14 en Córdoba, Viñedo *SN*

15 Llego *SN*

16 Sevilla *SN*

17 En *SN*

18 Cádiz *SN*

19 en la *SN*

20 manifestaciones” *SN*

21 En el mismo tren el Gobernador Civil *SN*

22 aislar a los pesimistas *SN*

23 millonario: empresa *SN*

24 cruz... *SN*

25 [s.l.: el día 25 lunes] *MD* çç El día 25 lunes D. Juan Aldecoa *SN*

[1-r. 3:]

Juan Moreno Valera; y luego en posición iz[quier]da habían heridos [...] y [...] hombres. “Al enemigo se causaron 20 bajas vistas ayer al retirarse servicio [...]lockaum.”

Descubro la azotea<. Las calabazas y> el océano de plata. Tomar sol. Rota, Puerto Santa María²⁶, Puerto Real, San Fernando, Catedral, plata océano²⁷

No se ve un perro por la calle²⁸

En el balcón. Un negro; uno con aspecto²⁹ de mendigo que se queda contemplando el escaparate de una relojería; 32 Remington 32. <Lo> de Bilbao Notgnimet³⁰

Orden a la policía de decir quienes me visitan. La finalidad amedrentar a los cobardes,³¹ que son casi todos³² los españoles, para poder decir que no me visitaba casi nadie³³, q[u]e estoy aislado como pesimista.

Al anochecer, [ten]ndido en la cama, ataque de [ete]rnidad. Voy a hacer 60, te puede quedar la probabilidad de 20 más a lo sumo. Recuerdo [...] 40, como han pasado estos 20; mírate al espejo.

“Denunciar es acción ciudadana”. El ingeniero de la constructora Margaret dos meses en la cárcel por hablar mal del Directorio en un vapor en que iban obreros; procesado por la Marina por haber emitido ese juicio en un barco. Cuando alguien quiere protestar: “Acuérdate de Margaret!”

[1-r. 4:³⁴]

Estaba de guardia leyendo “El Océano” de Eliseo Reclus^{IV}, el capitán, luego aviador “¿qué libro es ese?” se lo dio; lo ojeó: “Sociología, filosofía, psicología; no leas eso que no te conviene”.

A las 7 tarde mi policía pidiéndome me [*sic*] excusas y que le dé nota de las personas que me visitan.

Visita de tres estudiantes [*s.l.*: uno navarro] que vienen a decirme que los de Salamanca les escriba organicen una protesta.

Ya en la cama me visita Don Rafael [...]do, auxiliar Instituto, quien me dice que [...] estudiantes en Madrid con muertos –3 de abril!– y choque entre soldados y guardiaciviles; que han absuelto a [...] el héroe, condenados [...].

26 martes. Al despertarme obsesión si en la frase “lo más bochornoso que darse puede” es “darse puede = puede darse”, o “dar se puede = se puede dar”; si en prosodia se distingue ese se enclítico de dar o proclítico de puede.

26 Puerto de Santa María *SN*

27 océano. *SN*.

28 calle. En *SN*

29 En el balcón un negro, con aspecto *SN*

30 De Bilbao notgnimet. Orden *SN*

31 cobardes *SN*

32 que son casi todos, casi todos *SN*

33 que nadie visitaba casi nadie *SN*

34 [*mg.*: 21: salida Salamanca; 22 de Madrid a Sevilla, 23 de Sevilla a Cádiz, 24 Cádiz] *MD*

Son las 8 [sic]. Voy a ver el mar y tomar el sol, el mar y el sol de la libertad en esta Cádiz cuna de la Constitución.

En la azotea, al sol, de plata la bahía estudiando todos los [...] posibles suceda lo que sucediese aun lo para los [tachado: demás] otros increíble.

Un chiquillo como de 12 a 14 años me ve desde una azotea próxima [...] de tiro de bolitas de pan [mg.: entre dedo del cor[azón] y pulgar] – salta [...] saca cuadernito y se pone a dibujar mirándome. Ya tengo un nuevo//

[1-v. 1:]

amigo. Cuando llegue a mi edad ¿cómo se acordará de esto? Me ofrezco modelo, me dice que me ponga espaldas al sol, mirando a poniente y luego ¡gracias! Una chiquilla trepando como una gatita por aquellas paredes. Le pregunté que estudia y él: Historia de Esp[aña].” (Como mi Ramón!v) “Antigua o de ahora?” “De ahora” Me despido de los dos pequeñuelos. “Usted lo pase bien!” Dios les bendiga!

[...] 10 [sic] Abro Evangelio Mat. XXIV παρουσίας καὶ συντελείας του αἰῶνος^{vi} presencia y cumplimiento del... tiempo? siglo no! αἰῶν (αιεί) tiene algo de eternidad.

A la tarde en la azotea [s.l.: coronel]

En frente un bizarro [tachado: comandante] cuida canarios y acaso los instruye en la instrucción. Apoyado codo en la barandilla con su cigarrillo, mira como enamorado a las jaulas. Con gorrita, gafas, pantalones muy anchos pliegues marsupiales en el trasero. La hija.

La hermanita del dibujante que estudia Hist[oria] de Esp[aña] –resultan hijos de Rodríguez Piñero– con un libro me sonrío enseñando dientes muy blancos. Les hago pajarita con Hoja oficial y se la echo con una piedra [...] “A mis amiguitos de la azotea”

Una pobre planta rastrera como otras que nace entre las juntas de los ladrillos del piso lo único vivo conmigo, en la azotea.

Al sol, Marcos XIV.

Día 27—

En la terraza. Mi plantita –estrella– toma el sol. Hace fresco y los canarios del coronel [...] pero vienen a su azotea pájaros libres que no saben la instrucción, pájaros son patria. Tienen un aparato que no sé si será para registrar algún accidente metereológico o una

1-v. 2:

trampa para reclutar pájaros de entre los libres.> La azotea es su zona de reclu[tamiento]. El coronel de la zona de reclut[amiento] de los pájaros. Les echa trigo para atraerles. No sé si les hace jurar la bandera.³⁵ Vela por la disciplina,³⁶ que no es justicia. “Eso³⁷ de justicia no en la milicia”.

Día 28³⁸. Anoche me llevaron a bordo. Con militares.

2 III Santa Cruz. La Laguna; patio Instituto³⁹. Policía. Juventud republicana S[an]ta Cruz;⁴⁰ baile de máscaras. Destierr[o] Aguilera.

3 III En Las Palmas a no salir. Vienen a verme a bordo. El capitán Jaime <Gelpí> Verdaguer. Alonso Quesada^{vii}, Rivero^{viii}, etc. Socialistas, republicanos.

La policía a bordo, no salimos sino sacados y a donde nos lleven⁴¹. Vuelven,⁴²<que> al Hotel Regina y esperemos hasta vapor día 9. Tienen que pensar el arreglo.

En el Hotel Regina.

Por la tarde excursión a Santa Brígida y San Mateo; ración de verdor; reconstruyendo⁴³ recuerdos de hace quince⁴⁴ años. Carnaval en <la> carretera. Habrá quien recluido se ponga [*s.l.*, *tachado*: 4 III El mozo] una careta y mirándose al espejo y disfrazando la voz: “me conoces?”

4 III <“Este clima nuestro”. Ellos son del

[1-v. 3:]

clima.>

El Cristo de Luján Pérez en el Capítulo⁴⁵ Cristo dormido, ojos cerrados; movimiento de ola; Cristo canario^{ix}.

Excursión por barranco Atalaya. Tuneras (chumberas) cardones (euphorbias⁴⁶ canariensis)⁴⁷ tabaibas; africano⁴⁸. <O afro-americano.>

Nos dicen que el Marqués de Cortina ya a bordo empezó a escribir memorias de un desterrado.

<No hay prensa ni domingo, ni lunes, ni martes de carnaval, ni miércoles.>

5 III miércoles⁴⁹ de ceniza. Hoy debía comparecer cuatro⁵⁰ vistas Madrid.

A las 7 madrugada⁵¹ estando en la cama me entregan telegrama de mi hijo mayor, desde Salamanca. Dice: “Todos buenos escribe largo muy pronto iremos acompañarte Fernando”.

35 La azotea de la casa del coronel de la zona de (...?) los pájaros libres etc. Todo para atraerles. No sé si lo hace...? la bandera *SN*

36 disciplina *SN*

37 eso *SN*

38 (¿febrero?) *SN*.

39 Patio del Instituto *SN*

40 Cruz, *SN*

41 lleven *SN*

42 Vuelven, *SN*

43 verdor. Reconstruyendo *SN*

44 15 *SN*

45 Capítulo: *SN*

46 euphorbias *SN*

47 canariensis y *SN*

48 africano) *SN*

49 5III. Miércoles *SN*

50 contra *SN*

51 A las 7 de la mañana *SN*

Voy a escribir descubriendo a ese rufián.

9 [sic] “De parte del⁵² Director de El Tribuno^x que si se puede asomar” Quién? Él o yo?⁵³ A dónde? Qué es asomarse?

Viendo volar moscas⁵⁴

6 III Mancey [sic] de Fuerteventura. Aplatanamiento. Excursión a Teror. Eterna Santa Brígida –Yanes⁵⁵– Valleseco en niebla. La Laguneta^{xi}; ⁵⁶juerga pacífica.

7 III Sigue. Santa Brígida. Radio vapor italiano que⁵⁷ Málaga y Valencia sublevación por no embarcar. Hacemos cábalas. Lo peor incertidumbre, dos días? dos semanas? dos meses?⁵⁸ Diliuir⁵⁹ <caso>. Horrenda frivolidad. Rejuntando asco y rabia. Comida con republicanos federales.

8 III Hoy plantearles caso⁶⁰ ¡no huir!⁶¹ esperar que vengan a buscarnos y llevarnos a Fuerteventura. Leyendo a Croce “La poesía de Dante”⁶².

[1-v. 4:]

<A Tirajana, sur isla, Ingenio, Agüimes, barrancos desolados, oleadas pétreas, palmeras destacándose en fondo montaña ceñida niebla, casitas colgadas. Santa Lucía, San Bartolomé.

Al volver que mañana a Fuerteventura. Nuestra protesta. El policía que si hemos hecho alguna gestión. Es lo que quieren.

9 III A Fuerteventura. El vapor>

10 III Toneles, tierra con jorobas; volcanes muertos y enterrados

Chamotistafe⁶³, Triquibijate, Tizcamanita⁶⁴, Tetir, Tegueste⁶⁵, Tesejerague⁶⁶, Ampullenta^{xii}.

Excursión a la Antigua. La Mancha con colinas < = > jorobas. Don⁶⁷ Quijote en Fuerteventura; contorno del camello sobre fondo⁶⁸ <tierra acamellada.>

52 de el *SN*

53 ¿Quién? ¿El o yo? *SN*

54 moscas. *SN*

55 Martes. *SN*

56 La Laguneta: *SN*.

57 de *SN*

58 Me dicen dos días más o dos semanas? o dos meses? *SN*

59 D. Luis *SN*

60 caso: *SN*

61 huir!, *SN*

62 Croce. *La poesía de Dante* *SN*

63 Chascamanita *SN*

64 Tiscamanita *SN*

65 Teguisse *SN*

66 Tesejerite *SN*

67 D. *SN*

68 Fuerteventura, contorno del camello, doble joroba *SN*

11 III Desde mi cama veo salir el sol por el mar. Contorno⁶⁹ camello sobre el mar. ¿Qué pasa en España? ¿Cuánto durará esto? ¿Cómo solucionarán [e]ste enredo? Nosotros no pedimos nada ni a nada⁷⁰ nos comprometemos. Ayer carta del Marqués de Cortina a⁷¹ la playa de moda.

Yo un montón de cartas. A los que se limitan cobardemente a lamentar mi situación y desear que dure poco ni⁷² les contestaré ¡Miserables!

Voy a ver si en esta tierra de camellos encuentro un ojo de aguja por que pasen⁷³.

Hasta esta pobre isla se considera⁷⁴ dividida en dos regiones, antigu[ament]e⁷⁵ dos reinos.⁷⁶ ¡Qué⁷⁷ español!^{xiii} Haití y S[an]to Domingo. Aquí federales. En las islas regionalismo⁷⁸, efecto del aislamiento. “Mi patria es un almendro” Nicolás Estébanez [sic]^{xiv}.

El peninsular⁷⁹ <sacó> lugares comunes, que <dice que> de 60. 000 a 500. 000, que pantanos, arado de ver[...]⁸⁰, minas de hierro, [mg.:de petróleo], pero incultura [...]⁸¹ [mg.:caciquismo; él un desterrado, no conoce la isla y habla de ella].//

[Hoja nº 2:

2-r. 1:]

13 III Anoche en el casino conversación con el capitán Torres, ancestral; nos mostró simpatía a rebeldes; cómicos, militares y curas (estaba uno presente)^{xv} el profesional ahoga al hombre.

Esta mañana descubro un pavo real, otro camello. Con gafas cómo estaría?^{xvi}

No hago nada, no escribo nada; la expectativa, lo indefinido de este confinamiento. Como la vida. Seguro de vida. Si se supiera edad de muerte se suicidaría la gente.

Siempre el mar y el mar para siempre. ¡Lástima que las nubes me impidan ver salir el sol, por él! Se habrá muerto Benavente? Salí descalzo, con sandalias y un perro se me puso a lamer los pies. [...] grado a el la almeja de Benavente y cree que voy a ser presidente de la Rep[ública] esp[añola].

Uno [...] sin saber que comer de una palmera, si no tiene corteza.

Isla afortunada! No hay cine ni equipos de football [mg: Los majalulos humanos no son deportistas]. Camellos fuchidos, tendidos en medio de la calle. Fuche! Para que se tiendan. Güelfo/a, -ito/a de niños; majalulo/a, -ito/a de dos años; de 4 camello.

69 del SN

70 nadie SN

71 en SN

72 poco. Ni SN

73 pasar SN

74 considera, SN

75 antiguos SN

76 reinos SN

77 qué SN

78 regionalismos SN

79 peninsularismo SN

80 verdaderas SN

81 Etc. SN

“Estamos zafos” cuando terminó algo. Zafar = terminar. ¿Cuándo nos zafaremos de esto? Las higueras. La higuera del corralito de mi casa, [...], sobre tejado, junto al pozo. Mimo (bobo en Lanzarote) <☞>⁸² con cuyo zumo se cura el sosaño, infección de herida. Gorbias. Otra vez en Tetir. San Miguel con bastón de mando. En la costa cojiendo [*sic*] burgados^{xvii} (Galicia, bógaros; San Seb[astían], carraquelas, magurios) que cenamos.

14 III Lloviznado [*mg.*: molliznado]. Yo la misma alegría que los majoreros. La añoranza a la vez de la lluvia.

Una vieja que entra en el cuarto con la más encantadora indiscreción; cambia el agua y quita el bacín este estando yo en él, y hasta se pone a limpiarlo como diciendo “por q[ué] no se sale usted?”

Un molino de viento, de gofio, maíz y trigo tostados y mezclados^{xviii}. La cruz a la puerta; gato dentro la muela; las alas. D. Quijote y Mahán^{xix}. Ciernen y el afrecho para animales.

[2-r. 2:]

15 III Camino de Tuineje; paisaje planetario lunar; piedras blancas y negras y entre ellas unas pobres ovejas buscando qué? muriendo. Ruinas de montañas volcánicas.

La noche hermosísima, casas blancas <☐> [*tachado*: de] sin tejados, palmeras que se recortan en la serenidad del blanco cielo nocturno. La mar sonríe a nuestras trágicas flaquezas.

16 III domingo. Lhuc. XIX. El sicomoro de Zaqueo⁸³; un tinerfeño nos decía que Fuerteventura es paisaje bíblico. Una de estas higueras, mimos, tamajales⁸⁴ no sostendría ni a <Zaqueo que esa τῆ ἡλικία μικρὸς^{xx}. Parábola de los talentos; esta tierra es⁸ sudario. “En el cielo paz” pero en griego<: “en urano irene”.> Si⁸ los hombres callaren, gritarán⁸ las piedras.⁸

La entrada en misa y lo que esto significa; acto social. La mantilla canaria blanca.

Excursión por mar al nido del águila. Mariscos, <clacas>^{xxi}, cangrejos, mejillones. El mar sereno; las cymas⁸⁹ de las olas^{xxii}.

17 III lunes. A bordo del vapor “Las Palmas” Con latas a buscar agua! Embarcan⁹⁰ reses emigradas, por falta de agua^{xxiii}. Quedan los camellos y los tarajales con su pálido <y triste> verdor.

82 Unamuno introducirá pequeños dibujos en el diario.

83 Zaguno *SN*

84 unos tarajales *SN*

85 un *SN*

86 “si *S*

87 callaran gritarán *SN*

88 piedras. La *SN*

89 Cimas *SN*

90 ¡Embarcar *SN*

Y enfrente la mar inmensa, el agua que da sed; encima nubes. Agonizar⁹¹ de sed junto a la mar y bajo toldo de nubes!⁹² ¡Qué⁹³ tragedia!^{xxiv}

18 III martes. Hoy vamos a la Oliva.

Por la mañana echando las moscas táctica y estratégic[amente]⁹⁴ –lo que no quiere decir científic[amente]⁹⁵– de la habitación. Entornar⁹⁶ contraventanas, rendija; luego se quedan entre vidriera y visillos y allí derrotarlas con un trapo,⁹⁷ a golpes. Van tras de la luz. Pero otras se quedan en el cuarto oscuro.

¿Se debe perseguir a las moscas? No⁹⁸ mejor hacer de ellas alimento⁹⁹? Lo de Alemania. Gusanos¹⁰⁰ del queso y del jamón. Comer cosa viva; ostras.¹⁰¹ Vitaminas. Alimento lo que se come vivo, no muerto.

El barranco del Pílon¹⁰², en el lecho seco higueras

[2-r. 3]

<y algún mimo. Cuando aguaducho baja y en cascada por el centro calle. Un puentecito.

Las mimosas, bolitas amarillas, de frente a la iglesia.

Las cabras lamiendo el encallado de la calle. Los camellos fuchidos, en medio de la calle, con su carga de barriles, cara al mar.

La pita. Verdor de Tetir y su encanto.

Las cabras y ovejas buscan raicillas de yerbas secas. La Oliva. El coronelato = majalulato^{xxv}. El palacio de la marquesa de Jacintarroja, cuyo marido masón se hizo [enterrar] en su finca. Casa destartalada.

Los montes montones de ceniza solidificada; lava al pie tuneras.>

19 III miérc[oles]

La batalla de las moscas otra vez. Me acuerdo de aquel Pedro¹⁰³ el travieso de “El Amigo de los Niños”¹⁰⁴ que cazaba moscas cuando le encerraron en el cuarto no oscuro. Entorno ventana,

91 Agonizan *SN*

92 nubes *SN*

93 qué *SN*

94 estratégico *SN*

95 científico *SN*

96 Entre *SN*

97 trapo *SN*

98 No, *SN*

99 alimentos *SN*

100 Alemania, gusanos *SN*

101 ostras; *SN*

102 pílón *SN*

103 Tadeo *SN*

104 “el amigo de los niños” *SN*

cuando creo ya bastantes a matarlas. Pero entra la sirvienta a recoger el vaso de la leche y se cue-
lan, por la puerta, más. <Aquila >non¹⁰⁵ capít muscas^{xxvi}.¹⁰⁶ Estoy amoscado.

San José.

20 III jueves. ¡Hoy hay correo grande! Capitán¹⁰⁷ Miranda. Ansiedad. A esperar el vapor.¹⁰⁸

Ha venido el correo con las primeras protestas de la Argentina, Portugal y Francia. De casa
y en general de España nada. El mar en luna llena [*mg.*: lago de luz.]

21 III viernes. Estas notas me sirven de almanaque. El hombre del diario. Hoy escribiendo
cartas.

El mar de rosa pálido. A trechos no se distingue la línea del horizonte. Horizonte?¹⁰⁹ <Por qué
no un nombre castizo? Filo? Línea?>^{xxvii}

Las costas colgadas del cielo <  > aleros

22 III sábado. Habrá llegado Borrás^{xxviii} a B[uenos] A[ires]?¹¹⁰

23 III domingo. Misa de campaña y paso de la bandera. La misa detrás de la iglesia. Todo el
público cabe dentro de ella; pura ritualidad patrioter¹¹¹ En estas circunstancias da asco.

Hay una idea que me oprime y es que no hago nada, que no escribo, que no gano...¹¹² y¹¹³ sin
embargo con sólo estar aquí y no rendirme hago mucho y

[2-r. 4:]

<estoy abonando y haciendo madurar mis obras.>¹¹⁴ Escribo poquísimo y no como el otro.¹¹⁵ <Lo
que haga después>¹¹⁶ tendrá más valor. Este esperar es un hacer^{xxix}. Los cobardes de los espa-
ñoles ¡mendigos! acabarán por avengorzarse de su cobardía. Y esa hedionda prensa...!

Visita al charco,¹¹⁷ finca de D. Matías López,¹¹⁸ <en Tuineje. Motores de aire y de gas, alfalfa
con agua salobre; tamahales; algodóneros. Un indiano de Cuba admirable y Miguel Velázquez,
el viejo alegre que se abruma.>

24 III lunes. Al anoecer recibe Castañeyra un telegrama del capitán del Palma¹¹⁹ que no de-
jemos de ir mañana a bordo.¹²⁰ ¿Qué¹²¹ será?

105 Non *SN*

106 muscas... *SN*

107 ¡Capitán *SN*

108 vapor. Ha *SN*

109 ¡Horizonte *SN*

110 B “A” *SN*

111 patrioter. *SN*

112 gano... *SN*

113 Y *SN*

114 23III. *SN*

115 el otro día..., *SN*

116 más *SN*

117 chalet *SN*

118 López *SN*

119 Palmas *SN*

120 bordo *SN*

121 ¿qué? *SN*

25 III martes. Esperando el vapor. Acabo de leer <“De Annual a Monte Arruit> y diez y ocho meses de cautiverio: crónica de un testigo” del teniente coronel Pérez Ortiz^{xxx}. ¡Qué¹²² empeño en rebajar <a Abdelkrim>, llamarle rebelde, etc.¹²³! Tantas¹²⁴ atrocidades como los moros con lo cautivos habían cometido los españoles con los moros.¹²⁵ Este canalla de <M. Anido>¹²⁶ no traga¹²⁷ el rescate y el giro que daba <a> la guerra Alba.¹²⁸ <Por eso estoy aquí.>

Llegó de Tenerife el policía Verdú que viene de muy mala gana a visitarnos?¹²⁹ [...] ¹³⁰ una carta de recomendación de otro policía para Soriano. Se aloja en nuestro mismo hotel. Es un parlamentario.¹³¹ Ellos reventarán.

Carta de casa, de [...] ¹³², etc.

26. III miércoles.

[*tachado*: 27 III jueves] 28 III viernes¹³³ M. Henri¹³⁴ Dumay

Anoche golpe de cine¹³⁵. Estando cenando se nos presentaron el director de <“Le Quotidien”> y un redactor que vinieron a Gran Tarahal con la señora de aquel en un barco de vela¹³⁶ desde Las Palmas a donde desde Marsella deteniéndose horas en Barcelona y Almería.¹³⁷ Vienen a darnos noticia de la agitación en Europa y a proponernos la fuga¹³⁸ fletarían un bar//

[2-v. 1:]

co <e irnos a París a trabajar por la república español[a]. Dicen que Alba, a quien no vieron, se agita.

En la noche, en el muelle, viendo brillar estrellitas que se encienden y apagan, en el mar, junto al malecón, los mugles.>

122 Qué *SN*

123 de *SN*

124 ¡Tantas *SN*

125 moros.[y aparte] *SN*

126 l... *SN*

127 haga *SN*

128 Alba *SN*

129 visitarnos *SN*

130 Trae *SN*

131 parlamentario. [y aparte] *SN*

132 Pilar *SN*

133 viernes. [y aparte] *SN*

134 Enri *SN*

135 Escrito encima de “teatro”, que aparece tachado horizontalmente.

136 Vapor *SN*

137 Almería. [y aparte] *SN*

138 fuga, *SN*

29 III sábado Preparando el lugar de la evasión q[u]e quieren¹³⁹ sea pintoresca.¹⁴⁰ La boya y¹⁴¹ la garita del cable.¹⁴² Cuestión¹⁴³ de reportaje; cine puro¹⁴⁴! gâteau gofio¹⁴⁵.^{xxxI}

30 III domingo

Retratos¹⁴⁶.

31 III lunes. Leo en “Un Adolescente¹⁴⁷”^{xxxII} de Dostoyevsky:¹⁴⁸ “Todo termina¹⁴⁹ <en este mundo por una cobardía>”.¹⁵⁰ Paseo por <mar>. Poesía¹⁵¹ francesa.

1 IV martes. Paseo en barca con los franceses y el cura.

2 IV miércoles.

Un comercio vacío; llamo y no hay nadie.¹⁵²

Paseo en la barca de vela por la mañana.

Fábrica de paraguas para la exportación.

En el Breviario^{xxxIII} que me ha dado el cura abro y In¹⁵³ ascensione¹⁵⁴ Domini¹⁵⁵ –Salutis humanae Sator¹⁵⁶– Jesu, voluptas cordium –orbis redempti¹⁵⁷ Conditor –et casta lux amantium¹⁵⁸– ...^{xxxIV} <Tu dux ad astra, ad semita, –sis meta nostris cordibus, – sis lacrymarum gaudium –sis dulce vitae praemium>^{xxxv}.

3 IV jueves

4 IV viernes. Llegan 14 guardiaciviles¹⁵⁹. [...] ¹⁶⁰ bordo de “La Palma”. Excursión a Pájara con el sordo de obras públicas. Hospital derruido¹⁶¹. Suicida que vino desde Tenerife, fue con una maleta al pie de una de estas peladas¹⁶² montañas y se suicidó.¹⁶³ El ojo de la aguja del ca-

139 *SN*: El lugar.

140 *Pintoresco, SN*

141 *voy a SN*

142 *cable, SN*

143 *cuestión SN*

144 *pues SN*

145 *¡gasten gofio! SN*

146 *Reflexión SN*

147 “el adolescente” *SN*

148 *Dostoyeski = SN*

149 *termina. SN*

150 *para ellos. [y aparte] SN*

151 *Presión SN*

152 *nadie. Paseo SN*

153 *leo SN*

154 “*cansione SN*

155 *domini SN*

156 *Santo SN*

157 *redemptos SN*

158 *amantissima SN*

159 *guardia civiles SN*

160 *Voy a SN*

161 *(?) SN*

162 *perdidas SN*

163 *suicidó. [y aparte] SN*

mello está en Pájara; es el ojo de un puente de la carretera del que el pueblo reunido¹⁶⁴ dijo que no podía pasar un camello con carga de leña¹⁶⁵ <y que debió haber... dos ojos! Pájara, portada de <☉>¹⁶⁶ La iglesia>^{xxxvi}.

[2-v. 2:]

5 IV sábado.¹⁶⁷

A Gran Tarahal <con> los franceses. Finca de San Lorenzo, <en> Tuineje,¹⁶⁸ de familia Velázquez, <oasis, palmas>¹⁶⁹ datileras, cocoteros, tortugas. A la noche dicen en la tertulia con referencia a D. Salvador Manrique de Lara que mandan¹⁷⁰ para acá a Marañón. Esto marcha. Me dispara¹⁷¹ un poema, uno de Zaragoza... Como no voy a hacerle caso ya tengo otro enemigo.

6 IV domingo. En¹⁷² foto. Fotografía atados. La tabaiba.

7 [I]V lunes. Hechos seis artículos “Divagaciones de un confinado” para “Caras y Caretas”.

8 IV martes. Esta¹⁷³ <noche> nos dicen que el delegado del gobierno ha mandado al correo que le entregaran toda nuestra correspondencia, la que enviemos y la que recibamos, para ser censurada.

9 IV miércoles. Mañana correo. Y Marañón?

10 IV jueves. Han llegado de Las Palmas dos policías más en un vapor que no trae correo de España. Telegrama de Barriobero¹⁷⁴ dando cuenta del éxito de “Fedra” en Madrid.

<En la noche estallido de Soriano por lo de la retención y registro de la correspondencia.>

11 IV viernes. Soriano escribe al Delegado¹⁷⁵ por lo de las cartas. Al atardecer a bordo con Matías Reina.

12 IV sábado. Anoche me molestaron las pulgas. Serán majoreras? U. Bannerman¹⁷⁶

Otro telegrama de que **Fedra** marcha.

13 IV domingo de Ramos.

<Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me; et ab alienis parce servo tuo. Psalmus XVIII>^{xxxvii}

Entró en Jerusalén en una burra, no <en> burro, y con un pollino al lado^{xxxviii}.

164 pueblo – reunido *SN*

165 leña. [y aparte] *SN*

166 muesca de la portada de la iglesia.

167 sábado. A *SN*

168 Lázaro. Tinujeje *SN*

169 Velázquez y colinas *SN*

170 manden *SN*

171 Me disparé *SN*

172 La *SN*

173 Este *SN*

174 Barriobazo *SN*

175 delegado *SN*

176 Bannerman. Otro *SN*

Abundante¹⁷⁷ y confortadora correspondencia

14 IV Lunes de pasión. Escribiendo cartas;¹⁷⁸ una a Ricardo Rojas.

15 IV martes¹⁷⁹ de pasión. Por la mañana a bordo <de “La Palma” con Miranda. Llegan Bonilla y otro>

[2-v. 3:]

compañero, y Simón Benítez. Por la tarde a Oliva con Simón que me expone los planes. Día de exaltación y esperanzas. Recoger piedras carretera¹⁸⁰.

16 IV miércoles de pasión.

En foto con Bonilla, Miguel Barrera¹⁸¹ etc.

17 IV Jueves Santo.

Almuerzo a bordo de “La Palma”. Desembarcan agua! Procesión sin autoridades, ni alcalde, ni concejales, ni Delegado Gobierno, ni juez...

18 IV Viernes Santo:

άλλα¹⁸² <άλλ ` αὕτη ἐστὶν ὑμῶν ἢ ὄρα καὶ ἡ ἐξουσία σκότους Λουκ. XII, 53^{xxxix}.>¹⁸ En la proces[ión] nada de [mg.: autoridades civiles –alcalde, presidente Cabildo, juez, etc.–<como> otros¹⁸⁴ años, sólo militares]

Dos procesiones; al anochecer la de la Soledad

19 IV Sábado Santo

La policía nos llama “los niños”. Las cosas de Regueral¹⁸⁵. De noche, en la tertulia, viendo los contornos¹⁸⁶ de los que subían del muelle, sombras chinescas¹⁸⁷ –una mujer con una herrada¹⁸⁸ en la cabeza, dibujarse¹⁸⁹< –> sobre la franja plateada del mar en que se reflejaba la luz de la luna llena.

20 IV Domingo de Resurrección.

21 IV Lunes – He comprado una cajita de “200 cerini¹⁹⁰ nominali”

22 IV Martes¹⁹¹. <El pueblo a por agua – En la barbería hay un ajedrez.>

177 lado. abundante *SN*

178 cartas: *SN*

179 Martes. *SN*

180 Recojen piedras en la carretera *SN*

181 Barrera, *SN*

182 [tachado].

183 (...) [y aparte] *SN*

184 Otros *SN*

185 del general *SN*

186 cantos? *SN*

187 (chinescas?) *SN*

188 herrada (?) *SN*

189 dibújense *SN*

190 “Toscerini” *SN*

191 martes *SN*

23 IV Miércoles. Rodrigo con fiebre acostado.

24 IV Jueves.

Voi mi levate sí¹⁹², ch' io son piú ch' io

Paradiso XVI. 18

Tal me elevas que yo soy más que yo^{xl}.

25 IV Viernes. Hoy llega vapor. Ha llegado. Carta de Santiago Alba.

26 IV Sábado.

27 IV Domingo. Almorzar bordo “La Palma”¹⁹³

28 IV Lunes¹⁹⁴.

29 IV Martes¹⁹⁵. Esta noche telegrama Castañeira. Falsa alarma.

30 IV Miércoles¹⁹⁶.¹⁹⁷

1 V Jueves¹⁹⁸. ¡Primero de mayo! A las 7 [sic] mañana telegrama¹⁹⁹ depositado ayer a las 5 tarde.²⁰⁰ Este primero²⁰¹ mayo reiterámosle nuestra adhesión y cariño²⁰² <salud

[2-v. 4:]

maestro. Juventud Socialista Bilbao”.>

2 V Viernes. ¡Dos de mayo!²⁰³ <¡Hace cincuenta años! Mañana llega Mr. Flicht>^{xli}. Al anoche-
cer recibo este telegrama: “Bilbao, 219 120 2-5-24²⁰⁴ a las 11. Maestro:²⁰⁵ los firmantes emple-
ados liberales de la Sociedad “El Sitio” de su Bilbao hogar²⁰⁶ de la tradición liberal hoy sin color
ni grito de la villa de invicta Sociedad²⁰⁷ <en> que nació usted²⁰⁸ a la vida pública según confe-
sión propia²⁰⁹ le envían en el cincuentenario de la liberación su²¹⁰ más cariñoso recuerdo y cor-
diales saludos. Asensio²¹¹ Linacero, Isidoro Muñoz, Mario Lezama²¹², Demetrio Camarón,

192 s.” *SN*

193 “La Palma”. [y aparte] *SN*

194 lunes. *SN*

195 martes. *SN*

196 miércoles. *SN*

197 1.2/54 [signatura CMU] *SN*

198 IV. jueves. *SN*

199 mañana. Telegrama *SN*

200 tarde, *SN*

201 de *SN*

202 cariño. [y aparte] *SN*

203 mayo! [y aparte] *SN*

204 21 *SN*

205 Abajo *SN*

206 hoy *SN*

207 sociedad *SN*

208 unida *SN*

209 propia, *SN*

210 el *SN*

211 Arencio *SN*

212 María de Zama *SN*

Gerardo Díez, Isidoro Oseguera²¹³, Luis Alarcón, Jesús Fodsecre²¹⁴, Abelardo Fernández, Gerardo Ruiz, Agapito²¹⁵ Hernández, Aquilino Lauroba, Laubliano²¹⁶ Soto, Jacinto García, Marino²¹⁷ Criolles, Julián Izquierdo, Daniel Benito, Dimas López, Alberto Franco, Hilario Rodríguez, Luis Gutiérrez²¹⁸. Ni un solo conocido!²¹⁹ Y²²⁰ un solo claro apellido vasco!²²¹ 3 V Sábado²²². Ayer recibí telegrama de casa que²²³ decía: “ Tu²²⁴ anunciada carta no recibimos estamos²²⁵ bien abrazos Concha”. Respondí: “Unamuno.²²⁶ Salamanca. Paciencia. Aguantad²²⁷ esbirros Inquisición. No pidáis²²⁸ nada. Mañana llega Mr. Flicht. Abrazos.²²⁹ Miguel”. Esta mañana acordaban de entregarme un oficio del telégrafo que dice: “Según comunican telegráficamente desde Madrid su²³⁰ telegrama <nº. 31>²³¹ de ayer,²³² dirigido a Salamanca destinatario Unamuno ha quedado sin curso de Orden Superior. Lo que²³³ comunico a Vd a los efectos reglamentarios.²³⁴ Puerto de Cabras²³⁵ 3 de mayo de 1924²³⁶ El Jefe de la Estación ...²³⁷ Guillén”.

Llega Mr. Flicht. caído²³⁸ de la luna. No sabe nada de lo que pasa. Pasó por Barcelona sin enterarse²³⁹; en Las Palmas no ha salido de la ciudad ni ha visto a nadie. Viene a trabajar en solitario. Me pregunta qué libros tengo. Ignora el curso de su traducción.

4 V Domingo²⁴⁰. Paseo en barca al atardecer

213 Oneguera *SN*

214 Alebre *SN*

215 Pilo *SN*

216 Laureliano *SN*

217 Merino *SN*

218 Gutiérrez *SN*

219 conocido *SN*

220 ni *SN*

221 vasco *SN*

222 sábado *SN*

223 casa. Me *SN*

224 tú *SN*

225 recibimos. Estamos *SN*

226 Unamuno, *SN*

227 Aumentan *SN*

228 perdáis *SN*

229 Abrazos *SN*

230 un *SN*

231 el *SN*

232 ayer *SN*

233 orden Sautier según *SN*

234 reglamentarios *SN*

235 Cabras, *SN*

236 1924. *SN*

237 Al jefe de la estación.. *SN*

238 Flicht. Caído *SN*

239 enterarme *SN*

240 domingo *SN*

5 V Lunes²⁴¹. Mr. Flicht cuenta que cuando venía a Las Palmas fue el Gobernador militar a bordo a preguntarle si me venía a ver y que debía ir al Gobernador Civil a pedirle permiso. Este le dijo que aunque un súbdito británico pueda visitar las islas hace falta formalidades, que le pidiera permiso por escrito y firmara la carta ante el cónsul inglés. Al contestarle//

[Hoja nº 3:

3-r. 1:]

que el vapor salía aquella noche y no quería esperar al otro le repitió que hacen falta formalidades. Al cabo se vino sin permiso. Hoy le han revisado aquí el pasaporte.

6 V Martes²⁴²

7 V Miércoles²⁴³. Anoche otra vez, a las 11 [*sic*] el fracaso y rotura de las botellas de Firgas. A la Antigua con Mr. Flicht.

8 V Jueves²⁴⁴. Por la mañana haciendo sonetos^{XLII}. Luego sol.

9 V Viernes²⁴⁵. Los militares tienen gratificación por agua,²⁴⁶ mayor²⁴⁷ según el grado –el comandante bebe más que el teniente– pero envían a los asistentes <a> que donen²⁴⁸ por fuerza, por huevos, el agua de los pobres,²⁴⁹ dejando a estos con menos a nada.

10 V Sábado²⁵⁰ <ἐλπίς δὲ βλεπομένη οὐκ ἔστιν ἐλπίς Rom. VIII 24>^{XLIII}.

10 V Sábado.

11 V Domingo. Anuncian²⁵¹ indultos²⁵² día 17. Estallido de Soriano.

12 V Lunes²⁵³ <ὁ δὲ Παῦλος ἔφη πρὸς αὐτοῦς· δείραντες ἡμᾶς δημοσίᾳ ἀκατακρίτους, ἀνθρώπους Ῥωμαίους ὑπάχροντρας, ἔβαλαν εἰς φυλακὴν· καὶ σὺν λάθρα ἡμᾶς ἐκβάλλουσιν; οὐ γάρ, ἀλλὰ ἐλθόντες αὐτοὶ ἡμᾶς ἐξαγαγέτωσαν>. Hechos XVI 37^{XLIV} A la tarde en la Oliva <<>Don²⁵⁴ Melchor²⁵⁵ Cabrera Betancourt²⁵⁶ Coronel Gobernador de las Armas de esta isla de Fuerteventura, familiar del Santo Oficio de la Inq[isición]²⁵⁷<>

241 lunes. *SN*

242 martes. *SN*

243 miércoles. *SN*

244 jueves. *SN*

245 viernes. *SN*

246 ? *SN*

247 Mayor *SN*

248 tomen *SN*

249 pobres *SN*

250 sábado. *SN*

251 Asunción. *SN*

252 Indultos *SN*

253 lunes. *SN*

254 D. *SN*

255 Melchor Glz. *SN*

256 Bethancourt *SN*

257 Mgfca. *SN*

13 V Martes²⁵⁸. <13 Martes!> Esta noche de 10²⁵⁹ ½²⁶⁰ 12 en²⁶¹ la playa. Soriano y los guardias civiles. Rumor falso de artefacto. Vuelta por las ventanas²⁶².

14 V Miércoles²⁶³. Esta noche una hora de espera, de 10 ½ a 11 ½ con Mr. Flicht. Al cabo comprendimos que la cita es para el²⁶⁴ <martes>²⁶⁵ 20.²⁶⁶ <Y para entonces? ¡Qué papel de pelicularo!>²⁶⁷

[3-r. 2:]

15 V Jueves²⁶⁸ Pongo telegrama:²⁶⁹ <<“Jefe Superior”>²⁷⁰ seguridad.²⁷¹ Madrid. <Evitación atracos Badalona recomiendo difundir miríficas generalidades ganso nombrar inspectora venta drogas Caoba^{XLV} reforzar nuevamente policía guardiacivil Fuerteventura. Unamuno.”>²⁷ Esta noche va solo a la cita Rodrigo con Flicht.

16 V Viernes²⁷. ¿Qué pasará mañana en Barcelona? <ὁμολοῶ δὲ τουτό σοι ὅτι κατὰ τὴν ὁδὸν ἦν λέγουσιν αἴρεσιν οὕτως λατρεύω τῷ πατρῷῳ θεῷ^{XLVI}>²⁷⁴

S.²⁷⁵ Pablo en Hechos XXIV 14^{XLVI} Para²⁷⁶ Romanones²⁷⁷ y el <de> obcecados por el estudio” véase lo de Festo²⁷⁸ a Pablo, XXVI 24²⁷⁹

17 V Sábado²⁸⁰ San Pascual Bailón. Hoy²⁸¹ el rey 38^{XLVII}. “Vien dietro a me²⁸² e lascia dir le

258 martes. SN

259 (10 SN

260 ¼ SN

261 mins. SN

262 Retamas SN

263 miércoles. SN

264 él SN

265 ...? SN

266 20 SN

267 ... SN

268 [i.l. y tachado: Miércoles]

269 telegrama SN

270 dada SN

271 seguridad SN

272 para los que dejan Canarias, refuerzos, pobres para Fuerteventura con Unamuno. [y aparte] SN

273 [i.l. y tachado: Jueves] çç viernes. SN

274 y costó 600 pts. SN

275 San SN

276 Padres SN

277 Ramanones? SN

278 ven ‘a lo de F? SN

279 XXVI.21 SN

280 Debajo y tachado con línea horizontal “Viernes”

281 Bailón: hoy SN

282 va directo a mí SN

genti”²⁸³ Purg. V. 13^{XLVIII} Seis banderas al viento y al sol <-->Teniente Coronel,²⁸⁴ Delegado Gob[ierno], Depositaria, Cuartel Municipio, Puerto Franco<-->²⁸⁵ La de Hacienda desteñida.

18 V [*tachado*: Sábado] Domingo²⁸⁶. A <Ajuí Oasis^{XLIX}. Don Juan de Dios>²⁸⁷ Barrera, jerezano; <rodeado vacas.>²⁸⁸ Me pierdo²⁸⁹ al volver. Agua en noria de camello. Camellada <debo> con luna²⁹⁰ llena sobre Pájara. Rodrigo se quedó en el hotel.

19 V Lunes²⁹¹. Hechos XXVIII A Pablo <le> toman en Malta,²⁹² por lo de la víbora,²⁹³ primero por un bandido y luego por un dios. Véase sobre todo²⁹⁴ V. 20²⁹⁵

20 V Martes. ¿Será hoy²⁹⁶ el día? –Esperamos hasta las doce en vano; casi luna llena,²⁹⁷ en men-
guante.

21 V Miércoles. Tampoco [*tachado*: anoche] esta noche!²⁹⁸ Combinando²⁹⁹ otra con Castañeyra³⁰⁰.

22 V Jueves. Esta noche hasta las 12 en vano con Mr. Flicht y Ramón Castañeyra.

23 V Viernes. ¡Lo mismo!

24 V Sábado. Esta noche Soriano y Castañeyra solos.

<25 V Domingo. Esta noche con Mr. Flicht.

26 V Lunes. “ “ Soriano y Castañeyra>

[3-r. 3:]

27 V Martes. ¿Será hoy el martes de los “dos meses³⁰¹”? <Con> Mr. Flicht; nada!³⁰²

28 V Miércoles. Esta noche va Soriano solo.

29 V Jueves “ “ “ “ con Mr. Flicht

283 “*ecclesia di lagenti.*” *SN*

284 sol. Teniente Coronel *SN*

285 Franco. *SN*

286 Sábado Domingo *SN*

287 O.D... *SN*

288 (...)*SN*

289 preguntan *SN*

290 en Luna *SN*

291 lunes. *SN*

292 Malta *SN*

293 víbora; *SN*

294 todo. *SN*

295 320 *SN*

296 hou [error tipográfico] *SN*

297 llena *SN*

298 noche, *SN*

299 combinando *SN*

300 Castañeyra *SN*

301 nazis *SN*

302 nada. [y aparte] *SN*

30 V Viernes “ “ <yo>³⁰³ con Flitch hasta 11 ½ .

31 V sábado. “ “ “³⁰⁴ Soriano

1 VI Domingo. A Betancuria desde la Antigua a pie,³⁰⁵ Sofoco de Soriano. El cura. Vio en el camino Pájara cinco ovejas muertas de hambre. Incidente con la policía.

2 VI Lunes. Hoy correo³⁰⁶.

3 VI Martes. Con Flitch: Pasa uno con una antorcha.

4 VI Miércoles.

5 VI Jueves. Renunciamos a las escapatorias nocturnas.

6 VI Viernes. Haciendo sonetos^L

7 VI Sábado.

8 VI Domingo.

9 VI Lunes.

10 VI Martes. Hoy correo. Carta <Somonte>³⁰⁷, artículo Wells.

11 VI Miércoles. Con Reina a bordo; él acostado. Evasión.

12 VI Jueves.

13 VI Viernes. Esta noche se ha ido, conmovidísimo, Mr. Flitch. Comimos a bordo del Tordera.³⁰⁸ “el³⁰⁹ capitán un bermeano³¹⁰ [*i.l.*:Francisco Mugartegui] que <nos> dio noticias; además un catalán y un ibizenco.³¹¹

14 VI Sábado.

15 VI Domingo. Llega Don³¹² Simón y un inglés que dicen <que> vie[ne] <a> comprar terrenos. A la tarde me hacen ir a declarar “como testigo” en el proceso contra Rafael de Castro. Necesidades del teniente coronel. El sargentito. Sí³¹³ me refería a todos los de la isla.

16 VI Lunes. Con el inglés a la Oliva. Por la tarde Rodrigo con D. Simón a Gran Tarajal. Por la noche bromazo del encierro.

17 VI Martes. 18 litros de agua, del interior, cuestan 20 céntimos.³¹⁴

18 VI Miércoles. Será hoy?

303 ” *SN*

304 “ “ “ *SN*

305 pie *SN*

306 Correo *SN*

307 J, *SN*

308 Tordera: *SN*

309 el *SN*

310 (?)*SN*

311 Francisco Mugartegoni *SN*

312 D. *SN*

313 Yo *SN*

314 20 *SN*

[3-r.4:³¹⁵]

19 VI Jueves. Corpus Christi.

20 VI Viernes. Día de esperanzas. Con Matías Reina.³¹⁶ Don Simón que llegará emisario de Mogador.³¹⁷ Mussolini³¹⁸ ha caído. Con Trías³¹⁹, Rocas³²⁰ y Pinillo³²¹ no se atreven. Sánchez Guerra y Alhucemas <a> París.³²² Proceso Berenguer^{LI}.³²³ Anuncios³²⁴ de qué vendrá uno de mis hijos.

21 VI Sábado.

22 VI. Domingo. Banquete sin Reina

23 VI Lunes.

24 <<>³²⁵ Martes. San Juan.

25 <>³²⁶. Miércoles. Acaban de decirnos que están ahí Mr. Dumay y señora³²⁷. Han llegado y con ellos el hermano de ésta, un ruso. Vienen a arreglar la cosa³²⁸. Más de un mes de Marsella a Mogador³²⁹.

26 <<>³³⁰ Jueves. Siguen aquí los tres. Después de preparada excursión –punto Tigurame[–] fracasa³³¹ porque³³² Dumay no quiere admitir Mena. Cobardía de Hormiga.³³³ A la noche arreglando por si primera intentona fracasa.

27 <<>³³⁴ Viernes. Al irse los franco-rusos noticias de Lanzarote de que en España hay chispazos.

28 <<>³³⁵ Sábado. Han separado del servicio a Berenguer.³³⁶ A la tarde telegrama de Delfina^{LI} ¡la inevitable! que ha llegado con su hija a las Palmas y viene el³³⁷ día 2³³⁸.

315 1.2/54 [signatura de CMU] *SN*

316 Reina. [y aparte] *SN*

317 *del* Mogadar *SN*

318 Musel: ni *SN*

319 Fosás *SN*

320 Rocas *SN*

321 Pinilla *SN*

322 –París– *SN*

323 Berenguer. [y aparte] *SN*

324 Anuncio *SN*

325 VI. *SN*

326 VI. *SN*

327 Señora *SN*

328 casa *SN*

329 Mogán *SN*

330 VI. *SN*

331 –puedo figurarme fracaso– *SN*

332 Porque *SN*

333 Hormiga. [y aparte] *SN*

334 VI. *SN*

335 VI. *SN*

336 Berenguer. [y aparte] *SN*

337 al *SN*

338 ? *SN*

29 VI Domingo.

<<>³³⁹ Lunes.

1 VII Martes. Telegrama [*s.l.*: de Matías Reina] <de Tenerife> que vienen mis hijos³⁴⁰ en su barco.

2 <<>³⁴¹ Miércoles. Ha llegado Delfina con su hija. Voy a dormir a la casa de la tertulia. En Las Palmas Fernando y María^{lIII}.

3 <<>³⁴² Jueves. Telegrama de que salen hoy y llegan el día 6.

4 <<>³⁴³ Viernes.

5 <<> Sábado. Llega amnistía. Soriano y yo solos playa,³⁴⁴ linterna no arde.

6 <<>³⁴⁵ Domingo. Se va Delfina. Esta noche de mañana³⁴⁶. Emoción. Meriendo³⁴⁷ en Playa Blanca. Nada.//

[3-v. 1:]

7 <VII Lunes. Tampoco hoy.

8 VII Martes. Hormiga lleva carta M. Dumay explicándole nueva situación. A las 8 de la mañana aparece el bergantín a la vista. Vamos, con dos camellos, a embarcar al Castillo. Embarcamos a las ocho.

9 “ Miércoles. A bordo de “L’ Aiglon”. Volviendo la punta de Jandía. El camaleón. El chacal.

10 “ Jueves. Danza el vientre.

11 “ Viernes. Bolineando frente a Las Palmas. Al fin al Lazareto. Dormir en Las Palmas.

12 “ Sábado. Disponer marcha a París.

13 “ Domingo.

14 “ Lunes. En el consulado francés. A Tirajana.

15 “ Martes.

16 “ Miércoles Las Palmas

17 “ Jueves.

18 “ Viernes Carta de Mr Flicht; Fuerteventura oasis en desierto civilización.

19 “ Sábado. En los Frailes con Mr. Clement [*mg.*: Danton y belga.]

20 “ Domingo. En casa de Mesa.

21 “ Lunes. Embarcamos en el Zeelandia, holandés, rumbo a Cherburg[o].

[*s.l.*: Francisco] Lavahe, argentino; otro [*i.l.*: arg[entino]] de arqueología [*mg.*: Dr. Benedetti], checa, un peruano [*mg.*: José A. Vaenz Benavente], un chileno, Corisino]

339 VI. *SN*

340 hijos, *SN*

341 VII. *SN*

342 VII. *SN*

343 VII. *SN*

344 playa: *SN*

345 VII. *SN*

346 demasiada *SN*

347 Merienda *SN*

22 “ Martes Otro soneto^{LIV}

23 “ Miércoles . En Lisboa el Dr Vallina, unos socialistas y periodistas. Retratos y autógrafos.

24 “ Jueves. En Vigo; Fierros; tres ateneístas.

23 “ Viernes.

En Cherburgo

26 “ Sábado.

27 “ Domingo. Banquete en Cherburgo. Situación de Soriano. A la noche en París, Pla, Ventura Calderón etc.

28 “ Lunes>

Notas

- I Sonetos I y II de *De Fuerteventura a París* (1925).
- II Cfr. El artículo “Miratondo”, p. 65 y el soneto VI *De Fuerteventura a París*; en el comentario del soneto, Unamuno nos dice que es frase del Rey Alfonso, o del “Ganso Real”, como él lo llama.
- III Unamuno se la confiará a Ramón Castañeyra junto con sus papeles. Cfr. la carta a Castañeyra del 29 de diciembre de 1924, p. 171. Desgraciadamente, las dependencias de don Ramón Castañeyra, según nos confirmó su sobrina, doña Encarna CASTAÑEYRA DE LA FE, sufrieron un robo en el que desaparecieron varios documentos de Unamuno, incluida la condecoración, de la que hasta ahora nada se sabe.
- IV RECLUS, Jean Jacques Elisée, (1830-1905). Geógrafo francés de ideas anarquistas, colaborador de Bakunin, afiliado a la I Internacional y participante en la sublevación de la Comuna. Es considerado uno de los principales fundadores de lo que hoy se conoce como geografía humana. *El Océano. La atmósfera y los meteoris. La vida*, Tomo II (que forma un monográfico) de la Quinta serie de los 11 volúmenes de la *Nueva Geografía universal. La tierra y el hombre*, trad. de Francisco COELLO y Martín FERREIRO, Progreso Editorial, 1888-1893.
- V MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, (1869-1968). Filólogo e historiador español, que destaca por sus trabajos en materias de lingüística, historia, literatura... Reconocido por sus estudios sobre épica y el *Cantar de Mio Cid*. Fue director del Centro de Estudios Históricos y de la publicación *Historia de España* de Espasa-Calpe.
- VI Versículo 3: “¿Cuál será la señal de tu venida y del fin de la historia?”
- VII Cfr. “Prólogo” a *El lino de los sueños*, p. 59. Tenemos dos referencias de esta visita. En carta del 16 de julio de 1924, Quesada escribe a Luis Doreste Silva: “A Unamuno lo vi el día que llegó; hoy está aquí y se va mañana y no he hecho por verlo” [la carta es escrita durante la espera de Unamuno en las Palmas para ir a Cherburgo; Quesada se refiere a que sólo lo vio antes de partir a Fuerteventura]. Juan SOSA RAMÍREZ, en *El Liberal* (18-XI-1925), recuerda esta visita en un homeje al poeta. Cfr. HENRÍQUEZ JIMÉNEZ, Antonio, *opus cit.*, pp. 2 y 54, not. 2. Las palabras de Quesada no sólo reflejan el estado en el que lo tenía sumido la tuberculosis (de la que morirá al año siguiente), sino, como interpreta Antonio Henríquez, un alejamiento del filósofo.
- VIII Se refiere a Juan Rivero del Castillo, hijo del poeta Domingo Rivero. Tenemos la confirmación de la visita de Juan Rivero cuando Unamuno pasó por Las Palmas (después de salir de Fuerteventura y antes de partir para Cherburgo) por una carta de don Domingo del 12 de agosto de 1924, acompañada de su soneto “Unamuno”, y donde dice que tiene copia de cinco sonetos del filósofo. Eugenio Padorno deduce –por el soneto riveriano– que entre ellos debían estar los números XXVIII y XLIX de *De Fuerteventura a París* y que Unamuno pudo haber dado una lectura privada de algunos de los de este libro. Cfr. PADORNO, EUGENIO, *Domingo Rivero. Poesía completa. Ensayo de una edición crítica, con un estudio de la vida y obra del autor*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas, 1994, pp. 439, 491, 579-580 y 597.
- IX Fray Lesco y Juan Carló hicieron visitar a Unamuno la Escuela Luján Pérez, que por entonces se hallaba en el barrio de Vegueta. Unamuno se refiere al *Cristo de la Sala Capitul* de la Catedral de Las Palmas, ubicada en el mismo barrio.
- X *El Tribuno*, periódico de Las Palmas fundado en 1903 por José Franchy y Roca. Por entonces era director Sebastián Suárez y León.
- XI El lugar se conoce por “Las Lagunetas”.
- XII Es “Ampuyenta”. Los topónimos de Fuerteventura, que generalmente comienza con *te*, y la lectura de Viera y Clavijo, le hacen pensar en una procedencia guanche de los mismos. Cfr. el artículo “Leche de tabaiba”, p. 89.
- XIII Cfr. “Los reinos de Fuerteventura”, p. 81.
- XIV “El almendro de don Nicolás Estévanez”, p. 131.

- xv Se refiere a don Víctor San Martín, párroco de Puerto de Cabras. Cfr. “Conocerse desnudo”, p. 87.
- xvi Cfr. “Estilo de ensayo”, p. 75.
- xvii Especie de caracol marino; probablemente del portugués *burgau*, MORERA, M., *opus cit.* pág. 197.
- xviii Cfr. “El gofio”, p. 101.
- xix Cfr. “Última aventura de Don Quijote. La Sepultura de Mahán”, p. 69.
- xx Versículo 3: “de estatura pequeña”.
- xxi Molusco univalvo.
- xxii Cfr. “A pesca de metáforas”, p. 103.
- xxiii Cfr. “Leche de tabaiba”, p. 89.
- xxiv Esta observación es constante en la producción en prosa referente a la Isla, pero es en el soneto XXII de *De Fuerteventura a París* (1925) donde adquiere su máximo desarrollo. En *Sombras de sueño* (1930), don Miguel hace referencia a la carestía de agua en la isla en la que transcurre la acción: Tomás, el criado de los Solórzano, dice: “hogaño ha sido fatal... Con estos tiempos... Dios no quiere llover.” (*opus cit.*, pág. 369).
- xxv Unamuno parece referirse a la Casa de los Coroneles de Fuerteventura, que fue mandada a construir por Agustín Cabrera Bethencourt, el quinto de los siete coroneles de la isla. Los coronelatos fueron equiparando su poder al de los Señores, fundamental objetivo de la Corona. Los Arias Saavedra, que heredan el Señorío de Fuerteventura, son inconstantes en sus visitas a la isla y residen en Tenerife, por lo que, paulatinamente, los Coroneles van adquiriendo el poder civil, aparte del militar. Con el tiempo, el cargo se hará hereditario y vitalicio. En carta a su hijo Ramón de Unamuno, del 26 de marzo de 1924, don Miguel escribe: “Querido Ramón: a ver si te esmeras en aprender la historia de España. Y pregúntale al profesor si sabe algo de la época del majalulato” (cfr. *Epistolario inédito II (1915-1936)*, Edición de Laureano ROBLES, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, p. 122).
- xxvi “El águila no caza moscas”. Expresión latina que da a entender que los grandes no se ocupan de las pequeñas cosas (Cfr. HERRERO LLORENTE, Víctor José, *opus cit.*, pág. 54).
- xxvii Cfr. soneto XXXV de *De Fuerteventura a París*, dedicado al horizonte marino.
- xxviii Célebre actor de la época que, encontrándose en Las Palmas, invitó a Unamuno irse con él a Buenos Aires.
- xxix Unamuno parece temer aplanarse, pero advierte que esta situación responde a un estado de contemplación. Así es interpretado también por García Cabrera: “En realidad no existe ese aparente estatismo. Sino que, como en los volantes de las máquinas, la rotación máxima finge quietud. (...) El insular es contemplativo. Es decir, soñador. El ensueño es una veloz forma de actividad” (Cfr. GARCÍA CABRERA, P., *El hombre en función del paisaje, opus cit.*, p. 305.). Según esto, Unamuno sufre un proceso de insularización que lo predispone a la ficcionalidad de la vida, como sucede en *Sombras de sueño*.
- xxx PÉREZ ORTÍZ, Jerónimo, *De Annual a Monte Arruit y diez y ocho meses de cautiverio. Crónica de un testigo*, Artes Gráficas Porta-exprés, Melilla:[s.n.], 1923. Crónica de este médico militar que narra sus vivencias desde la desastrosa derrota de los españoles en Annual (Marruecos), a manos de los rifeños acaudillados por Abdelkrim, el cautiverio de los supervivientes y la liberación en enero de 1923. Esta narración parece haber inspirado a Unamuno el título de *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos* (1925).
- xxxi *Gâteau*: palabra francesa, ‘pastel’. Los franceses, nos cuenta Unamuno, improvisaron un pastel de gofio, cfr. “El gofio”, p. 101.
- xxxii DOSTOIEVSKY, Fiodor M., *Un adolescente*, 2 vols., trad. de Carmen ABREU, Edt. Atenea (Imp. De R. Caro Raggio), 1922.
- xxxiii *Breviarium romanum ex decreto S.S. Concilii Tridentini*. Se lo prestó para referir citas bíblicas en la redacción de un artículo. Cfr. “Conocerse desnudo”, p. 87.
- xxxiv Los cuatro primeros versos del himno litúrgico “Salutis humanae Sator” de las primeras vísperas de la Solemne Festividad de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. “Autor de la salud el más amante,/Jesús, del corazón placer fecundo,/Criador y Redentor

- de todo el mundo,/ Y del alma amorosa luz brillante” (Cfr. Fray D. Pedro MARÍA TORRECILLA, *Eucologio Romano. Devocionario completo...*, Librería de Ch. Bouret, París, 1884, pp. 388-389).
- xxxv Cuatro últimos versos del mismo himno: “Sed a los cielos guía y fiel sendero; /Sed para nuestras almas norte fijo,/ Sed de nuestra tristeza regocijo,/ Sed de la vida el premio verdadero” (*Ibid.*, pp. 388-389)
- xxxvi Es contado por Unamuno en “Divagaciones de un confinado. El camello y el ojo de la aguja”, p. 79. En el mismo artículo, Unamuno refiere su extrañeza ante las grecas y figuras trazadas por el cantero en la portada de la iglesia de Pájara, pues son similares a la ornamentación incaica o azteca.
- xxxvii Salmo XVIII, 13-14. ¿Quién conoce sus deslices? Límpiame de lo que no conozco.
- xxxviii Cfr. “Domingo de Ramos”, p. 73.
- xxxix “Pero ahora que dominan las tinieblas, les toca su turno”.
- xl DANTE, Alighieri, *Divina Comedia*.
- xli Traductor al inglés de Unamuno con el que pasó cuarenta días en la Isla y que le proporcionó libros al filósofo.
- xlII Unamuno comienza a datar los sonetos de *De Fuerteventura a París* a partir del 11 de mayo, con el soneto VIII. Deben ser algunos de entre el III y el VII.
- xlIII “mas la esperanza que se ve no es la esperanza”.
- xlIV “Pero Pablo les dijo: tras habernos azotado publicamente sin ser condenados, siendo ciu-
- dadanos romanos, nos metieron en prisión; ¿y ahora nos liberan a escondidas? No, que vengán ellos a sacarnos”.
- XLV Prostituta y traficante de drogas que no pudo ser procesada por ser protegida de Primo de Rivera. Cfr. el soneto II, y su correspondiente comentario, de *De Fuerteventura a París*.
- XLVI “Sin embargo, te confieso que sigo el camino que llaman una secta, así sirvo a Dios Padre”.
- XLVII Aniversario de Alfonso XIII. El 15 de mayo, Unamuno, en el soneto XIV de *De Fuerteventura a París*, ya anunciaba irónicamente la proximidad de la fecha.
- XLVIII “Vente conmigo y déja que la gente hable”. DANTE, *Divina Comedia*.
- XLIX En carta al doctor Agustín Cañizo, del 20 de mayo de 1924, Unamuno escribe: “Amigo Cañizo: Ahí van estas fotos hechas en Ajui para casa” (cfr. *Epistolario inédito II*, Espasa-Calpe, pág. 145).
- L Sonetos XLVII y XLVIII de *De Fuerteventura a París*.
- LI BERENGUER, Dámaso, (1873-1953). Militar y político español. Estuvo al frente de la Alta Comisaría de Marruecos. El desastre de Annual de 1921 le costó el procesamiento y la separación del servicio activo.
- LII MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI, Delfina (1879-?), poetiza, pintora y fotógrafa argentina. Escribió a *Redrotiempo*.
- LIII El hijo mayor de Unamuno y su esposa.

II El camello¹

V. Brahm.

Sentido en Alemania, en vascuence *gambela*. Dar camelo. La jiba. Sus pies carnosos.

Nace para la servidumbre, sufrido, serio, no se divierte de joven. Grave, melancólico. Su marcha. Grito triste y plañidero, vagido.

El ojo de la aguja

V. Die Metaphora y la Biblia.

El mayor vigor a los 8 años. No tiene más defensa que su grito penetrante y prolongado y la masa informe y effrayante² de su cuerpo, que parece, a lo lejos, un montón de ruinas. Sus coces hacen poco daño por tener el pie carnudo; no puede morder, su única defensa una especie de estornudo por el que lanza por nariz y boca, porquerías. Los camellos enteros son, sin embargo, terribles durante el celo. Sus ojos se inflaman y enrojecen, gotea de la cabeza humor oleaginoso y fétido, espumea la boca y ni come ni bebe. En tal estado de efervescencia se precipita sobre todo lo que se encuentra, hombre o animal, con enorme velocidad y una vez alcanzado, ils l'écrasent et le broient sous le poids, de leurs corps³. Pasada esta época vuelve a su dulzura ordinaria. La mauvaise grâce de son haleine, la maladresse et la lourdeur de ses mouvements, la saillie des lèvres fendues en bec de lièvre, les callosités qui garnissent certaines parties de son corps, tout contribue à lui donner un aspect repoussant; mais son extrême sobriété, la docilité de son caractère, et les services qu'il procure à l'homme le rendent de la première utilité, et font oublier ses difformités apparentes⁴. No sabe nadar, y teme terrenos pantanosos (heréticos). Cambia de pelo en primavera.

Notas

1 CMU 1.3/196. Hoja manuscrita doblada por la mitad a modo de cuadernillo. Está sólo escrita la primera hoja: 160x160mm (abierta). Probablemente, sea un apunte para un artículo, extraído, en parte, de alguna obra de consulta en lengua francesa que no hemos localizado.

2 “espantosa”.

3 “lo aplastan y lo trituran bajo los pies, con sus cuerpos”.

4 “La mala gracia de su aliento, la torpeza y la pesantez de sus movimientos, el saliente de los labios hendidos en pico, como el de los conejos, las callosidades que cubren ciertas partes de su cuerpo, todo contribuye a darle un aspecto repulsivo; pero su extrema sobriedad, la docilidad de su carácter y los servicios que le procura al hombre lo hacen de primerísima utilidad, y se olvidan de sus deformidades aparentes.”

Epístolas

A Francisco González Díaz¹

“El Rector de la Universidad de Salamanca. Particular”. –6-VII-12. Sr. D. Francisco González Díaz.

Usted sabe bien, amigo mío, cuan difícil es hacer un libro de fragmentos o artículos cortos. Lo que en un conjunto orgánico se defiende aquí queda expuesto a comparaciones. Usted debe aprovechar toda su enorme labor periodística para fundir y engarzar todo eso en conjuntos. Se lee mejor de un tirón una novela o una disertación en 300 páginas que cien artículos [que] ocupen ese mismo espacio. En cambio esto se deja leer a retazos, como fue escrito. Hay además, en su libro *Especies*, cosas que debían estar en verso, v. gr. *El Sudario*, *El Topo y la estrella*, *Las tiendas* (esto me recuerda una magnífica poesía catalana del tinerfeño Guimerá), etc., etc.

Aquello de que la fe sirve para esperar sin desesperarse (pág. 24), está muy bien; La escuela vacía es un trozo definitivo, que debe ser reproducido en antologías. El tímido es admirable, pero tiene un final tremendo, aquello de sacrificarse totalmente. Sí, creo que una enorme cantidad de suicidios de toda clase es por timidez. Y por no saber esperar a la muerte. Acaso yo mismo –y eso que de tímido nada tengo–, de no haberme casado como me casé a tiempo, a estas horas estaría o en una celda de una cartuja, o en un rincón de la parte no bendecida de un camposanto. Lo que dice usted del marido de la Téllez (pág. 62), me recuerda aquella fórmula más chistosa y es llamar a Téllez “el de la Téllez”. Lo de La nube es tremendo, tremendo; merece todo un libro. Veo en la pág. 68 que atribuye usted al Kempis² aquello de Protágoras de que “todo es uno y lo mismo”. No, ni es de espíritu kempisiano. Pero ¿de veras admira usted a Vargas Vila³, y cree que es algo ese charlatán? Darío, sí, Darío es algo complejo, [...] profundo, con todas sus incongruencias; ¡pero Vargas Vila! El [...] la oquedad hispanoamericana! A Emiliano Hernández no le conozco. ¡Y si viera usted qué escarmentado estoy de todos esos criollos...! Huecos, huecos, huecos...⁴

Su libro de usted es, más que para hablar de una vez de él, para hacer citas de él de tiempo en tiempo. Es un repertorio.

Pero [...]dé esa obra de más empeño y alcance, algo orgánico y de conjunto. El periodismo, obligándonos a labor fragmentaria, nos da agilidad y concisión, pero nos quita otras cosas. Y no es que falte unidad a su libro. La tiene, y terrible.

Defiéndase de la nube, defiéndase sobre todo del aislamiento, cuyo más profundo sentido no alcancé hasta que visité esa Isla. La soledad es una cosa; el aislamiento, otra. Se puede vivir solo en medio de la plaza pública, hablando y trajinando con todos, y aislándose se puede llevar el tráfago todo mundano a su islote. Pues hasta hay el *aisloteamiento*,

Me figuro, no sé por qué, que usted conoce mejor la América española que la Península. Y para la enfermedad de la nube la Península es más sana que esa terrible América española, panteón de vanidades y de envidias monstruosas. Ante la catedral de Burgos, [las murallas] de Ávila, el acueducto de Segovia desaparecen del ánimo muchas miserias. En Toledo no es posible rascacuerismo alguno.

A otra cosa. Lo que no me gusta es la parte material de su libro; abulta demasiado.

Cuando estuve ahí no le vi sino una vez y de paso, yendo usted en coche. Pero me hablaron mucho de usted y de sus encerronas dentro de su nube. Si ha de seguir así, huya de esa Isla, déjela cuanto antes, y si se puede venir por acá, a tierra firme española, mejor que mejor. Esta nuestra vieja, recia y tan calumniada tierra española guarda aún tesoros para los que aprendan a quererla. Hace acaso a los espíritus ásperos, desabridos, duros, pero disipa las nubes del aislamiento.

Nada más por hoy.

Un apretón de manos de

Miguel de Unamuno.

Notas

- 1 “Carta a Francisco Gonzáles Díaz (6-7-1912), en ARMAS AYALA, Alfonso (ed), en *Armas Ayala en Humanitas*, III, s.f., p. 277; “Del aislamiento y otras cosas. Textos inéditos de Miguel de Unamuno”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, pp. 422 y 423; ROBLES, Laureano (ed.) en *Epistolario americano* (1890-1936), 1996, 395. Había sido reproducida, con algunos olvidos, por el *Diario de Las Palmas* (22-VII-1912).
GONZÁLEZ DÍAZ, Francisco (1864-1945). Poeta y periodista de Gran Canaria que estuvo en Cuba y Argentina, promotor del turismo y de la reforestación. En 1945, se suicidaría. Escribió, entre otros, *Cultura y Turismo* (1910), *Especies* (1912), *Siluetas de animales* (1915), *La gran guerra* (1916), *Una canario en Cuba* (1916).
- 2 KEMPIS, Tomás de, (1379-1471). Monje y escritor alemán a quien se le atribuye la *Imitación de Cristo* y se le considera el representante de la *devotio moderna*.
- 3 VARGAS VILA, José M^a. (1860-1933). Escritor colombiano que conoció a José Martí. En sus obras, trata temas como el suicidio, el incesto, la misoginia, la pasión... Sus obras más destacadas son *Las Prodenciales*, *Flor de Fango*, *Ibis*, *Lirio Rojo*.
- 4 Fray Lesco escribiría días más tarde, el 20 de julio de 1912, una carta a Unamuno en los siguientes términos: “Ya sé que Romero [Alonso Quesada] le manda versos. Los Millares han terminado uno de sus dramas. Me duele de nuestros intelectuales su actitud respecto al país. Su rebelión es demasiado solitaria. González Díaz, por ejemplo (que acaba de terminar un tomo de artículos), cultiva una deprimente literatura de aburrimiento y antipatía. No hacen obra social”, en DORESTE RODRÍGUEZ, Juan, *opus cit.*, pp. 635-636.

II
A Rafael Romero¹
(1)

(4-III-12)

Sr. D. Rafael Romero:

El tiempo que hace, mi buen amigo, que debí haberle ya escrito! Pero...(Llene lo mejor posible estos suspensivos).

El pasaje lírico «Don Manuel Macías» es mucho mejor que las otras cosas que de usted conocía. Hay versos definitivos.

Suelta la idea en el tranquilo huerto...
¡Oh roto corazón que eras más fuerte
que el corazón del universo todo!
toda en silencio el alma se extendía...²

Y luego tiene algo del alma imprecisa y vaga de nuestro pobre Macías, el silencioso.

De usted sé por su carta y presumo que si volviéramos a vernos o nos volvemos a ver no tardando muchos años –quién sabe? – nos encontraremos lo mismo que el día en que nos separamos. El pasado verano, hubo tarde en que me sorprendí fingiéndome que iba camino de casa de Luis Millares³ a comulgar con todos ustedes, en aquel patio, al pie de las enredaderas. Se me hace todo tan pronto costumbre, gracias a Dios todopoderoso! Y ahí, en esa ciudad de Las Palmas, dejé algo que vale tanto o más que amistades y afectos, dejé costumbres. Pero esto del mar que así nos separa! Cuando debía ser él quién más nos uniera.

Recuerdo haber leído otra muerte trágica, azarosa, la del pobre Farelló⁴, el cuñado de Luis Millares. Y no sé cómo se me pasó el no escribir a éste. Dígaselo. Aún le recuerdo en aquella su casita de Teror, solos él y su mujer, jóvenes, rientes y pensando acaso que la vida es buena.

Y usted? Sale al fin de esa o se resigna a indefinido aislamiento?

De mí que he de decirle? Que trabajo como nunca, leo, escribo, proyecto. Ahora me preocupa mi obra que empecé a publicar en *La España Moderna* el mes de diciembre, van cuatro capítulos y serán seis u ocho más⁵. El capital es el sexto, el que aparecerá en el número de mayo. Y he hecho una nueva tragedia: *Fedra*, con el argumento de la de Eurípides y Racine, sólo que modernizado. Veré cuando hay algún cómico que se atreva con ella. Aunque ahora priva eso que llaman teatro poético, y no es sino una *suite* de declamaciones para hacer dormir de pie.

Deme noticias de toda esa gente.

Salude a todos empezando por los Millares. Y que me escriban algo. Y nada más por hoy.

Hasta... quién sabe? (Esto tiene misterio).

Ya sabe como es su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

(2)

(20-XII-12)⁶

Sr. D. Rafael Romero:

Gracias a Dios que en estas benditas vacaciones de Navidad puedo escribirle cuatro letras, mi querido amigo. No le tenía olvidado, no, no, no; me es imposible olvidar a esa isla de tranquilidad y de afecto y a los que ahí dejé. Es que... Basta! Le veo suspirando en su jaula, en su isla –tanto la exterior y geográfica como la interior– y suspirando por libertad. Y créame, es mucho más dulce cantar enjaulado a la libertad que estar libre y sin canto. Nadie canta lo que tiene. Su «Oración de media noche», su «Oración vespéral» todo se lo sugiere el enjaulamiento. Y a qué cambiar acaso? Pero sí. En jaula más grande sentiría usted mayor anhelo de libertad, pues cuanto más se tiene más se siente lo que falta. Crecen nuestras necesidades a medida de nuestras satisfacciones. Aquí, y esto no es mucho mayor que eso –esto es la Península– se le agrandaría lo que ahí le falta. Aquello de Bendita la pobreza de mi casa! es delicadísimo, de esa poesía íntima y familiar a que nuestro redo temple rara vez nos lleva. Supongo recogerá usted todo eso; siquiera para satisfacción, de unos pocos. Debe usted proponerle la publicación a la «Biblioteca Renacimiento» y dígale a Martínez Sierra que soy yo quien se lo he indicado y que si algo puedo hacer para su mayor difusión lo haré. Desde luego recomendaré a mis lectores de *La Nación*, de Buenos Aires.

Yo tengo material para otro libro de poesías, pero no sé cuando lo daré.

Otras cosas. Quién es un D. Luis Morales Sevil? Qué hace Néstor el pintor? Escriben algo los Millares. Deme noticias de eso, que lo recuerdo todo con deleite y no desconfío de volver por ahí.

Yo, como sabrá, metido en una brava campaña de agitación agraria que es también hacer poesía. El año este me lo he pasado en los doce ensayos *Del sentimiento trágico de a vida* que me publicó *La España moderna* –desde el número de diciembre del pasado 1911 hasta el de éste– y que es, creo, mi obra capital, sin excluir la vida de *D. Quijote y Sancho*. Esta habrá salido ya a luz en italiano y aquella me la están traduciendo.

Ando ahora con cosas de teatro y sobre todo con una Fedra moderna que no sé si me la pondrán en el Español. Es una tragedia muy desnuda, con la pasión en carne viva, sin retórica y con un mínimo de personajes, y sin colaboración de escenógrafo, sastre, tapicero, etc. Lo que les leí ahí. El pasado no vuelve lo dejo para más adelante.

Salude a todos los amigos empezando por los Millares.

Sabe le quiere su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

(3)

(I-VI-1915)⁷

Sr. D. Rafael Romero

Dirá usted, mi querido Alonso Quesada, y dirá con razón que soy un hombre imposible. Tanto tiempo sin escribirle después de lanzado nuestro libro y ni contestado a su telegrama del 23-III. (Van más de dos meses!) Pero... Bueno, dejémonos de peros. Ésa pícara guerra europea absorbe casi toda la atención de los escritores y de su público, y no sé si habrán muchos que la presten a otra cosa. Y en tratándose de poesía...! Gracias por el retrato del pobre Macías. Se lo agradezco en el alma. No me puedo olvidar de aquella pobre alma que al venirme de esa se me agarraba al alma, a la mía, como un bull-dog con fidelidad canina. Leía en sus ojos un “sálveme usted!”. Y yo me decía: “es que puedo salvar a alguien?” Ahí, en esa isla, cobré no poca fe en mí mismo –fe que a las veces me flaquea– al ver que había quien creyese en mí como Macías.

Deseo volver ahí, deseo mucho volver, a chapuzarme en a-isla-miento, a estar con ustedes en aquel patio de la casa de Luis Millares, a volver a Teror –donde encontraré a Yañes (cuán diferente, sobre todo en inteligencia, de Macías, pero con algo de común sin embargo!)– Trabajo aquí, trabajo. Para qué? No lo sé. Para matar la eternidad. Le doy la centésima vuelta a mi poema *El Cristo de Velázquez* y proyecto las *Memorias de un hombre de inacción*. Y alguna vez hasta pienso en el gran Prudencio Morales, cuya existencia empiezan a negar algunos autores de los que quieren llamar la atención con paradójicas novedades. Mire usted que poner al gran don Prudencio con Orfeo y Edipo y Rómulo y Zubal y Zarsis! Qué más quisiera él...!

A los de ahí, a los Millares, a Doreste, a Rivero... qué? No lo sé. Que ellos al fin viven –digo, me parece– en una isla quieta en medio de los mares y yo en el centro mismo de estos, peloteado por las olas. La isla soy yo. Y es más terrible ser isla que vivir en ella.

Quiero saber de ustedes.

De mi penúltima poesía:

No me olvides. Señor, deja que cante
para Ti nada más, de Ti delante,
lo que tanto callé, lo que escondiste
tan dentro mío que no lo encontraba,
tus palabras. Señor, las que pusiste
como huesos a mi alma, que con ellas
en pie se sustentaba
mirando a las estrellas.
Que mi cuerda cordial en estallido
se quiebre al dar tu nombre,
ese nombre inefable que aterido
de misterio Jacob pedía en vano,
vida y muerte del hombre,

remedio a la quimera
 y el único consuelo soberano;
 que en tu nombre repose
 y que puedan decir cuando me muera;
 “no más en un decir ¡Jesús! murióse”⁸

Adiós. Un abrazo de
 MIGUEL DE UNAMUNO
 Salamanca, I-VI-15

Notas

- 1 NUEZ CABALLERO, S., *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 123; SANTANA, Lázaro (ed.), *En Epistolario Miguel de Unamuno-Alonso Quesada*, 1970, p. 25; VVAA, Unamuno. *Encuentro con la Isla*, 1999, p. 57.
- 2 Versos del “Coloquio en las sombras”, de *El lino de los sueños*, p. 58 y ss.
- 3 MILLARES CUBAS, Luis, (1861-1926). Médico de profesión, cultivó la narración, el teatro y el periodismo. También publicó obras conjuntas con su hermano Agustín (1863-1935, abogado), como *Compañerito* (1921).
- 4 Es FARINÓS. Francisco Farinós había fallecido en un accidente automovilístico (nota de L. SANTANA, en *Epistolario Miguel de Unamuno-Alonso Quesada*, Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria, 1970, p. 26.
- 5 Se refiere a *Del sentimiento trágico de la vida*, que se había comenzado a publicar en diciembre de 1911.
- 6 NUEZ CABALLERO, S., *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 125; ARMAS AYALA, Af. (de.) en *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, 1963, p. 425; SANTANA, Lázaro (ed.), *En Epistolario Miguel de Unamuno-Alonso Quesada*, 1970, p. 30.
- 7 NUEZ CABALLERO, S., *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 128 [aparece sin fecha]; SANTANA, Lázaro (ed.), *En Epistolario Miguel de Unamuno-Alonso Quesada*, 1970, p. 49.
- 8 *De Teresa*, en *Obras Completas*, IV, ed. de Ricardo SENABRE, Biblioteca Castro, Madrid, 1999, pp. 619-620.

III
A Ramón Castañeyra Schamann
(1)

(29-XII-1924)¹

Sr. D. Ramón Castañeyra.

Ya es hora, mis queridos amigos –y digo así, porque ésta va dirigida a todos mis buenos amigos de ésa, ¡los mejores que tengo!, que usted representa–; ya es hora de que les escriba. ¿Por qué no lo he hecho antes? Es que no pueden figurarse el estado de mi ánimo, ni lo que es vivir en ansiedad y expectativa continuas. No es que me falte tiempo, no; es que me falta sosiego. Vivo devorando la historia que pasa. Me paso las horas muertas –¿muertas?– tendido sobre la cama, mirando al techo del cuarto –no al cielo– y soñando el porvenir. La agonía de España es algo trágico, porque voy creyendo que es España la que agoniza.

A usted, mi querido Ramón, sigo debiéndole mis libros. Es que quiero enviárselos desde Madrid, bien dedicados y con todo honor. Y cuando publique mis sonetos irá al frente de ellos una carta a usted. He seguido haciéndolos, y llevo ya 103. Ahí va el 92, escrito el día en que acompañé el entierro del hijo de uno de mis amigos de aquí, muerto el niño a los ocho meses de meningitis tuberculosa.

A un hijo de españoles arropamos
 hoy en tierra francesa; el inocente
 se apagó, ¡feliz él!, cuando su mente
 se abrió al mundo en que muriendo vamos.

A la pobre cajita sendos ramos
 echamos de azucenas; el relente
 llora sobre su huesa, y al presente
 de nuestra Patria el pecho retornamos.
 “Ante la vida cruel que le acechaba
 mejor que se muera”, nos decía
 su pobre padre con la voz temblando;
 era de Otoño y bruma el triste día
 y creí que enterramos, ¡Dios callaba!,
 tu porvenir sin luz, España mía.

¡Y tan sin luz!, porque no se le ve salida a esto. Es *imposible* un cambio o estado de justicia, dignidad, libertad y normalidad sin procesar y castigar a los sediciosos del 13 de Septiembre y sobre todo al M. Anido, el cerdo epiléptico, “cuyos crímenes y latrocinios exigen reparación”. Y sin que el Rey, monstruo de doblez y de perversidad, tenga que irse. Y ¡claro!, resisten. Y en adelante ningún militar podrá salir por la calle, no estando de servicio, de uniforme; se comprende, pues, la agonía del régimen.

Cuando pasado todo esto vuelva yo a ésa –porque les repito que volveré–, ¡qué de cosas les podré contar a la vista de esa mar admirable a la que tanto debo!

¡Fuerteventura! ¡Mi Fuerte ventura! ¡Cuánto he hablado de ella con mi querido Mr. Fritch!, que también volverá a ésa, se lo aseguro. ¡Fuerteventura! Si viera que mi fin se me acercaba y que no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nací y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, a esa tierra santa y bendita, ahí, y mandaría que me enterrasen o en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de esa mar, junto a aquel peñasco al que solía ir a soñar, o en Playa Blanca.

Sigo aquí en París, y no debo salir de aquí. Desde aquí vigilo España, desde aquí me comunico con mis amigos, desde aquí mando cartas y misivas –ahora hacemos un semanario, “España con honra”–; pero créame que estaba mejor ahí.

Les supongo enterados del folleto de Blasco Ibáñez, del que acaso haya llegado a ésa algún ejemplar. Es increíble el efecto que ha producido en el Gobierno y en los sostenedores de la tiranía. Están furiosos, sobré todo contra Alba, que es quien ha suministrado más datos y quien tiene las pruebas de los más sucios enjuagues del Rey. Mas en el fondo lo que duele es el ataque a todo lo que representa y simboliza el M. Anido, que es el ídolo de lo más podrido, de lo más degenerado, de lo más bárbaro y troglodítico de la oficialidad del ejército. Han pretendido impedir que el folleto circule en el extranjero, y Mr. Herriot le ha dado el quiebro a Quiñones de León. Cuando le vi a Mr. Herriot –que había escrito un artículo en mi defensa cuando se me desterró–, se me ofreció y me ofreció ayuda –“hasta material”– No la he necesitado aún, pero se lo agradecí.

Mí familia, muy bien. Y todo eso de haberme quitado la cátedra, después que me negué a firmar un recibo e hice que mi mujer devolviese el dinero, es una comedia. Quieren a toda costa atraerme a Madrid a condición, claro, que me calle. Un amigo mío, y amigo (!!!) del Rey, visitó a éste el 13 de Septiembre último, aniversario de la primada. Y me escribió luego, y es claro, le contesté claro y duro, para que se lo contase al canallita, el cual dice que me quiere, que es mi lector asiduo y “admirador consciente”. A lo que respondí que yo no puedo más que admirar su admiración por mí. Al presente está como loco, y se da contra las paredes. Ve que no le sirve la mano del cerdo epiléptico, esa mano manchada con sangre y con oro. Lo de los de Vera ha colmado la medida. Y claro está que ni Blasco ni yo, ni ninguno de nosotros tuvo que ver nada en aquella chiquillada de unos pobres locos que se dejaron prender en un lazo que les tendió la policía anidesca o cochinesca. No aseguro que no tuviese alguna parte en ello algún otro sujeto que usted conoce, y a quien no quiero ni nombrar. Hace cerca de cinco meses que ni le veo, y es mejor. Cuando nos veamos les contaré cosas que, aunque no les sorprendan, han de afligirles. Sin esa cruz mis cuatro meses de Fuerteventura habrían sido el paraíso. Pero no hay paraíso sin serpiente. Ahora que la serpiente no era majorera. No, ahí no las hay.

Y vuelvo sin querer a lo de esa Isla bendita a la que llamé “tesoro de salud y de nobleza”. No me canso de elogiarla. Y verán ustedes cuando publique mi libro.

Bien quisiera ir dedicando un recuerdo a cada uno de ustedes: a su padre, a sus hermanos, a D. Víctor –le escribiré en cuanto me sienta en ánimo de confesión–, a D. Paco Medina, a D. Pancho, al Juez, a todos los de la tertulia inolvidable, al patriarca de Todos, a D. Matías López, a ..., a ..., a ..., un abrazo a todos, y Dios quiera que cuando vuelva a ésa les encuentre a todos

en pie y sanos y animosos. Y volveremos a la Oliva, y a Pájara, y a la finca de Barrera. Y besaré con lágrimas en los ojos –como salí de ahí– esa tierra sedienta. A pesar de los pozos. ¿Y el de D. Aquilino? Porque no hay que olvidar a D. Aquilino, a pesar de su directorismo conejero. Al repugnante Barón le han hecho Gobernador... Civil (!!!) de La Coruña. Y ha ido allí a servir al cerdo epiléptico que tiene las patas sucias de sangre y oro.

Guarde usted por ahora mis papeles y guarde mi Gran Cruz. Quiero ir yo mismo a recogerla o acaso a determinar qué he de hacer con ella.

Me preocupa mucho esa Isla, me preocupa mucho lo que yo tengo que hacer para pagarle mi deuda de gratitud, lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspiro a que sea una de las más duraderas entre las mías. No es bastante. No, no es bastante. Aquí, en París, siento nostalgia de mi tierra nativa, de mi hogar, pero siento también una hondísima nostalgia de ese rincón.

Cuando voy al jardín de plantas me detengo ante los camellos. Pero no son los de ahí. Ahí ¡cuándo volveré a ver esas peladas montañas desde la mar, en una barquita de Hormiga! ¡Cuándo volveré a sentarme en aquella roca, junto a aquellas ruinas, a brisarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora! ¡Qué raíces echó ahí mi corazón! Y planta que echa ahí raíces da flor y fruto, pero apenas da hoja. Es como la aulaga. ¿Qué podré yo hacer, por ustedes, díganmelo, por favor, díganmelo, qué podré hacer?

No quiero recordar los entes grotescos que les han mandado a ustedes de fuera para amenizar un poco la tranquila y algo monótona existencia de la Isla. Sólo quiero que sepan que he de inmortalizar a aquella cómica declaración que se me tomó en el juzgado militar cuando el pobre teniente coronel leía unas sandeces que llevaba escritas en taquigrafía. Así está España con idiotas de asilo al servicio del ganso real y del cerdo epiléptico.

De Marruecos es mejor no hablar, y eso que aquí estamos mejor enterados que en España.

Si ven o escriben a los de la Gran Canaria –Bonilla, Navarro, etc.–, que yo les escribiré, pero ustedes son antes, ustedes son los primeros.

Un fuerte, fortísimo abrazo que reparte usted entre todos, mis buenos, mis queridos majoreros, un abrazo en que va todo el corazón de

Miguel de Unamuno.

París (2 Rué Laperousse, 29-XII-1924).

(2)

(12-IV-1932)²

Sr. D. Ramón Castañeyra, en Fuerteventura.

La verdad es, mi muy querido amigo, que casi me da vergüenza escribirle, pues en estos casi ocho años tan intensos, tan densos, tan agitados, desde que dejé esa bendita Isla –y en ella una gran parte de mi alma– no he cambiado con usted más que unos telegramas –uno cuando murió su buen padre (q. D. g.)– y ello ha sido por la necesidad misma de mis afectos y mis recuerdos. Cuando se quiere decir muchas cosas se acaba por no decir ninguna. Además, vea usted lo que son las cosas: he estado siempre con el ensueño y la esperanza de volver a ésa, a encontrar, ya libre, la parte de alma que ahí dejé y aun hoy mismo no renuncio a este ensueño y a esta esperanza. Por lo demás, sabía que usted, que los buenos majoreros que se me hicieron amigos, sabían de mis andanzas y de cuántas veces he recordado, en palabra y por escrito, esa Isla contribuyendo a deshacer una leyenda y a darla a conocer. Y no puedo explicarme cómo el desdichado Soriano –con quien corté toda relación apenas llegamos a París– ha podido decir lo que de ella ha dicho. Ya usted, que es perspicaz, pudo observar ahí que medianamente nos entendíamos, aunque tenía que ocultar nuestras diferencias. Es una historia que renuncio a narrar, pues quisiera olvidarla. En cambio, mi buen inglés, Crawford Fritch, el que pasó ahí conmigo una cuarentena, recuerda con emoción esa ascética Isla de sosiego. ¡Lo que le debo a Fuerteventura! Es para mí el corazón de Canarias, y siempre que en el Parlamento hablo con diputados canarios, Valle, Franchy, Alonso Pérez Díaz, Roldán, Guerra del Río, Arroyo, etc., saco a relucir a esa Isla y a ustedes, los que hacen ahí hasta cierto punto penitencia. Y en el Ateneo de Madrid hay un muchachito, Peñate, sobrino del que conocí ahí –a quien saluda, así como al militar, su yerno, con quien llegué a ésa–, con quien hablo de todo ello. Y en París hablaba con aquel profesor francés –no recuerdo ahora su nombre– que por cierto creo que ha vuelto por ahí. Me han dicho que este año ha llovido en ésa y que tendrán algunas verduras a pesar de ciertas bandas de langostas, más o menos náufragas. Y me acuerdo que alguna vez ahí se me dijo: “Cuando debe usted volver, D. Miguel, es un año en que haya llovido y pueda ver esto con verdor”.

Pero sí viera usted, con mi vuelta a España no he logrado sosiego sino que se me acrecienta el tráfigo de la vida y me veo enredado en un montón de compromisos y de incumbencias. Y es un deber atenderlos.

En cuanto pueda. ¡Si viera usted los sitios en donde me solicitan! No bien he llegado a descansar unos días aquí a esta mi casa de Salamanca, ya me llaman a Alicante. Pasado mañana, el 14, aniversario de la proclamación de la República, hablaré en la Universidad, y el mismo día saldré para Levante. Y luego... ¡lo que Dios mande!

Entregué al Subsecretario de Instrucción Pública, en mano, la instancia del joven Medina, de La Laguna, pidiendo la dispensa del mes de edad y me dijeron que ello es fácil y quedaron en hacerlo. En cambio, de Agustín Medina, su cuñado, no supe nada ni en mi casa de Madrid, que es la de mi yerno; ni que se hubiera llegado allá. Y lo sentí mucho.

Tiene usted mucha razón en recordarme mi promesa de enviarle mis libros dedicados, máxime cuando en uno de ellos, *De Fuerteventura a París*, hay una dedicatoria impresa a usted y hago

mención de todo su afectuoso servicio. A ver si en cuanto vuelva a Madrid me ocupo en reunir los libros que tenga disponibles –varios se han agotado y luego ha venido el lío de la editorial C. I. A. P. que nos ha partido a los autores que en ella publicábamos– y se los remito. Porque nunca podré olvidar que fue ahí, y gracias a usted y su librería, cómo releí a Galdós y aprendí a conocerlo. Pues le debo declarar que aun cuando yo conocí y traté a Don Benito, mi verdadero conocimiento de su obra data de mi estancia en ésta: en la quietud y en el sosiego de esa Isla es en donde pude darme cuenta de todo el enorme trabajo de aquel hombre recogido. Mi Galdós de hoy es el que aprendí a conocer ahí. ¡Qué mañanas aquellas en que le leía en la terraza del hotel! ¡Yo, completamente desnudo y tomando sol! Pocos habrán leído así una tan gran obra literaria. Así que los héroes cómicos y trágicos de Don Benito vienen a mi memoria trabados con el Sol desnudo de Fuerteventura. ¡Qué de recuerdos! El hotelito, aquel Piserra –a quien he vuelto a ver–, Medina, su cuñado, el chico aquel que nos servía, el notario, el juez, el secretario municipal, todos los de la tertulia aquella frente al mar, el fantástico Aquilino, conejero, y todos los que fui conociendo en mis correrías por la Isla. La Oliva, Pájara, Betancuria, Gran Tarajal..., ¡me parece un sueño!

Ahí dejé también un regalo que me había hecho el ex rey Don Alfonso. Guárdemelo usted. Es un recuerdo que le confío. ¡Quién sabe si un día podrá usted darlo a un Museo!

Y ahora, una vez rota esta interrupción, espero comunicarme con usted sin tanta dilación. Y quiera Dios que pueda abrazarle en ésta

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 12-IV-1932.

Mi casa en Madrid, la de mi yerno, es en Zurbano, 49, pero es mejor escribirme al Congreso o acá, a Salamanca. Y otro abrazo. Y otro a cada uno de mis inolvidables amigos.

(3)

(22-IV-1936)³

Sr. D. Ramón Castañeyra Schamann. Fuerteventura.

No sabe usted bien, mi muy querido e inolvidable amigo, la sorpresa que me causó la carta que usted dirigió al Rector de ésta –es decir, a mí– dándole cuenta de un cablegrama que no llegué a conocer. Y no lo llegué a conocer porque el telegrafista, sabedor de que yo estaba allí sano y bueno, se lo dio a uno de mis hijos y éste se lo guardó sin decirme nada. No sé de dónde pudo nacer tal especie. Pues no sólo no me he muerto como usted ve –digo: me parece...–, sino que ni he estado a punto de ello. Lo que sí he tenido es un fuerte ataque de reuma en la pierna izquierda, que me ha tenido diez días encamado y hoy he vuelto a ello –le escribo desde la cama–, pero sin fiebre y sin dejar de leer y escribir y aun despachar, pues me traen acá la firma.

Esa noticia de mi muerte me trae a las mientes aquella otra que corrió por ahí, y de que usted se hizo eco, de que se me había concedido el Premio Nobel de Literatura. El año pasado no se dio, y éste, que se dará, me dicen que hay muchas probabilidades de que me lo den, aunque yo no he hecho personalmente gestión alguna. Y me aseguran que es presagio de ello la concesión del grado de Doctor Honoris Causa que se me otorgó hace cosa de un mes en la famosa Universidad de Oxford. Fui para ello a Inglaterra, donde di dos conferencias y algunas charlas en la Universidad de Londres, y círculos hispanófilos ingleses, y en las Universidades de Oxford y de Cambridge. Lo pasé muy bien, fui agasajadísimo y pude conocer a buen número de profesores y escritores ingleses interesados en mi obra. A la ida y a la vuelta me detuve unos días en París, en casa de mi amigo el Embajador de España –como en Londres–. Y quedé en volver pronto allí. Pero... quién sabe...

Y aquí (dejando de lado lo que a mí personalmente se refiere, y que no puedo estar descontento, pues, a pesar de ciertos ataques, soy todavía una de las personas públicas a quienes se respeta), no quiero entrar a comentar la cosa pública. Veo esto muy mal. Lo que toma aquí fuerza es algo que no se da ya en la Europa civilizada (??), y es el sindicalismo, en el fondo anarquista, de la C. N. T., y de otro lado crece el fascismo. Y uno y otro en una forma peor que de barbarie, de estupidez. La degeneración mental es espantosa. Están arrastrando a los mayores unos chiquillos corporalmente de diecisiete a veintitrés años, pero que mentalmente no llegan a los cinco años. ¡Y qué pasiones! ¡Qué enconos! ¡Que rencores! ¡Cuánto resentido! ¡Y menos mal que tengo el consuelo de mi pesimismo! ¡Consuelo! –dirá usted. Consuelo, sí, pues por mal que las cosas vengan no han de venir peor que yo las temo.

Cuando me acuerdo de esa bendita Isla, cuántas veces pienso que estaría mejor ahí, en Puerto Cabras, en La Oliva, o en Pájara, o en la Antigua, o en Betancuria... ¡Cuándo podré volver a re-veer eso y a darle un abrazo ahí!

Una cosa quiero decirle: Usted sabe que apenas salí de ahí rompí, por motivos que quiero olvidar, con Soriano. No volvimos a tratarnos, pero he de decirle que le mandaron, como usted sabe, a Chile y sé que allí, como Embajador, ha sabido captarse las simpatías de los chilenos y de la colonia española. Aleccionado –y escarmentado– por la vida, ha sabido conducirse con gran tacto y discreción. Me alegro, ¡claro está! Y sentiría que le quitasen de aquel puesto y tu-

viera que volverse acá, a luchar de nuevo. Hayan sido cuales fueren sus faltas, merece ya unos últimos años de sosiego. Por mi parte quiero olvidar cuanto nos distanció.

Salude a todos los buenos amigos que dejé en ésa y usted reciba un fuerte abrazo de su Miguel de Unamuno.

Salamanca, 22-IV-1936.

Notas

- 1 ARMAS AYALA, A. (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, 1963, p. 409; NUEZ CABALLERO, S., *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 283.
- 2 ARMAS AYALA, A. (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, 1963, p. 413; NUEZ CABALLERO, S., *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 287.
- 3 ARMAS AYALA, A. (ed.), *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 9, 1963, p. 415; NUEZ CABALLERO, S., *Unamuno en Canarias...*, 1964, p. 289.

Entrevistas

I

La cuestión de Canarias Divagando con Unamuno¹

Más de una vez me ha preguntado Unamuno por las cosas de Canarias, sobre todo con ocasión de nuestros recientes disturbios divisionistas y antidivisionistas. Me he esforzado por enterarle y he procurado prescindir del apasionamiento que, como hijo del grupo oriental, pudiera tener en aquellas luchas. Creo haber cumplido honradamente mi intención, pero dudo de haber logrado mis deseos. Por lo visto no he acertado a ponerle en claro nuestros problemas, lo cual, después de todo, no es para maravillarse, pues nadie se halla tan incapacitado para conocer a un pueblo como quien a él se siente adherido por pasiones patrióticas, aunque éstas sean muy generosas.

Ello es que cuando propuse a don Miguel que me comunicase su parecer sobre la situación de Canarias, con ánimo de publicarlo en *Revista de Municipios*, conocí que le puse en un aprieto.

¿Cómo quiere usted, me dijo, encogiéndose de hombros, que diserte sobre cosas graves que no acabo de conocer? Nuestra ingnorancia, no ya de las cosas de Canarias, sino de las Canarias mismas, es escandalosa. Advierta usted que digo *nuestra* ignorancia, porque es muy español eso de no saber Geografía, ni siquiera la geografía de España. Por la Península apenas se sabe donde cae el Archipiélago canario. Yo creo haber estudiado alguna más Geografía que la mayor parte de mis paisanos, aún sé poco.

Pero diga usted, me preguntó a su vez Unamuno, ¿será toda nuestra la culpa de esta ignorancia, o cabrá presumir más bien que los canarios vivan con la vista puesta en América más que en la Península? Creo, desde luego, que no hay un solo peninsular que vaya a aquellas islas sólo por conocerlas, ni por pasar una temporada, ni por turismo tan siquiera; pero, ¿hacen, por ventura, algo los canarios a fin de que hayan excursionistas peninsulares...?

Comprenderá el lector que es desairado para un periodista volverse a casa con una interviú a medias; pero lo es más aún volver *entreviado*. Por eso, reconociendo para mis adentros (aun antes de que Unamuno me lo apuntara) la grandísima culpa que mis paisanos tienen en la inextricable confusión que reina en España sobre nuestros asuntos (quizá por vivir con la vista metida en sí mismos y no en otras partes), me atreví a insinuar de nuevo a D. Miguel mis primeras preguntas. A lo menos, le dije, ya que mis paisanos no se ocupan sino en inundar la prensa con telegramas de mitines y asonadas, se habrá formado usted una idea vaga de lo que ocurre en el

Archipiélago. Nosotros mismos no acertamos a razonar lo que pedimos. En Canarias se siente malestar, se protesta, se grita y se pide algún remedio, que no se sabe definir del todo. Hábleme, pues, aunque sea en adivinanza, de las cosas del Archipiélago.

Y de esta manera, Unamuno se prestó a aventurar algunos juicios. Sospecho, me dijo, que la cuestión divisionista es una pugna, no entre dos grupos del Archipiélago, sino entre dos ciudades. No crea usted que esto es empequeñecerla, antes bien, es darle el carácter de cuestión seria. En la ruda labor de integración y de desintegración de pueblos, la ciudad ha sido siempre el núcleo de toda actividad. Cuando en un pueblo sobreviene una escisión fundamental, es porque existe una ciudad capaz de producirla. Sino existe el castellanismo es precisamente porque no existe una ciudad castellana con marcado carácter, con personalidad cívica que prepondere sobre las demás. El catalanismo se debe a Barcelona; llamarle *barcelonismo* no es despreciarle, sino darle su nombre verdadero. El bizcarrismo ha nacido, de la misma manera, en Bilbao, aunque a las veces asuma ciertas formas de aparente hostilidad a Bilbao mismo. Este papel de las ciudades es de todos los tiempos y pueblos: Atenas era el Ática; Esparta era Lacedemonia.

A la población rural no le conmueve profundamente estas cuestiones entre ciudades, ni toma parte consciente en ellas, pero va a la zaga de aquella ciudad que naturalmente le atrae como centro de negocios y de su contratación; y en el orden supremo, en la cultura, es una ciudad la que hace una región y le da conciencia de sí misma.

La ciudad es, por lo tanto, la conciencia de la región; pero quizá llegue a mayores su papel. Muchas opiniones se han dado sobre la formación de las naciones. Hay quien las cree formadas por la labor de sendos caudillos; hay quien las considera como verdaderas expresiones geográficas. Pues bien, yo me doy a entender que cada una de aquellas naciones se debe, más que a otra cosa, a una ciudad. Si el Uruguay vive independiente al lado de la Argentina, es porque Montevideo no pudo ser absorbido por Buenos Aires. Venezuela no pudo seguir formando una sola nación con Colombia, porque era imposible gobernar a Caracas desde Bogotá o a Bogotá desde Caracas. Cada una de estas poblaciones tiró a escindir la nacionalidad, y al fin lo lograron. La escisión de una célula en dos, empieza por la polarización y escisión de su núcleo en dos núcleos.

Por eso nada tiene de extraño que el problema de Canarias esté cifrado en la pugna de sus dos principales ciudades, Santa Cruz y Las Palmas. Ambas pueden haber llegado a formar un estado de polarización en el Archipiélago. El malestar se comprende mejor si, como parece, Santa Cruz es una población oficial y Las Palmas un centro de vida económica. Las dos, en esta suposición, atraerán en su sentido respectivo al resto de la provincia: la una, como organismo burocrático; la otra, como asiento principal de comercio. Es un grave mal éste de que el negociante y el labriego tengan que ir a dos ciudades diversas, a una, para el negocio, a otra, para el expediente. Esto dificulta enormemente la vida.

Por ello, sin salirse de las hipótesis, creo que en Canarias no estorba la división, que no es, seguramente, una división regionalista como han dado en creer muchos. Yo que siempre combatí el regionalismo que tiende a desembarazarse del Estado, no acierto a ver en el divisionismo de Canarias nada que lo asemeje, por ejemplo, al catalanismo. Es un problema de economía interinsular que no altera en un ápice las relaciones de las islas con el Estado. Además, creo que el divisionismo tiene a la hora presente cierta viabilidad legal; por lo menos, está contenido en la lógica de la ley. La facultad de mancomunarse comprende, o debe comprender, la facultad de

segregarse, y la de que cada Municipio se agregue a aquella metrópoli con la que le unan más lazos íntimos, económicos o de otra clase.

.....

¿Régimen especial? Para Canarias lo reputo como desatino, sobre todo si ha de tener alguna semejanza, por remota que sea, con un régimen colonial. Pienso que el interés, la aspiración y hasta el amor propio de las islas están en seguir gozando de consideración de provincia española. Este régimen secular de igualdad no puede alterarse sin grave peligro; por lo menos podría contrariar su sentimiento, y ya esto es un signo de violencia. Conceder a un Gobernador facultades excepcionales o autonómicas; dar a un Capitán General vuelos de Virrey, lejos de resolver los problemas de Canarias, los pondría en llaga viva. Además se corre el probable riesgo de que ese régimen especial tomase un cierto tinte militar y llegase a ser allí el Capitán General la autoridad suprema. No son hoy los Capitanes Generales los mejores gobernantes.

El declarar colonia o poco menos a una región que no lo pide ni aspira a serlo, es siempre una torpeza; es tanto como invitarla a que se vaya preparando a la independencia absoluta. Y tal declaración se haría no en provecho y gusto de los canarios, sino tal vez de algún tercer interesado que no fuese siquiera español. Debo recordarle que Oliveira Martins², en su *Historia de Portugal*, dice que si Portugal hubiese sido asimilado a España en tiempos de su ocupación por los tres Felipe y convertido en una de tantas provincias españolas, acaso no se hubiese separado. Una colonia permanece colonia y no provincia asimilada por razones internacionales, no nacionales. ¿Qué razón internacional aconseja u obliga a hacer colonia de una región como Canarias, que no lo es, ni pide por sí misma serlo?

.....

Y, agotadas las hipótesis más fundamentales del problema político de Canarias, Unamuno hubo de reservarse juicios más definitivos para ocasión en que haga una visita al Archipiélago, y pueda estudiarle detenidamente y en todos sus aspectos.

Mientras tanto me doy por contento si estas notas pueden suplir y valer por una interviú que pudo fracasar...

Domingo Doreste Rodríguez, *Fray Lesco*

Notas

1 “La cuestión de Canarias. Divagando con Unamuno”. Realizada por Domingo Doreste Rodríguez, *Fray Lesco*; publicada en: *Diario de Las Palmas*, Las Palmas, I-VII-1910, [es el extracto referente a Canarias de una entrevista mayor, publicada en la *Revista de Municipios*, Madrid, 31-1-1909]; reproducido con anterioridad en: *La Mañana*, 20-II-1909; *La Ciudad*, 20-II-1909.

2 OLIVEIRA MARTINS, Joaquim Pedro de, (1845-1894). Historiador y político portugués que se dedicó también al periodismo y la actividad comercial. Identificado con el realismo literario, el positivismo y el evolucionismo, creía en la evolución de las sociedades primitivas al socialismo.

II

De Fuerteventura a El Havre¹

En una mañana brumosa y helada del mes de diciembre² de 1924 tomé el expreso de El Havre en la *gare Saint Lazare* de París. Mi viaje tenía por objeto esperar a Don Miguel de Unamuno, que debía llegar en el siguiente día de la isla de Fuerteventura, una de las Canarias, donde había sido confinado por el pintoresco dictador jerezano General Primo de Rivera.

El viaje había sido organizado con acentuados tonos de aventura romántica y política por el diario izquierdista *Le Quotidien* que, por entonces, lograba bastante difusión. La empresa de este periódico había montado la que llamó liberación de Don Miguel de Unamuno con vivos trazos de novela de folletín. Fue contratado un viejo barco de vela con motor, bergantín-goleta para que se aproximase a las costas de la isla de Fuerteventura. Habían sido desterrados allí Don Miguel de Unamuno y Don Rodrigo Soriano. El redactor de *Le Quotidien* se llamaba Dumas, y aunque no era ni mulato ni novelista, como el famoso autor de *Los Tres Mosqueteros*, acaso por el influjo del nombre hubo de organizar el asunto como un episodio novelesco.

Los *insignes desterrados* fueron adecuadamente advertidos. Al divisar la arboladura del barco, el cual se haría notar con un detonante cohete, habrían de aproximarse a la playa, donde una lancha motora les esperaría para conducirlos al bergantín libertador. El complot era ruidoso, y sin sigilo. Tanto que llegué a sospechar que el dictador, que no sabía ya qué hacer con los *ilustres desterrados* que le insultaban y zaherían con su gran ingenio en entrevistas y artículos que llenaban la prensa mundial, había sido más bien un pasivo cooperador de la evasión. El bergantín-goleta había sido rebautizado con el nombre de *Libertad*.

El plan se realizó sin inconvenientes. Un mar cuajado ayudó a la maniobra. Los fugitivos, los “ardidos del Rey”, como dice el *Cantar de Myo Cid*, subieron en efecto desde una aislada playa a la lancha, sin que los carabineros ni nadie les pusiesen obstáculos. Y aunque sea alterar un tanto el orden de las cosas, Don Miguel me relató más tarde así el episodio:

– Tuvimos que marchar más de tres kilómetros por un camino pedregoso. Para mí, habituado como he estado siempre a hacer grandes caminatas, no significó nada tal esfuerzo. Aunque íbamos descendiendo, a veces el sendero se ondulaba, y, al subir las cuestas, Rodrigo Soriano, la cara roja y congestiva bajo el sol de África, resopla fatigosamente. Aquel hombre comía enormemente y, luego, se ahogaba. Al medio día se embauló una enorme lata de langosta, plato fuerte aunque no sea tan indigesto como su retórica. Yo caminaba, sin trabajo, pero con melancolía. Cada paso me llevaba al destierro. Porque hasta entonces había vivido en esta españolísima tierra de Fuerteventura y había recorrido Tenerife, pobladas todas estas islas por una raza humana de los Iberos en las remotísimas gestaciones de los poblamientos peninsulares, cuyo enigma étnico comienza a descifrarse.

“El coloso del pico Teide preside aquellos inmensos panoramas. Me dolía alejarme de esta grandeza sublime en la que había vivido con tanto reposo y bienestar. La talla del Teide no es isleña, sino continental. La isla es a modo de pedestal que ha sobrevivido al hundimiento de la Atlántida. Ese gigante de piedra, volcán semidormido, de potente y cálida respiración, es un testimonio de cataclismo que contaron a Solón los sacerdotes de Sais. Y la convivencia de aquellos descendientes de los guanches, tan sencillos, y tan hidalgamente, diríamos mejor tan

homéricamente primitivos, había creado en mí vínculos de profunda simpatía. Como hijos de un volcán, son ardientes y firmes. Dejarlos para irme con el asmático constructor de parrafadas del año ochenta a la ciudad de los máximos artificios me llenaba el ánimo de tristeza. Iba a cambiar mi situación de confinado en una tierra que es una Iberia aun más antigua que la peninsular, por el verdadero destierro en la renombrada Lutecia, la complicada ciudad de los malabarismos del espíritu, con más ingenio que sustancia; la de las muchas muchedumbres que me asfixian y encocoran.

“Todo esto mentaba al caminar hacia el barco. Y hubiera deseado decírselo a alguien, como ahora se lo cuento a usted, Eduardo. Es para mí la marcha un estimulante de conversación. Mas preferí entonces ensimismarme. Me exponía, de otra suerte, a provocar un discurso o, lo que es peor, un párrafo de *redondeado*. ¡Oh no!... Me inspiraba demasiado respeto el Teide. Llegamos a la playa, que era amplísima. Se perdía de vista sin que la interrumpiesen rocas y promontorios. Para despedirme de aquella vida simple y bucólica, de belleza seca y austera que no podrá comprender nunca un Romain Rolland –escritor tan eminente y noble como incomprendido–, le pedí a un pastor, cuyas cabras comían las secas hierbas y ásperas pitas que el cabrero les cortaba, que me ordeñase uno de aquellos ubérrimos animales que criaban una leche densa y casi milagrosa en aquellas áridas parameras. La ordeñó en un cuenco de madera y me supo a elixir de tomillo, de retama y de jara. Saltamos al bote. Soriano se escurrió de la borda y se mojó hasta la cintura. Seguramente se le iba a indigestar la langosta. El motor funcionó, y a los pocos minutos estábamos en la cubierta del bergantín. Bogamos luego a velas desplegadas con un viento favorable. El coloso, al que Heródoto apellidó ya Atlante, rey de estos piélagos a los que dio su nombre, se destacaba, colosal, frente a nosotros³. Porque en aquel momento enfilábamos la isla de Tenerife. La cumbre permanecía despejada y su silueta cónica nos fue visible mucho tiempo después de dejar atrás la isla de Tenerife.”

Sigue Don Miguel comunicándome su fervor sobre Canarias:

–No se ha prestado toda la atención que merece al redescubrimiento y conquista de las islas Canarias. Fue el prólogo de la de América. Como que ciertamente puede afirmarse que se ocuparon las Islas Afortunadas hasta que se firmaron las capitulaciones con Cristóbal Colón en Santa Fe, en el momento cumbre, también, de la historia española de la toma de Granada. Los guanches fueron los primeros indios de Castilla. Y se plantearon respecto a ellos los mismos problemas que mucho después habían de surgir en América. Hasta se da la coincidencia de que el defensor de estos indios guanches fue el primer Obispo de Canarias, que se llamó Don Alberto de las Casas, de igual nombre que el luego meritisimo y afamado Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, al que Jiménez de Cisneros había de dar el título de Protector de los Indios. Este Obispo de Canarias, hermano de don Guillén, era teólogo y lingüista; hablaba el idioma de los guanches, que también se ha dejado perder, como los arcaicos idiomas iberos. Tengo para mí que los guanches, su idioma y costumbres primitivas, han ofrecido hasta épocas muy recientes medios de inquirir cuestiones prehistóricas de Iberia.

–Don Miguel, sus palabras señalan un camino nuevo. No hay una positiva historia de Canarias, ni creo que investigaciones realmente científicas del género que usted indica. El único intento histórico que conozco es el libro del presbítero José de Viera y Clavijo, publicado en 1858 bajo el título de *Historia General de las Islas Canarias*. Es un libro pulcramente escrito y que

acumula con curioso interés el cuadro de tradiciones y de vida de tribus guanches tal y como han vivido hasta el siglo xv. Describe escenas y hombres que tienen una remota resonancia homérica.

—Conozco ese libro que confirma lo que decimos y ha salvado del olvido datos importantísimos. En orden a la filología, estampa vocabularios que permiten establecer la similitud lingüística de los dialectos canarios con las lenguas africanas. “Guam” significa hombre, y de ahí “guanche”. “Guanchetinerfe” es, por ello, hombre o guanche de Tenerife. A La Palma la llaman “Tamareo”, lo mismo que en árabe, fenicio y hebreo. Mas en una conversación sólo se pueden manejar estas palabras como objetos curiosos. No hablo ahora como filólogo. Sin duda irradia de estas palabras la magia del arcaísmo. Es notorio que, como antes le decía, en las Canarias podrían descifrarse mejor aun que en otros lugares del Norte de África muchas incógnitas ibéricas. Los reyes o “menceyes” —así los llamaban en Tenerife— repartían anualmente las tierras como las tribus prehistóricas ibéricas con en el régimen comunal que hasta nosotros llega y que perdura en sus formas primitivas entre los herederos del Norte de África. Es lástima que Joaquín Costa, que tanto manejó estos temas, no hubiera conocido y analizado esta área primitiva que los siglos habían dejado sellada como una tumba faraónica. Mas, en fin, ya continuaremos esta conversación. Hay sobre esto muchas cosas que decir. Vengo impregnado de este arcaísmo geológico, paradisiaco y humano que son Fuerteventura y Tenerife principalmente, aunque en las demás islas Canarias quedan muchas huellas también. Esta tierra me ha hecho hablar en verso. Traigo terminado mi *Cancionero del Destierro*. ¡Qué olas las de este lejano Atlántico, de profundidades abismales! ¡Qué rumor tan nuevo y eterno el de esas olas al formar su crin de espumas y doblegar su cuello enarcado! En la isla seca y encantada todo era verso. El Teide debiera ser el emblema de Iberia como lo es el Fujiyama del Japón.

He querido que precedan estas impresiones de Don Miguel como si se las hubiese oído a bordo. Volveremos sobre el tema, ya que muchas veces lo habrá de suscitar. Don Miguel, como *sabía*, profunda y prolijamente, amaba apasionadamente, y su amor era la llama de su comprensión. Muchas veces me dijo: “Verbos sinónimos: comprender y amar”.

Paseaba impaciente y helado por los muelles de El Havre, encasquetado en una gorra con orejeras y abrigado con mi chaquetón de pieles que solía usar en las excursiones venatorias. El bergantín *Libertad* avanzaba lentamente entre jirones de niebla para atracar en el muelle. Pusieron al fin la gradilla entre el barco y el muelle y vi destacarse sobre el fondo blanquecino del horizonte la silueta aventajada de Don Miguel, enfundado en su traje oscuro, cuyo chaleco se cerraba en el cuello. Jamás le vi usar gabán por extremado que fuese el frío. Un día de invierno en que di una palmada en la espalda, descubrí un secreto. Se forraba con papeles de periódicos. Como este no es poroso, abriga más que la lana. Así lograba su propósito de realizar sus fines por caminos originales, sencillos, baratos y eficientes. Un día me dijo:

—¿Quitarse el frío con un gabán de piel?... Eso no tiene mérito y es caro, embarazoso, molesto y hasta un poco salvaje. Se abulta más que un banquero, para ir disfrazado de animal como los cazadores-prehistóricos hacían al aproximarse, bajo una piel de ciervo, a sus víctimas. Así las engañaban haciéndoles creer que eran animales de la misma especie.

Don Miguel pisó al fin la tierra francesa. También el otro insigne de Fuerteventura, Rodrigo Soriano. Les esperaba una comisión de redactores de *Le Quotidien*, el *maire* de El Havre y el obligado cortejo de relampagueantes fotógrafos. El alcalde invitó a los recién llegados y a mí a una comida en honor, según dijo, “de los ilustres desterrados que habían llegado a la patria de las libertades”. La cordialidad francesa, alegre e ingeniosa, recibía a sus huéspedes con todo agasajo. Mas, inmediatamente, me vi envuelto en el mayor de los conflictos. Apenas desembarcó Don Miguel me llamó aparte y me espetó de manera tajante:

–Mire, Eduardo, ahora mismo le va a decir al alcalde que agradezco, desde luego, mucho, su invitación, pero no asistiré a la comida si va a ella Soriano. No puedo seguir tolerando esta confusión del dictadorzuelo Primo de Rivera, emparejándome con ese hombre.

–Por Dios –repliqué a Don Miguel–, no plantee una situación tan absurda ante extranjeros amabilísimos y que nada tienen que ver con esas cosas. Las calificarán, con razón, de majaderías y se reirán de todos nosotros. Si cualquier periodista francés, con su ingenio proverbial, se entera de tan pintoresca situación, vamos a tener que volvernos todo al pico del Teide.

–Mire, Eduardo, es que usted no sabe la violencia con la que he tenido que soportar la contigüidad del convivir con este fabricante de retórica vieja y pedregosa. Y no es que sea indigesta. Muchas cosas hay, como la langosta que él consume en grandes cantidades, pero que son excelentes. Su prosa es indegutable como la estopa.

–Está bien, Don Miguel. Pero ¿qué tiene que ver la prosa de Soriano, ni su apetito, con las atenciones de que nos hacen objeto?

Mas Don Miguel era como un niño terco y no pocas veces advertí en él la pueril delectación de estas situaciones. Le dije que no me haría cargo de tales mensajes. Por su parte Soriano me llamó también a un rincón y me espetó análogos desabrimientos contra Don Miguel. Ni el propio Tayllerand tuvo jamás que resolver dificultad diplomática tan complicada. Estaba bien cierto que, dejando correr las cosas, asistirían ambos a la comida. Acompañé a Unamuno al hotel para ayudarle a que se le pasase la rabieta. Me retuvo en su cuarto mucho tiempo. Deseaba que le contase lo que ocurría en España y aun en el mundo, del que había estado aislado aquellos meses. No obstante su apasionamiento no le atraían demasiado los episodios de la política española de entonces. Recuerdo sólo que me dijo que tanto Primo de Rivera como el rey, que había impulsado a aquel dictador, daban la impresión de ser dos aldeanos que nos abochornaban, no por su insensatez política, sino por su tontería e inocencia. En cambio volvió a continuar sobre el tema de Canarias, cuya tierra le había poseído.

–Aún no he salido, Eduardo, del encanto de Fuerteventura. Nunca he podido abandonar rápidamente las cosas. Aunque haya salido de un lugar éste ha venido dentro de mí. Estoy admirado de la grandeza homérica de los guanches. Miente la historia cuando dicen que fueron conquistados. Supieron resistir en la Gran Canaria y en Tenerife a todas las agresiones. La conquista fue más moral que material. Eran tan diestros y audaces en la guerra que sabían hurtar el cuerpo ágilmente a las flechas con un garbo y destreza sin igual. La historia de las derrotas de las sucesivas incursiones de las huestes de Betancourt o de los portugueses, es prolija. Quiero contarle a usted un episodio que muestra la nobleza realmente olímpica de estos que parecen guerreros de Troya. Los canarios aprendieron el arte guerrero europeo a fuerza de victorias y con las armas de sus enemigos. Tenían rodela y espadas de portugueses y españoles, y aun con sus

dardos, un arma que llamaban “tabona”, incrustados pedernales en la madera, resultaban invencibles. Ascendían por las montañas, saltaban de peña en peña con agilidad pasmosa. Deseo contarle un episodio que revela esta grandeza de alma. El gran señor portugués Diego da Silva partió con 200 hombres y tres carabelas, acompañado de Guillén Castellanos que hablaba la lengua canaria. Saltaron a tierra en el puerto de Agamastel, junto a los bañadores de Gáldar, sin ser notados por los isleños. Marcharon incautamente por una montaña cubierta de una selva muy espesa, con lo que tuvieron tiempo los guanches de vislumbrar las embarcaciones y reconocer a los enemigos. El Rey Semidán formó rápidamente una hueste de 600 soldados pensando atacar a los portugueses cuando subían la cuesta. Pero combinó la operación de manera que no pudiesen, al huir, retroceder a sus bajeles, colocando fuerzas que les cortasen la retirada y poniendo fuego por la parte del mar. Silva emprendió una marcha lateral para llegar a un llano próximo a la aldea de Gáldar. Pero se vio fieramente acometido y no tuvo otra defensa que recluirse en un cercado en el que había una muralla redonda. Allí, con tenaz valor, se defendió durante dos días. La situación se le hizo intolerable por el hambre y la sed y tomó el partido de enviar al intérprete Guanarteme, que así llaman a su príncipe, para capitular. Pero los canarios les hubieran despedazado, a no ser por el rey que tuvo que emplear una nobilísima estratagema. El mismo rey se asomó al reducto en el que estaba Silva, y éste le pidió que le dejase embarcar libremente. El príncipe le dijo: – Europeo, ya veis que tú y los tuyos habéis venido voluntariamente a aprisionaros en este corral que es, por cierto, un lugar de malhechores. Ninguno de vosotros puede evitar el castigo de su temeridad. Me tenéis muy dolido; sin embargo, quisiera perdonaros, mas tengo que ver el medio de lograrlo, porque esta multitud me pide venganza. Si fuerais leales como somos los canarios, os propondría una estratagema, y es de que me echaseis mano ahora y fingieseis que estáis dispuestos a quitarme la vida en el caso de que mis vasallos no os dejen retiraros.– Cuando el noble y valiente portugués oyó de la boca de un príncipe bárbaro y victorioso semejante propuesta, se le arrasaron los ojos de emoción, y se echó a sus pies besándole las manos. El rey les acompañó hasta los bajeles con su gente, que sólo por su respeto se contuvo. La grandeza moral de este príncipe revela grandezas extraordinarias. Silva, antes de embarcar, le regaló una espada sobredorada y una caperuza de grana fina. A cada uno de los “guaires” (consejeros) les regaló igualmente una espada. Luego sus súbditos le quisieron matar, pero su noble autoridad se impuso.

Con estas conversaciones dieron las doce, que es la hora tradicional de comer en Francia. Como yo esperaba, Don Miguel olvidó las importunas manifestaciones que hizo al desembarcar y se dirigió conmigo al restaurante en que iba a tener lugar la comida.

Ya estaban allí casi todos los comensales. Entre ellos Rodrigo Soriano, con su retórica buena o mala con su gusto, que después de todo yo comparto, para comer langosta con mayonesa. La grave dificultad diplomática había quedado olvidada.

Don Miguel pronunció unas palabras cordialísimas agradeciendo el agasajo. También habló Rodrigo Soriano en un francés tan dificultoso que parecía un idioma nuevo, incomprensible, inventado por el gran escritor. Recuerdo el detalle cómico de que no sabiendo expresar su gratitud ante su dificultad lingüística, agarró la cabeza del alcalde, que estaba a su derecha y que era relucientemente calvo, y estampó allí un beso sonoro. El efecto sentimental quedó trocado en risa. Era una hora de alegría porque había circulado generosamente el prodigioso vino de Francia, al que le ocurre lo que al café, que si no es cosa que piensa es cosa que hace pensar.

Don Miguel se recluyó en el cuarto del hotel muy temprano, y por la mañana, no mucho después de amanecer, tocaba en el mío. Como estaba prevenido de su mañanero despertar, me encontré ya vestido y preparado a acompañarle. Hasta el mediodía en que salía el expreso de París teníamos tiempo de recorrer las calles de El Havre. El cielo estaba anubarrado. Enormes nubes oscuras galopaban rápidamente al impulso de un ventarrón que debía ser en las alturas muy grande pero que apenas se advertía en las calles. Las tiendas y tabernas tenían aún encendidas las luces eléctricas y los charcos que había dejado la lluvia nocturna mezclaban sus reflejos con los del amanecer. El paseo no fue muy largo. Temimos perdernos en las estrechas y oscuras rúas de aquella antigua ciudad marina que parecía dormida y en la que sólo se notaban los numerosos ruidos de la actividad del mar, sirenas de barcos, topetazos de las maniobras de los trenes en los muelles y olores a salazón y alquitrán. Era el último día del mes de setiembre. Unamuno había perdido la cuenta del tiempo, como suele ocurrir en los viejos marinos, aun más en un velero romántico, y, al fijar la fecha, viendo un almanaque de pared, dijo:

—Es curioso. Ayer cumplí sesenta años. Nací el 29 de setiembre de 1864. Parece que el destino me brinda un nuevo nacimiento al llegar a Francia. Y en realidad he llegado a otro mundo. Es éste tan distinto, tan antítesis de mi amada isla Fuerteventura, que es un tránsito de una vida a otra. Pero aquello será siempre el cielo. Deseo creer que éste es otro cielo y no un poco de infierno. Allí todo era sequedad y esto parece que se disuelve en charcos. Como es húmedo no será infernal.

Entramos de nuevo en el hotel, porque el frío un tanto prematuro hacía poco grato el paseo matinal. Nos sentamos en dos hermosas poltronas en el hall del hotel.

—El clima ardiente de Fuerteventura —dijo Don Miguel— pone en la naturaleza un gesto sediento, pero grato y sano. Diría que es un clima prehistórico, de alguna época interglacial. La isla es como un esqueleto tendido sobre el mar. Pero los conocedores de belleza, es en el esqueleto donde la advierten. Hay que saber descubrir en una calavera una hermosa cabeza de mujer. El paisaje es árido y de una belleza evangélica. La sed de los campos es trágica y de ahí esa injusta rigidez. Experimentaba a veces angustia al ver embarcar las reses para buscar pastos en otra isla. Las tierras están desnudas y sólo producen una áspera vegetación de aulagas, de cuyo tallo surgen espinas y flores. Por pobre que sea aquella tierra no prescinde de la coquetería de adornarse con unas humildes flores amarillas que destacan sobre la tierra roja. Los camellos y las cabras son los únicos seres que comen esas flores con espinas y todo. También hay una planta que llaman “tabaiba”, de la que al cortar su tallo zuma un líquido lechoso pero acre y corrosivo. ¿De dónde sacarán esas ingeniosas plantas su alimento para producir flores y jugos? Viendo a la aulaga pensaba en la magnífica poesía de Leopardi: “La Ginestra o il Fiori del Deserto”. Pero aquella tierra esquelética, enjuta, toda ella huesos, retempla el ánimo. ¡Espinass y flores! ¡Qué lección de estilos! Paisaje de peregrinos que están ya fuera de la tierra, que han emigrado a un satélite próximo. Romeros de inmortalidad que viven en esta isla fuertemente venturosa.

—¡Todo el mundo habla de los climas como de algo propio! Efectivamente, Don Miguel, recuerdo que un pariente mío, malagueño, al venir a Madrid en un invierno, sacándose las palabras del embozo de la capa, tiritando, me decía: ¡Esto es muy hermoso, pero aquí lo que os falta es clima!... ¡Nuestro clima! —Y así en muchas otras partes.— Dije: en efecto, el clima es en Málaga una propiedad municipal.

—Y estos nobles Iberos habitantes de Fuerteventura, como de las demás Islas Afortunadas, se comen también un alimento prehistórico. El famoso “gofio”, hecho de grano tostado antes de molerlo, harina de hombre primitivo, de cuando aún no se habían inventado los molinos. Harina tostada y no fermentada. La fermentación del pan es cosa ya de civilizaciones modernas. Por eso parece que esta isla que aún traigo en mi mente con visión que se exaspera, se exaspera por esta mucha más que mucha humedad que aquí nos recibe. Parece aquello un país que diríamos utópico. Utopía es, según su raíz griega, lo que no tiene lugar donde estar, lo que no se puede colocar en ninguna parte. Por eso estas Islas Afortunadas, aunque conocidas desde los más remotos tiempos, el mundo antiguo no supo nunca dónde colocarlas. ¡Para mí han sido una revelación! Fuerteventura es una ultra Castilla. Es mucho más Mancha que la de Don Quijote, porque es aun más seca, más árida, con más reverberaciones debajo del sol, que diríase son espiritualidad de la tierra las almas que vibran. Por eso, si Dios me da lugar, algún día organizaré un viaje de Don Quijote a Fuerteventura, para que le lleve a Dulcinea las flores amarillas de sus campos, los cuales tienen la rica y poderosa hermosura de su noble y robusta pobreza. Y la leche acre y cáustica de la tabaiba, que es como el sudor de los huesos. Por cierto que esta planta es un dragón en miniatura. Si bien este gran árbol, típico de Canarias, desprende una savia roja como sangre. En toda España hay aulagas que les llaman también aliagas, árgomas o tojo, pero no se pueden comparar con el esquelético vegetal de Fuerteventura. Me parece estar contemplando a un camello dando vueltas en la noria, teniendo por el fondo el paisaje de Betancuria. Las cosas más viejas parecen novedad en estos campos primitivos. En ellos ha habido también *historia*, es decir, luchas y batallas. Esta gran osamenta tendida sobre el mar tenía dos reinos: el que ocupaba la mayor parte de ella y el que formaba la pequeña península de Jandía, separada por una gran muralla, que aún se conserva.

“Nunca hemos sentido tan cerca el concepto de inmortalidad como en esas tierras secas y plutónicas. En ellas he podido heñir mi morriña, amasar mi nostalgia del más allá. Aquello es inmortal acaso porque es incorruptible. ¿Muerto? No lo serán nunca ni Colón, ni Cervantes, ni fray Luis de León, ni tantos como vivan en nosotros. En la humanidad sólo los detritus se pudren y perecen. Lo selecto es incorruptible y eterno. Los faraones aspiraron a serlo por un camino falso con sus embalsamamientos y, aun más, con sus retratos en piedra. Mas eso no dejaba de ser un truco de su abuso de poder. Sólo son inmortales los grandes creadores del espíritu. Con las estatuas de los Faraones los que se immortalizaron fueron los prodigiosos artistas que las tallaron. Porque pusieron ideas y arte en las durísimas piedras. Sin contar con aquellas en las que hablaron los jeroglíficos.”

Don Miguel elaboraba sus obras, muchas veces, conversando. En ocasiones repetía sus relatos y creaciones. Cada vez perfeccionaba algo, y cuando luego, no como letra muerta sino como entraña palpitante, le parecía *hecho*, lo trasladaba al papel.

Empezaron a llegar los amigos franceses que nos habían acompañado durante el día anterior, unos de los cuales iban a despedirnos y otros a acompañarnos hasta París. También se unió al grupo Rodrigo Soriano, que había permanecido en su habitación escribiendo un artículo.

Tengo que decir, a propósito de este distinguido escritor, que no hemos de dar mayor trascendencia a las acerbas discordias literarias o políticas del episodio antes descrito. Muy moderadas si nos acordamos de Quevedo, Góngora, Lope y Ruiz de Alarcón.

Rodrigo Soriano ha sido un hombre muy discutido y del que no me propongo hacer ligeramente un juicio. Pero, superando tales incidencias superficiales, expreso mi respeto a su memoria y a su labor de político y escritor ingenioso. Por su estilo excesivamente violento y sarcástico se había hecho muchos enemigos, que le iban a proporcionar enojos análogos a los de su llegada a El Havre. Su enemistad con el gran novelista Vicente Blasco Ibáñez impidió que actuaran juntos en los actos políticos en los que intervino éste con Don Miguel de Unamuno y conmigo. Mas ya llegaremos a todo esto. Ahora la comitiva salió del hotel, y cada cual en sus respectivos vehículos fuimos a la estación para tomar el expreso que, en cuatro horas de veloz camino, nos dejaría en el centro de París.

Eduardo Ortega y Gasset

Notas

- 1 De ORTEGA Y GASSET, Eduardo, *Monólogos de Don Miguel de Unamuno*, Ediciones Ibérica, New York, 1958, pp. 71-87.
- 2 Lapsus de Eduardo Ortega, más adelante sabremos que fue el mes de septiembre.
- 3 Libro IV, 184, Heródoto. “Monte que tiene por nombre Atlante, cilíndrico por todas partes redondo y a lo que se dice tan elevado que no alcanza la

vista a su cumbre por estar en verano como en invierno cubierta de nubes. Dicen los naturales que su monte es la columna del cielo; de él toman el nombre sus vecinos llamándose atlantes, de quienes se cuenta que ni comen cosa que haya sido animada ni durmiendo sueñan jamás” (nota de Eduardo Ortega, *opus cit.*, p. 74).

Poemas

[I]¹

EL POEMA DEL MAR

LETANÍA AL MAR

A Luis Millares, que vive ceñido de mar.

Yermo rumoroso,
cuna de la vida,
cual tus olas pasamos los mortales,
¡breza nuestro ensueño!

Desde el cielo llegas,
palpitante sábana,
cantándonos recuerdos de aquel tiempo
en que no era el hombre².

Cuna de la vida,
de las tradiciones,
tu canto es el cantar de las sirenas
que todo lo saben.

Que todo lo saben
y que nada ignoran,
es siempre el mismo el canto de sus bocas,
es la historia eterna.

Campo de misterio,
tumba de ambiciones,
eterna esfinge azul de crin de plata³,
¿cual es tu secreto?⁴

Ciñes a la tierra
con tu pecho, madre,
Y si el sol asaeta su cabeza
le haces con tu bruma yelmo.

Tú eres el espejo
en que el sol se mira,
labra los campos desde el ancho cielo,
vuelve a tu reposo.

Rompes las barreras
dando alas al alma,
en ti se aprende libertad al viento,
santa independencia⁵.

Todo lo nivelas,
inmenso vivero,
tú eres escuela de igualdad, tú eres
santa democracia⁶.

Tú en tu pecho, madre,
nos juntas a todos,
son tus senderos de hermandad caminos,
santa compañía.

Sumisa a tu sino,
llena de confianza,
eres la fe que sobre sí reposa,
mar inacabable.

Y eres la esperanza
que no fina nunca,
esa tu eterna juventud es prenda
de vida sin muerte.

Y el amor que crea,
la piedad que cubre
del hombre las miserias con su manto
del eterno olvido.

Mar de las memorias,
el olvido tú eres,
tu canto en los recuerdos nos anega
de antes de que fuésemos.

Eres tú lo eterno,
tú lo que no cambia,
tú que en tu lecho sin cesar te agitas,
quieto mar errante.

El de tus entrañas,
del silencio reino,
mientras cantan tus olas los recuerdos
de antes de la vida.

Tú eres bebedizo
de consolaciones,
y con tu sal nos curas las heridas
que tú mismo abres.

Cuna de la vida,
sé nuestro sepulcro,
en el santo silencio de tu pecho
acógenos, madre.

Y que luego tus olas,
canten nuestra vida
bajo el cielo impasible que te cubre
y es reino de muerte.

Cuna de la vida,
tumba del olvido,
eterna esfinge azul de crin de plata,
¡quieto mar errante!

Las Palmas (Gran Canaria), julio, 1910.

[III]⁷

Vienen y van los días, lentos o raudos,
como tus olas, mar;
vienen y van como las nubes vagas⁸
vienen y van.
Y en el vaivén del tiempo océano brezan
nuestros anhelos por salir del mar.
¡Ay!, ¿qué sería de nosotros, pobres,
si se lograra nuestro afán?
Más dulce que ser libre es ser esclavo
soñando libertad.
En sueños, sólo en sueños, somos libres,
¡libertad de soñar!
¡Vienen y van los sueños por el alma
como tus olas, mar!
También tú, eterno esclavo mar, también tú sueñas
y es tu vida soñar;
soñar el cielo que tu sueño ampara,
¡soñar la libertad!⁹
Y el tiempo, mar de palpitantes horas,
sueña en la eternidad.
Mar de la vida, ¡ay, cuando llegue la ola
del despertar!
La última ola, la que cande el hielo
que al cabo al mundo estrujará.
Mas antes la razón de nuestras almas,
implacable glaciar,
al apetito de vivir cinchando
nos le helará.

Las Palmas (Gran Canaria), 15-16 de julio, 1910.

[III]¹⁰

A BORDO DEL «ROMNEY», RUMBO A OPORTO

20 a 23 de julio, 1910.

LO QUE DICE EL MAR

«No hay secreto, no hay secreto» —cantas—,
«todo es como yo de claro
y es el hombre quien inventa los secretos
para darse el gusto
de tener que descifrarlos.
¿Gusto? Para no aburrirse el pobre
da en atormentarse;
mira mi juego que es siempre el mismo
y no me aburro».

¡Oh, es eterna tu niñez, oh madre,
virgen madre,
tú guardas el secreto de la vida,
tú sola lo sabes.

—«No hay secreto, no hay secreto» —me contestas—,
«vivo, sólo vivo,
vivo, con mis olas juego
y así mato el tiempo».

No, tú nada dices, océano,
soy yo quien interpreto tu cantar,
soy yo quien me hablo,
¡yo solo, mar!

—«Siempre es así, pobre hombre,
nada te dice nada,
tú te lo dices todo;
por qué no callas?»

Calla, por Dios, esa canción de cuna,
la brizadora,
calla, que me adormeces,
haz callar a tus olas.

—«No, no me callo, duermes,
duermes, hijo mío,
duermes, que no hay secreto,
no hay un coco escondido.»

Entonces, qué es lo que hay, dímelo, madre,
dime qué es lo que dices,

porque si me lo callas
tendré miedo a morirme.

—«Calla, hijo mío, calla,
tú te lo dices todo,
nada te dice nada.»¹¹

Con su rebaño de olas
así dentro de mi alma
está cantando el mar.

Y LUEGO NADA

Y luego nada, nada, nada,
es decir ¡todo!
Este rincón de lodo
a quien llamamos Tierra
y que el hombre fatiga con la guerra
se tornará un recodo
de paz inalterable,
inacabable,
sumergido en el fondo del océano
y rodarán las olas del abismo
como rodaban antes de la vida...
¡lo mismo!
El mar todo lo olvida,
vale decir que todo lo recuerda,
todo en uno lo meje
y así entreteje
nuestros destinos.
Se cruzan los caminos
de nuestras vidas
y hacen así una tela
que a todos ellos vela
y así el olvido los recuerdos traman.
Y los muertos nos llaman
y nosotros llamamos a los muertos.
Por los vastos desiertos
del mar, tejido todo de veredas,
alma, ¿por qué te quedas
a ver ponerse el sol? Sigue tu marcha,
mañana será igual, las mismas olas,
y entre ellas tú, ola también, caminarás a solas
rodando sobre el lodo.
Y luego nada, nada, nada,
es decir... ¡todo!

EL HOMBRE DE LA PIPA

Fumando cara al mar horas enteras,
 viendo sobre las olas
 las nubes de humo,
 matando así las horas,
 dormitando,
 ¡excelente animal!
 Tiene un heroico estómago.
 Zumba a las veces un cantar extraño
 que se pierde en el canto de las olas
 y apenas si de humano
 tiene algo su cantar.
 El hombre de la pipa está bañando
 su espíritu, que es humo, de la vida
 en la inexhausta fuente primordial.

EL QUE JUEGA A LAS CARTAS

Se pasa el día dándole a las cartas
 que así vienen y van
 como las olas en su eterno juego
 sobre el inquieto mar.
 Siempre lo mismo, en incesante cambio,
 en un fijo variar,
 siempre lo mismo y diferente siempre¹²;
 así la vida va.
 No hay dos olas iguales¹³, es muy cierto,
 fábula es la igualdad,
 fábula no, que el mar es todo uno
 ¡y una es la eternidad!

EL QUE SE PASA EL DÍA DURMIENDO

¡Oh mar, Parménides¹⁴ inmenso,
 sin pies, manos, estómago, cabeza,
 ni corazón,
 que es todo uno y lo mismo nos enseñas,
 como a Platón!
 Con tus graves lecciones nos infundes...
 ¡qué ganas de dormir...!
 La vida es sueño, sueño que nos huye
 hacia el morir.
 Durmamos, pues, que eso es ganar la vida,
 engañándola así;
 ola tras ola va, día tras día,

a perderse al confín.
Caminamos al cielo paso a paso,
morir... dormir, dormir, soñar acaso.

EL QUE SE PASA EL DÍA DÁNDOLE AL PIANO

Música y mar es todo uno y lo mismo,
se ahoga el pensamiento en el abismo.

EL QUE SE PASA EL DÍA BEBIENDO

¡Qué sed infundes tú, mar de las aguas,
de sed se muere en ti;
tu sal es la amargura de la Tierra;
da ganas de morir!
El cielo es tu alquitara; son las nubes
que bogan al confín
cálices de pureza que humillándose
nos traen del cielo ganas de vivir.
Y el que no tenga cielo, ¿qué ha de hacerle
si no beber veneno, di?
Beber su propia muerte poco a poco,
que éste es su cielo al fin.

LA COMPAÑERA DE VIAJE

¿En qué irá pensando mientras deja
el mar azul de su mirada vaga
perderse en la mirada azul del mar?
¿Qué sueños tras las olas fugitivas
como los sueños mismos, buscará?
El mar, como el amor, de amargas olas,
¿tras qué oscuro destino cruzará?
Es la mujer una pregunta siempre
como lo es el mar.

BUQUE A LA VISTA

¿De dónde viene?, ¿adonde va?, ¿su nombre?
¿Qué nos importa?
Otro flotante islote de aburridos
¡vaya en buen hora!
Mas en tanto quebranta esta tremenda
monotonía eterna de las olas.

HACIA CASA

Me esperan ya sus brazos; son de carne,
no de agua cual los tuyos,
se duerme allí, brizado por la dicha,
sintiéndose al seguro.
También allí hay vaivén, pero es de pecho
para el amor desnudo,
hay que vivir y de la vida es ese
nuestro consuelo el único.
Llévame, mar, llévame pronto a casa,
no me hagas perder rumbo.

EN CASA YA

Salamanca, 28 de julio, 1910.

Cuando a cerrados ojos, mar, hoy te imagino,
cuando a solas en sueños te re-veo
es cual cuajada bruma,
suspendido del cielo.
Es un ondeo de olas en la esfera
donde los astros traman sus senderos,
en la que quietud inmensa del espacio
un infinito palpitar eterno.
Y en el regazo vivo recostándose
de ese celeste piélago
un sol que no se sabe si es que muere
o si es que nace en el acuoso seno.
Es la aurora fundida en el ocaso,
es la eternización de aquel momento
en que la fuente de la luz se baña
de la vida en la fuente, es el eterno
abrazo de la ciencia con la vida,
abrazo allá a lo lejos,
es el sol navegando en los confines
del infinito. Y reventando anhelo
bogamos sin cesar y más bogamos
para llegar al horizonte inmenso
que nos huye y se ensancha,
y así en el infinito nos perdemos.
¡Oh sol, fuente de luz, oh mar, fuente de vida,
oh sol, oh mar de mis ensueños!

[IV]¹⁵

Si caigo aquí, sobre esta tierra verde¹⁶
mollar y tibia de la dulce Francia,
si caigo aquí donde el hastío muerde
celado en rosas de sutil fragancia,
si caigo aquí, oficina del buen gusto
donde sólo el olvido da consuelo,
llevad mi cuerpo al maternal y adusto
páramo que se hermana con el cielo¹⁷.
Llevadlo a la jugosa enjuta roca
que avara da sus frutos de secano,
tape su polvo mi sedienta boca
que en sed de amor se ha consumido en vano;
esta boca de Dios con que he maldito
bendiciendo a mi patria envilecida,
esta boca en que Dios me puso el grito
que ha sido toda el alma de mi vida;
este cráter que al fuego de mi entraña
le da respiro de aire y clara lumbre,
fuego que del abismo de mi España
trepó a mi boca como a altiva cumbre.
Tape su polvo allí, entre los rastrojos,
donde matan el hambre pordioseros,
tape su polvo con piedad mis ojos
de escudriñar las tristes sombras huecos.
El polvo de mi roca, santo velo,
al sueño de mi duelo guarde en sombra
y no me hiera fiera luz del cielo
de ese Dios de Jacob que no se nombra.
Tape mis pies su polvo, pies cansados
de recorrer mi España, peregrino,
sin su pulso sentir, pies destrozados
por las cruces de tumba del camino.
Tape su polvo mi rendida mano
que aró febril a España con la pluma
e impida que al besarla algún hermano
la manche de su bilis con la espuma.
Tape su polvo mi abatido pecho
donde tu mar entró, Fuerteventura¹⁸;
con él de roca sempiterno lecho
mi polvo se haga poso de la hondadura.
Raíz mi corazón, polvo de roca,
se haga del santo páramo ermitaño,
del páramo que al otro, al cielo, toca
para juntos parir feliz engaño.

Cubra su polvo, terrenal ceniza,
mi frente al sol curtida, y el memento
del cielo de la noche que agoniza
me quite dando paz a mi tormento.
Tape su polvo mis pobres orejas
heridas del silencio de mi casta,
sólo mi sangre me daba sus quejas
en mi concha de mar¹⁹; sólo Dios basta.
Tape su polvo las vergüenzas tristes
con que hice carne en tierra de verdugos,
¡ay mi carne española, la que vistes
hambre de siglos y hambre de mendrugos!
Yazga sobre su roca, fiel regazo,
la caña de mi tuétano, que guarda
de su tuétano sales, mi espinazo
que nunca soportó castrense albarda.
Envolvedme en un lienzo de blancura
hecho de lino del que riega el Duero
y al sol de Gredos luego se depura,
—soy villano de a pie, no caballero—
no en ese roto harapo gualda y rojo
—bilis y sangre— que enjuga la espada;
honra y no honor, estoy libre de antojo;
embozo de verdugo no es mi almohada.
Y apisonen mi tierra las escarchas
del invierno ceñudo y que no dejen
pasar vivas ni olés ni reales marchas,
ni de Cádiz, que el asco me remejen²⁰.
Si caigo aquí, sobre esta baja tierra,
subid mi carne al páramo aterido,
por Dios, por nuestro Dios, el de la guerra,
mas no de los ejércitos, lo pido.
Subidme allá, se hará mi carne roca
y allí, en el yermo, clamará su credo,
daré al desierto de mi patria boca
de gritar a los sordos por el miedo.

París.

[V]²¹

A Paul Valéry

Miraba a la mar la vaca
y a la vaca la mar;
en la resaca
la mar reía
y la vaca la risa no veía...
La vaca está debajo de la risa
y del llanto,
es decir, por encima, en la repisa
del infinito,
donde se quiebra en espuma el quebranto
y en silencio el grito.
Los ánaes sobre la mar volando
miran la mar, no el cielo;
a sus entrañas;
pasan en bando,
que es su consuelo
y se van a otras costas nunca extrañas.
Los peces son los que no ven la mar
y a las olas se asoman
para mirar al cielo,
mirada de que toman
su fe para nadar, que es su volar.
No, yo no sueño la vida;
es la vida la que me sueña a mí
y si el sueño me olvida
he de olvidarme al cabo que viví.
Miraba a la mar la vaca;
la vaca era la mar, se hacía mar
y la mar otra vaca.
No nada la vaca ni vuela;
mira la mar, respira aire del cielo
y pisa en el suelo.
La mar no nada ni el cielo vuela;
sobre la tierra se apoya la mar;
sobre la tierra la mar y el cielo;
es su volar.

París.

NOTA

Este poema, aunque sobre cosa de mar, fue escrito en París y antes de que viniese acá, a Hendaya, a la ribera de mi golfo de Vizcaya o de Gascuña. En realidad me fue sugerido por un re-

cuerdo de Fuerteventura y fue el haber visto, y más de una vez, a una camella, y no a una vaca, mirando a la mar.

Apenas escrito el poema se lo envié, dedicado, a Paul Valéry, que moraba muy cerca de mi pensión. Pocos días después fue a verme, no me encontró y me dejó escrita una tarjeta de visita que decía:

VENDREDI Cher et illustre voisin, muy
querido Unamuno,
je ne sais pas vous dire en
castillan tous mes remerciements
pour votre lettre et pour l'honneur
de la dédicace. ¡Yo soy vaca!
et je suis désolé de ne
pas vous trouver.

Mais je reviendrai avec
l'espoir de vous dire sans
«precision» mais de grand
cœur tout ce que je dois
decir a Vd. Yo no sé escribir,
muchissimas gracias²².

[VI]²³

La mar posada me compone el alma
rota por el combate
de la tierra;
su escalofrío me tupe de calma;
mi pecho late
con el latido de la mar; se cierra
la visión de la mar en mi memoria;
de la mano de Dios baja el olvido;
me escurro de la historia
y me pierdo en la mar de que ha partido
la nube de mi vida...
Niñez eterna de la mar, ensueño
de un alba eterna...
Me baño en la niñez rosada y tierna,
cuando es todo el empeño
vivir sin más, dejarse ser soñado
y oír la propia sangre cómo canta
dentro del vaso vivo y regalado
del cuerpo, de la virgen carne santa...
Se oye uno en Dios, se vive,
se va muriendo en Él cada momento;
la muerte se recibe
como la vida
y se sueña acostado en el cimiento,
y de la muerte así el alma se olvida...
¡Canta la mar, sangre de Dios; su aliento
me llena el corazón...,
de mi sangre divina oigo el acento
y canta mi pasión!
La mar, la mar, la mar..., la vida en cuna;
de antes del hombre la revelación...
En ella embarca toda su fortuna,
fe sin palabra,
mi temblorosa mente;
se abre a la tierra miserable el abra
donde me embarco
y me pierdo en mi Dios justo y clemente.
Su justicia es clemencia;
su clemencia, justicia;
su eternidad, paciencia;
nos da lo suyo, vida, y nos enquistia
en su divina esencia...,
no nos quita lo nuestro, que es la muerte

y vida en muerte, muerte en vida es nuestra suerte.
Olas que sois la mar que se da al cielo,
su cutis de hermosura,
¡ay pobres olas breves, soñadoras,
con flotantes raíces en la hondura,
palpitantes escamas!, ¡con qué anhelo
os ve mi alma pasar!
¡Ay pobres olas breves, gemidoras,
bajo el silencio cruel de las estrellas
que miran a la mar...!
Olas que no dejáis en la mar huellas,
¿quedan las mías en la tierra dura?,
¿queda en su polvo rastro de mi paso?,
¿tiene raíz mi ensueño de tortura?,
¡desierto raso!
¡Ay pobres olas náufragas!, os traga
vuestra madre la mar y es un aborto
vuestro ensueño de vida;
con el parto os amaga
la muerte en rato corto...
El canto de la mar es silencioso;
es jugo blanco de sonido inerte;
es el íntimo canto misterioso
que sin voz canta la callada muerte:
«Sueña —me dice— sueña...,
derrítete en el sueño...,
olvídate..., olvídate..., el olvido enseña
la última lección...;
sueñe en la mano de su eterno dueño,
en mano de Dios tu corazón...»
La mar me llena el pecho
y en él se duerme Dios como en su lecho.

[VII]²⁴

Es música la mar; literatura,
letra la tierra²⁵;
la pura mar desnuda idea pura
que otra no encierra,
una simple noción.
Canta la mar sin letra, y es resumen
de lo infinito;
la tierra yace abierta y es volumen
en donde el grito
se vuelve notación.
Canta la mar mientras la tierra escribe
la triste historia²⁶;
cree la tierra cantar cuando recibe
rayo de gloria
que le baja del sol.
Al sol bebe la mar y se lo engulle,
y lo digiere;
en su hondo abismo la lumbrera bulle
y su eco hiere
la entraña al caracol²⁷.
El canto de la mar es monodia
en donde el brillo
del cielo de la noche se extasía
y se pierde al confín;
la letra de la tierra una tragedia
que se recita
y es alimento de la triste acedía
con que se irrita
una pasión sin fin.
La mar breza a la tierra y la adormece
para el ensueño;
en sus labios la tierra se estremece,
bebe beleño
de amar y de olvidar...
El vapor de las lágrimas la brisa
le lleva al río,
por él del horizonte a la cornisa,
donde, rocío,
cuaja entre cielo y mar...

[VIII]²⁸

Voy contando los segundos
del desvelo por la noche
con los golpes que en el pecho
me da el corazón; recoge
la ponzoña que me cría
en la sangre ya más pobre,
la afrenta con que mi España
en el silencio se esconde
soportando de tiranos
burlas e injurias soeces;
la más soez el tratarla
de buena chica, conforme,
de pupila resignada
con su oficio, no muy noble.
Mas cuando el sol fronterizo
me manda desde los montes
de la patria su saludo,
tras remachar eslabones
del rezo que es la cadena
de mi pensar, luego entonces
[abro] las páginas prietas
—¡qué de cosas me responden!—
de tu Divina Comedia²⁹;
Dante mío, tú, mi hombre,
compañero de infortunio
y de ensueños y razones.
Si es que te mostró el destierro
el Infierno desde el borde
de la vida, recibiste
los divinos resplandores
del Paraíso soñado
gracias al destierro, donde
la patria se hace celeste
limpiándose de su podre
de poder en servidumbre
y de ordenanza en rencores³⁰.
Mi España de tras el mundo,
duda que a Dios le corroe,
¡ay mi divina tragedia!,
eterno anhelo sin nombre,
desesperada esperanza,
sol que sin cesar se pone
en las tinieblas, su madre,

la eternidad de la noche
sin estrellas y sin luna,
seno silencioso, enorme,
de abismático reposo
donde la inquietud se ahonde.
¡Ay mi España!, el imposible
siempre más allá, el informe
sueño de un Tras Dios, la gana
de más que todo, del molde
de universos sonaderos
y del sueño mismo molde...
De querer tanto, mi España,
tu querer no tiene en donde...

[IX]³¹

¡Ay celda sin ermitaño,
cáscara sin caracol,
se te murió el peregrino
que sacaba ojos al sol!

Fuiste su alma que llevabas
a cuestas, fuiste su amor;
alma sin cuerpo, te espera
muy pobre resurrección.

En tus entrañas vacías
resuena triste canción,
la brisa te canta en ellas
cantar del último adiós³².

¡Ay celda, que eres mi vida,
que te deje quiere Dios,
y al dejarte he de dejarte
mi alma con esta canción!³³

13 de marzo, 1928.

[X]³⁴

Flor de la argoma entre espinas
nunca rendida al ojal,
tu gualda mis soledades
puebla con su soledad.

Eres oro del invierno
que se guarda virginal,
rechazas vanos perfumes,
austera flor natural.

Mariposas celestinas
no te liban para hurgar
ni las abejas machorras
por tu miel han de llegar.

Flor bravía de mi raza,
nunca rendida al ojal,
oro de las soledades
de mi última soledad.

17 de marzo, 1928.

[XI]³⁵

Ay aquel quitameriendas
de los campos de Casulla,
pura flor, sin tallo ni hojas,
nunca al ojal sometida.

Endeble cáliz que rompe
la más apretada arcilla³⁶,
sólo porque de continuo
empuja... ¡fuerza infinita!

Flor solitaria, sin tallo
ni otro apoyo que sí misma,
flor del páramo bendito,
misteriosa villorita.

Flor de entrañada raigambre,
toda tierra, maravilla
de tenacidad paciente,
de soledad contenida;

flor de los campos ceñudos,
flor de las eras batidas,
¡ay aquel quitameriendas
de mi tierra salmantina!

24 de abril, 1928.

[XII]³⁷

El triste tamarindo de la duna
vencido a los zarpazos de occidente
derrama sin cesar sobre su cuna
melena en tronco que no muestra frente.

Es el dolido adorador a solas
de la mar implacable, su madrastra;
que le espurríe sales con sus olas
para bizmar sus penas y le basta.

Arrastra quieto su miseria oscura,
sin luz ni sombra; con sus grises flores,
canas de primavera, ¡qué locura
de triste amor que no sabe de amores!

16 de mayo, 1928.

[XIII]³⁸

¡Qué tarde nos amigamos
madre Mar, hondón del alma,
qué tarde me ha rebotado
tu cantar en las entrañas!

Ay madre, aquel que tú sabes
cabe a tu pecho me aguarda
en este golfo bendito
sonrisa de mi Vizcaya,
donde tu aliento robusto
y el jugo de las montañas
con sal y verdor criaron
la raigambre de mi raza.

Si el rocío de tus olas
al romper de mi alborada
sobre esta mi frente, pétalo
que de ensueños reventaba,
la frescura hubiese ungido
de tu salud abismada,
qué mundo que me he perdido
me arroparía, mortaja.

31 de mayo, 1928.

[XIV]³⁹

Desnudarse del verde
y luego del azul,
desnudarse del blanco
y de toda la luz.

Desnudarse del mundo,
de todo lo común;
quedarse solo a solas
es toda la salud.

21 de junio, 1928.

[XV]⁴⁰

¡Ay qué molino de viento
Don Quijote de La Mancha,
el que en mi Fuerteventura
me molió el gofio del alma!⁴¹

Saqué del páramo el grano⁴²
y fue tostado a la brasa
del fogón de la justicia
de donde echaron a España.

Y las brisas que empujaron
de aquel molino las aspas
soplo de la mar sin grillos
en la que Colón soñaba⁴³.

29 de junio, 1928.

[XVI]⁴⁴

¡Ay de aquel que no sabe sin vaso
beber del arroyo que abreva los campos!

Cuando niño chupábase el dedo
de su pie, hoy esclavo.

¡Libertad, libertad! Teorema
sin sal, inventado
por el triste animal que entre el verde
ya no es ciudadano.

El bastón, ese leño sin jugo,
sin hojas, pelado,
es el cetro de un rey sin corona,
de un rey desterrado⁴⁵.

¡Ay de aquel que no sabe sin vaso
beber del arroyo que abreva los campos!

19 de julio, 1928.

[XVII]⁴⁶

Mientras no cambie la luna,
la sequía seguirá;
la rueda de la fortuna
es la que no cambiará.

La pobreza es nuestra raza,
y a la raza no hay enmienda;
este mundo por la traza
no hay cristiano que lo entienda.

Ya creciente, ya menguante,
ya luna llena, ya nueva,
siempre lo mismo... ¡adelante!,
dicen que es mucho de prueba.

Nos queda Dios por lo visto...
¡no!, ¡por lo que está por ver!
La aguja, el camello, Cristo...
¡Sí que es ganas de moler!

8 de agosto, 1928.

[XVIII]⁴⁷

Una colina de color de caca
de mamoncillo; la mar adormida
a su desnudo pie, que en la resaca
con espuma de sal al sol batida
se borda; ni una brizna de verdura
terrestre; algas y conchas; ¡soledad,
rebaño de las olas que murmuran
soñando selvas en la inmensidad!

28 de agosto, 1928.

[XIX]⁴⁸

Se iba frente a la mar a desgranar, rendido,
las cuentas del rosario eterno que pasaban⁴⁹,
tal olas, y a soñar el venidero olvido
de los pocos recuerdos ya que le quedaban.

Y oía el olvidado dulce canto lento
con que asentó la leche de su madre, oía
aquel de hogar de invierno misterioso cuento
con que ella sonrió la tarde en que él nacía.

Y eran la mar, su madre, el canto sin riberas,
el porvenir pasado en que Dios le soñó,
y se iba poco a poco hundiendo en las primeras
olas solas del tiempo en que la luz prendió.

16 de septiembre, 1928.

[XX]⁵⁰

¿Vienes, M., del mono, el monigote?
¿Cuajastes a la luz de la caverna
—en la selva de salvajes islote—
donde nació la eterna
visión del arte?

¿O te zigzagueó, te esquivó el cuchillo,
que en el hechizo parte
la manzana, el anillo?⁵¹
¿O saliste del cuello del camello?⁵²

¡Mi jeroglífico, mi sello!⁵³
y el sello de la Madre, de María
—María Salomé fue madre mía—,
M al pie de la cruz, del monigote⁵⁴,
Cristo-Quijote,
¡trágico troglodita
que quiso eternizarse en su dibujo!,
¡divino brujo!,
¡M bendita!

7 de enero, 1929.

[XXI]⁵⁵

Brilla tu canto, sirena,
en las cabrillas⁵⁶; la mar
cuenta el rosario de arena,
sus cuentas son tu cantar.

1 de marzo, 1929.

[XXII]⁵⁷

Por el ojo de un camello
pasa una aguja y le deja
tuerto; el camello se aleja
encorvando triste el cuello,
pero no se queja.

27 de marzo, 1929.

[XXIII]⁵⁸

Ensíllame a Clavileño,
tierna sombra de Cervantes,
voy a buscar los gigantes
de las ínsulas del sueño⁵⁹.

Juntos en él cabalgaron
Don Quijote y Sancho Panza,
sobre la misma esperanza
juntos los dos se abrazaron.

Juntos los dos, caballeros
de leño, leño de cruz,
vendados vieron la luz
de los sueños verdaderos.

Véndame a España la vista
y ensíllame tu artilugio,
voy a mi último refugio,
voy a mi última conquista.

4 de agosto, 1929.

Notas

- 1 En *Poesías sueltas* (LXVI). Fragmentos de este poema fueron plasmados en el autógrafo que Unamuno dedica a Maruca Millares Farinós, hija de Luis Millares, el 18 de julio de 1910, y leídos en el “Salón Saint-Saëns”, del Teatro Pérez Galdós (Cfr. ARMAS, AYALA, Alfonso, *opus cit.* pp. 430[96]-431[97]. Algunos de estos fragmentos serán glosados en prosa por Unamuno para introducir el artículo “La Laguna de Tenerife”, publicado en *Por tierras de Portugal y España* (1911).
- 2 Será recurrente en Unamuno la concepción del mar como memoria y testigo de los inicios del mundo. El mismo pensamiento poético encontramos en Byron (*Las peregrinaciones de Childe-Harold, El corsario...*).
- 3 La esfinge representa el conocimiento de la ciencia y la verdad de los misterios; antes, incluso, de la fragmentación del cosmos. El mar, como espectador en *praesentia* del hecho, sería portador, como la esfinge, de la verdad primera y absoluta.
- 4 En el poema “A bordo del «Romney», rumbo a Oporto”, el mar canta ofreciendo una respuesta: no hay secreto, toda oscuridad es invención del hombre. Respuesta que no satisface a Unamuno y lo hace debatirse entre si es el mar quien dice o acaso él quien se engaña con el mar. En el soneto XXIII de *De Fuerteventura a París*, Unamuno inquirirá: “¿Qué dices, mar, con tu susurro? ¡Dime!”. Y en el soneto LII vuelve a interpelar al mar, pero solicitándole, ahora, que no revele el secreto y que su canto sea redención.
- 5 Es tradición que el mar sea símbolo de la libertad, sobre todo en la herencia romántica. Piénsese en Byron o en la “Canción del pirata” de Espronceda.
- 6 La idea del mar como igualador o referente de regla será desarrollada mediante la contemplación concreta del horizonte marino en el soneto XXXV de *De Fuerteventura a París*: “Eres su regla, la única, la buena, /la que nunca se tuerce ni resiente, /la que mide los cielos sonriente/ y a nivel de razón al mundo ordena”.
- 7 En *Poesías sueltas* (LXVII). Sobre el movimiento de vaivén de las olas marinas, Unamuno describe el dinamismo de las nubes, los días y los sueños en un ritmo caprichoso.
- 8 Unamuno alude a la escasez de lluvias en las Islas. Esta observación la hará en el “Discurso sobre la patria”, p. 29 y en la novela corta *Tulio Montalbán y Julio Macedo* (1920).
- 9 Unamuno contradice el ideario liberador de la mar expuesto en el poema anterior. El mar puede ser esclavo de su monotonía rítmica, pero parece que el movimiento de los sueños se asocia con el de las olas, en un trajín afanoso por alcanzar el deseo.
- 10 En *Poesías sueltas* (LXVIII). Unamuno establece un diálogo con el mar, pero desde una postura distante y hasta conflictiva. El poema tiene cierto carácter impresionista, donde el mar es definido según las experiencias de otros viajeros que navegan, como Unamuno, en el «Romney»; así, a través del jugador, del pianista, de una viajera, de un fumador de pipa...
- 11 En el “Poema del mar. Letanía al mar” [I], Unamuno había interrogado al mar por el supremo secreto y aquí le contesta que no hay tal, que todo es oscuro artificio humano, que es como hablarle a Unamuno del sin-sentido del hombre, pues, si no hay verdad última, el hombre está sólo con plena responsabilidad de sus actos.
- 12 El movimiento de los naipes en el juego es similar al de las olas. Ejercicio que él mismo experimentará en Fuerteventura, tras regalarle Mr Fritch una baraja para hacer solitarios: “como las olas de la mar, mi mano/ tiende los naipes...” (soneto XXXVIII de *De Fuerteventura a París*). El juego, en sus reglas, tiene una limitación de movimientos, pero siempre tiene un margen de azar que hace que contenga lo cambiante en la mismidad.
- 13 Aquí subyace el pensamiento del filósofo griego HERÁCLITO, llamado *El Oscuro*, que piensa la naturaleza como un constante devenir.
- 14 PARMÉNIDES de ELEA (540-459?). Filósofo griego, cuyo postulado se opone al de Heráclito, pues para él todo está en reposo: el ser es único, eterno e inmóvil, sin principio y fin.
- 15 Del *Romancero del destierro* (I), Alba, Buenos Aires, 1928.
- 16 La escritura de este poema está motivada por las interrogantes formuladas por Unamuno en el soneto LXIX de *De Fuerteventura a París*, en el que

- se pregunta por el lugar donde reposará su corazón. La muerte del niño Yago de Luna en tierras francesas reavivará esta incertidumbre (soneto XCII) y Unamuno dejará su voluntad expuesta poéticamente en esta composición. El deseo de ser enterrado en suelo patrio es, según M. Éliade y G. Durand, “forma profana del autoctonismo místico, de la necesidad de volver a la propia casa” y una “eufemización de la muerte” como retorno al hogar (Cfr. DURAND, G., *opus cit.*, p. 225).
- 17 Unamuno nos había expuesto en el segundo cuarteto del soneto LXXIII de *De Fuerteventura a París*, como la humedad es símbolo reblandecedor del fundamento, constituyendo barro y, por tanto, algo frágil y perecedero. Lo seco y pétreo, por el contrario, concurren como el fundamento sólido para el arraigo y el último fin.
- 18 La isla, reducida simbólicamente a roca, es una imagen que se adecua al espacio cercado de la tumba.
- 19 La metáfora de la concha es de stirpe carduciana; ya la había utilizado en el artículo “El estilo nos hace”, p. 126; con posterioridad, recurrirá a ella en *Sombras de sueño* (1930).
- 20 En el comentario al soneto III de *De Fuerteventura a París* escribe de Cádiz: “ciudad a la que quiero olvidar”. Suponemos que por el control ejercido sobre él, al no haber traspasado los límites de los que se le desterraba, el acompañamiento del ex diputado Rodrigo Soriano, con el que no tuvo muy buenas relaciones, y por la visita de Miguel de Maeztu, en calidad de embajador de Martínez Anido, que le ofreció el indulto si se retractaba. Cfr. SALCEDO, Emilio, *opus cit.*, 261-262.
- 21 Antes de aparecer en el *Romancero del destierro* (III), este poema fue publicado con variantes en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, (15-V-1926). Se incluía, además, una nota distinta a la que añade Unamuno aquí, donde planteaba la posibilidad de que los seres animales pudieran tener experiencia estética. Finalmente, llega a la conclusión de que el hombre, por tener razón, no siempre puede tener esta experiencia. El pensamiento de Unamuno se aproxima al de Kant en *La crítica del juicio*: el placer estético es desinteresado: la vaca (refiguración de la camella de Fuerteventura, como él mismo confiesa), contempla la mar desinteresadamente, sin conocimiento de su concepto y utilidad. La experiencia estética, entonces, es juego autónomo y desinteresado a las convenciones de la realidad, como el sueño. Si la vida es sueño –dice Unamuno en la misma nota– también puede ser paralelamente juego. Cfr. “En el destierro (1924-1929)”, *Obras Completas*, Tomo X, prólogo, edición y notas de Manuel GARCÍA BLANCO, Afrodísio Aguado, Madrid, 1958. En el artículo “La risa quijotesca”, Unamuno presenta un camello en la misma actitud”, p. 107. La risa marina procede de los versos 89-90 del *Prometeo encadenado* de Esquilo, cfr. PADORNO, E. *Algunos materiales...*, pp. 173-174.
- 22 VIERNES Querido e ilustre vecino, *muy querido Unamuno*, yo no sé darle las gracias en castellano por su carta y por el honor de la dedicatoria. *¡Yo soy vaca!* Y siento no haberlo encontrado. Mas volveré con la esperanza de decirle sin «*precision*», pero de todo corazón, lo que yo debo decir a *Vd.* Yo no sé escribir, *muchísimas gracias*.
- 23 Del *Romancero del destierro* (VIII).
- 24 Del *Romancero del destierro* (XI).
- 25 El mar parece siluetear la tierra, como el silencio expresado por el blanco de la página, que, según Mallarmé, delimita al poema. La música aprieta la letra de la canción realizándola.
- 26 Tendemos a interpretar esto como una intuición similar al conflicto entre “tierra y mundo” heideggeriano. “La tierra –escribe Heidegger– es aquello donde el surgimiento vuelve a dar acogida a todo lo que surge como tal. En eso que surge, la tierra se presenta como aquello que acoge” (HEIDEGGER, M., *El origen de la obra de arte*, en *Caminos de bosque*, p. 30). De manera que, en el caso de Unamuno, el mar sería aquello que acoge todo lo surgible o potencial (el “resumen de lo infinito”). Para Heidegger, el mundo es algo que aparece por la apertura de la tierra, es decir, el desarrollo de una de esas potencialidades (HEIDEGGER, M., *opus cit.*, p. 31), mientras que para Unamuno esta potencialidad surgida o desarrollada (Mundo) es la tierra que “yace abierta” y perfilada en el mar. Cuando Unamuno dice que la tierra escribe la historia, se refiere, concretamente,

- al desarrollo de una potencialidad, y que Heidegger llama interpretación: “La interpretación no es tomar conciencia de lo comprendido, sino el desarrollo de las posibilidades proyectadas en el comprender” (HEIDEGGER, M., *El ser y el tiempo*, p. 166). La escritura, entonces, es interpretación en el sentido heideggeriano y unamuniano (Unamuno, mediante la escritura, se inventa o hace una historia, una posibilidad).
- 27 En las mitologías, es frecuente concebir que el sol, cuando se oculta, es engullido por el mar, experimentando una muerte y luego una resurrección. Jung añade, además, que este proceso representaría un estado “latente” (potencial) en el que el sol (símbolo del héroe) esperaría para surgir de nuevo, abriendo o desgarrando aquello que lo ha engullido (el mar como monstruo). Cfr. CIRLOT, J. E., *opus cit.*, p. 465. Como podemos advertir, esta mitología conviene al carácter fenomenológico que presenta el poema.
- 28 Del *Romancero del destierro* (XVIII).
- 29 Unamuno, al salir de su casa camino del destierro, había llevado consigo una pequeña edición de la *Divina Comedia* de Dante, realizada por Barbèra, en Florencia, cfr. “La aulaga mayorera”, p. 91.
- 30 La situación en que lo instala el destierro es advertida en Fuerteventura en relación con el mar: “Mar que sana/ con su grave sonrisa más que humana/ y cambia en suave gracia el atropello/ con que un déspota vil ha puesto el sello/ de la loca barbarie en que se ufana” (soneto VIII de *De Fuerteventura a París*). Unamuno, como ya se ha indicado, alude al mito de Prometeo.
- 31 En *Poemas y canciones de Hendaya I* (1928), del *Cancionero* (23). El caparazón vacío del caracol es un elemento que se ajusta a la simbología goetheana de la calavera que mienta Unamuno en “Traje y estilo”(p. X): ambos representan el paso del tiempo, la extinción de la existencia y lo que resta del ser. Además, el caracol es símbolo que acompaña siempre al peregrino, símbolo de la existencia del hombre como tránsito y fugacidad. En *Sombras de sueño*, Elvira ve una concha vacía en la playa de la isla en que habita y Macedo la recoge, diciendo de ella: “Es una casa vacía..., vacía y sin puerta. El pobre animalillo que la habitó se ha fundido en la mar donde naciera. Queda aquí, en la arena, su casa, o mejor este cadáver de casa...” (...) “¡Un cadáver de casa! Y este cadáver de casa, esta pobre conchita - ¡mírela, mírela, han quedado en ella, en franjas, como huellas de encendidas oleadas!-, esta pobre conchita, aquí, en la arena, se hará arena... Esta pequeña playa es un cementerio de casas vacías... (*opus cit.*, p. 387). En la “Última aventura de Don Quijote. La sepultura de Mahán” (I), la isla esquelética (o esencial) de Fuerteventura adquiere para Unamuno la forma de un gran osario, p. 70.
- 32 En “El estilo nos hace” (p. 125), en el primer poema del *Romancero del destierro* (IV, en esta edición, p. 198), y en *Sombras de sueño*, Unamuno utiliza la metáfora clásica de la concha que contiene el rumor del mar, y aparece unida a un sentido naturalista de la mar como sangre (el rumor sería la propia sangre del pabellón de la oreja). Aquí, ese murmullo marino es último resquicio de vida que ha quedado impreso en la concha (en los restos); de igual forma, lo observa Julio Macedo en el ya mencionado drama, como podemos comprobar en la cita de la nota anterior: “han quedado en ella, en franjas, como huellas de encendidas oleadas”.
- 33 En esta última estrofa, hay una meditación que ha sido constante en el pensamiento de Unamuno: la resistencia a morir, pues es Dios quien ordena dejar la existencia. Reflexión suscitada por la carta XC de *Obermann*, de Etienne Pivert de Sénancour. Cfr. al respecto (y en relación al soneto “Yo, a mi cuerpo” de D. Rivero), PADORNO, E., *Algunos materiales...*, pp. 101-107. Estos últimos versos nos revelan cierta concepción espacial del poema en Unamuno: el poema es la concha (celda o casa) donde resonarán sus últimas huellas vitales.
- 34 *Poemas y canciones de Hendaya I* (1928), del *Cancionero* (43). Unamuno ve en la flor de argoma la misma conformación que en la aulaga de Fuerteventura: una lección de estilo y un símbolo de austeridad. Sin embargo, como en la aulaga, la pobreza no es esclava, aunque sea humilde. Por eso no se doblega al papel secundario del adorno (“nunca rendida al ojal”). Después de su experiencia en la isla, Unamuno atenderá “a un repertorio de esencialidades, de nociones puras, esquemáticas, que la cultura occidental –por re-

- pudió de lo simple, por hacer el gasto verbal del ornato— hasta entonces había tenido retóricamente «recubiertos». Cfr. PADORNO, E., “Imagen poética y despojamiento”, en *Memoria poética*, pp. 119-120.
- 35 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (154). Cfr. nota 1 del poema [X].
- 36 La arcilla adquiere para Unamuno la significación de lo perecedero y lo endeble, frente a lo seco y lo sólido, símbolos de perduración y cohesión. Esto ya lo había poetizado en el soneto LXXIII de *Fuerteventura a París*.
- 37 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (177). Esta composición debe ser entendida en la misma línea esencialista que el artículo “La aulaga majorera” (p. 91) y los poemas [X] y [XI] de esta edición (pp. 208-209). Sin embargo, en el segundo verso, parece explicitarse el rechazo de aquello primitivo del que nos había hablado Padorno. La etimología árabe del término “tamarindo” nos impele a un oculto sentido: el tamarindo y la duna, propios de territorios desérticos, evidencian el africanismo de don Miguel, aludiendo a la agresión occidental contra los pueblos árabes. Unamuno había criticado, concretamente, la actuación española en el norte de África. Unamuno, entonces, opone los “zarpazos” de occidente (acciones animales propias de fieras) a lo quieto vegetal.
El verso “melena en tronco que no muestra frente” contiene la imagen del Crucificado en el madero, con la cabeza inclinada y el cabello derramado que oculta su rostro. Después de su íntima relación con el mar en Fuerteventura, éste siempre ha sido “compasivo” y feminizado como “madre”; ahora es “implacable” “madrastra”. En este caso, el mar alivia la agonía del Crucificado, pues el verbo “bizmar” lo asimila al vino mezclado con hiel (según Mt. 27, 34), o con mirra (según Mc. 15, 23), o al vino agridulce (según Lc. 36 y Jn. 19, 29), que se dio de beber Cristo en la cruz. El vino agridulce con mirra adormece el dolor. Finalmente, la locura, como “privación de la razón”, deja paso al sentimiento del corazón (al amor humano, desconocedor del amor carnal concreto), que aboca al sacrificio.
- 38 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (189). En el comentario al soneto XXXII de *De Fuerteventura a París*, Unamuno anota: “Es en Fuerteventura donde he llegado a conocer a la mar, donde he llegado una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina. Y le llamo «la mar» y no el «el mar»...”. La atención que presta Unamuno al mar durante su primer viaje a las Canarias es exigua, pues su visión se construye con unos distantes *topoi*. En “A bordo del «Romney», rumbo a Oporto” [III] (p. 193), advertimos la enemistad entre Unamuno y el mar, al que dice: “Calla, por Dios, esa canción de cuna,/ la brizadora,/ calla, que me adormeces,/ haz callar a tus olas”.
- 39 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (228). Fuerteventura ejemplificó el estilo esquelético o desnudo que Unamuno siempre buscó; pero, en esta composición, el despojamiento llega a un grado máximo. En “Traje y estilo” escribió: “¿Hay desnudo completo? No, no hay más desnudo completo que el de la nada. Y esto porque todo es revestimiento...”, p. 86. Unamuno parece manifestar el deseo de sustraerse de toda transitividad mundana para experimentar intransitivamente su existir (es decir, a solas y sin intención). Este despojamiento no responde a un mero aislamiento material, sino a una vuelta al estado antes de la caída, o el arrojamiento que postulan los existencialistas; a un estado unitario que contiene lo diverso en potencia. De ser esto así, Unamuno se aproximaría, en parte, a ciertas consideraciones de la filosofía de Levinas (cfr. LEVINAS, Emmanuel, *El Tiempo y el Otro*, introducción de Félix DUQUE, Paidós ICE/UAB, Barcelona, 1993, pp. 80-83).
- 40 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (248).
- 41 Cfr. el artículo “El gofio”, p. 101. El proceso de quijotización de Unamuno en Fuerteventura se ve motivado no sólo por la experiencia del destierro, sino por ciertas peculiaridades del paisaje majorero, como nos muestra la anotación hecha en el municipio de la Antigua el 10 de marzo, cfr. *Mi destierro*, p. 140. Los molinos de Fuerteventura traen a presencia la figura de don Quijote.
- 42 Desde el soneto VIII de *De Fuerteventura a París*, Unamuno se refiere a la roca de Fuerteventura: “pues del limpio caudal de tu pobreza/ para su España celestial y pura/ te ha de sacar mi

espíritu riqueza”. Este soneto contiene implícitamente la figura de Moisés, que, estando en el desierto, hizo brotar agua de una piedra para dar de beber a su pueblo (Ex. 17, 6). De la misma manera, se hace brotar aquí el grano del páramo. En ambos textos late una intención de “re-fundación” de España, en vez de la “recuperación” noventa-yochista de aquello que España fue. El deseo de refundación se hace explícito en “El suave tumulto”, p. 121.

- 43 Nueva invectiva contra las empresas coloniales.
- 44 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (295). El poema hace explícito el primitivismo unamuniano. El vaso aparece como instrumento simbólico de la modernidad, mientras que el beber directamente del arroyo habla de un hombre primitivo, que no conoce la libertad, pues ésta nace cuando nace la esclavitud. De ahí que el animal que “ya no es ciudadano” sea esclavo del “verdor” (de la modernidad) de Occidente. Si recordamos el “Discurso de los Juegos Florales” (de 1910), Unamuno exponía que era precisamente la ciudad, el progreso y el mundo moderno los que daban la libertad y hacían ciudadano al hombre, pues la vida en común implicaba el derecho democrático de la libertad, que era concedida por los miembros de la comunidad. Por eso concebía negativamente el vivir en una isla, pues se estaba alejado de la colectividad. El pensamiento ahora es distinto: es la modernidad la que hace esclavos.
- 45 En el artículo “Domingo de Ramos”, referente a dicho día vivido en Fuerteventura, Unamuno había escrito sobre la esencialidad del bastón de mando y recordado los detalles de su contrucción que ofrece Homero en la *Iliada*. Cfr. p. 73.
- 46 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (324). Ya en *De Fuerteventura a París*, Unamuno había reparado en la luna (soneto XXIV) como medidora fatal del tiempo y vehículo de la transmigración de las almas; y en el soneto LXXVIII, donde la luna se ahogaba en el cielo “moderno” de París. Ahora, las fases de la luna se asocian a los distintos momentos de riqueza o pobreza material por los que pasa el hombre (unas veces llena –rica– otras menguante –pobre–, etc.). Al final de todo este trabajo, nos dicen los Evangelios, el trabajo y la pobreza tie-

nen su recompensa con el paso al reino de los cielos, según Mt. 19, 23; Mc. 10, 23 y Lc. 18, 24, pues es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos. Aunque Unamuno se muestra dudoso de que esto sea así en la última estrofa del poema, pues un hecho sucedido en el municipio de Pájara, en Fuerteventura, le hace pensar si los ricos, con su dinero, no hayan encontrado algún medio para pasar, cfr. “Divagaciones de un confinado. El camello y el ojo de la aguja”, p. 80.

- 47 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (354). No sabemos exactamente qué puede haber motivado la escritura de este poema, pero parece perfilarse en su memoria los contornos de la isla de Fuerteventura y un *continuum* de elementos exiguos: su color, el mar tendido a su pie dibujando su figura (como en el soneto XVI de *De Fuerteventura a París*, donde Unamuno escribe: “La mar piadosa con su espuma baña/ las uñas de de sus pies...”), las algas, las conchas. El deseo de hallar verdura en la inmesidad del mar nos remite al mito bíblico de la paloma, que trajo un ramito de olivo al arca de Noé como señal de que las aguas habían comenzado a remitir. Asunto éste que ya había tratado en el soneto XXII de *De Fuerteventura a París* y en *Sombras de sueño* (*opus cit.*, p. 384).
- 48 *Cancionero espiritual en la frontera del destierro*, del *Cancionero* (404). El mar, como memoria y testigo de la aurora del mundo y de su historia, trae a presencia los recuerdos íntimos de las primeras horas del hombre con su madre y el proyecto que de él tuvo Dios.
- 49 Unamuno ya había tratado poéticamente en *De Fuerteventura a París* las olas de la mar como las cuentas de un rosario: “... Pasando las cuentas/ del eterno rosario me acrecientas/ el ansia de soñar que al pecho oprime” (soneto XXIII). En *Sombras de sueño*, encontramos otra imagen que es análoga a ésta del rosario: el mar como flor. Así, su protagonista, Elvira, dice: “¡Hojas, hojas, hojas! ¡Hojas de margarita..., hojas de mar..., hojas de libro!”. Inmediatamente después, Elvira manifiesta su deseo por deshojar el mar y, mientras se aleja Julio Macedo, realiza el juego de deshojar el mar, como si fuera una margarita que ofreciera la respuesta firme de que su amor es correspondido

- o no: “Me quiere..., no me quiere...; me quiere..., no me quiere...” (*opus cit.*, p. 390). Juego trágico la concepción del mar como rosario o margarita, ya que se acrecientan la espera y la duda, pues el movimiento marino es inagotable.
- 50 *Poemas y canciones de Hendaya II (1929)*, del *Cancionero* (613). Es usual encontrarnos en el *Cancionero* de Unamuno pequeñas composiciones surgidas de un juego verbal, etimológico, etc. En este caso, se trata de una reflexión pictográfica sobre la letra “M”. El origen prehistórico que le confiere a la misma está en la línea reflexiva sobre lo primitivo y que entronca con la pequeña serie de poemas dedicada al dibujo ruprestre de un bisonte pintado de la cuava de Altamira (1562-1565 del *Cancionero*).
- 51 Probablemente se refiera a los dos últimos dibujos que introduce el poema.
- 52 Analogía motivada por las angulosidades del cuello del camello.
- 53 La “M” es la inicial de “Miguel”.
- 54 Se refiere a María a los pies de la Cruz y al primer dibujo que encabeza el poema, donde se observa una cruz, o un monigote, sobre una “M”.
- 55 *Poemas y canciones de Hendaya II (1929)*, del *Cancionero* (751).
- 56 Unamuno escribe en el comentario al soneto XXXI de *De Fuerteventura a París*: “A las olas de espuma de alta mar se les llama *borregos* y también *cabrillas*”. Esta analogía hará que Unamuno, ya desde los primeros poemas marinos de 1910, hable de “rebaños” en la mar.
- 57 *Poemas y canciones de Hendaya II (1929)*, del *Cancionero* (968). Unamuno invierte la metáfora evangélica del camello que pasa por el ojo de la aguja (Mt. 19, 23; Mc. 10, 23 y Lc. 18, 24), para resaltar la resignación de este animal. Ya había reflexionado sobre la metáfora en Fuerteventura. Cfr. “Divagaciones de un confinado. El camello y el ojo de la aguja”, p. 79.
- 58 *Poemas y canciones de Hendaya II (1929)*, del *Cancionero* (1207).
- 59 En la “Última aventura de Don Quijote. La sepultura de Mahán” (I), (p. 69), Unamuno había hablado del gigante aborígen Mahán, enterrado a los pies de la Montaña Cardones, en Fuerteventura. El gigantismo puede traducirse como un proceso dignificador —e incluso divinizador— de aquellos héroes antiguos; así, los convierte en espejos donde la España del momento debe mirarse, en un intento de refundación mítica. Por otro lado, pueden interpretarse como monstruos que representan a los opresores de España. Sin embargo, el tono general del poema nos hace pensar en el sentido positivo.
- El espacio insular predispone a la ensoñación y la ficcionalización de la vida, pues ésta, “por pura magia de los elementos psicogeográficos, está inclinada a la ensoñación (...). La mitificación de toda isla facilita la transitabilidad de la realidad al ensueño y viceversa; la isla neutraliza la realidad racionalizante y hace de la vida el relato de una ficción” (PADORNO, E., *Algunos materiales...*, p. 159). Al respecto, hay que recordar que Unamuno, en la invención mítica de Fuerteventura, sufre un proceso de quijotización.

Traducción

LA RETAMA

DE JACOBO LEOPARDI¹

Aquí, en la árida falda
del formidable monte,
desolador Vesubio,
a quien ni árbol ni flor alguna alegran
tu césped solitario en torno esparces
olorosa retama
contenta en los desiertos. Te vi antes
adornar con tus matas la campiña
que circunda la villa
que del mundo señora fue en un tiempo,
y del perdido imperio
parecen con su aspecto grave y triste
ofrecer fe y recuerdo al pasajero.
Vuelvo hoy a verte en este suelo, amante
de desiertos lugares de tristeza,
de afligida fortuna siempre amiga.
Estos campos sembrados
de ceniza infecunda y recubiertos
de empedernida lava
que resuena so el paso al peregrino
en que anida y tomando el sol se enrosca
la sierpe, y donde vuelve
el conejo a su oscura madriguera,
fueron cultas y alegres
ciudades y mies rubia, fueron eco
de mugir de rebaños,

palacios y jardines
para ocio de los ricos
grato refugio, y ciudades famosas
a las que fulminando por su boca
torrentes ígneos el altivo monte
con su pueblo oprimió. Todo hoy en torno
una ruina envuelve
donde tú, flor hermosa, hallas tu asiento
y cual compadeciendo ajeno daño
mandas al cielo perfumado aroma
que al desierto consuela. A estas playas
venga aquel que acostumbra con elogio
ensalzar nuestro estado, verá cómo
natura en nuestra vida
amorosa se cuida. El poderío
en su justa medida
podrá estimar de la familia humana
a la que sin piedad, en un momento
su nodriza, con leve movimiento,
cuando menos lo espera, en parte anula
y con poco más puede en un instante
del todo deshacerla.
Ved de la gente humana
pintada en esta playa
la suerte progresiva y soberana.

Mírate en este espejo,
siglo soberbio y loco,
que el camino marcado
de antiguo al pensamiento abandonaste,
y tus pasos volviendo,
tu retorno procura.
Tu inútil charla los ingenios todos
de cuya suerte el padre te hizo reina
adulan, mientras tanto
que tal vez en su pecho
hacen de ti ludibrio,
¡Con tal baldón no bajaré so tierra,
y bien fácil me fuera
imitarlos y adrede desbarrando
serte grato cantándote al oído!
Mas antes el desprecio que en mi pecho
para contigo guardo

mostraré lo más claro que se pueda,
 aunque sé que el olvido
 cae sobre quien increpa a su edad propia.
 De este mal que contigo
 participo me río yo hasta ahora.
 Soñando libertad, al par esclavo
 queréis al pensamiento,
 el solo que nos saca
 de la barbarie en parte; y por quien sólo
 se crece en la cultura; él solo guía
 a lo mejor los públicos negocios.
 La verdad te disgusta,
 del ínfimo lugar y áspera suerte
 que natura te dio. Por eso tornas
 cobarde las espaldas a la lumbré
 que nos la muestra, y, fugitivo, llamas
 a quien la sigue, vil,
 y tan sólo magnánimo
 al que con propio escarnio o de los otros
 o ya loco o astuto redomado
 exalta hasta la luna el mortal grado.

El hombre pobre y de su cuerpo enfermo
 que tenga el alma generosa y grande,
 ni se cree ni se llama
 rico de oro o gallardo,
 ni de espléndida vida y de excelente
 salud entre la gente
 hace risible muestra;
 mas de riqueza y de vigor mendigo
 sin vergüenza aparece; así se llama
 cuando habla francamente y a sus cosas
 las estima en lo justo.
 Nunca creí magnánimo
 animal, sino necio
 el que a morir viniendo a nuestro mundo,
 y entre penas criado, aún exclama:
 «¡para el goce estoy hecho!»
 y de fétido orgullo
 páginas llena, gloria grande y nueva
 felicidad que el pueblo mismo ignora,
 no ya el orbe, en el mundo prometiendo
 a pueblos que una onda

del mar turbado, un soplo
de aura maligna, un soterraño empuje,
de tal modo destruye, que memoria
de ellos apenas queda.
índole noble aquella
que a alzar se atreve frente al común hado
ojos mortales, y con franca lengua
sin amenguar lo cierto,
confiesa el mal que nos fue dado en suerte;
¡estado bajo y triste!,
la que arrogante y fuerte
se muestra en el sufrir, y ni odio ni ira
de hermanos los más graves
de los daños, agrega
a sus miserias, inculpando al hombre
de su dolor, sino que culpa a aquélla
culpable de verdad, de los mortales
madre en el parto, en el querer madrastra.
A ésta llama enemiga, y comprendiendo
que ha sido unida a ella
y ordenada con ella en un principio
la humana compañía,
los hombres todos cree confederados
entre sí, los abraza
con amor verdadero, les ofrece
y espera de ellos valerosa ayuda
en las angustias y el peligro alterno
de la guerra común. Ya las ofensas
del hombre armar la diestra, poner lazo
y tropiezo al vecino,
tan torpe juzga cual sería en campo
que el enemigo asedia, en el más rudo
empuje del asalto,
olvidando al contrario acerba lucha
emprender los amigos
sembrar la fuga y fulminar la espada
entre sí los guerreros.
Cuando tales doctrinas
vuelvan a ser patentes para el vulgo,
y aquel horror prístino
que ató a los hombres en social cadena
sabiduría vuelva a renovarlo,

el sencillo y honesto
comercio de las gentes,
la piedad, la justicia, raíz distinta
tendrán entonces, y no vanas fábulas
en que se funda la honradez del vulgo
cual en pie se sustenta
quien su cimiento en el error asienta.

Con frecuencia en la playa
desierta, que de luto
de lava el flujo endurecido viste
paso la noche viendo
sobre la triste landa
en el nítido azul del puro cielo
llamear de lo alto las estrellas
que a lo lejos refleja el océano
y a chispazos brillar en torno todo
por la serena bóveda del mundo.
Cuando fijo mi vista en esas luces
que un punto nos parecen,
cuando son tan inmensas
que la tierra y el mar son a su lado
un punto, y a las cuales
no sólo el hombre, sino el globo mismo
donde nada es el hombre
ignotos son del todo, y cuando veo
sin fin, aún más remotos
los tejidos de estrellas
que niebla se nos muestran, y no el hombre
no ya la tierra, sino todo en uno
el número de moles infinito,
nuestro áureo sol, nuestras estrellas todas
desconocen, o bien les aparecen
como ellas a la tierra,
luz nebulosa; ante mi mente entonces
¿cómo te ostentas, prole
del hombre? Y recordando
tu estado terrenal, de que da muestra
este suelo que piso, y de otra parte
que tú fin y señora
te crees de todo, y que tantas veces
te agrada fantasear en este oscuro
grano de arena que llamamos Tierra

que los autores de las cosas todas
a conversar bajaron con los tuyos
por tu causa, y ensueños
ridículos y viejos renovando
insulta al sabio hasta la edad presente
que en saber y cultura
sobresalir parece, mortal prole,
¡prole infeliz! ¿Qué sentimiento entonces
me asalta el corazón para contigo?
No sé si risa o si piedad abrigo.

Como manzana que al caer del árbol
cuando en el tardo otoño
la madurez tan sólo la derriba,
los dulces aposentos de hormiguero
cavado en mollar tierra
con gran labor, las obras,
las riquezas que había recogido
la asidua tropa con fatiga grande
próvidamente, en el estivo tiempo
magulla, rompe y cubre;
desplomándose así desde lo alto
del útero tonante,
lanzada al hondo cielo,
de cenizas, de pómez y de rocas
noche y ruina, llena
de hirvientes arroyuelos,
o bien ya por la falda,
furioso entre la yerba,
de liquidadas masas
y de encendida arena y de metales
bajando inmenso golpe,
las ciudades que el mar allá en la extrema
costa bañaba, sume
rotas y recubiertas
al momento; donde hoy sobre ellas pace
la cabra, o pueblos nuevos
surgen allí, cual de escabel teniendo
los sepultos; y los muros postrados
a su pie pisotea el monte duro.
No estima la natura
ni cuida más al hombre
que hace a la hormiga, y si en aquél más raro

el estrago es que en ésta
tan sólo esto se funda
en que no es una especie tan fecunda.

Mil ochocientos años
ha ya desaparecieron oprimidos
por el ígneo poder aquellos pueblos,
y el campesino atento
al viñedo que en estos mismos campos
nutre el muerto terruño de ceniza
levanta aún la mirada
suspica a la cumbre
que inflexible y fatal hoy como siempre
tremenda se alza aún, aún amenaza
con la ruina a su hacienda y a sus hijos,
¡los pobres! ¡Cuántas veces
el infeliz, yaciendo
de su pobre casucha sobre el techo
toda una noche, insomne al aura errante
o a las veces brincando, explora el curso
del temido hervidero que se vierte
del inexhausto seno
a la arenosa loma, el cual alumbra
de Capri la marina,
de Nápoles el puerto y Mergelina!
Si ve que se da prisa, si en el fondo
del doméstico pozo oye del agua
borbotar el hervor, a sus hijitos,
a su mujer despierta, y al instante
con cuanto puede de lo suyo huyendo
desde lejos contempla
su nido y el terruño
que del hambre les fue el único abrigo
¡presa de la onda ardiente
que crepitando se le viene encima
y sobre él para siempre se despliega!
Torna al celeste rayo
después de largo olvido la extinguida
Pompeya, cual sepulto
cadáver que de tierra
vuelve a luz la piedad o la avaricia,
y a través de las filas
de truncadas columnas

el peregrino desde el yermo foro
lejos contempla las gemelas cumbres
y la cresta humeante
que aún amenaza a la esparcida ruina.
Y en el horror de la secreta noche
por los deformes templos,
por los circos vacíos, por las casas
en que esconde el murciélago su crías,
como rostro siniestro
que en desiertos palacios se revuelve,
corre el fulgor de la funérea lava
que enrojece las sombras a lo lejos
y ñe los lugares del contorno
Así, ignara del hombre y de los siglos
que él llama antiguos, de la serie toda
de abuelos y de nietos,
Naturaleza, verde siempre, marcha
por tan largo camino
que inmóvil nos parece.
El tiempo imperios en su sueño ahoga,
gentes e idiomas pasan; no lo ve ella
y en tanto el hombre eternidad se arroga.

Y tú, lenta retama,
que de olorosos bosques
adornas estos campos desolados,
también tú pronto a la cruel potencia
sucumbirás del soterraño fuego
que al lugar conocido retornando
sobre tus tiernas matas
su avaro borde extenderá. Rendida
al mortal peso, inclinarás entonces
tu inocente cabeza.
Mas en vano hasta tanto no la doblas
con cobardía suplicando en frente
del futuro opresor;
ni tampoco la yergues
a las estrellas con absurdo orgullo
en el desierto, donde
nacimiento y vivienda,
no por querer, por suerte has alcanzado.
Eres más sabia y sana
que el hombre, en cuanto nunca tú has pensado

que inmortales tus tallos
se hayan hecho por ti o por el hado.

Notas

- 1 En *Poesías*, José Rojas, Bilbao, 1907.

Índice

SOBRE ESTA RECOPIACIÓN	7
ARTÍCULOS Y DISCURSOS	15
Discurso de los Juegos Florales	17
Discurso sobre la Patria	25
Palabras de Unamuno.....	35
Un recuerdo puro	37
Por Manuel Macías Casanova	41
La Laguna de Tenerife	45
La Gran Canaria	51
“Prólogo” a <i>El Lino de los sueños</i> , de Alonso Quesada.....	59
Miratondo.....	65
Última aventura de Don Quijote. La sepultura de Mahán	69
Última aventura de Don Quijote. Don Pedro Fernández de Saavedra, primer Señor de Fuerteventura.....	71
Domingo de Ramos	73
Estilo de ensayo	75
El caos	77
Divagaciones de un confinado. El camello y el ojo de la aguja.....	79
Los reinos de Fuerteventura	81
Este nuestro clima	83
Traje y estilo.....	85
Conocerse desnudo	87
Leche de Tabaiba	89
La aulaga majorera.....	91
Cuerpo y alma del estilo.....	93

La Atlántida	95
Cosa y causa.....	99
El gofio.....	101
A pesca de metáforas	103
Biografía y biología	105
La risa quijotesca	107
Modernismo y actualidad.....	109
Palabra de verdad	111
Realidad objetiva	115
De Fuerteventura a París	117
El estilo de Galdós	119
En el suave tumulto	121
El estilo nos hace	125
¡Montaña, desierto, mar!	127
El almendro de don Nicolás Estévez	131
APÉNDICES	133
Manuscritos	135
Mi destierro. (Por si registran mis papeles)	135
El camello	161
Epístolas	163
A Francisco González Díaz	163
A Rafael Romero	165
(4-III-1912)	165
(20-XII-1912).....	166
(1-VI-1915)	167
A Ramón Castañeyra Schamann	169
(29-XII-1924).....	169
(12-IV-1932)	172
(22-IV-1936)	174
Entrevistas	177
La cuestión de Canarias. Divagando con Unamuno, Domingo Doreste Rodríguez, <i>Fray Lesco</i>	177
De Fuerteventura a El Havre, Eduardo Ortega y Gasset	181

Poemas	189
El poema del mar. Letanía al mar	189
<i>Vienen y van los días, lentos o raudos</i>	192
A bordo del “Romney”, rumbo a Oporto	193
<i>Si caigo aquí, sobre esta tierra verde</i>	198
<i>Miraba a la mar la vaca</i>	200
<i>La mar posada me compone el alma</i>	202
<i>Es música la mar; literatura</i>	204
<i>Voy contando los segundos</i>	205
<i>¡Ay celda sin ermitaño</i>	207
<i>Flor de la argoma entre espinas</i>	208
<i>Ay aquel quitameriendas</i>	209
<i>El triste tamarindo de la duna</i>	210
<i>¡Qué tarde nos amigamos</i>	211
<i>Desnudarse del verde</i>	212
<i>¡Ay qué molino de viento</i>	213
<i>¡Ay de aquel que no sabe sin vaso</i>	214
<i>Mientras no cambie la luna</i>	215
<i>Una colina de color de caca</i>	216
<i>Se iba frente a la mar a desgranar, rendido</i>	217
<i>¿Vienes, M, del mono, el monigote?</i>	218
<i>Brilla tu canto, sirena</i>	219
<i>Por el ojo de un camello</i>	220
<i>Ensíllame a Clavileño</i>	221
Traducción	229
“La retama”, de Jacobo Leopardi.....	229

